UNE ✦ SACRA

Clásicos Cristianos

Confesiones

✦ ✦ ✦

San Agustín de Hipona

Traducción (edición 1.2)

Créditos

Autor	San Agustín de Hipona
Fecha	h. 397-400
Idioma original	Latín
Versión	Traducción (edición 1.2)
Traducción	Traducción popular, a partir del inglés de Edward Bouverie Pusey
Fuente	Project Gutenberg
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

Obra de Agustín, obispo de Hipona, en el norte de África, escrita hacia 397-400, pocos años después de que fuera nombrado obispo.

En trece libros dirigidos a Dios, en forma de oración, Agustín cuenta su propia vida: la infancia en Tagaste, los estudios en Cartago, los años como profesor de retórica, los nueve años entre los maniqueos, el viaje a Roma y Milán, el encuentro con el obispo Ambrosio, hasta la conversión en el jardín de Milán en 386, al oír a un niño cantar "toma y lee", y la muerte de su madre, Mónica, en Ostia.

Los libros X a XIII dejan la narración y meditan sobre la memoria, el tiempo y la creación del mundo en el Génesis.

Se la considera la primera gran autobiografía de Occidente, y frases como "nos hiciste para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" y "tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva" están entre las más citadas de la literatura cristiana.

Fuente: https://www.gutenberg.org/ebooks/3296

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Libro I

Libro II

Libro III

Libro IV

Libro V

Libro VI

Libro VII

Libro VIII

Libro IX

Libro X

Libro XI

Libro XII

Libro XIII

LIBRO I

✦

Grande eres, Señor, y muy digno de alabanza; grande es tu poder, e infinita tu sabiduría. Y el ser humano quiere alabarte; el ser humano, apenas una partícula de tu creación; el ser humano, que lleva consigo su mortalidad, testimonio de su pecado, testimonio de que te opones a los soberbios: aun así quiere alabarte; él, apenas una partícula de tu creación.

Tú nos despiertas para que nos deleitemos en tu alabanza; porque nos hiciste para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti. Concédeme, Señor, saber y entender qué viene primero: ¿invocarte o alabarte? Y también: ¿conocerte o invocarte? Pues ¿quién puede invocarte sin conocerte?

Porque quien no te conoce puede invocarte como si fueras distinto de lo que eres. ¿O será, más bien, que te invocamos para conocerte? Pero ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿O cómo creerán sin alguien que les predique? Y quienes buscan al Señor lo alabarán: porque quienes lo buscan lo encontrarán, y quienes lo encuentran lo alabarán.

Te buscaré, Señor, invocándote; y te invocaré creyendo en ti, porque nos han predicado acerca de ti. Mi fe, Señor, te invocará, esa fe que me has dado, que me has inspirado por la encarnación de tu Hijo, por el ministerio del Predicador.

¿Y cómo invocaré a mi Dios, mi Dios y Señor, si al llamarlo estaré llamándolo a venir a mí? ¿Y qué lugar hay dentro de mí al que mi Dios pueda ve-

nir? ¿A qué lugar dentro de mí puede venir Dios, el Dios que hizo el cielo y la tierra? ¿Hay acaso en mí, Señor, Dios mío, algo que pueda contenerte? ¿Te contienen entonces el cielo y la tierra, que tú hiciste y en los que me hiciste? ¿O, como nada de lo que existe podría existir sin ti, todo lo que existe te contiene?

Puesto que yo también existo, ¿por qué busco que entres en mí, que no existiría si tú no estuvieras en mí? ¿Por qué? Porque no he descendido al infierno, y sin embargo también estás allí. Pues si desciendo al infierno, allí estás.

No podría entonces existir, Dios mío, no podría existir en absoluto si tú no estuvieras en mí; o, más bien, si yo no estuviera en ti, de quien proceden todas las cosas, por quien existen todas las cosas, en quien están todas las cosas. Así es, Señor, así es. ¿A dónde te llamo, si estoy en ti? ¿O desde dónde puedes entrar en mí?

Pues ¿a dónde puedo ir más allá del cielo y de la tierra, para que desde allí venga a mí mi Dios, que ha dicho: Yo lleno el cielo y la tierra?

¿Te contienen entonces el cielo y la tierra, puesto que tú los llenas? ¿O los llenas y aun así desbordas, porque no te contienen? ¿Y a dónde, una vez llenos el cielo y la tierra, derramas lo que queda de ti? ¿O no necesitas que nada te contenga, tú que contienes todas las cosas, pues lo que llenas lo llenas conteniéndolo?

Porque los recipientes que llenas no te sostienen, ya que, aunque se rompieran, tú no te derramarías. Y cuando te derramas sobre nosotros, no caes, sino que nos levantas; no te dispersas, sino que nos reúnes.

Pero tú, que llenas todas las cosas, ¿las llenas con todo tu ser? ¿O, puesto que todas las cosas no pueden contenerte por entero, contienen una parte de ti? ¿Y todas a la vez la misma parte? ¿O cada una su propia parte, las mayores más, las menores menos? ¿Es entonces una parte de ti mayor y otra menor? ¿O estás por entero en todas partes, mientras nada te contiene por entero?

¿Qué eres entonces, Dios mío? ¿Qué, sino el Señor Dios? Pues ¿quién es Señor sino el Señor? ¿O quién es Dios sino nuestro Dios? Altísimo, sumamente bueno, sumamente poderoso, omnipotente en grado sumo; sumamente misericordioso y, sin embargo, sumamente justo; sumamente oculto y, sin embargo, sumamente presente; sumamente hermoso y, sin embargo, sumamente fuerte; firme y, sin embargo, incomprensible; inmutable y, sin embargo, lo cambias todo; nunca nuevo, nunca viejo; todo lo renuevas y haces envejecer a los soberbios sin que lo sepan; siempre obrando, siempre en reposo; siempre reuniendo, aunque nada te falta; sosteniendo, llenando y cubriéndolo todo; creando, alimentando y llevando a la madurez; buscando, aunque todo lo tienes.

Amas sin pasión; eres celoso sin inquietud; te arrepientes, pero no te afliges; te enojas y, sin embargo, permaneces sereno; cambias tus obras sin cambiar tu propósito; recuperas lo que encuentras, aunque nunca lo perdiste; nunca estás necesitado y, sin embargo, te alegras de las ganancias; nunca codicioso y, sin embargo, exiges intereses.

Recibes de más para quedar en deuda; ¿y quién tiene algo que no sea tuyo? Pagas deudas sin deber nada; perdonas deudas sin perder nada. ¿Y qué he dicho ahora, Dios mío, vida mía, mi santa alegría? ¿O qué dice cualquier

ser humano cuando habla de ti? Pero ¡ay de quien no habla, si hasta los más elocuentes se quedan mudos!

¡Oh, si pudiera descansar en ti! ¡Oh, si entraras en mi corazón y lo embriagaras, para que olvidara mis males y te abrazara a ti, mi único bien! ¿Qué eres para mí?

En tu compasión, enséñame a decirlo. ¿O qué soy yo para ti, que exiges mi amor y, si no te lo doy, te enojas conmigo y me amenazas con graves desdichas? ¿Acaso es una desdicha leve no amarte? ¡Oh, por tu misericordia, dime, Señor, Dios mío, qué eres para mí! Di a mi alma: Yo soy tu salvación. Habla de modo que pueda oírte.

Mira, Señor, mi corazón está ante ti; abre sus oídos y di a mi alma: Yo soy tu salvación. Déjame correr tras esa voz y aferrarme a ti. No me ocultes tu rostro. Déjame morir —para que no muera—, con tal de que vea tu rostro.

Estrecha es la morada de mi alma; ensánchala para que puedas entrar. Está en ruinas; repárala. Tiene dentro cosas que sin duda ofenden a tus ojos; lo confieso y lo sé. Pero ¿quién la limpiará? ¿O a quién he de clamar sino a ti? Señor, límpiame de mis faltas ocultas y libra a tu siervo del poder del enemigo. Creo, y por eso hablo.

Señor, tú lo sabes. ¿No te he confesado mis transgresiones, acusándome a mí mismo, y tú, Dios mío, has perdonado la iniquidad de mi corazón? No disputo contigo en juicio, tú que eres la verdad; temo engañarme, que mi iniquidad se mienta a sí misma. Por eso no disputo contigo en juicio; porque si tú, Señor, llevaras cuenta de las iniquidades, Señor, ¿quién podría resistirlo?

⁂

Permite, sin embargo, que hable a tu misericordia, yo, polvo y ceniza. Permíteme hablar, pues hablo a tu misericordia y no a un ser humano desdeñoso. Quizá tú también me desprecias, pero volverás y tendrás compasión de mí. Pues ¿qué querría decir, Señor, Dios mío, sino que no sé de dónde vine a esta vida que muere —¿así la llamaré?— o a esta muerte que vive?

Entonces me acogieron de inmediato los consuelos de tu compasión, según oí decir —pues no lo recuerdo— a los padres de mi carne, de cuya sustancia me formaste en otro tiempo. Así me recibieron allí los consuelos de la leche de mujer.

Porque ni mi madre ni mis nodrizas llenaban por sí mismas sus pechos para mí; tú me dabas por medio de ellas el alimento de mi infancia, conforme a tu orden, por el cual distribuyes tus riquezas a través de las fuentes ocultas de todas las cosas. También me concediste no desear más de lo que me dabas; y a mis nodrizas, darme de buena gana lo que tú les dabas.

Porque ellas, con un afecto enseñado por el cielo, me daban de buena gana aquello que recibían de ti en abundancia. Pues este bien que yo recibía de ellas era también un bien para ellas. Y, en verdad, no procedía de ellas, sino que venía por medio de ellas; porque de ti, Dios, proceden todos los bienes, y de mi Dios procede toda mi salud.

Esto lo aprendí después, cuando tú, por medio de estos dones tuyos, dentro y fuera de mí, te dabas a conocer. Porque entonces solo sabía mamar, descansar en lo que me agradaba y llorar por lo que molestaba a mi carne; nada más.

Después empecé a sonreír; primero dormido, luego despierto: así me lo contaron de mí mismo y lo creí, pues vemos lo mismo en otros niños pequeños, aunque de mí mismo no lo recuerdo.

Así, poco a poco, fui tomando conciencia de dónde estaba, y comencé a querer expresar mis deseos a quienes podían satisfacerlos, pero no podía; porque los deseos estaban dentro de mí, y ellos fuera; ni podían entrar en mi espíritu mediante ninguno de sus sentidos.

Así que agitaba al azar los miembros y lanzaba gritos, haciendo las pocas señales que podía, y como podía, parecidas, aunque en verdad muy poco, a lo que deseaba.

Y cuando no me obedecían de inmediato —porque mis deseos eran perjudiciales o incomprensibles—, me indignaba con los mayores por no someterse a mí, con quienes no me debían ningún servicio por no servirme; y me vengaba de ellos con lágrimas.

Así he aprendido que son los niños pequeños al observarlos; y ellos, sin saberlo, me han mostrado que yo también fui así, mejor que mis nodrizas, que sí lo sabían.

Y he aquí que mi infancia murió hace mucho, y yo vivo. Pero tú, Señor, que vives para siempre y en quien nada muere: porque antes de la fundación de los mundos y antes de todo lo que pueda llamarse "antes", tú existes y eres Dios y Señor de todo lo que has creado: en ti permanecen, fijas para siempre, las causas primeras de todas las cosas que no permanecen; y las fuentes de todas las cosas cambiantes permanecen inmutables en ti; y

en ti viven las razones eternas de todas las cosas carentes de razón y temporales.

Dime, Señor, a mí, que te suplico; dime, tú que eres todo compasión, a mí, digno de compasión; dime: ¿sucedió mi infancia a otra edad mía que murió antes que ella? ¿Fue la que pasé en el vientre de mi madre? Porque de ella he oído algo, y yo mismo he visto mujeres embarazadas. ¿Y antes de aquella vida, Dios, alegría mía, estaba yo en algún lugar o era alguien?

De esto no tengo a nadie que me hable, ni padre ni madre, ni la experiencia de otros, ni mi propia memoria. ¿Te burlas de mí por preguntar esto y me mandas alabarte y reconocerte por lo que sí sé?

Te reconozco, Señor del cielo y de la tierra, y te alabo por los primeros comienzos de mi existencia y por mi infancia, de la que nada recuerdo; porque has dispuesto que el ser humano deduzca por otros muchas cosas acerca de sí mismo y crea muchas cosas basándose en el testimonio de mujeres débiles.

Ya entonces tenía existencia y vida, y, al terminar mi infancia, podía buscar señales con las que dar a conocer a otros mis sensaciones. ¿De dónde podía venir un ser semejante sino de ti, Señor? ¿Puede alguien ser su propio artífice? ¿O puede brotar de otra parte alguna vena que vierta en nosotros el ser y la vida, sino de ti, Señor, en quien el ser y la vida son uno?

Porque tú mismo eres, en grado sumo, Ser y Vida. Pues eres altísimo y no cambias, ni el día de hoy llega a su fin en ti; y, sin embargo, en ti llega a su fin, porque todas estas cosas también están en ti. Pues no tendrían modo

de pasar si tú no las sostuvieras. Y como tus años no se acaban, tus años son un solo hoy.

Cuántos de nuestros años y de los años de nuestros padres han transcurrido por tu "hoy", y de él han recibido la medida y la forma de la existencia que tuvieron; y todavía transcurrirán otros, y así recibirán la forma de su grado de existencia.

Pero tú sigues siendo el mismo, y todas las cosas de mañana, y todas las que vendrán después, y todas las de ayer, y todas las anteriores, las has hecho hoy. ¿Qué me importa que alguien no comprenda esto? Que también él se alegre y diga: ¿Qué es esto? ¡Que se alegre aun así! Y que prefiera encontrarte sin descubrir, a descubrir sin encontrarte.

⁂

Escucha, oh Dios. ¡Ay del pecado del hombre! Así habla el hombre, y Tú te compadeces de él; porque Tú lo hiciste, pero no hiciste el pecado que hay en él. ¿Quién me recuerda los pecados de mi primera infancia?

Porque ante tus ojos nadie está limpio de pecado, ni siquiera el niño cuya vida apenas lleva un día sobre la tierra. ¿Quién me los recuerda? ¿No es cada niño pequeño, en quien veo lo que no recuerdo de mí mismo? ¿Cuál era entonces mi pecado? ¿Acaso aferrarme al pecho y llorar?

Porque si ahora hiciera lo mismo para obtener un alimento adecuado a mi edad, con razón se reirían de mí y me reprenderían. Lo que hacía entonces merecía reprensión; pero, como no podía entenderla, la costumbre y la razón impedían que se me reprendiera. Pues esos hábitos los arrancamos y desechamos al crecer.

Ahora bien, nadie, aunque esté podando, desecha a sabiendas lo que es bueno. ¿O acaso era bueno entonces, siquiera por un tiempo, llorar por lo que, de habérseme dado, me habría hecho daño? ¿Resentirme amargamente porque personas libres y mayores que yo, sí, los mismos que me habían dado la vida, no me servían? ¿Porque muchos otros, más sabios que yo, no obedecían el gesto de mi capricho? ¿Hacer cuanto podía por golpear y herir, porque no se obedecían unas órdenes cuya obediencia me habría perjudicado?

La inocencia de los niños está, pues, en la debilidad de sus miembros, no en su voluntad. Yo mismo he visto y conocido a un bebé envidioso; todavía no podía hablar, pero palidecía y miraba con amargura a su hermano de leche. ¿Quién no sabe esto?

Las madres y las nodrizas dicen que apaciguan estas cosas con no sé qué remedios. ¿También es inocencia, cuando la fuente de leche mana en abundancia, no soportar que otro la comparta, aunque esté en extrema necesidad y su propia vida todavía dependa de ella?

Soportamos todo esto con indulgencia, no porque no sean males o sean males leves, sino porque desaparecerán con los años; pues esos mismos temperamentos, aunque ahora se toleren, son del todo intolerables cuando se encuentran en edades más maduras.

Tú, pues, oh Señor, Dios mío, que diste vida a esta primera infancia mía, dotando de sentidos, como vemos, el cuerpo que me diste, uniendo sus miembros, embelleciendo sus proporciones e implantando en él todas las funciones vitales para su bienestar y seguridad, Tú me mandas alabarte por estas cosas, confesarte y cantar a tu nombre, oh Altísimo.

Porque Tú eres Dios, todopoderoso y bueno, aunque no hubieras hecho nada más que esto, que nadie sino Tú podía hacer: tu unidad es el molde de todas las cosas; con tu propia hermosura haces hermosas todas las cosas, y todo lo ordenas según tu ley.

Pero esta edad, Señor, de la que no tengo recuerdo, que acepto por el testimonio de otros y que, al observar a otros niños, deduzco que he vivido, por verdadera que sea esa deducción, todavía me resisto a contarla como parte de esta vida mía que vivo en este mundo. Porque me está oculta en las sombras del olvido tanto como el tiempo que pasé en el vientre de mi madre.

Pero si fui formado en la iniquidad y en pecado me concibió mi madre, ¿dónde, te lo suplico, Dios mío, dónde, Señor, o cuándo fui yo, tu siervo, inocente? Pero dejo atrás ese período; ¿y qué tengo que ver ahora con aquello de lo que no puedo recordar ni un vestigio?

Pasando de la primera infancia, llegué a la niñez, o más bien ella llegó a mí y desplazó a la primera infancia. Esta tampoco se marchó —pues ¿adónde habría ido?— y, sin embargo, ya no existía. Porque ya no era un niño incapaz de hablar, sino un niño que hablaba. Esto lo recuerdo; y después he observado cómo aprendí a hablar.

No fue que mis mayores me enseñaran las palabras con un método establecido, como poco después hicieron con otros conocimientos; sino que yo, deseoso de expresar mis pensamientos mediante gritos, sonidos entrecortados y diversos movimientos de mis miembros para conseguir lo que quería, pero incapaz de expresar todo lo que deseaba o de expresárselo a quien quería, practicaba por mí mismo los sonidos en mi memoria, gracias al entendimiento que Tú, Dios mío, me diste.

Cuando nombraban alguna cosa y, al hablar, se volvían hacia ella, yo veía y recordaba que llamaban a lo que querían señalar con el nombre que pronunciaban. Y que se referían a esa cosa y no a otra quedaba claro por el movimiento de su cuerpo, que es como el lenguaje natural de todas las naciones, expresado mediante el rostro, las miradas, los gestos de los miembros y los tonos de la voz, que indican los afectos del ánimo cuando busca, posee, rechaza o evita algo.

Y así, al oír constantemente las palabras en diversas frases, fui comprendiendo poco a poco lo que significaban; y, habiendo acostumbrado mi boca a esos signos, expresaba con ellos mi voluntad.

Así intercambiaba con quienes me rodeaban esos signos habituales de nuestros deseos, y me adentraba más en las relaciones tempestuosas de la vida humana, aunque seguía dependiendo de la autoridad de mis padres y de las indicaciones de mis mayores.

Oh Dios, Dios mío, ¡qué miserias y burlas sufrí entonces, cuando se me proponía obedecer a mis maestros, como correspondía a un niño, para que prosperara en este mundo y sobresaliera en el conocimiento del lenguaje, que habría de servirme para obtener la "alabanza de los hombres" y riquezas engañosas!

Después me enviaron a la escuela para adquirir unos conocimientos cuya utilidad yo, pobre desdichado, desconocía; y, sin embargo, si era perezoso para aprender, me golpeaban.

Porque nuestros antepasados juzgaron que esto era lo correcto; y muchos, que habían recorrido antes que nosotros el mismo camino, nos trazaron

sendas penosas por las que nos veíamos obligados a pasar, multiplicando el trabajo y el dolor de los hijos de Adán.

Pero, Señor, descubrimos que los hombres te invocaban, y aprendimos de ellos a concebirte, según nuestra capacidad, como un gran Ser que, aunque oculto a nuestros sentidos, podía escucharnos y ayudarnos.

Así comencé, siendo niño, a orar a Ti, mi auxilio y refugio; y rompí las ataduras de mi lengua para invocarte, rogándote, aunque era pequeño, con un fervor nada pequeño, que no me golpearan en la escuela.

Y cuando no me escuchabas, sin que por ello me abandonaras a la necedad, mis mayores, sí, mis propios padres, que no deseaban mi mal, se burlaban de los golpes que recibía, que eran entonces mi gran y dolorosa desgracia.

⁂

¿Hay, Señor, alguien de alma tan grande y unido a Ti con un afecto tan intenso —pues cierta insensibilidad puede, en cierto modo, producir ese efecto—; pero hay alguien que, por estar devotamente unido a Ti, esté dotado de un ánimo tan grande que pueda tomar tan a la ligera los potros, los garfios y otros tormentos, ante los cuales los hombres de todas las tierras te invocan con extremo terror, y burlarse de quienes más amargamente los temen, como nuestros padres se burlaban de los tormentos que sufríamos de niños a manos de nuestros maestros?

Porque nosotros no temíamos menos nuestros tormentos ni te rogábamos con menos fervor que nos libraras de ellos. Y, sin embargo, pecábamos al escribir, leer o estudiar menos de lo que se nos exigía.

Pues no nos faltaban, Señor, memoria ni capacidad, de las que tu voluntad nos había dado lo suficiente para nuestra edad; pero nuestro único deleite era el juego, y por ello nos castigaban quienes también hacían lo mismo.

Sin embargo, a la ociosidad de los mayores se la llama "negocios"; la de los niños, que en realidad es lo mismo, es castigada por esos mayores; y nadie se compadece de los niños ni de los hombres.

Porque ¿habrá alguien de buen juicio que apruebe que me golpearan de niño porque, al jugar a la pelota, progresaba menos en unos estudios que debía aprender solo para que, de adulto, pudiera entregarme a juegos más indecorosos? ¿Y qué otra cosa hacía el que me golpeaba?

Si era vencido en alguna discusión trivial con otro maestro, se llenaba de más amargura y envidia que yo cuando un compañero me ganaba a la pelota.

Y, sin embargo, en esto pecaba, oh Señor Dios, creador y ordenador de todas las cosas de la naturaleza, y del pecado solo ordenador; oh Señor, Dios mío, pecaba al transgredir las órdenes de mis padres y de mis maestros. Porque lo que ellos, por el motivo que fuera, querían que aprendiera, yo habría podido emplearlo después para el bien.

Pues desobedecía, no por elegir algo mejor, sino por amor al juego, porque amaba el orgullo de vencer en mis competiciones y que me halagaran los oídos con fábulas mentirosas que aumentaban aún más mi ansia de escucharlas; esa misma curiosidad brillaba cada vez más en mis ojos, atraídos por los espectáculos y los juegos de mis mayores.

No obstante, quienes ofrecen esos espectáculos gozan de tanta estima que casi todos desean lo mismo para sus hijos, y aun así aceptan de buena gana que los golpeen si esos mismos juegos los apartan de los estudios mediante los cuales querrían que llegaran a ofrecerlos.

Mira con compasión estas cosas, Señor, y líbranos a quienes ahora te invocamos; libra también a quienes todavía no te invocan, para que te invoquen y Tú los libres.

Siendo niño, pues, ya había oído hablar de una vida eterna, prometida a nosotros por la humildad del Señor nuestro Dios, que se rebajó hasta nuestra soberbia; y desde el vientre de mi madre, que tenía gran esperanza en Ti, fui marcado con el signo de su cruz y sazonado con su sal.

Tú viste, Señor, cómo, siendo aún niño, me acometió una vez una repentina opresión en el estómago y estuve al parecer cerca de la muerte; Tú viste, Dios mío, pues eras mi guardián, con qué anhelo y con qué fe pedía a los piadosos cuidados de mi madre y de tu Iglesia, madre de todos nosotros, el bautismo de tu Cristo, mi Dios y Señor.

Entonces la madre de mi cuerpo, muy angustiada, pues con un corazón puro en tu fe sufría con más amor aún los dolores de dar a luz mi salvación, se habría apresurado a procurar mi consagración y purificación mediante los sacramentos que dan la salud, confesándote, Señor Jesús, para el perdón de los pecados, si yo no me hubiera recuperado de pronto.

Y así, como si necesariamente hubiera de volver a mancharme si seguía vivo, se aplazó mi purificación, porque las manchas del pecado, después de

aquel lavado, traerían una culpa mayor y más peligrosa. Yo ya creía entonces; también mi madre y toda la casa, salvo mi padre.

Sin embargo, él no logró imponerse al poder de la piedad de mi madre sobre mí, de modo que, así como él todavía no creía, tampoco creyera yo. Porque ella procuraba con fervor que Tú, Dios mío, fueras mi padre antes que él; y en esto la ayudaste a prevalecer sobre su marido, a quien ella, siendo mejor, obedecía, obedeciéndote también en ello a Ti, que así lo has mandado.

Te lo suplico, Dios mío, quisiera saber, si así lo quieres, con qué propósito se aplazó entonces mi bautismo. ¿Fue por mi bien que, por así decirlo, se me soltaron las riendas para que pecara? ¿O no se me soltaron? Si no fue así, ¿por qué todavía resuena en nuestros oídos por todas partes: "Déjenlo, que haga lo que quiera, pues aún no está bautizado"?

Pero, en cuanto a la salud del cuerpo, nadie dice: "Que lo hieran más, pues aún no está curado". ¡Cuánto mejor habría sido, pues, que me hubieran curado de inmediato y que después, con los cuidados de mis amigos y los míos, la salud recobrada de mi alma se hubiera mantenido a salvo bajo tu protección, Tú que me la diste! Mejor, en verdad.

Pero ¡cuántas y cuán grandes olas de tentación parecían amenazarme después de la niñez! Mi madre las preveía y prefirió exponer a ellas la arcilla con la que después se me podría modelar, antes que la figura misma una vez formada.

⁂

Sin embargo, durante la misma niñez, por la que tanto menos se temía por mí que por la juventud, no amaba el estudio y odiaba que me obligaran a él. Pero me obligaban, y eso era un bien que me hacían, aunque yo no obraba bien; porque, si no me hubieran obligado, no habría aprendido. Pero nadie obra bien contra su voluntad, aunque sea bueno lo que hace.

Tampoco obraban bien quienes me obligaban, pero el bien que recibía venía de Ti, Dios mío. Porque a ellos no les importaba cómo emplearía lo que me obligaban a aprender, salvo para saciar los deseos insaciables de una mendicidad opulenta y de una gloria vergonzosa.

Pero Tú, que tienes contados hasta los cabellos de nuestra cabeza, aprovechabas para mi bien el error de todos los que me instaban a aprender; y mi propio error, al no querer aprender, lo aprovechabas para castigarme: una pena adecuada para quien era un niño tan pequeño y un pecador tan grande.

Así, por medio de quienes no obraban bien, Tú me hacías bien; y por medio de mi propio pecado me castigabas con justicia. Porque Tú has mandado, y así sucede, que todo afecto desordenado sea su propio castigo.

Pero ¿por qué odiaba tanto el griego, que estudié de niño? Todavía no lo sé del todo. Porque amaba el latín; no el que me enseñaban mis primeros maestros, sino el que me enseñaban los llamados gramáticos. Pues aquellas primeras lecciones, la lectura, la escritura y la aritmética, me parecían una carga y un castigo tan grandes como cualquier estudio del griego.

Y, sin embargo, ¿de dónde venía también esto, sino del pecado y la vanidad de esta vida, porque yo era carne y un soplo que pasa y no vuelve? Aquellas

primeras lecciones eran ciertamente mejores, porque eran más seguras; por ellas adquirí, y aún conservo, la capacidad de leer lo que encuentro escrito y de escribir yo mismo lo que quiero; mientras que en las otras me obligaban a aprender las andanzas de un tal Eneas, olvidando las mías, y a llorar por Dido muerta, porque se mató por amor; entretanto, con los ojos secos, soportaba que mi miserable ser muriera entre estas cosas, lejos de ti, oh Dios, vida mía.

Pues ¿qué hay más miserable que un ser miserable que no se compadece de sí mismo; que llora la muerte de Dido por amor a Eneas, pero no llora su propia muerte por falta de amor a ti, oh Dios? Tú, luz de mi corazón, tú, pan de lo más íntimo de mi alma, tú, Poder que das vigor a mi mente y vida a mis pensamientos, yo no te amaba.

Fornicaba contra ti, y a mi alrededor, mientras todos fornicaban de igual manera, resonaba: «¡Bien hecho! ¡Bien hecho!», porque la amistad de este mundo es fornicación contra ti; y «¡Bien hecho! ¡Bien hecho!» sigue resonando hasta que uno se avergüenza de no ser así un hombre.

Y por todo esto no lloraba yo, que lloraba por Dido muerta y «buscando con la espada un golpe y una herida extremos», mientras yo mismo buscaba un extremo peor, siendo la más extrema y baja de tus criaturas, por haberte abandonado: tierra que vuelve a la tierra. Y si me prohibían leer todo esto, me afligía no poder leer lo que me afligía.

Una locura semejante se considera un saber más elevado y más rico que aquel por el que aprendí a leer y escribir.

Pero ahora, Dios mío, alza tu voz en mi alma; y que tu verdad me diga: «No es así, no es así. Mucho mejor era aquel primer estudio». Pues, mira, de buena gana olvidaría las andanzas de Eneas y todo lo demás antes que la manera de leer y escribir. ¡Pero sobre la entrada de la escuela de gramática hay un velo extendido!

Es verdad; sin embargo, no es tanto un emblema de algo recóndito como un manto que encubre el error. Que no clamen contra mí aquellos a quienes ya no temo, mientras te confieso, Dios mío, cuanto quiere mi alma, y acepto la condena de mis malos caminos para amar tus buenos caminos. Que tampoco clamen contra mí los compradores ni los vendedores del saber gramatical.

Porque, si les pregunto si es cierto que Eneas llegó alguna vez a Cartago, como cuenta el poeta, los menos instruidos responderán que no lo saben, y los más instruidos, que nunca llegó.

Pero, si les pregunto con qué letras se escribe el nombre «Eneas», todo el que lo haya aprendido me responderá correctamente, conforme a los signos que los hombres han establecido por convención.

Si, por otra parte, preguntara qué podría olvidarse con menos perjuicio para los asuntos de la vida, la lectura y la escritura o estas ficciones poéticas, ¿quién no prevé lo que deben responder todos los que no se han olvidado por completo de sí mismos?

Pequé, pues, cuando de niño prefería aquellos estudios vacíos a estos más provechosos, o, mejor dicho, amaba los unos y odiaba los otros. «Uno y uno, dos»; «dos y dos, cuatro»: esto era para mí una cantinela odiosa; «el

caballo de madera lleno de hombres armados», «el incendio de Troya» y «la sombra de Creúsa y su triste imagen» eran el espectáculo predilecto de mi vanidad.

¿Por qué, entonces, odiaba a los clásicos griegos, que contienen relatos semejantes? Pues también Homero tejió con ingenio ficciones semejantes, y su vanidad es dulcísima; sin embargo, resultaba amargo para mi gusto infantil. Y supongo que lo mismo les ocurriría con Virgilio a los niños griegos, si los obligaran a aprenderlo como a mí me obligaban a aprender a Homero.

La dificultad, en verdad, la dificultad de una lengua extranjera, mezclaba, por así decirlo, con hiel toda la dulzura de la fábula griega. Porque no entendía ni una palabra, y para que entendiera me apremiaban con violencia, con crueles amenazas y castigos.

También hubo un tiempo, cuando era muy pequeño, en que no sabía latín; pero lo aprendí sin miedo ni sufrimiento, por mera observación, entre las caricias de quienes me criaban y las bromas de los amigos, que me animaban sonriendo y jugando.

Lo aprendí sin que me impulsara ninguna presión del castigo, pues mi corazón me impulsaba a dar a luz sus ideas, y solo podía hacerlo aprendiendo palabras, no de quienes me enseñaban, sino de quienes hablaban conmigo; en sus oídos también daba a luz los pensamientos, todo cuanto concebía.

No hay duda, pues, de que la curiosidad libre tiene más fuerza para aprender estas cosas que una imposición aterradora. Solo que esta imposición refrena los extravíos de aquella libertad mediante tus leyes, oh Dios mío, tus

leyes, que, desde la vara del maestro hasta las pruebas del mártir, pueden prepararnos una amargura saludable y llamarnos de vuelta a ti desde aquel placer mortal que nos seduce y nos aleja de ti.

⁂

Escucha, Señor, mi oración; que mi alma no desfallezca bajo tu disciplina, ni desfallezca yo al confesarte todas tus misericordias, con las que me has sacado de todos mis peores caminos, para que llegaras a ser para mí un deleite mayor que todos los atractivos que antes perseguía; para que te ame con todo mi ser y me aferre a tu mano con todos mis afectos, y tú me sigas librando de toda tentación hasta el fin.

Pues mira, Señor, Rey mío y Dios mío, que esté a tu servicio cuanto de útil aprendí en mi infancia; que estén a tu servicio mi hablar, mi escribir, mi leer y mi calcular. Porque tú me concediste tu disciplina mientras yo aprendía vanidades; y me has perdonado el pecado de deleitarme en aquellas vanidades.

En ellas, ciertamente, aprendí muchas palabras útiles, pero estas pueden aprenderse igualmente en cosas que no sean vanas; y ese es el camino seguro para los pasos de la juventud.

¡Pero ay de ti, torrente de la costumbre humana! ¿Quién podrá resistirte? ¿Hasta cuándo seguirás sin secarte? ¿Hasta cuándo arrastrarás a los hijos de Eva hacia aquel océano inmenso y espantoso, que apenas logran cruzar incluso quienes suben a la cruz? ¿No leí en ti acerca de Júpiter, el que truena y el adúltero?

Ambas cosas, sin duda, no podía ser; pero así el trueno fingido podía amparar y favorecer el adulterio real. Y ahora, ¿cuál de nuestros maestros de toga escucha con sensatez a quien, desde su propia escuela, exclama: «Estas eran las ficciones de Homero, que trasladaba las cosas humanas a los dioses; ¡ojalá hubiera hecho descender hasta nosotros las cosas divinas!»?

Sin embargo, habría hablado con más verdad si hubiera dicho: «Estas son, en efecto, sus ficciones; pero atribuyó una naturaleza divina a hombres malvados para que los crímenes dejaran de ser crímenes, y quien los cometiera pareciera imitar a los dioses celestiales y no a hombres depravados».

Y, sin embargo, torrente infernal, en ti se arroja a los hijos de los hombres, con ricas recompensas por alcanzar tal saber; y se rodea de gran solemnidad lo que ocurre en el foro, a la vista de las leyes que asignan un salario además de los pagos del alumno; y tú azotas tus rocas y ruges: «De aquí se aprenden las palabras; de aquí, la elocuencia, tan necesaria para lograr vuestros fines o sostener opiniones». Como si nunca hubiéramos conocido expresiones como «lluvia de oro», «regazo», «engañar», «templos del cielo», u otras de aquel pasaje, si Terencio no hubiera llevado a escena a un joven libertino que tomaba a Júpiter como ejemplo de seducción.

«Contemplando una pintura donde se representaba el relato de Júpiter descendiendo en una lluvia de oro al regazo de Dánae para engañar a una mujer».

Y observa luego cómo se incita a la lujuria, como si lo hiciera por autoridad celestial:

«¿Y qué dios? El gran Júpiter, que con su trueno sacude los más altos templos del cielo,

¡Y yo, pobre hombre mortal, no iba a hacer lo mismo! Lo hice, y con todo mi corazón lo hice».

Toda esta vileza no hace que las palabras se aprendan ni un poco más fácilmente; pero, por medio de ellas, la vileza se comete con menos vergüenza. No es que culpe a las palabras, que son como vasos escogidos y preciosos, sino a ese vino del error que maestros embriagados nos ofrecen en ellas; y si nosotros no bebemos también, nos golpean, y no tenemos un juez sobrio al que apelar.

Sin embargo, oh Dios mío, en cuya presencia puedo ahora recordar esto sin daño, por desgracia aprendí de buena gana todo aquello, con gran deleite, y por ello me consideraban un niño prometedor.

Ten paciencia conmigo, Dios mío, mientras digo algo de mi ingenio, don tuyo, y de las necedades en que lo malgasté. Pues me asignaron una tarea bastante penosa para mi alma, con la perspectiva del elogio o la vergüenza y el miedo a los azotes: pronunciar las palabras de Juno cuando se enfurecía y lamentaba por no poder

«Apartar del Lacio a este príncipe troyano».

Yo había oído que Juno nunca pronunció aquellas palabras; pero nos obligaban a extraviarnos tras los pasos de estas ficciones poéticas y a decir en prosa algo muy parecido a lo que el poeta expresaba en verso.

Y recibía más aplausos la intervención de aquel en quien más destacaban las pasiones de la ira y el dolor, revestidas del lenguaje más apropiado y

manteniendo la dignidad del personaje. ¿De qué me sirve, oh verdadera vida mía, Dios mío, que mi declamación fuera aplaudida por encima de las de tantos de mi edad y de mi clase? ¿No es todo esto humo y viento? ¿Y no había otra cosa en la que ejercitar mi ingenio y mi lengua?

Tus alabanzas, Señor, tus alabanzas podrían haber sostenido el brote aún tierno de mi corazón con el apoyo de tus Escrituras; así no se habría arrastrado entre estas fruslerías vacías, presa manchada para las aves del cielo. Pues de más de una manera sacrifican los hombres a los ángeles rebeldes.

Pero ¿qué tiene de extraño que así me dejara arrastrar hacia las vanidades y me alejara de tu presencia, Dios mío, cuando me presentaban como modelos a hombres que, si al relatar alguna acción suya que en sí no era mala cometían algún barbarismo o solecismo, se avergonzaban al ser censurados; pero cuando relataban su propia vida desordenada en un discurso rico, adornado y bien ordenado, se enorgullecían al recibir alabanzas?

Tú ves estas cosas, Señor, y guardas silencio; eres paciente y abundante en misericordia y verdad. ¿Guardarás silencio para siempre? Aun ahora sacas de este horrible abismo al alma que te busca, que tiene sed de tus deleites, cuyo corazón te dice: He buscado tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré. Pues los afectos oscurecidos son alejamiento de ti.

Porque los hombres no te abandonan ni vuelven a ti con los pies ni cambiando de lugar. ¿Acaso aquel hijo menor tuyo buscó caballos, carros o barcos, voló con alas visibles o viajó moviendo sus miembros para malgastar en una tierra lejana, viviendo desenfrenadamente, todo lo que le diste al partir?

Padre amoroso cuando le diste, y aún más amoroso con él cuando regresó con las manos vacías. Así pues, en los afectos lujuriosos, es decir, oscurecidos, está la verdadera distancia de tu rostro.

⁂

Mira, oh Señor Dios, sí, mira con tu acostumbrada paciencia con cuánto cuidado observan los hijos de los hombres las reglas convenidas de letras y sílabas recibidas de quienes hablaron antes que ellos, mientras descuidan la alianza eterna de salvación perdurable que han recibido de ti.

Hasta el punto de que quien enseña o aprende las leyes heredadas de la pronunciación ofenderá más a los hombres si, contra las leyes de la gramática, habla sin aspiración de un «ser umano», que si él, un «ser humano», odia a un «ser humano» contra tus leyes.

Como si algún enemigo pudiera ser más dañino que el odio con que él se enciende contra ese enemigo; o pudiera herir a quien persigue más profundamente de lo que hiere su propia alma con su enemistad.

Sin duda, ningún conocimiento de las letras puede estar tan arraigado en nosotros como el testimonio de la conciencia: «Está haciendo a otro lo que no querría sufrir de otro». ¡Qué profundos son tus caminos, oh Dios, el único grande, que permaneces sentado en silencio en las alturas y, por una ley incansable, impones como castigo la ceguera a los deseos que no reconocen ley!

En busca de la fama de elocuente, un hombre que comparece ante un juez humano, rodeado de una multitud humana, y declama contra su enemigo con el odio más feroz, tendrá el mayor cuidado de no asesinar, por un error

de la lengua, la expresión «ser humano»; pero no tendrá cuidado de no asesinar, por el furor de su espíritu, al ser humano real.

Este era el mundo a cuya puerta yacía yo, desdichado, en mi niñez; este era el escenario donde había temido más cometer un barbarismo que, después de cometerlo, envidiar a quienes no lo habían cometido. Estas cosas te digo y te confieso, Dios mío; por ellas recibía alabanzas de aquellos a quienes entonces creía que era toda una virtud complacer.

Pues no veía el abismo de vileza en el que me hallaba, apartado de tus ojos. Ante ellos, ¿qué podía ser más repugnante de lo que yo ya era, si desagradaba incluso a quienes eran como yo? ¡Con innumerables mentiras engañaba a mi preceptor, a mis maestros y a mis padres, por amor al juego, por el afán de ver espectáculos vanos y por la inquietud de imitarlos!

También cometía hurtos en la despensa y en la mesa de mis padres, esclavizado por la gula, o para tener algo que dar a los muchachos que me vendían su participación en juegos que, en realidad, les gustaban tanto como a mí.

También en esos juegos buscaba a menudo victorias injustas, mientras yo mismo era vencido por el vano deseo de sobresalir. ¿Y qué podía soportar peor, o reprochar con más furia cuando lo descubría, que aquello mismo que yo hacía a los demás? Y si me descubrían y me lo reprochaban, prefería pelear antes que ceder. ¿Y es esta la inocencia de la niñez?

No, Señor, no lo es; imploro tu misericordia, Dios mío. Pues estos mismos pecados, al llegar los años de mayor madurez, estos mismos pecados pasan de los preceptores y maestros, de las nueces, las pelotas y los gorriones, a los

magistrados y reyes, al oro, las fincas y los esclavos, del mismo modo que castigos más severos sustituyen a la vara.

Era, pues, la pequeña estatura de la infancia lo que tú, nuestro Rey, recomendaste como emblema de humildad cuando dijiste: De los que son como estos es el reino de los cielos.

No obstante, Señor, a ti, Creador y Gobernador del universo, excelentísimo y bondadosísimo, a ti, nuestro Dios, debía darte gracias, aunque solo me hubieras destinado a vivir la niñez.

Pues ya entonces existía, vivía y sentía; y llevaba dentro un cuidado por mi bienestar, huella de aquella misteriosa Unidad de la que procedía; mediante el sentido interior protegía la integridad de mis sentidos, y en esas pequeñas ocupaciones y en mis pensamientos sobre cosas pequeñas aprendía a deleitarme en la verdad, odiaba que me engañaran, tenía una memoria vigorosa, estaba dotado de habla, encontraba consuelo en la amistad y evitaba el dolor, la bajeza y la ignorancia.

En una criatura tan pequeña, ¿qué no era maravilloso y admirable? Pero todo ello son dones de mi Dios: no fui yo quien me los dio; y son buenos, y todos ellos juntos constituyen lo que soy. Bueno es, pues, quien me hizo, y él es mi bien; y ante él me alegraré por todo lo bueno que tuve de niño.

Pues mi pecado consistía en que no buscaba en él, sino en sus criaturas —en mí mismo y en los demás—, placeres, grandezas y verdades, y así caía de cabeza en dolores, confusiones y errores. Gracias a ti, mi alegría, mi gloria y mi confianza, Dios mío; gracias a ti por tus dones; pero consérvamelos.

Porque así me conservarás a mí, y se acrecentará y perfeccionará lo que me has dado, y yo mismo estaré contigo, pues hasta el existir me lo has dado tú.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II

✦

Ahora recordaré mis impurezas pasadas y las corrupciones carnales de mi alma; no porque las ame, sino para amarte a Ti, Dios mío. Por amor a Tu amor lo hago; repaso mis caminos más perversos en la misma amargura de mi recuerdo, para que Tú me resultes dulce (Tú, dulzura que nunca falta, Tú, dulzura dichosa y segura); y para recogerme de nuevo de aquella dispersión mía en la que quedé hecho pedazos, cuando, apartado de Ti, el único Bien, me perdí entre una multitud de cosas.

Pues ya en mi juventud ardía por saciarme de las cosas de aquí abajo; y me atreví a desbocarme de nuevo con estos amores diversos y sombríos: mi belleza se consumió, y yo apestaba ante Tus ojos, complaciéndome a mí mismo y deseando agradar a los ojos de los hombres.

¿Y en qué me deleitaba sino en amar y ser amado? Pero no guardaba la medida del amor de un alma a otra, ese límite luminoso de la amistad; de la turbia concupiscencia de la carne y del hervor de la juventud subían nieblas que nublaban y oscurecían mi corazón, de modo que no podía distinguir el claro resplandor del amor de la bruma de la lujuria.

Ambos hervían confusamente en mí y arrastraban mi juventud sin freno por el precipicio de los deseos impuros, hundiéndome en un abismo de infamias. Tu ira se había acumulado sobre mí, y yo no lo sabía.

Me había vuelto sordo por el estrépito de la cadena de mi mortalidad, castigo de la soberbia de mi alma; y me alejaba más de Ti, y Tú me dejabas

solo, y yo era zarandeado, consumido y dispersado, y me desbordaba en mis fornicaciones, y Tú guardabas silencio, ¡oh, alegría mía tan tardía!

Tú guardabas entonces silencio, y yo me alejaba de Ti cada vez más, hacia sembrados de penas cada vez más estériles, con un abatimiento orgulloso y un cansancio inquieto.

¡Ojalá alguien hubiera moderado entonces mi desorden y hubiera aprovechado las bellezas fugaces de estas cosas, los extremos de Tu creación! ¡Ojalá hubiera puesto un límite a sus placeres, para que las mareas de mi juventud se hubieran arrojado sobre la orilla del matrimonio, si no podían calmarse y mantenerse dentro del propósito de formar una familia, como prescribe Tu ley, Señor, Tú que de este modo formas la descendencia de nuestra condición mortal y puedes con mano suave quitar la punta a las espinas que quedaron excluidas de Tu paraíso!

Pues Tu omnipotencia no está lejos de nosotros, aun cuando nosotros estemos lejos de Ti. O bien debía haber prestado más atenta vigilancia a la voz que venía de las nubes: Sin embargo, estos tendrán tribulaciones en la carne, pero yo os las quiero ahorrar. Y: Es bueno para el hombre no tocar mujer.

Y: El que no está casado piensa en las cosas del Señor, en cómo agradar al Señor; pero el casado se preocupa de las cosas de este mundo, de cómo agradar a su esposa.

Debí haber escuchado con más atención estas palabras y, apartado por causa del reino de los cielos, haber esperado con mayor dicha Tus abrazos; pero yo, pobre desdichado, echaba espuma como un mar agitado, si-

guiendo el ímpetu de mi propia marea, abandonándote y traspasando todos Tus límites; sin embargo, no escapé de Tus azotes. Pues ¿qué mortal puede hacerlo?

Porque Tú estabas siempre conmigo, misericordiosamente riguroso, y mezclabas una amargura muy intensa con todos mis placeres ilícitos, para que buscara placeres sin mezcla de amargura.

Pero no podía descubrir dónde encontrarlos, salvo en Ti, Señor, que enseñas por medio del dolor y nos hieres para sanarnos; y nos das muerte para que no muramos lejos de Ti. ¿Dónde estaba yo, y cuán lejos vivía desterrado de las delicias de Tu casa, en aquel año decimosexto de mi vida corporal, cuando la locura de la lujuria (a la que la desvergüenza humana concede plena licencia, aunque Tus leyes no la permitan) se adueñó de mí y yo me entregué a ella por entero?

Entretanto, mis allegados no se preocupaban de evitar mi caída mediante el matrimonio; su única preocupación era que aprendiera a hablar excelentemente y fuera un orador persuasivo.

Pues aquel año se interrumpieron mis estudios: después de mi regreso de Madaura (una ciudad vecina a la que había viajado para aprender gramática y retórica), se estaban reuniendo para mí los recursos necesarios para un viaje más lejano, a Cartago; y esto se debía más a la determinación que a los medios de mi padre, que era tan solo un hombre libre y pobre de Tagaste. ¿A quién le cuento esto?

No a Ti, Dios mío, sino ante Ti a los de mi propia especie, a esa pequeña parte de la humanidad que llegue a encontrarse con estos escritos míos. ¿Y

con qué propósito? Para que quien lea esto piense desde qué profundidades debemos clamar a Ti.

Pues ¿qué hay más cerca de Tus oídos que un corazón que se confiesa y una vida de fe? ¿Quién no elogiaba a mi padre porque, más allá de lo que permitían sus medios, quería proporcionar a su hijo todo lo necesario para un largo viaje con el fin de estudiar? Pues muchos ciudadanos con recursos mucho mayores no hacían tal cosa por sus hijos.

Sin embargo, este mismo padre no se preocupaba de cómo crecía yo hacia Ti ni de cuán casto era, con tal de que fuera abundante en palabras, por estéril que resultara para Tu cultivo, Dios mío, Tú que eres el único Señor verdadero y bueno de Tu campo, mi corazón.

Pero mientras, en aquel año decimosexto de mi vida, vivía con mis padres y dejaba por un tiempo toda enseñanza (pues la escasez de recursos de mis padres había impuesto una temporada de ocio), las zarzas de los deseos impuros crecían abundantes por encima de mi cabeza, y no había mano que las arrancara.

Cuando mi padre me vio en los baños, ya camino de la edad adulta y lleno de una inquieta vitalidad juvenil, se lo contó con alegría a mi madre, como si ya anticipara por ello su descendencia; se regocijaba en aquel tumulto de los sentidos en el que el mundo se olvida de Ti, su Creador, y se enamora de Tu criatura en lugar de Ti, embriagado por los vapores de ese vino invisible de su propia voluntad, desviándose e inclinándose hacia las cosas más bajas.

Pero en el pecho de mi madre ya habías comenzado a levantar Tu templo y los cimientos de Tu santa morada, mientras que mi padre aún era solo catecúmeno, y desde hacía poco. Ella se sobresaltó entonces con santo temor y temblor; y, aunque yo todavía no estaba bautizado, temía por mí aquellos caminos torcidos por los que andan quienes te vuelven la espalda y no el rostro.

¡Ay de mí! ¿Y me atrevo a decir que Tú guardabas silencio, Dios mío, mientras yo me alejaba más de Ti? ¿De verdad guardabas entonces silencio conmigo? ¿Y de quién sino de Ti eran aquellas palabras que, por medio de mi madre, Tu fiel sierva, cantabas a mis oídos? Ninguna de ellas penetró en mi corazón de modo que la pusiera en práctica.

Pues ella deseaba, y recuerdo que me lo advirtió en privado con gran inquietud, «que no cometiera fornicación; pero, sobre todo, que nunca deshonrara a la esposa de otro hombre». Estos me parecían consejos de mujeres que me daría vergüenza obedecer.

Pero eran Tuyos, y yo no lo sabía; y pensaba que Tú callabas y que era ella quien hablaba, cuando por medio de ella no guardabas silencio conmigo; y en ella eras despreciado por mí, su hijo, el hijo de Tu sierva, Tu servidor.

Pero yo no lo sabía y me precipitaba con tal ceguera que, entre mis iguales, me avergonzaba de ser menos desvergonzado cuando los oía jactarse de sus infamias; sí, y cuanto más degradados estaban, más se jactaban. Y yo encontraba placer, no solo en el placer del acto, sino también en la alabanza. ¿Qué merece censura sino el vicio?

Pero yo me hacía peor de lo que era para que no me censuraran; y cuando en algo no había pecado como aquellos desenfrenados, decía haber hecho lo que no había hecho, para no parecer despreciable en la medida en que era inocente, ni de menor valor cuanto más casto fuera.

⁂

Mira con qué compañeros recorría las calles de Babilonia y me revolcaba en su fango como en un lecho de especias y ungüentos preciosos. Y para que me aferrara con más fuerza a su mismo centro, el enemigo invisible me pisoteaba y me seducía, pues yo era fácil de seducir.

Tampoco la madre de mi carne (que ya había huido del centro de Babilonia, aunque avanzaba más lentamente por sus alrededores), pese a aconsejarme castidad, prestó tanta atención a lo que su esposo le había contado de mí como para contener dentro de los límites del afecto conyugal aquello que sentía como una peste en el presente y un peligro para el futuro, si no podía cortarse de raíz.

No atendía a esto porque temía que una esposa resultara una traba y un obstáculo para mis esperanzas. No aquellas esperanzas del mundo venidero que mi madre depositaba en Ti, sino la esperanza de adquirir conocimientos, que mis padres deseaban con demasiado afán que yo alcanzara; mi padre, porque apenas pensaba en Ti y solo tenía vanas fantasías acerca de mí; mi madre, porque consideraba que aquellos estudios habituales no solo no serían un obstáculo, sino incluso una ayuda para llegar a Ti.

Pues así lo supongo al recordar, lo mejor que puedo, la disposición de mis padres. Entretanto, me aflojaban las riendas más allá de toda medida de de-

bida severidad, para que pasara el tiempo en diversiones, incluso hasta el desenfreno en cualquier cosa que me atrajera.

Y sobre todo había una niebla que me ocultaba, Dios mío, el resplandor de Tu verdad; y mi iniquidad brotaba como de mi propia abundancia.

El robo es castigado por Tu ley, Señor, y por la ley escrita en los corazones de los hombres, que ni la misma iniquidad borra. Pues ¿qué ladrón tolera a otro ladrón? Ni siquiera un ladrón rico tolera al que roba por necesidad. Sin embargo, yo deseaba robar y lo hice, sin que me obligaran el hambre ni la pobreza, sino por hastío del bien y por estar consentido en la iniquidad.

Pues robé algo de lo que tenía suficiente, y mucho mejor. Tampoco me interesaba disfrutar de lo que robaba, sino que me alegraba del robo y del pecado mismo. Había cerca de nuestra viña un peral cargado de frutos que no resultaban tentadores ni por su color ni por su sabor.

Algunos jóvenes libertinos, entre los que estaba yo, fuimos una noche muy tarde a sacudirlo y despojarlo (pues, según nuestra perniciosa costumbre, habíamos prolongado hasta entonces nuestros juegos en las calles), y nos llevamos enormes cargas de peras, no para comerlas, sino para echárselas a los cerdos, después de haber probado apenas algunas.

Y esto, solo por hacer algo que nos gustaba únicamente porque estaba mal visto. Mira mi corazón, Dios mío, mira mi corazón, del que tuviste piedad en el fondo del abismo sin fondo. Ahora, mira, que mi corazón te diga qué buscaba allí, para que yo fuera malo sin motivo, sin otra tentación de hacer el mal que el mal mismo.

Era repugnante, y yo lo amaba; amaba mi perdición, amaba mi propia falta, no aquello por lo que cometía la falta, sino la falta misma. ¡Alma repugnante, que caía de Tu firmamento a la destrucción total, sin buscar nada mediante la vergüenza, sino la vergüenza misma!

Pues hay atractivo en los cuerpos hermosos, en el oro y la plata y en todas las cosas; y en el contacto corporal tiene gran influencia la afinidad, y cada uno de los demás sentidos tiene su objeto propio, dispuesto de manera correspondiente. El honor mundano también tiene su encanto, como el poder de vencer y de dominar; de ahí nace también la sed de venganza.

Pero para obtener todas estas cosas no debemos apartarnos de Ti, Señor, ni desviarnos de Tu ley. También la vida que aquí vivimos tiene su propio encanto, por cierta armonía que le es propia y por su correspondencia con todas las cosas hermosas de aquí abajo. También la amistad humana se vuelve entrañable por un dulce lazo, a causa de la unidad que se forma entre muchas almas.

Con ocasión de todas estas cosas y otras semejantes se comete el pecado, cuando por una inclinación desmedida hacia estos bienes del orden más bajo se abandonan los mejores y más elevados: Tú, Señor y Dios nuestro, Tu verdad y Tu ley.

Pues estas cosas inferiores tienen sus deleites, pero no como mi Dios, que hizo todas las cosas; porque en Él se deleita el justo, y Él es la alegría de los rectos de corazón.

Cuando, pues, preguntamos por qué se cometió un crimen, no lo creemos a menos que parezca haber habido algún deseo de obtener algunos de

aquellos que llamamos bienes inferiores, o algún temor de perderlos. Pues son bellos y agradables, aunque, comparados con aquellos bienes superiores que dan la felicidad, sean viles y bajos. Un hombre ha matado a otro: ¿por qué?

Deseaba a su esposa o sus propiedades; o quería robar para ganarse el sustento; o temía perder por causa de él alguna de esas cosas; o, agraviado, ardía en deseos de vengarse. ¿Cometería alguien un asesinato sin motivo alguno, deleitándose simplemente en matar? ¿Quién lo creería?

Pues incluso de aquel hombre furioso y salvaje, de quien se dice que era malvado y cruel gratuitamente, se da una causa: «Para que —dice— la mano o el corazón no se volvieran inactivos por la ociosidad». ¿Y con qué fin?

Para que, mediante aquella práctica del crimen, pudiera, tras apoderarse de la ciudad, alcanzar honores, poder y riquezas, y librarse del temor a las leyes, de los apuros de sus necesidades domésticas y de la conciencia de sus maldades. Así pues, ni siquiera el propio Catilina amaba sus maldades, sino alguna otra cosa por la que las cometía.

¿Qué amaba entonces en ti, desdichado de mí, robo mío, obra de oscuridad, en aquel año decimosexto de mi vida? No eras hermoso, porque eras un robo. Pero ¿eres acaso algo, para que así te hable? Hermosas eran las peras que robamos, porque eran creación tuya, tú, el más hermoso de todos, Creador de todo, Dios bueno; Dios, el bien supremo y mi verdadero bien.

Hermosas eran aquellas peras, pero no las deseaba mi alma desdichada, pues tenía abundancia de otras mejores, y aquellas las recogí solo para ro-

bar. Porque, una vez recogidas, las tiré, y mi único deleite en ello fue mi propio pecado, del que me complacía disfrutar. Pues si alguna de aquellas peras entró en mi boca, lo que la endulzaba era el pecado.

Y ahora, Señor, Dios mío, me pregunto qué me deleitaba en aquel robo; y veo que no tiene hermosura alguna. No me refiero a la hermosura que hay en la justicia y la sabiduría, ni a la que hay en la mente, la memoria, los sentidos y la vida corporal del hombre; ni tampoco a la gloria y belleza de las estrellas en sus órbitas, o de la tierra o del mar, llenos de vida en germen, que con su nacimiento reemplaza lo que perece; ni siquiera a aquella belleza falsa y sombría que pertenece a los vicios engañosos.

⁂

Así imita la soberbia la grandeza, cuando solo tú eres Dios, elevado sobre todo. La ambición, ¿qué busca sino honores y gloria? No obstante, solo tú mereces ser honrado por encima de todo y eres glorioso por siempre.

La crueldad de los poderosos quiere ser temida; pero ¿a quién se ha de temer sino solo a Dios, de cuyo poder qué puede ser arrebatado o apartado? ¿Cuándo, dónde, adónde o por quién? Las ternuras del libertino quieren ser consideradas amor; pero nada es más tierno que tu caridad, ni se ama cosa alguna más saludablemente que tu verdad, luminosa y hermosa por encima de todo.

La curiosidad aparenta deseo de conocimiento, cuando tú conoces supremamente todas las cosas. Hasta la ignorancia y la necedad se encubren bajo el nombre de sencillez e inocuidad, porque nada se encuentra más sencillo

que tú; ¿y qué hay menos dañino, puesto que son las propias obras del pecador las que lo dañan?

También la pereza quiere descansar; pero ¿qué descanso duradero hay fuera del Señor? El lujo pretende llamarse plenitud y abundancia; pero tú eres la plenitud y la abundancia inagotable de placeres incorruptibles. La prodigalidad presenta una sombra de generosidad; pero tú eres quien más abundantemente da todo bien.

La codicia quiere poseer muchas cosas, y tú posees todas las cosas. La envidia disputa por la excelencia: ¿qué hay más excelente que tú? La ira busca venganza: ¿quién se venga con más justicia que tú?

El miedo se sobresalta ante cosas insólitas y repentinas que ponen en peligro las cosas amadas, y toma precauciones para protegerlas; pero ¿qué hay para ti de insólito o repentino, o quién separa de ti lo que amas? ¿O dónde, sino junto a ti, hay seguridad inquebrantable?

La tristeza se consume por las cosas perdidas, deleite de sus deseos, porque quisiera que nada le fuera arrebatado, como nada puede serte arrebatado a ti.

Así comete fornicación el alma cuando se aparta de ti, buscando fuera de ti lo que no encuentra puro y sin mancha hasta que vuelve a ti. Así te imitan perversamente todos los que se alejan de ti y se alzan contra ti.

Pero aun al imitarte de ese modo, dan a entender que eres el Creador de toda la naturaleza; por eso no hay lugar adonde retirarse por completo de ti. ¿Qué amaba entonces en aquel robo? ¿Y en qué imitaba a mi Señor, aunque fuera de manera corrupta y perversa? ¿Quería, siquiera a escondi-

das, actuar contra tu ley, porque no podía hacerlo por la fuerza, para que, siendo prisionero, pudiera remedar una libertad mutilada haciendo impunemente cosas que me estaban prohibidas, como una oscura semejanza de tu omnipotencia?

Mira a tu siervo, que huye de su Señor y obtiene una sombra. ¡Oh podredumbre, oh monstruosidad de la vida y profundidad de la muerte! ¿Podía gustarme lo que no me estaba permitido, solo porque no me estaba permitido?

¿Qué le daré al Señor por que, mientras mi memoria recuerda estas cosas, mi alma no se aterre ante ellas? Te amaré, Señor, te daré gracias y alabaré tu nombre, porque me has perdonado estas obras mías tan grandes y atroces. A tu gracia y a tu misericordia atribuyo que hayas derretido mis pecados como si fueran hielo.

A tu gracia atribuyo también todo el mal que no he hecho, pues ¿qué no habría podido hacer yo, que incluso amé un pecado por sí mismo? Sí, confieso que todo me ha sido perdonado: tanto los males que cometí por mi propia voluntad como los que, guiado por ti, no cometí. ¿Qué hombre, considerando su propia debilidad, se atreve a atribuir su pureza e inocencia a sus propias fuerzas, para así amarte menos, como si hubiera necesitado menos de tu misericordia, por la que perdonas los pecados de quienes vuelven a ti?

Pues cualquiera que, llamado por ti, haya seguido tu voz y evitado las cosas que lee que yo recuerdo y confieso de mí mismo, no me desprecie a mí, que, estando enfermo, fui curado por aquel Médico por cuya ayuda él no enfermó o, mejor dicho, enfermó menos.

Y por ello que te ame tanto como yo, y aun más, pues aquel por quien ve que yo he sido rescatado de tan profunda consunción del pecado es el mismo por quien se ve preservado de una consunción semejante.

¿Qué fruto obtenía yo entonces, desdichado de mí, de aquellas cosas cuyo recuerdo ahora me avergüenza? En especial, de aquel robo que amé por el robo mismo; y también él era nada, y por ello más desdichado era yo, que lo amaba.

Sin embargo, solo no lo habría hecho: tal era yo entonces, lo recuerdo; solo jamás lo habría hecho. ¿Amaba entonces también en él la compañía de los cómplices con quienes lo hice?

Entonces no amaba únicamente el robo; y, sin embargo, sí, no amaba ninguna otra cosa, pues aquella circunstancia de la compañía también era nada. ¿Qué es, en verdad? ¿Quién puede enseñármelo, sino aquel que ilumina mi corazón y descubre sus rincones oscuros? ¿Qué es esto que se me ha ocurrido indagar, examinar y considerar?

Pues si entonces hubiera amado las peras que robé y hubiera querido disfrutarlas, podría haberlo hecho solo, si la mera comisión del robo hubiera bastado para alcanzar mi placer; ni habría necesitado avivar el ardor de mis deseos con el estímulo de los cómplices.

Pero, puesto que mi placer no estaba en aquellas peras, estaba en la propia falta, a la que dio ocasión la compañía de otros pecadores.

¿Qué era entonces aquel sentimiento? Pues, en verdad, era demasiado vil; y ¡ay de mí, que lo tenía! Pero ¿qué era? ¿Quién puede comprender sus errores? Era la diversión que, por así decirlo, nos hacía cosquillas en el corazón

al engañar a quienes apenas imaginaban lo que hacíamos y lo desaprobaban profundamente. ¿Por qué, entonces, era mi deleite de tal naturaleza que no lo habría hecho solo? ¿Porque de ordinario nadie se ríe solo?

De ordinario, nadie; no obstante, a veces la risa se apodera de los hombres cuando están solos, sin nadie a su lado, si algo muy cómico se presenta a sus sentidos o a su mente. Pero yo no habría hecho aquello solo; solo jamás lo habría hecho.

Mira, Dios mío, ante ti, el vivo recuerdo de mi alma: solo jamás habría cometido aquel robo en el que no me agradaba lo que robaba, sino el hecho de robar; tampoco me habría gustado hacerlo solo, ni lo habría hecho. ¡Oh amistad tan enemiga!

Tú, incomprensible seductora del alma, tú, avidez de hacer daño por diversión y desenfreno, tú, sed de pérdidas ajenas, sin deseo de ganancia propia ni de venganza: pero cuando se dice: «Vamos, hagámoslo», nos avergüenza no ser desvergonzados.

¿Quién puede deshacer aquel nudo retorcido y enmarañado? Es repugnante: aborrezco pensar en él, mirarlo. Pero a ti te anhelo, Justicia e Inocencia, hermosa y agradable a todos los ojos puros, que satisfaces sin saciar. Contigo hay descanso pleno y vida imperturbable.

Quien entra en ti entra en el gozo de su Señor; no temerá y obrará con excelencia en aquel que es excelente en todo. Me hundí lejos de ti y vagué, Dios mío, demasiado apartado de ti, mi sostén, en aquellos días de mi juventud, y me convertí para mí mismo en una tierra estéril.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III

✦

Llegué a Cartago, donde por todas partes resonaba en mis oídos un caldero de amores impuros. Todavía no amaba, pero amaba amar y, por una necesidad profundamente arraigada, me odiaba por no sentir necesidad. Buscaba algo que pudiera amar, enamorado del amor, y odiaba la seguridad y los caminos sin trampas.

Pues dentro de mí había hambre de aquel alimento interior que eres Tú, Dios mío; sin embargo, aquella hambre no me hacía sentir hambriento, sino que carecía de todo deseo de alimento incorruptible, no porque estuviera lleno de él, sino porque cuanto más vacío estaba, más lo aborrecía.

Por esta causa mi alma estaba enferma y llena de llagas; se arrojaba miserablemente hacia fuera, deseando que el contacto de los objetos de los sentidos la rascara. Pero si estos no tuvieran alma, no serían objetos de amor. Amar, pues, y ser amado me resultaba dulce; pero más aún cuando lograba gozar de la persona que amaba.

Así, manchaba la fuente de la amistad con la suciedad de la concupiscencia y nublaba su resplandor con el infierno de la lujuria; y, siendo tan sucio e indecoroso, quería, por mi enorme vanidad, parecer refinado y cortés. Me precipité entonces en el amor en cuyas redes ansiaba caer.

Dios mío, Misericordia mía, ¡con cuánta hiel rociaste para mí aquella dulzura por tu gran bondad! Pues era amado y, en secreto, llegué al vínculo del goce; y con alegría quedé encadenado con lazos que traían dolor, para que

me azotaran las ardientes varas de hierro de los celos, las sospechas, los temores, las iras y las disputas.

También me arrastraban las representaciones teatrales, llenas de imágenes de mis miserias y de combustible para mi fuego. ¿Por qué desea el hombre entristecerse contemplando cosas dolorosas y trágicas que él mismo no querría sufrir de ninguna manera?

No obstante, como espectador desea sentir dolor por ellas, y ese mismo dolor es su placer. ¿Qué es esto sino una locura miserable? Pues cuanto menos libre está un hombre de tales pasiones, más lo conmueven esas representaciones. En todo caso, cuando sufre en su propia persona, suele llamarse miseria; cuando se compadece de otros, se llama misericordia.

Pero ¿qué clase de compasión es esta por pasiones fingidas y teatrales? Pues al espectador no se le pide que socorra, sino solo que se aflija; y cuanto más se aflige, más aplaude al actor de esas ficciones.

Y si las desgracias de aquellos personajes, ya sean de tiempos antiguos o pura ficción, se representan de tal modo que el espectador no se conmueve hasta las lágrimas, se marcha disgustado y criticando; pero si se emociona, permanece atento y llora de alegría.

¿Se aman, pues, también los dolores? En verdad, todos desean la alegría. ¿O acaso, aunque a nadie le gusta ser desdichado, le agrada ser misericordioso? Y como esto no puede darse sin emoción, ¿se aman las emociones solo por esta razón? También esto brota de aquella vena de la amistad.

Pero ¿adónde va esa vena? ¿Adónde fluye? ¿Por qué desemboca en aquel torrente de brea que arroja, al hervir, aquellas monstruosas oleadas de sucia

lujuria, en las que voluntariamente se cambia y transforma, precipitándose por su propia voluntad y corrompiendo su claridad celestial? ¿Habrá, entonces, que desechar la compasión? De ningún modo. Ámense, pues, a veces los dolores.

Pero guárdate de la impureza, alma mía, bajo la protección de mi Dios, el Dios de nuestros padres, que ha de ser alabado y exaltado sobre todo por siempre; guárdate de la impureza. Pues ahora no he dejado de compadecerme; pero entonces, en los teatros, me alegraba con los amantes cuando gozaban pecaminosamente el uno del otro, aunque esto solo fuera imaginario en la obra.

Y cuando se perdían el uno al otro, como si fuera muy compasivo, sufría con ellos, pero encontraba deleite en ambas cosas. Ahora, en cambio, me compadezco mucho más de quien se alegra de su maldad que de aquel que se considera desdichado por verse privado de algún placer pernicioso y perder alguna felicidad miserable.

Esta es, sin duda, la misericordia más verdadera, pero en ella el dolor no produce deleite. Pues aunque se elogie por su obra de caridad a quien se aflige por los desdichados, quien es verdaderamente compasivo preferiría que no hubiera nada por lo que afligirse.

Pues si la buena voluntad pudiera ser malintencionada, lo que nunca puede ocurrir, entonces quien se compadece verdadera y sinceramente podría desear que hubiera algún desdichado de quien compadecerse. Puede, pues, admitirse algún dolor, pero no amar ninguno.

Porque así eres Tú, Señor Dios, que amas a las almas con mucha más pureza que nosotros y te compadeces de ellas de un modo más incorruptible, sin que ningún dolor te hiera. ¿Y quién está a la altura de estas cosas?

Pero yo, desdichado, amaba entonces afligirme y buscaba motivos de aflicción; ante la miseria ajena, fingida y representada, la actuación que más me agradaba y me atraía con mayor fuerza era la que me arrancaba lágrimas. ¿Qué tiene de extraño que yo, oveja desdichada, extraviada de tu rebaño y que no soportaba tu cuidado, contrajera una enfermedad repugnante?

De ahí aquel amor a los dolores; no a los que penetraran profundamente en mí, pues no amaba sufrir lo que amaba contemplar, sino a los que, al oír aquellas ficciones, arañaran ligeramente la superficie; a esos arañazos, como a los de uñas envenenadas, seguían una hinchazón inflamada, abscesos y una llaga putrefacta. Siendo así mi vida, ¿era vida, Dios mío?

Y tu fiel misericordia se cernía sobre mí desde lejos. ¡En cuán graves iniquidades me consumía, persiguiendo una curiosidad sacrílega que, después de haberte abandonado, me llevara al abismo traicionero y al engañoso servicio de los demonios, a quienes sacrificaba mis malas acciones; y en todas estas cosas Tú me azotabas! Me atreví incluso, mientras se celebraban tus solemnidades dentro de los muros de tu Iglesia, a desear y llevar a cabo un asunto que, por sus frutos, merecía la muerte; por ello me azotaste con graves castigos, aunque nada eran en comparación con mi culpa, Tú, inmensa misericordia mía, Dios mío, mi refugio frente a aquellos terribles destructores, entre quienes vagaba con obstinación, alejándome cada vez más de Ti, amando mis propios caminos y no los tuyos, amando una libertad errante.

También aquellos estudios que se consideraban dignos de elogio tenían por objeto sobresalir en los tribunales de justicia; cuanto más astuto era uno, más alabado. Tal es la ceguera de los hombres, que se glorían incluso de su ceguera.

Y yo ya era el primero en la escuela de retórica, de lo cual me alegraba orgullosamente y me hinchaba de arrogancia, aunque, Señor, Tú lo sabes, era mucho más tranquilo y estaba por completo apartado de las trastadas de aquellos «Perturbadores» —pues este nombre siniestro y diabólico era precisamente la insignia de la distinción— entre quienes vivía, sintiendo una vergüenza desvergonzada por no ser como ellos.

Con ellos vivía y a veces me deleitaba su amistad, aunque siempre aborrecí sus actos, es decir, sus «perturbaciones», con las que acosaban caprichosamente el recato de los recién llegados, que alteraban con burlas gratuitas, alimentando así su malicia innata.

Nada puede parecerse más a las propias acciones de los demonios. ¿Qué nombre más verdadero podían recibir, entonces, que el de «Perturbadores»? Ellos mismos habían sido primero trastornados y completamente pervertidos, mientras los espíritus engañadores se burlaban de ellos en secreto y los seducían en aquello mismo con que ellos se deleitaban burlándose de otros y engañándolos.

⁂

Entre personas como estas, en aquella edad inestable de mi vida, estudiaba libros de elocuencia, en la que deseaba sobresalir con un fin condenable y vanaglorioso: el gozo de la vanidad humana. En el curso habitual de los es-

tudios, di con cierto libro de Cicerón, cuya elocuencia casi todos admiran, aunque no así su corazón.

Este libro suyo contiene una exhortación a la filosofía y se llama «Hortensio». Pero este libro cambió mis afectos, dirigió mis oraciones hacia Ti, Señor, y me hizo tener otros propósitos y deseos. De pronto, toda esperanza vana perdió su valor para mí; y anhelaba con un deseo increíblemente ardiente una inmortalidad de sabiduría, y comenzaba ya a levantarme para volver a Ti.

Pues no empleé aquel libro para afilar mi lengua, algo que parecía estar comprando con el dinero que me daba mi madre en aquel decimonoveno año de mi vida, cuando mi padre había muerto dos años antes; no lo empleé para afilar mi lengua, ni me infundió su estilo, sino su contenido.

¡Cómo ardía entonces, Dios mío, cómo ardía por elevarme de nuevo desde las cosas terrenales hasta Ti, sin saber lo que harías conmigo! Pues en Ti está la sabiduría. Y el amor a la sabiduría se llama en griego «filosofía», de la cual me inflamó aquel libro.

Hay quienes seducen mediante la filosofía, encubriendo y disfrazando sus propios errores bajo un nombre grande, atractivo y honorable; y casi todos los que fueron así en aquella época y en las anteriores quedan censurados y expuestos en ese libro.

En él también se hace patente aquel saludable consejo de tu Espíritu, dado por medio de tu siervo bueno y devoto: Cuidad de que nadie os lleve cautivos por medio de la filosofía y el vano engaño, según la tradición de los

hombres, según los rudimentos del mundo y no según Cristo. Porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad.

Y como por aquel entonces, Tú lo sabes, luz de mi corazón, yo no conocía la Escritura apostólica, me deleitaba aquella exhortación únicamente porque me impulsaba con fuerza, me encendía y me inflamaba a amar, buscar, alcanzar, conservar y abrazar, no esta o aquella secta, sino la sabiduría misma, fuera cual fuese; y en medio de tanto ardor solo me frenaba el que no estuviera allí el nombre de Cristo.

Porque este nombre, según tu misericordia, Señor, este nombre de mi Salvador, tu Hijo, mi tierno corazón lo había bebido devotamente con la leche de mi madre y lo había guardado muy dentro; y todo lo que carecía de aquel nombre, por erudito, pulido o verdadero que fuera, no llegaba a cautivarme por entero.

Decidí entonces dedicar mi mente a las santas Escrituras para ver cómo eran. Pero he aquí que veo algo que los orgullosos no comprenden ni se revela a los niños, humilde en su entrada, elevado en sus profundidades y velado de misterios; y yo no era capaz de entrar en ello ni de inclinar el cuello para seguir sus pasos.

Pues cuando me volví hacia aquellas Escrituras no sentía lo que ahora digo, sino que me parecían indignas de compararse con la majestad de Tulio; porque mi orgullo hinchado rechazaba su humildad y mi agudo ingenio no podía penetrar en su interior. Sin embargo, eran tales que crecerían con un pequeño. Pero yo desdeñaba ser pequeño y, henchido de orgullo, me creía grande.

Por eso caí entre hombres que deliraban con orgullo, sumamente carnales y charlatanes, en cuyas bocas estaban las trampas del Diablo, untadas con una mezcla de las sílabas de tu nombre, del de nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu Santo, el Paráclito, nuestro Consolador.

Estos nombres no se apartaban de su boca, pero no pasaban del mero sonido y del ruido de la lengua, pues su corazón estaba vacío de verdad. Sin embargo, gritaban «Verdad, Verdad», y me hablaban mucho de ella, aunque no estaba en ellos; antes bien, decían falsedades, no solo de ti, que verdaderamente eres la Verdad, sino incluso de los elementos de este mundo, tus criaturas.

Y yo, por amor a ti, Padre mío, sumamente bueno, Belleza de todas las cosas bellas, debería haber dejado atrás incluso a los filósofos que decían la verdad acerca de ellas. ¡Oh, Verdad, Verdad, con qué íntimo anhelo suspiraba ya entonces por ti lo más profundo de mi alma, cuando ellos, tantas veces y de tantas maneras, en tantos y tan voluminosos libros, me hacían oír tu eco, aunque solo fuera un eco!

Y estos eran los platos en los que, estando yo hambriento de ti, me servían, en lugar de ti, el Sol y la Luna, hermosas obras tuyas, pero obras tuyas al fin, no tú mismo, ni siquiera tus primeras obras. Pues tus obras espirituales son anteriores a estas obras corporales, por celestiales y resplandecientes que sean.

Pero yo no tenía hambre ni sed siquiera de aquellas primeras obras tuyas, sino de ti mismo, la Verdad, en quien no hay variación ni sombra de cambio; y, sin embargo, ellos seguían poniéndome delante, en aquellos platos, fantasías brillantes, cuando habría sido mejor amar a este mismo sol, que al

menos es real para nuestros ojos, que a aquellas fantasías que por medio de nuestros ojos engañan nuestra mente.

Pero, como pensaba que eran tú, me alimentaba de ellas; no con avidez, pues en ellas no encontraba tu verdadero sabor, ya que tú no eras aquellas vaciedades, ni ellas me nutrían, sino que más bien me agotaban. La comida que vemos en sueños se parece mucho a la que comemos despiertos; sin embargo, quienes duermen no se nutren de ella, porque están dormidos.

Pero aquellas fantasías ni siquiera se parecían a ti de modo alguno, como ahora me has dicho, pues eran fantasías corporales, cuerpos falsos, mucho menos ciertos que estos cuerpos verdaderos, celestiales o terrestres, que contemplamos con nuestros ojos de carne.

Estas cosas las distinguen las bestias y las aves tan bien como nosotros, y son más ciertas que cuando nos las imaginamos. Y, a su vez, las imaginamos con más certeza que cuando, a partir de ellas, conjeturamos otros cuerpos más vastos e infinitos que no existen. De tales cáscaras vacías me alimentaba entonces, y no me nutría.

Pero tú, Amor de mi alma, en cuya búsqueda desfallezco para hacerme fuerte, no eres ni aquellos cuerpos que vemos, aunque estén en el cielo, ni los que no vemos allí; pues tú los has creado y no los cuentas entre las más excelentes de tus obras. ¡Qué lejos estás, pues, de aquellas fantasías mías, fantasías de cuerpos que no existen en absoluto, mucho menos ciertas que las imágenes de los cuerpos que sí existen, y menos ciertas aún que los cuerpos mismos!

Y, sin embargo, tú no eres esos cuerpos, ni tampoco el alma, que es la vida de los cuerpos. Así pues, la vida de los cuerpos es mejor y más cierta que los cuerpos. Pero tú eres la vida de las almas, la vida de las vidas, que tienes vida en ti mismo; y no cambias, vida de mi alma.

⁂

¿Dónde estabas entonces para mí, y qué lejos de mí? Muy lejos de ti andaba yo extraviado, privado hasta de las cáscaras de los cerdos, a los que alimentaba con cáscaras. Pues ¿cuánto mejores son las fábulas de los poetas y los gramáticos que estas trampas?

Porque los versos, los poemas y «Medea volando» son, en verdad, más provechosos que los cinco elementos de estos hombres, disfrazados de diversas maneras y correspondientes a cinco cavernas de tinieblas, que no existen y, sin embargo, matan a quien cree en ellas.

Pues los versos y los poemas puedo convertirlos en verdadero alimento, y, aunque cantaba lo de «Medea volando», no lo afirmaba como verdad; aunque lo oía cantar, no lo creía. Pero aquellas cosas sí las creía. ¡Ay, ay, por qué pasos fui llevado hasta las profundidades del infierno!

Me afanaba y me agitaba por falta de la Verdad, pues te buscaba, Dios mío —a ti te lo confieso, que tuviste misericordia de mí cuando aún no te confesaba—, no según el entendimiento de la mente, por el que quisiste que yo aventajara a las bestias, sino según los sentidos de la carne.

Pero tú estabas más dentro de mí que lo más íntimo de mi ser, y más alto que lo más alto de mí. Me encontré con aquella mujer atrevida, necia y que nada sabe, representada en Salomón, sentada a la puerta y diciendo: Co-

med con gusto el pan a escondidas y bebed las aguas robadas, que son dulces.

Ella me sedujo porque encontró mi alma viviendo fuera de sí, en el ojo de mi carne, y rumiando el alimento que por él había devorado.

Pues, fuera de esto, no conocía lo que realmente existe; y, como si fuera por agudeza de ingenio, me dejaba persuadir para dar la razón a necios embusteros cuando me preguntaban: «¿De dónde viene el mal?», «¿Está Dios limitado por una forma corporal, y tiene cabellos y uñas?», «¿Se ha de considerar justos a quienes tuvieron muchas mujeres a la vez, mataron hombres y sacrificaron seres vivos?».

Estas preguntas me turbaban mucho en mi ignorancia, y, mientras me apartaba de la verdad, me parecía que avanzaba hacia ella, porque todavía no sabía que el mal no es sino una privación del bien, hasta que una cosa deja por completo de existir. ¿Y cómo habría de verlo, si la mirada de mis ojos solo alcanzaba los cuerpos, y la de mi mente, una imagen ilusoria?

Y no sabía que Dios es Espíritu, que no tiene partes extendidas a lo largo y a lo ancho, ni consiste en una masa; pues toda masa es menor en una parte que en el todo, y, si es infinita, ha de ser menor en la parte delimitada por cierto espacio que en su infinitud; por tanto, no está entera en todas partes, como el Espíritu, como Dios.

Y yo ignoraba por completo qué había en nosotros por lo que éramos semejantes a Dios y podía decirse con razón que estábamos hechos a imagen de Dios.

Tampoco conocía aquella verdadera justicia interior que no juzga según la costumbre, sino según la rectísima ley de Dios todopoderoso, por la cual se ordenaron las prácticas de los distintos lugares y tiempos conforme a esos tiempos y lugares, mientras ella permanece siempre y en todas partes igual, sin ser una cosa en un lugar y otra en otro.

Conforme a ella fueron justos Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David y todos aquellos elogiados por boca de Dios; pero hombres insensatos los juzgaban injustos, juzgando con criterio humano y midiendo con sus propias y mezquinas costumbres la conducta moral de todo el género humano.

Como si alguien, en una armería, sin saber qué pieza corresponde a cada parte del cuerpo, se cubriera la cabeza con grebas o quisiera calzarse con un casco, y se quejara de que no le quedan bien; o como si, en un día en que se suspenden por disposición pública los negocios por la tarde, alguien se enfadara porque no le permiten mantener abierta su tienda, ya que la había tenido abierta por la mañana; o como si viera en una casa a un criado tomar en la mano algo que al mayordomo no se le permite tocar, o algo permitido fuera de la casa y prohibido en el comedor, y se enojara porque, en una misma casa y familia, no se permite lo mismo en todas partes y a todos.

Así son quienes se irritan al oír que algo les era lícito antiguamente a los hombres justos y ahora no lo es, o que Dios, por ciertas circunstancias temporales, mandó a aquellos una cosa y a estos otra, aunque ambos obedecían a la misma justicia.

Y eso a pesar de que ven que, en un mismo hombre, un mismo día y una misma casa, distintas cosas convienen a distintos miembros; que algo antes lícito deja de serlo pasado cierto tiempo; y que algo se permite o se manda

en un rincón, pero en otro se prohíbe y se castiga con razón. ¿Es, por tanto, la justicia diversa o mudable?

No, pero los tiempos que ella rige no transcurren de manera uniforme, porque son tiempos. Sin embargo, los hombres, cuyos días sobre la tierra son pocos, no pueden, por medio de sus sentidos, conciliar las causas de las cosas de épocas pasadas y de otras naciones, que no han conocido por experiencia, con las de aquellas que sí conocen.

En cambio, en un mismo cuerpo, día o familia ven fácilmente lo que conviene a cada miembro, momento, parte y persona; a lo primero le ponen reparos, y a lo segundo se someten.

⁂

Estas cosas no las sabía ni las advertía entonces; por todas partes se presentaban ante mis ojos, y yo no las veía. Componía versos en los que no podía colocar cualquier pie en cualquier lugar, sino de distinta manera según los distintos metros; ni siquiera podía poner, dentro de un mismo metro, el mismo pie en todas las posiciones.

Sin embargo, el arte mismo con el que componía no tenía principios distintos para estos casos diferentes, sino que los abarcaba todos en una sola unidad. Aun así, no veía cómo aquella justicia que obedecían los hombres buenos y santos contenía, de manera mucho más excelente y sublime, en una sola unidad todo lo que Dios mandaba, sin variar en parte alguna; aunque, en tiempos diferentes, no lo prescribía todo a la vez, sino que distribuía y ordenaba lo que convenía a cada uno.

Y yo, en mi ceguera, censuraba a los santos Padres, no solo cuando hacían uso de las cosas presentes según Dios les mandaba e inspiraba, sino también cuando anunciaban las cosas futuras según Dios se las revelaba.

¿Puede ser injusto, en algún tiempo o lugar, amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente, y al prójimo como a uno mismo? Por eso, aquellas infamias que van contra la naturaleza deben ser aborrecidas y castigadas en todas partes y en todo tiempo, como lo fueron las de los hombres de Sodoma.

Si todas las naciones las cometieran, todas serían culpables del mismo delito según la ley de Dios, que no hizo a los hombres para que abusaran así unos de otros. Pues incluso la relación que debe existir entre Dios y nosotros se quebranta cuando esa misma naturaleza, de la que él es Autor, queda mancillada por la perversidad de la lujuria.

Pero las acciones que ofenden las costumbres de los hombres han de evitarse conforme a las costumbres vigentes en cada lugar, de modo que lo acordado y confirmado por la costumbre o la ley de cualquier ciudad o nación no sea quebrantado por el capricho desenfrenado de nadie, sea natural del lugar o extranjero.

Pues toda parte que no concuerda con el conjunto al que pertenece causa una ofensa. Pero cuando Dios manda hacer algo contrario a las costumbres o al pacto de cualquier pueblo, hay que hacerlo, aunque nunca antes lo hayan hecho; y, si se ha dejado de hacer, hay que restablecerlo; y, si nunca se ha dispuesto, hay que disponerlo ahora.

Porque, si a un rey le es lícito mandar en el Estado que gobierna algo que nadie antes que él, ni él mismo hasta entonces, había mandado, y obedecerlo no puede ir contra el bien común del Estado —antes bien, iría contra él si no se le obedeciera, pues obedecer a los gobernantes es un pacto general de la sociedad humana—, ¡con cuánta más prontitud debemos obedecer en todo lo que manda a Dios, soberano de todas sus criaturas!

Pues, así como entre los poderes de la sociedad humana se obedece a la autoridad mayor antes que a la menor, así se debe obedecer a Dios por encima de todos.

Así ocurre en los actos de violencia, cuando existe el deseo de hacer daño, ya sea mediante insultos o lesiones; y esto, por venganza, como la de un enemigo contra otro; o para obtener algún provecho de lo ajeno, como el ladrón que ataca al viajero; o para evitar algún mal, como cuando se ataca a alguien a quien se teme; o por envidia, como la del menos afortunado hacia el más afortunado, o la de quien ha prosperado en algo hacia aquel que teme o lamenta que llegue a igualarlo; o por el mero placer de contemplar el dolor ajeno, como los espectadores de gladiadores o quienes se burlan y se mofan de los demás.

Estas son las principales formas de iniquidad que nacen del deseo de la carne, de los ojos o del poder, ya sea por separado, combinadas de dos en dos o todas juntas; y así viven mal los hombres contra los tres y los siete, ese salterio de diez cuerdas, tus Diez Mandamientos, oh Dios altísimo y dulcísimo.

Pero ¿qué ofensas impuras pueden cometerse contra ti, que no puedes ser manchado? ¿O qué actos de violencia contra ti, que no puedes sufrir daño?

Sin embargo, castigas lo que los hombres cometen contra sí mismos, pues también cuando pecan contra ti obran mal contra sus propias almas, y la iniquidad se desmiente a sí misma al corromper y pervertir su naturaleza, que tú has creado y ordenado, ya sea por el uso desmedido de cosas permitidas o por arder en deseos de cosas prohibidas, entregándose a un uso contrario a la naturaleza; o se hacen culpables al enfurecerse contra ti de corazón y de palabra, dando coces contra el aguijón; o cuando, rompiendo los límites de la sociedad humana, se complacen insolentemente en alianzas o divisiones nacidas de su propio capricho, según tengan algo que conseguir o algún motivo de agravio.

Y estas cosas suceden cuando se te abandona a ti, oh Fuente de Vida, único y verdadero Creador y Gobernador del Universo, y, por una soberbia obstinada, se escoge de él alguna cosa falsa y se la ama.

Así pues, mediante una humilde devoción volvemos a ti; y tú nos limpias de nuestros malos hábitos, tienes misericordia de los pecados de quienes los confiesan, escuchas el gemido del prisionero y nos liberas de las cadenas que nos hicimos, si no alzamos contra ti los cuernos de una libertad ilusoria, perdiéndolo todo por la codicia de tener más, al amar nuestro bien particular más que a ti, el Bien de todos.

Entre estas ofensas de impureza y violencia, y tantas iniquidades, se encuentran los pecados de hombres que, en conjunto, van progresando; quienes juzgan rectamente los reprueban según la regla de la perfección, pero elogian a las personas por la esperanza de su fruto futuro, como ocurre con el brote verde del trigo que crece.

Y hay actos que se parecen a las ofensas de impureza o violencia y que, sin embargo, no son pecados, porque no te ofenden a ti, nuestro Señor Dios, ni a la sociedad humana; como cuando se adquieren cosas apropiadas para un momento determinado al servicio de la vida, y no sabemos si se hace por afán de poseer; o cuando la autoridad constituida castiga ciertas acciones para corregirlas, y no sabemos si lo hace por afán de causar daño.

Así, muchas acciones que los hombres desaprueban quedan aprobadas por tu testimonio; y muchas que los hombres alaban son condenadas, siendo tú testigo: porque varían por separado la apariencia de la acción, la intención de quien la realiza y las exigencias desconocidas del momento.

Pero cuando de repente mandas algo insólito e impensado, aunque en otro tiempo lo hayas prohibido y por el momento mantengas oculta la razón de tu mandato, y aunque sea contrario a las normas de alguna sociedad humana, ¿quién duda de que debe hacerse, puesto que es justa la sociedad humana que te sirve? ¡Pero dichosos quienes conocen tus mandatos!

Pues tus siervos hicieron todas esas cosas, ya fuera para mostrar algo necesario en el presente o para anunciar lo que había de venir.

⁂

Yo, que ignoraba estas cosas, me burlaba de aquellos santos siervos y profetas tuyos. ¿Y qué gané al burlarme de ellos, sino que tú te burlaras de mí, mientras era arrastrado, sin darme cuenta y paso a paso, a tales necedades como creer que una higuera lloraba cuando la arrancaban y que el árbol, su madre, derramaba lágrimas lechosas?

Y, sin embargo, si algún santo maniqueo hubiera comido aquel higo, arrancado por culpa de otro y no por la suya propia, y lo hubiera mezclado con sus entrañas, habría de exhalar de él ángeles; más aún, con cada lamento o gemido de su oración brotarían partículas de divinidad, partículas del Dios altísimo y verdadero que habrían permanecido aprisionadas en aquel higo si los dientes o el vientre de algún santo «Elegido» no las hubieran liberado.

Y yo, miserable, creía que había que mostrar más misericordia con los frutos de la tierra que con los hombres, para quienes fueron creados. Pues si algún hambriento que no fuera maniqueo pedía alguno, el bocado que se le diera parecería condenado a la pena de muerte.

Y tú extendiste tu mano desde lo alto y sacaste mi alma de aquella profunda oscuridad, mientras mi madre, tu fiel sierva, lloraba ante ti por mí más de lo que lloran las madres la muerte corporal de sus hijos.

Porque ella, por aquella fe y aquel espíritu que había recibido de ti, veía la muerte en la que yo yacía, y tú la escuchaste, Señor; la escuchaste y no despreciaste sus lágrimas cuando, al correr, regaban el suelo bajo sus ojos en cada lugar donde oraba; sí, tú la escuchaste.

Pues ¿de dónde vino aquel sueño con el que la consolaste, de modo que me permitió vivir con ella y comer en la misma mesa de la casa, algo que había empezado a rechazar, porque aborrecía y detestaba las blasfemias de mi error?

Se vio de pie sobre una regla de madera, y a un joven resplandeciente que se acercaba a ella, alegre y sonriente, mientras ella estaba afligida y abru-

mada por el dolor.

Él le preguntó la causa de su pena y de sus lágrimas diarias, para instruirla, como suelen hacer, y no para ser instruidos; y, al responder ella que lloraba mi perdición, le pidió que se tranquilizara y le dijo que mirara y observara «que donde ella estaba, también estaba yo».

Y cuando miró, me vio de pie a su lado sobre la misma regla. ¿De dónde vino esto, sino de que tus oídos estaban atentos a su corazón? ¡Oh tú, Bueno y omnipotente, que cuidas de cada uno de nosotros como si solo cuidaras de él, y de todos como si fueran uno solo!

¿De dónde vino también que, cuando ella me contó esta visión y yo intenté torcer su sentido para que significara «que más bien ella no debía perder la esperanza de ser algún día lo que yo era», respondiera enseguida, sin vacilar: «No, porque no se me dijo: "Donde él está, también estarás tú", sino: "Donde tú estás, también estará él"»?

Te confieso, Señor, que, según lo recuerdo, y he hablado de esto a menudo, aquella respuesta tuya por boca de mi madre despierta —que no se dejara confundir por lo plausible de mi falsa interpretación y viera tan pronto lo que había que ver, y que yo ciertamente no había percibido antes de que ella hablara— me conmovió ya entonces más que el sueño mismo, por el cual se anunciaba con tanta anticipación a aquella santa mujer, para consolar su angustia presente, una alegría que se cumpliría mucho tiempo después.

Pues pasaron casi nueve años, durante los cuales me revolqué en el lodo de aquel profundo pozo y en la oscuridad de la falsedad, intentando a me-

nudo levantarme, pero siendo derribado con mayor dureza.

Durante todo ese tiempo, aquella viuda casta, piadosa y sobria, de las que tú amas, ahora más alentada por la esperanza, pero sin disminuir en nada su llanto ni su duelo, no dejó de lamentar ante ti mi situación en todas las horas de sus oraciones. Y sus plegarias llegaban a tu presencia; y, sin embargo, permitías que yo siguiera envuelto y enredado en aquella oscuridad.

Entretanto, le diste otra respuesta que recuerdo; pues paso por alto muchas cosas, apresurándome hacia aquellas que más me urge confesarte, y muchas otras no las recuerdo. Le diste, pues, otra respuesta por medio de un sacerdote tuyo, cierto obispo criado en tu Iglesia y muy instruido en tus libros.

Cuando aquella mujer le rogó que tuviera a bien conversar conmigo, refutar mis errores, hacerme desaprender lo malo y enseñarme lo bueno —pues solía hacerlo cuando encontraba personas dispuestas a recibirlo—, él se negó, sabiamente, como comprendí después.

Respondió que yo todavía no estaba dispuesto a aprender, pues estaba engreído por la novedad de aquella herejía y ya había confundido a varias personas poco instruidas con preguntas capciosas, según ella le había contado.

«Pero déjalo por un tiempo —dijo—; solo ruega a Dios por él. Él mismo, mediante la lectura, descubrirá en qué consiste ese error y cuán grande es su impiedad».

Al mismo tiempo le contó que él, de pequeño, había sido entregado a los maniqueos por su madre, que había sido seducida por ellos, y que no solo

había leído, sino también copiado muchas veces casi todos sus libros, y había visto, sin argumentos ni pruebas de nadie, cuánto debía evitarse aquella secta, y la había evitado.

Cuando terminó de hablar, ella no quedó satisfecha, sino que siguió insistiendo con súplicas y muchas lágrimas para que me viera y conversara conmigo. Él, algo molesto por su insistencia, dijo: «Vete y que Dios te bendiga, porque no es posible que el hijo de estas lágrimas se pierda».

Ella recibió esta respuesta, como me repetía a menudo en nuestras conversaciones, como si hubiera resonado desde el cielo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO IV

✦

Durante este período de nueve años (desde mis diecinueve hasta mis veintiocho años) vivimos seducidos y seduciendo, engañados y engañando, entregados a diversos deseos; abiertamente, mediante las ciencias que llaman liberales; en secreto, mediante una religión que llevaba falsamente ese nombre; aquí orgullosos, allí supersticiosos, en todas partes vanos.

Por un lado, persiguiendo el vacío de la alabanza popular, hasta los aplausos del teatro, los premios poéticos, las competiciones por coronas de hierba, las locuras de los espectáculos y el desenfreno de los deseos.

Por otro, deseando purificarnos de estas impurezas llevando alimentos a quienes llamaban "elegidos" y "santos", para que con ellos, en el taller de sus estómagos, fabricasen para nosotros ángeles y dioses que pudieran purificarnos. Estas cosas seguía y practicaba yo con mis amigos, engañados por mí y conmigo.

Que se burlen de mí los arrogantes y quienes no hayan sido golpeados y abatidos por Ti, Dios mío, para la salud de su alma; pero yo seguiré confesándote mi propia vergüenza para alabarte. Permíteme, te lo ruego, y concédeme la gracia de recorrer ahora en mi memoria los extravíos de mi pasado y ofrecerte el sacrificio de acción de gracias.

Pues ¿qué soy para mí mismo sin Ti, sino un guía hacia mi propia ruina? ¿O qué soy, aun en mi mejor estado, sino un niño que mama la leche que

Tú le das y se alimenta de Ti, alimento que no perece? Pero ¿qué clase de hombre es cualquier hombre, si no es más que un hombre?

Que los fuertes y poderosos se rían ahora de nosotros, pero que nosotros, pobres y necesitados, nos confesemos ante Ti.

En aquellos años enseñaba retórica y, vencido por la codicia, vendía una elocuencia con la que vencer. Sin embargo, prefería, Señor, Tú lo sabes, a los alumnos honrados, según se los considera, y a ellos les enseñaba sin engaño las artes del engaño, para que no las emplearan contra la vida de los inocentes, aunque a veces sí en defensa de la vida de los culpables.

Y Tú, oh Dios, desde lejos me veías tropezar en aquel camino resbaladizo y, entre mucho humo, dejar escapar algunas chispas de fidelidad, que mostraba al guiar a quienes amaban la vanidad y buscaban la mentira, siendo yo mismo su compañero.

En aquellos años tenía una mujer, aunque no en lo que se llama matrimonio legítimo, sino que la había encontrado en una pasión descarriada y sin entendimiento; pero era una sola, y le guardaba fidelidad incluso a ella.

Con ella experimenté en mi propio caso la diferencia entre la contención del pacto matrimonial, cuyo fin es tener hijos, y el acuerdo de un amor dominado por el deseo, en el que los hijos nacen contra la voluntad de sus padres, aunque, una vez nacidos, los obligan a amarlos.

Recuerdo también que, cuando había decidido competir por un premio teatral, cierto hechicero me preguntó qué le daría para ganar; pero yo, que detestaba y aborrecía aquellos infames misterios, respondí: "Aunque la co-

rona fuera de oro imperecedero, no permitiría que mataran una mosca para conseguirla".

Pues él iba a matar algunos seres vivos en sus sacrificios y, con aquellos honores, invitar a los demonios a favorecerme. Pero tampoco rechacé este mal por un amor puro hacia Ti, oh Dios de mi corazón; pues no sabía amarte, yo que no sabía concebir nada más allá de un resplandor material. ¿Y no comete una alma infidelidad contra Ti cuando suspira por tales ficciones, confía en cosas irreales y se alimenta de viento?

Con todo, ciertamente no quería que se ofrecieran por mí sacrificios a los demonios, a quienes yo mismo me sacrificaba mediante aquella superstición. Pues ¿qué otra cosa es alimentarse de viento sino alimentarlos a ellos, es decir, convertirse por el extravío en su diversión y objeto de burla?

Consultaba entonces sin escrúpulos a aquellos impostores a quienes llaman matemáticos, porque parecía que no empleaban sacrificio alguno ni rogaban a ningún espíritu para sus adivinaciones; arte que, sin embargo, la piedad cristiana y verdadera rechaza y condena con toda coherencia.

Pues bueno es confesarse ante Ti y decir: Ten misericordia de mí, sana mi alma, porque he pecado contra Ti; y no abusar de tu misericordia como licencia para pecar, sino recordar las palabras del Señor: Mira, has quedado sano; no peques más, para que no te suceda algo peor.

Todos estos saludables consejos se esfuerzan ellos por destruir, diciendo: "La causa de tu pecado está determinada inevitablemente en el cielo"; y: "Esto lo hizo Venus, o Saturno, o Marte"; para que el hombre, claro está, carne y sangre y orgullosa corrupción, quede libre de culpa, mientras el

Creador y Ordenador del cielo y de los astros debe cargar con ella. ¿Y quién es Él sino nuestro Dios?

Tú, la dulzura misma y la fuente de la justicia, que das a cada uno según sus obras y no desprecias un corazón quebrantado y contrito.

Había en aquellos días un hombre sabio, muy diestro en medicina y célebre en ella, que con su propia mano de procónsul había colocado la corona del certamen sobre mi cabeza enferma, aunque no como médico; pues esta enfermedad solo Tú la curas, Tú que resistes a los soberbios y das gracia a los humildes.

Pero ¿acaso dejaste de ayudarme también por medio de aquel anciano, o te abstuviste de sanar mi alma? Pues, habiendo llegado a tratarlo más y escuchando sus palabras con atención constante y fija —porque, aunque se expresaba con sencillez, su discurso era vivo, animado y fervoroso—, cuando dedujo de mi conversación que era aficionado a los libros de quienes levantaban horóscopos, me aconsejó con bondad paternal que los desechara y que no dedicara inútilmente a estas vanidades el cuidado y la diligencia necesarios para cosas útiles.

Decía que en sus primeros años había estudiado aquel arte con intención de convertirlo en la profesión con la que ganarse la vida y que, ya que entendía a Hipócrates, pronto habría podido entender un estudio como aquel; sin embargo, lo había abandonado y se había dedicado a la medicina por la sola razón de haberlo encontrado enteramente falso, y él, hombre serio, no quería ganarse la vida engañando a la gente.

"Pero tú —decía— tienes la retórica para mantenerte, de modo que sigues esto por libre elección y no por necesidad; tanto más debes, pues, darme crédito en este asunto, ya que me esforcé por aprenderlo tan perfectamente que pudiera vivir solo de ello".

Cuando le pregunté cómo podían entonces predecirse mediante aquel arte tantas cosas verdaderas, me respondió, como pudo, "que esto lo producía la fuerza del azar, extendida por todo el orden de las cosas.

Pues si, al abrir alguien al azar las páginas de algún poeta que cantaba y pensaba en algo completamente distinto, encontraba a menudo un verso que concordaba maravillosamente con el asunto presente, no era de extrañar que del alma humana, sin tener conciencia de lo que ocurre en ella, surgiera por algún impulso superior una respuesta que, por azar y no por arte, correspondiera al asunto y a las acciones de quien preguntaba".

⁂

Y todo esto, ya procediera de él o llegara por su medio, Tú me lo comunicaste y lo grabaste en mi memoria, para que más adelante pudiera examinarlo por mí mismo. Pero en aquel tiempo ni él ni mi queridísimo Nebridio, joven de singular bondad y santo temor, que se burlaba de todo el conjunto de la adivinación, pudieron persuadirme de que la abandonara, pues la autoridad de sus autores tenía todavía más peso para mí, y aún no había encontrado una prueba segura, como la que buscaba, por la cual quedara demostrado sin ninguna duda que lo que habían predicho acertadamente aquellos a quienes se consultaba era resultado del azar y no del arte de los observadores de los astros.

En aquellos años, cuando comencé a enseñar retórica en mi ciudad natal, había entablado amistad con alguien que llegó a serme demasiado querido por la comunidad de nuestros intereses. Tenía mi misma edad y, como yo, se encontraba en la primera flor de la juventud. Había crecido conmigo desde niño, y habíamos sido compañeros tanto de escuela como de juegos.

Pero aún no era mi amigo como lo fue después, ni siquiera entonces lo era según lo que es la amistad verdadera; pues no puede ser verdadera sino entre aquellos a quienes Tú unes, vinculados a Ti por el amor que el Espíritu Santo, que nos ha sido dado, derrama en nuestros corazones.

Y, sin embargo, aquella amistad era demasiado dulce, madurada al calor de estudios afines; pues también a él lo había apartado de la fe verdadera, que de joven no había asimilado firme y plenamente, hacia aquellas fábulas supersticiosas y perniciosas por las que mi madre lloraba por mí. Ahora su mente erraba conmigo y mi alma no podía estar sin él.

Pero Tú seguías de cerca los pasos de quienes huían de Ti, a la vez Dios de venganza y Fuente de misericordias, volviéndonos hacia Ti por medios maravillosos; sacaste a aquel hombre de esta vida cuando apenas había cumplido un año entero de amistad conmigo, una amistad más dulce para mí que cualquier dulzura de aquella vida mía.

¿Quién puede contar todas tus alabanzas que ha experimentado en sí mismo? ¿Qué hiciste entonces, Dios mío, y cuán insondable es el abismo de tus juicios? Durante largo tiempo, gravemente enfermo de fiebre, estuvo tendido sin sentido, bañado en sudor de muerte; y, como se había perdido la esperanza de que se recuperara, lo bautizaron sin que él lo supiera.

Yo, entretanto, daba poca importancia a aquello y suponía que su alma conservaría más bien lo que había recibido de mí que lo que se hacía en su cuerpo inconsciente. Pero sucedió todo lo contrario: recobró las fuerzas y se recuperó.

Enseguida, en cuanto pude hablar con él —y pude hacerlo en cuanto estuvo en condiciones, pues nunca me apartaba de él y dependíamos demasiado el uno del otro—, intenté bromear con él, pensando que también él se burlaría conmigo de aquel bautismo que había recibido estando enteramente ausente de mente y de sentidos, pero que ahora sabía que había recibido.

Sin embargo, se apartó de mí como de un enemigo y, con una sorprendente y repentina franqueza, me ordenó que, si quería seguir siendo su amigo, dejara de hablarle de aquel modo. Yo, lleno de asombro y desconcierto, reprimí todas mis emociones hasta que se pusiera bien y su salud fuera lo bastante fuerte para que pudiera tratar con él como yo quisiera.

Pero fue arrebatado a mi locura para que quedara a salvo contigo, para mi consuelo; pocos días después, estando yo ausente, volvió a atacarlo la fiebre, y así murió.

Ante este dolor, mi corazón quedó enteramente a oscuras, y cuanto miraba era muerte. Mi tierra natal era un tormento para mí, y la casa de mi padre, una extraña desdicha; y todo lo que había compartido con él, al faltar él, se convertía en una tortura que me desgarraba.

Mis ojos lo buscaban por todas partes, pero no se les concedía verlo; y odiaba todos los lugares porque él no estaba en ellos, ni podían ya decirme:

"Está por llegar", como cuando vivía y estaba ausente. Me convertí en un gran enigma para mí mismo y preguntaba a mi alma por qué estaba tan triste y por qué me inquietaba tanto; pero ella no sabía qué responderme.

Y si le decía: Confía en Dios, con toda razón no me obedecía, porque aquel amigo tan querido que había perdido, por ser hombre, era más real y mejor que aquel fantasma en el que se le mandaba confiar. Solo las lágrimas me eran dulces, porque habían sucedido a mi amigo en el más querido de mis afectos.

Y ahora, Señor, estas cosas han pasado, y el tiempo ha aliviado mi herida. ¿Podré aprender de Ti, que eres la Verdad, y acercar el oído de mi corazón a tu boca, para que me digas por qué el llanto es dulce para los desdichados? ¿Acaso, aunque estás presente en todas partes, has arrojado nuestra miseria lejos de Ti?

Tú permaneces en Ti mismo, pero nosotros somos zarandeados por diversas pruebas. Y, sin embargo, si no lloráramos ante tus oídos, no nos quedaría esperanza alguna. ¿De dónde, pues, se recoge un fruto dulce de la amargura de la vida, de los gemidos, las lágrimas, los suspiros y las quejas? ¿Lo vuelve dulce la esperanza de que Tú nos escuchas?

Esto es cierto de la oración, pues en ella hay un anhelo de acercarnos a Ti. Pero ¿ocurre también en el dolor por algo perdido y en la tristeza que entonces me abrumaba? Porque yo ni esperaba que él volviera a la vida ni lo deseaba con mis lágrimas; solo lloraba y sufría.

Pues era desdichado y había perdido mi alegría. ¿O es el llanto en verdad algo amargo y, precisamente por el hastío de las cosas que antes disfrutába-

mos, nos agrada entonces, cuando nos apartamos de ellas?

Pero ¿para qué hablo de estas cosas? Pues ahora no es tiempo de preguntar, sino de confesarme ante Ti. Desdichado era yo; y desdichada es toda alma atada por el amor a las cosas perecederas; queda desgarrada cuando las pierde, y entonces siente la desdicha que ya tenía antes de perderlas. Así me sucedía entonces; lloraba amargamente y encontraba mi descanso en la amargura.

Así era yo desdichado, y aquella vida desdichada me era más querida que mi amigo. Pues, aunque de buena gana la habría cambiado, estaba aún menos dispuesto a separarme de ella que de él; más aún, no sé si habría renunciado a ella siquiera por él, como se cuenta —si no es invención— de Píades y Orestes, que habrían muerto gustosos el uno por el otro o ambos juntos, pues para ellos no vivir juntos era peor que la muerte.

Pero en mí había surgido un sentimiento inexplicable, muy contrario a este, pues a la vez aborrecía profundamente vivir y temía morir. Supongo que, cuanto más lo amaba, más odiaba y temía, como a una enemiga cruelísima, a la muerte que me lo había arrebatado; e imaginaba que pronto acabaría con todos los hombres, puesto que había tenido poder sobre él.

Así me encontraba, lo recuerdo. Mira mi corazón, Dios mío, míralo y ve dentro de mí; pues bien lo recuerdo, Esperanza mía, Tú que me limpias de la impureza de tales afectos, diriges mis ojos hacia Ti y sacas mis pies de la trampa.

Pues me asombraba de que los demás, sujetos a la muerte, siguieran viviendo, cuando aquel a quien yo había amado como si nunca fuera a morir

estaba muerto; y más aún me asombraba de que yo mismo, que era para él otro yo, pudiera vivir estando él muerto.

Bien dijo alguien de su amigo: "Tú, mitad de mi alma"; pues yo sentía que mi alma y la suya eran "una sola alma en dos cuerpos"; y por eso mi vida me resultaba un horror, porque no quería vivir reducido a la mitad. Y quizá por eso temía morir, para que aquel a quien tanto había amado no muriera por completo.

⁂

¡Oh locura, que no sabe amar a los hombres como a hombres! ¡Qué necio era yo entonces, al soportar con impaciencia la suerte humana! Me consumía entonces, suspiraba, lloraba, estaba trastornado; no tenía descanso ni consejo. Pues llevaba conmigo un alma destrozada y sangrante, que no soportaba que yo la llevara, y no encontraba dónde darle reposo.

Ni en los bosques tranquilos, ni en los juegos y la música, ni en los lugares perfumados, ni en los banquetes exquisitos, ni en los placeres del lecho y del diván; ni, finalmente, en los libros o la poesía encontraba reposo. Todo me parecía espantoso, incluso la propia luz; cuanto no era él me resultaba repulsivo y odioso, salvo los gemidos y las lágrimas.

Pues solo en ellos encontraba un pequeño alivio. Pero cuando mi alma se apartaba de ellos, una enorme carga de miseria me abrumaba. Hacia Ti, Señor, debía haberla elevado, para que Tú la aliviaras; lo sabía, pero ni podía ni quería; tanto más porque, cuando pensaba en Ti, no eras para mí nada sólido ni sustancial.

Pues no eras Tú mismo, sino un mero fantasma, y mi error era mi Dios. Si intentaba descargar sobre él mi carga para que descansara, esta se deslizaba por el vacío y volvía a caer sobre mí; y yo había quedado convertido para mí mismo en un lugar desdichado, donde no podía permanecer ni del que podía alejarme.

Pues ¿adónde iba a huir mi corazón de mi corazón? ¿Adónde iba a huir de mí mismo? ¿Adónde no me seguiría yo mismo? Y, sin embargo, huí de mi tierra; pues así mis ojos lo buscarían menos allí donde no acostumbraban verlo. Y así, de Tagaste llegué a Cartago.

Los tiempos no pierden tiempo ni pasan en vano; por medio de nuestros sentidos realizan extrañas operaciones en la mente. Pasaban y llegaban día tras día y, con su ir y venir, introducían en mi mente otras imágenes y otros recuerdos; y poco a poco me recomponían con mis antiguos placeres, ante los cuales cedía aquel dolor mío.

Y, sin embargo, después vinieron, si no otros dolores, sí las causas de otros dolores. Pues ¿cómo había llegado aquel dolor anterior tan fácilmente hasta lo más íntimo de mi alma, sino porque yo había derramado mi alma sobre el polvo, amando a alguien que debía morir como si nunca fuera a morir?

Pues lo que principalmente me reanimaba y aliviaba era el consuelo de otros amigos, con quienes amaba lo que amaba en lugar de Ti; y esto era una gran fábula y una prolongada mentira, cuyo estímulo adúltero iba manchando nuestra alma, que se entregaba a la comezón de nuestros oídos. Pero aquella fábula no moría para mí cada vez que moría alguno de mis amigos.

Había otras cosas en ellos que cautivaban más mi ánimo: conversar y bromear juntos, prestarnos servicios amables por turnos; leer juntos libros dulces como la miel; hacer tonterías o hablar en serio juntos; discrepar a veces sin disgusto, como puede uno discrepar consigo mismo; y, con esas escasas discrepancias, dar sabor a nuestros acuerdos más frecuentes; unas veces enseñar y otras aprender; añorar con impaciencia a los ausentes y recibir con alegría a quienes llegaban.

Estas y otras expresiones semejantes, que salían del corazón de quienes amaban y eran correspondidos, mediante el rostro, la lengua, los ojos y mil gestos agradables, eran como combustible que fundía nuestras almas y hacía de muchas una sola.

Esto es lo que se ama en los amigos; y se ama de tal manera que la conciencia de un hombre se condena a sí misma si no ama a quien corresponde a su amor, o si no corresponde al amor de quien lo ama, sin esperar de esa persona otra cosa que señales de su amor.

De ahí aquel duelo cuando uno muere, las sombras de la tristeza, el corazón empapado en lágrimas, toda dulzura convertida en amargura; y, al perder la vida quien muere, la muerte de quienes viven. Dichoso quien te ama a Ti, y a su amigo en Ti, y a su enemigo por Ti.

Pues solo no pierde a ningún ser querido aquel para quien todos son queridos en Aquel que no puede perderse. ¿Y quién es este sino nuestro Dios, el Dios que hizo el cielo y la tierra y los llena, porque al llenarlos los creó? Nadie te pierde sino quien te abandona. Y quien te abandona, ¿adónde va o adónde huye, sino de Ti complacido a Ti disgustado?

Pues ¿dónde no encuentra tu ley en su propio castigo? Y tu ley es la verdad, y la verdad eres Tú.

Haznos volver, Dios de los Ejércitos, muéstranos tu rostro y quedaremos sanos. Pues adondequiera que se vuelva el alma humana, si no es hacia Ti, queda aferrada a los dolores, aunque se aferre a cosas hermosas. Y, sin embargo, esas cosas, fuera de Ti y fuera del alma, no existirían si no procedieran de Ti.

Surgen y desaparecen; y al surgir, comienzan, por así decirlo, a existir; crecen para alcanzar su plenitud; y, una vez alcanzada, envejecen y se marchitan; y no todas envejecen, pero todas se marchitan. Así pues, cuando surgen y tienden a existir, cuanto más rápidamente crecen para existir, tanto más se apresuran a dejar de existir. Esta es su ley.

Esto es lo que les has asignado, porque son partes de cosas que no existen todas a la vez, sino que, al desaparecer y sucederse, completan juntas ese universo del que forman parte. Del mismo modo se completa nuestro hablar mediante signos que emiten sonidos; pero tampoco este se completa a menos que una palabra pase, una vez pronunciada su parte, para que otra la suceda.

Que mi alma te alabe por todas estas cosas, Dios, Creador de todo; pero que no quede aferrada a ellas con el pegamento del amor por medio de los sentidos del cuerpo. Pues van adonde debían ir, para dejar de existir, y la desgarran con deseos destructivos, porque ella anhela existir, pero ama reposar en lo que ama.

Sin embargo, en estas cosas no hay lugar de reposo; no permanecen, huyen; ¿y quién puede seguirlas con los sentidos de la carne? Más aún, ¿quién puede asirlas cuando están cerca? Pues el sentido de la carne es lento, porque es sentido de la carne; y eso lo limita.

Basta para aquello para lo que fue hecho; pero no basta para detener las cosas que recorren su curso desde el punto de partida señalado hasta el fin señalado. Pues en tu Palabra, por la cual son creadas, oyen su decreto: "desde aquí y hasta aquí".

⁂

No seas necia, alma mía, ni dejes que el tumulto de tu necedad ensordezca el oído de tu corazón. Escucha tú también. La Palabra misma te llama a volver; y allí está el lugar del descanso imperturbable, donde el amor no es abandonado si él mismo no abandona. Mira, estas cosas pasan para que otras las reemplacen, y así este universo inferior se complete con todas sus partes.

Pero ¿acaso me voy Yo a alguna parte?, dice la Palabra de Dios. Fija allí tu morada, confía allí cuanto de allí tienes, alma mía, al menos ahora que estás agotada de vanidades.

Confía a la Verdad cuanto tienes de la Verdad, y nada perderás; y lo que en ti se marchita volverá a florecer, y todas tus enfermedades serán sanadas, y tus partes mortales serán restauradas, renovadas y unidas en torno a ti; y no te arrastrarán adonde ellas descienden, sino que permanecerán firmes contigo y estarán para siempre ante Dios, que permanece y se mantiene firme para siempre.

¿Por qué, entonces, te desvías y sigues a tu carne? Que ella se vuelva y te siga a ti. Todo cuanto percibes por medio de ella es parcial; y no conoces el todo del que estas cosas son partes; y, sin embargo, te deleitan.

Pero si el sentido de tu carne tuviera capacidad para abarcar el todo y no estuviera también él, como castigo tuyo, justamente limitado a una parte del todo, querrías que cuanto existe en este momento pasara, para que así el todo pudiera complacerte más.

Pues también lo que hablamos lo oyes por ese mismo sentido de la carne; y, sin embargo, no querrías que las sílabas permanecieran, sino que volaran para que llegaran otras y oyeras el conjunto. Y así sucede siempre que algo está compuesto de muchas cosas que no existen todas juntas: todas en conjunto agradarían más que por separado, si todas pudieran percibirse en conjunto.

Pero mucho mejor que ellas es Aquel que lo hizo todo; y Él es nuestro Dios, y no pasa, pues tampoco nada lo sucede.

Si te agradan los cuerpos, alaba a Dios por ellos y vuelve tu amor hacia su Hacedor, para que, por esas cosas que te agradan, no le desagrades tú. Si te agradan las almas, ámalas en Dios; pues también ellas son mudables, pero en Él quedan firmemente establecidas; de otro modo pasarían y desaparecerían.

Ámalas, pues, en Él; y lleva contigo hacia Él a cuantas almas puedas, y diles: "Amémoslo a Él, amémoslo a Él: Él las hizo y no está lejos. Pues no las hizo para luego marcharse, sino que proceden de Él y están en Él. Mirad,

allí está, donde se ama la verdad. Está en lo más íntimo del corazón, y, sin embargo, el corazón se ha extraviado lejos de Él.

Volved a vuestro corazón, transgresores, y aferraos a Aquel que os hizo. Permaneced con Él y os mantendréis firmes. Descansad en Él y estaréis en reposo. ¿Adónde vais por caminos ásperos? ¿Adónde vais?

El bien que amáis procede de Él; pero es bueno y agradable por su relación con Él, y con justicia se volverá amargo, porque injustamente se ama cualquier cosa que procede de Él si por ella se lo abandona. ¿Para qué, entonces, queréis recorrer una y otra vez estos caminos difíciles y fatigosos? No hay descanso donde lo buscáis.

Buscad lo que buscáis; pero no está allí donde lo buscáis. Buscáis una vida dichosa en la tierra de la muerte; no está allí. Pues ¿cómo podría haber una vida dichosa donde ni siquiera hay vida?"

«Pero nuestra verdadera Vida descendió hasta aquí, cargó con nuestra muerte y la mató con la abundancia de su propia vida; y su voz tronó, llamándonos a gritos a volver de aquí a Él, a aquel lugar secreto de donde salió para venir a nosotros, primero al vientre de la Virgen, donde se desposó con la creación humana, nuestra carne mortal, para que no fuera mortal para siempre, y de allí salió como un esposo de su cámara, gozoso como un gigante que va a recorrer su camino. Porque no se demoró, sino que corrió, llamándonos a gritos con palabras, obras, muerte, vida, descenso y ascensión; clamando para que volviéramos a Él.

Y se apartó de nuestros ojos para que volviéramos a nuestro corazón y allí lo encontráramos. Porque se fue, y mirad, está aquí. No quiso quedarse

mucho tiempo con nosotros, y sin embargo no nos abandonó; pues se fue adonde nunca había dejado de estar, porque el mundo fue hecho por Él. Y en este mundo estaba, y a este mundo vino para salvar a los pecadores; ante Él se confiesa mi alma, y Él la sana, porque ha pecado contra Él. Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo tendrán un corazón tan lento? Aun ahora, después de que la Vida ha descendido hasta ustedes, ¿no ascenderán para vivir?

Pero ¿adónde ascenderán, si ya están en lo alto y dirigen su boca contra los cielos? Desciendan para poder ascender, y asciendan a Dios. Porque han caído al elevarse contra Él». Diles esto para que lloren en el valle de lágrimas, y así llévalos contigo hacia Dios; porque desde su Espíritu les hablas de este modo, si al hablar ardes con el fuego de la caridad.

Entonces yo no sabía estas cosas, y amaba estas bellezas inferiores, y me hundía hasta lo más profundo, y decía a mis amigos: «¿Acaso amamos algo que no sea bello? ¿Qué es, entonces, lo bello? ¿Y qué es la belleza? ¿Qué es lo que nos atrae y nos gana hacia las cosas que amamos? Porque, si no hubiera en ellas gracia y belleza, de ningún modo podrían atraernos».

Y observé y percibí que en los cuerpos mismos había una belleza que provenía de formar una especie de conjunto, y otra que provenía de la correspondencia adecuada y mutua, como la de una parte del cuerpo con el conjunto, o la de un zapato con un pie, y cosas semejantes.

Y esta reflexión surgió en mi mente desde lo más íntimo de mi corazón, y escribí «Sobre lo bello y lo adecuado», creo que dos o tres libros. Tú lo sabes, Señor, porque yo lo he olvidado; pues ya no los tengo, sino que se me han perdido, no sé cómo.

⁂

Pero ¿qué me impulsó, Señor, Dios mío, a dedicar estos libros a Hierio, un orador de Roma, a quien no conocía de vista, pero amaba por la fama de su saber, en el que sobresalía, y por algunas palabras suyas que había oído y que me habían agradado?

Pero más me agradaba porque agradaba a otros, que lo ensalzaban mucho, maravillados de que un sirio, instruido primero en la elocuencia griega, hubiera llegado después a ser un admirable orador latino y un hombre muy versado en las cosas de la filosofía.

Se elogia a alguien, y se lo ama sin haberlo visto: ¿entra este amor en el corazón del oyente desde la boca de quien lo elogia? No es así. Más bien, quien ama enciende el amor en otro. Porque se ama al elogiado cuando se cree que quien lo elogia lo ensalza con un corazón sincero; es decir, cuando lo alaba alguien que lo ama.

Así amaba yo entonces a los hombres según el juicio de los hombres, y no según el tuyo, Dios mío, en quien nadie se engaña. Pero ¿por qué no los amaba por cualidades como las de un célebre auriga o un luchador con fieras en el teatro, conocido por todas partes gracias a la aclamación del vulgo, sino de manera muy distinta, con fervor y del modo en que yo mismo deseaba ser elogiado?

Porque no quería que me elogiaran ni me amaran como a los actores, aunque yo mismo los elogiaba y los amaba, sino que prefería ser desconocido a ser conocido de ese modo, e incluso ser odiado a ser amado así. ¿Dónde se guardan, en una sola alma, los impulsos hacia tantas y tan diversas clases de

amor? ¿Por qué, siendo ambos igualmente hombres, amo en otro lo que rechazo y aparto de mí, cosa que no haría si no lo odiara?

Porque, aunque alguien ame a un buen caballo y no quiera ser ese caballo aun pudiendo serlo, no se sigue que pueda decirse lo mismo de un actor, que comparte nuestra naturaleza. ¿Amo entonces en un hombre lo que yo, siendo hombre, odio ser? El hombre mismo es un gran abismo; Tú cuentas hasta sus cabellos, Señor, y no caen al suelo sin ti.

Y, sin embargo, es más fácil contar los cabellos de su cabeza que sus sentimientos y los latidos de su corazón.

Pero aquel orador pertenecía a la clase de hombres que yo amaba porque deseaba ser como ellos; y erraba por una soberbia hinchada, y cualquier viento me sacudía de un lado a otro, aunque Tú me guiabas de manera muy oculta. ¿Y cómo sé, y por qué te confieso con certeza, que lo amaba más por el amor de quienes lo elogiaban que por las cosas mismas por las que era elogiado?

Porque, si no hubiera recibido alabanzas y esos mismos hombres lo hubieran censurado, y con censura y desprecio hubieran contado de él exactamente las mismas cosas, jamás me habría sentido tan encendido e impulsado a amarlo.

Y, sin embargo, las cosas no habrían sido distintas, ni él mismo habría sido otro; solo habrían cambiado los sentimientos de quienes las contaban. ¡Mira dónde yace el alma impotente que aún no se sostiene en la firmeza de la verdad!

Según soplan los vendavales de las lenguas desde el pecho de quienes dan sus opiniones, así es llevada de un lado a otro, empujada hacia delante y hacia atrás, y la luz se le nubla y la verdad queda fuera de su vista. Y mira, está ante nosotros.

Y para mí era algo muy importante que aquel hombre conociera mis palabras y mis trabajos: si los aprobaba, yo me habría entusiasmado aún más; pero, si los desaprobaba, mi corazón vacío, privado de tu firmeza, habría quedado herido.

Y, sin embargo, me detenía con placer en «lo bello y lo adecuado», sobre lo que le había escrito, y lo contemplaba y lo admiraba, aunque nadie compartiera aquello conmigo.

Pero aún no veía en qué se apoyaba este asunto tan importante dentro de tu sabiduría, oh Tú, omnipotente, único que haces maravillas; y mi mente vagaba entre formas corporales; y definía y distinguía como «bello» lo que lo es en sí mismo, y como «adecuado» aquello cuya belleza consiste en su correspondencia con otra cosa; y lo sustentaba con ejemplos corporales.

Y me volví hacia la naturaleza de la mente, pero la falsa idea que tenía de las cosas espirituales no me dejaba ver la verdad. Sin embargo, la fuerza de la verdad lanzaba por sí misma destellos ante mis ojos, y yo apartaba mi alma jadeante de la sustancia incorpórea hacia los contornos, los colores y las masas voluminosas.

Y, como no podía ver estas cosas en la mente, creía que no podía ver mi mente. Y, puesto que en la virtud amaba la paz y en el vicio aborrecía la

discordia, en la primera observaba una unidad, y en el segundo, una especie de división.

Y concebía que en aquella unidad consistían el alma racional y la naturaleza de la verdad y del bien supremo; pero en esta división imaginaba, desdichado, que había alguna sustancia desconocida de vida irracional y la naturaleza del mal supremo, que sería no solo una sustancia, sino también una vida real, y que, sin embargo, no procedería de ti, Dios mío, de quien proceden todas las cosas.

Y a la primera la llamaba Mónada, como si hubiera sido un alma sin sexo; pero a la segunda la llamaba Díada: ira en los actos de violencia, y lujuria en las acciones vergonzosas; sin saber de qué hablaba. Porque no había sabido ni aprendido que el mal no era una sustancia, ni nuestra alma aquel bien supremo e inmutable.

Porque, así como los actos de violencia surgen cuando se corrompe aquella emoción del alma de la que brota la acción impetuosa, agitándose con insolencia y sin control, y los deseos lujuriosos surgen cuando queda sin gobierno aquella inclinación del alma por la que se beben los placeres carnales, así también los errores y las falsas opiniones manchan la conducta cuando se corrompe el alma racional misma; como entonces ocurría en mí, que no sabía que debía ser iluminada por otra luz para participar de la verdad, pues ella misma no es la naturaleza de la verdad. Porque Tú encenderás mi lámpara, Señor, Dios mío; Tú iluminarás mis tinieblas; y de tu plenitud hemos recibido todos, porque Tú eres la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo; porque en ti no hay variación ni sombra de cambio.

Pero yo me esforzaba por acercarme a ti y era rechazado lejos de ti, para que probara la muerte; porque Tú resistes a los soberbios. Pero ¿qué mayor soberbia que sostener yo, con extraña locura, que era por naturaleza lo mismo que Tú eres?

Porque, aunque estaba sujeto al cambio —y esto me era manifiesto, pues mi mismo deseo de alcanzar la sabiduría era el deseo de pasar de peor a mejor—, prefería imaginarte sujeto al cambio antes que admitir que yo no era lo que Tú eres.

Por eso fui rechazado por ti, y Tú resististe mi vana obstinación, y yo imaginaba formas corporales, y, siendo yo mismo carne, acusaba a la carne; y, como un viento que pasa, no volvía a ti, sino que seguía y seguía hacia cosas que no tienen existencia ni en ti, ni en mí, ni en el cuerpo.

Tampoco habían sido creadas para mí por tu verdad, sino inventadas por mi vanidad a partir de las cosas corporales. Y solía preguntar a tus pequeños fieles, mis conciudadanos —de quienes, sin saberlo yo mismo, vivía desterrado—, solía preguntarles con palabrería y necedad: «¿Por qué, entonces, se equivoca el alma que Dios creó?».

Pero no quería que me preguntaran: «¿Por qué, entonces, se equivoca Dios?». Y sostenía que tu sustancia inmutable se equivocaba por coacción, antes que confesar que mi sustancia mudable se había extraviado voluntariamente y ahora, como castigo, permanecía en el error.

⁂

Tenía entonces unos veintiséis o veintisiete años cuando escribí aquellos volúmenes, dando vueltas dentro de mí a ficciones corporales que zumba-

ban en los oídos de mi corazón, los cuales yo volvía, dulce verdad, hacia tu melodía interior, mientras meditaba sobre «lo bello y lo adecuado» y anhelaba detenerme a escucharte y alegrarme mucho con la voz del Esposo, pero no podía; porque las voces de mis propios errores me arrastraban hacia fuera, y por el peso de mi propia soberbia me hundía en el abismo más profundo. Porque no me habías hecho oír gozo y alegría, ni se regocijaban los huesos que aún no habían sido humillados.

¿Y de qué me sirvió que, con apenas veinte años, al caer en mis manos un libro de Aristóteles que llaman los diez Predicamentos, lo leyera y entendiera sin ayuda? Yo estaba pendiente de su solo nombre como de algo grande y divino cada vez que mi maestro de retórica de Cartago y otros considerados sabios lo pronunciaban con las mejillas hinchadas de orgullo.

Y, al conversar con otros que decían haberlo entendido a duras penas con maestros muy capaces, que no solo se lo explicaban oralmente, sino que dibujaban muchas cosas en la arena, no pudieron decirme de él más de lo que yo había aprendido leyéndolo por mi cuenta.

Y me pareció que el libro hablaba con mucha claridad de las sustancias, como «hombre», y de sus cualidades, como la forma de un hombre, de qué clase es; y de su estatura, cuántos pies mide; y de su relación, de quién es hermano; o dónde está; o cuándo nació; o si está de pie o sentado; o si está calzado o armado; o si hace o padece algo; y de todas las innumerables cosas que podrían incluirse en estos nueve Predicamentos, de los que he dado algunos ejemplos, o en aquel Predicamento principal de la Sustancia.

¿En qué me ayudó todo esto, si incluso me estorbó? Pues, imaginando que todo cuanto existía estaba comprendido en aquellos diez Predicamentos,

intenté entender de ese modo también, Dios mío, tu admirable e inmutable Unidad, como si Tú también estuvieras sujeto a tu propia grandeza o belleza; de modo que estas existieran en ti como en su sujeto, igual que en los cuerpos; cuando Tú mismo eres tu grandeza y tu belleza.

Pero un cuerpo no es grande ni bello por ser un cuerpo, puesto que, aunque fuera menos grande o menos bello, seguiría siendo un cuerpo. Pero lo que concebía de ti era falsedad, no verdad; ficciones de mi miseria, no las realidades de tu dicha.

Porque Tú lo habías mandado, y se cumplió en mí: que la tierra produjera para mí zarzas y espinas, y que con el sudor de mi frente comiera mi pan.

¿Y de qué me sirvió que todos los libros que pude conseguir de las llamadas artes liberales los leyera por mi cuenta y los comprendiera yo, vil esclavo de viles pasiones? Me deleitaba en ellos, pero no sabía de dónde procedía todo lo que había en ellos de verdadero o cierto.

Pues tenía la espalda vuelta a la luz y el rostro hacia las cosas iluminadas; por eso mi rostro, con el que distinguía las cosas iluminadas, no estaba él mismo iluminado.

Todo cuanto estaba escrito sobre retórica, lógica, geometría, música y aritmética lo comprendí por mi cuenta, sin mucha dificultad ni maestro alguno, tú lo sabes, Señor, Dios mío; porque tanto la rapidez para entender como la agudeza para discernir son dones tuyos; no obstante, no te ofrecí por ello sacrificio alguno.

Así pues, aquello no me sirvió de provecho, sino más bien para mi perdición, pues procuraba poner bajo mi propia custodia una parte tan buena

de mis bienes; y no guardé mi fuerza para ti, sino que me alejé de ti hacia un país lejano, para gastarla en prostituciones. Pues ¿de qué me servían las buenas capacidades si no las empleaba para buenos fines?

Porque no advertí que incluso los estudiosos y talentosos adquirían aquellas artes con gran dificultad hasta que intenté explicárselas; entonces, quien más sobresalía en ellas era el que me seguía sin demasiada lentitud.

Pero ¿de qué me servía esto, si imaginaba que tú, Señor Dios, la Verdad, eras un cuerpo inmenso y luminoso, y yo un fragmento de ese cuerpo? ¡Qué enorme perversidad! Pero así era yo.

Y no me avergüenzo, Dios mío, de confesarte tus misericordias para conmigo y de invocarte, yo que entonces no me avergonzaba de proclamar ante los hombres mis blasfemias y de ladrar contra ti. ¿De qué me servían entonces mi ingenio ágil para aquellas ciencias y todos aquellos volúmenes tan enrevesados que yo había desentrañado sin ayuda de enseñanza humana, si me equivocaba tan gravemente y con tan sacrílega desvergüenza en la doctrina de la piedad? ¿O qué impedimento suponía un ingenio mucho más lento para tus pequeños, si no se alejaban mucho de ti, para que en el nido de tu Iglesia pudieran emplumecer seguros y alimentar las alas de la caridad con el alimento de una fe sana?

Señor, Dios nuestro, bajo la sombra de tus alas pongamos nuestra esperanza; protégenos y llévanos. Tú nos llevarás cuando seamos pequeños, y aun hasta las canas nos llevarás; porque nuestra firmeza, cuando eres tú, es verdaderamente firmeza; pero cuando es nuestra, es debilidad. Nuestro bien vive siempre contigo; cuando nos apartamos de él, nos desviamos.

Volvamos ahora, Señor, para que no seamos derribados, porque contigo vive sin deterioro alguno nuestro bien, y ese bien eres tú; ni debemos temer que no haya lugar adonde volver por habernos apartado de él, pues nuestra morada no se derrumbó por nuestra ausencia: tu eternidad.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO V

✦

Acepta el sacrificio de mis confesiones por el ministerio de mi lengua, que tú formaste y moviste a confesar tu nombre. Sana todos mis huesos y que digan: Señor, ¿quién es como tú?

Pues quien se confiesa ante ti no te enseña lo que sucede en su interior, ya que un corazón cerrado no impide que lo vea tu mirada, ni la dureza del corazón humano puede rechazar tu mano: tú la deshaces cuando quieres, por compasión o por castigo, y nada puede ocultarse de tu calor.

Pero que mi alma te alabe para que pueda amarte; y que confiese ante ti tus propias misericordias para que pueda alabarte. Tu creación entera no cesa ni guarda silencio en tus alabanzas: ni el espíritu humano, con su voz dirigida a ti, ni la creación animada o inanimada, por la voz de quienes meditan sobre ella.

Así nuestras almas podrán levantarse de su cansancio hacia ti, apoyándose en las cosas que creaste y pasando de ellas a ti mismo, que las hiciste de manera admirable; y allí hay descanso y verdadera fuerza.

Que los inquietos, los impíos, se aparten y huyan de ti; aun así, tú los ves y separas las tinieblas. Y mira: el universo es hermoso aun con ellos, aunque ellos sean deformes. ¿Y en qué te han perjudicado? ¿O cómo han deshonrado tu gobierno, que, desde el cielo hasta esta tierra de lo más bajo, es justo y perfecto?

Pues ¿adónde huyeron cuando huyeron de tu presencia? ¿O dónde no los encuentras? Huyeron para no verte viéndolos y para tropezar contigo, cegados, porque no abandonas nada de lo que has hecho; para que los injustos, digo, tropezaran contigo y con justicia se hirieran, apartándose de tu dulzura, tropezando con tu rectitud y cayendo sobre su propia aspereza. ¡Ignoraban, en verdad, que estás en todas partes, tú a quien ningún lugar contiene!

Y solo tú estás cerca, incluso de quienes se alejan de ti. Que vuelvan, pues, y te busquen, porque, aunque ellos abandonaron a su Creador, tú no abandonaste tu creación. Que vuelvan y te busquen; y mira: allí estás, en su corazón, en el corazón de quienes se confiesan ante ti, se arrojan en tus brazos y lloran en tu seno después de todos sus ásperos caminos.

Entonces enjugas suavemente sus lágrimas, y ellos lloran aún más y se alegran de llorar, precisamente porque tú, Señor —ningún hombre de carne y hueso, sino tú, Señor, que los hiciste—, los rehaces y los consuelas. Pero ¿dónde estaba yo cuando te buscaba? Tú estabas delante de mí, pero yo me había alejado de ti; ni siquiera me encontraba a mí mismo, ¡cuánto menos a ti!

Quisiera poner al descubierto ante mi Dios aquel año vigésimo noveno de mi vida. Había llegado entonces a Cartago cierto obispo de los maniqueos, llamado Fausto, una gran trampa del Diablo, y muchos quedaban enredados en ella por el señuelo de su lenguaje suave.

Aunque yo lo elogiaba, sabía distinguirlo de la verdad de las cosas que deseaba aprender con tanto empeño; y no me importaba tanto el servicio de la oratoria como el conocimiento que este Fausto, tan alabado entre

ellos, me ofrecía como alimento. Su fama ya lo había presentado como un gran conocedor de todo saber valioso y extraordinariamente versado en las ciencias liberales.

Y como yo había leído y recordaba bien muchas cosas de los filósofos, comparaba algunas de sus afirmaciones con aquellas largas fábulas de los maniqueos, y encontraba más probables las primeras, aunque solo hubieran alcanzado a formarse un juicio sobre este mundo inferior, sin poder descubrir en modo alguno a su Señor.

Porque tú eres grande, Señor, y atiendes a los humildes, pero a los soberbios los miras desde lejos. Solo te acercas a los de corazón arrepentido, y los soberbios no te encuentran, aunque con su afán de saber pudieran contar las estrellas y la arena, medir los cielos estrellados y seguir el curso de los planetas.

Pues con el entendimiento y el ingenio que les diste investigan estas cosas, y mucho han descubierto. Han predicho, con muchos años de anticipación, los eclipses de aquellos astros, el sol y la luna: qué día y a qué hora ocurrirían, y cuántos dígitos quedarían eclipsados. Sus cálculos no fallaron, y todo sucedió como lo habían predicho.

Escribieron las reglas que habían descubierto, que se leen hasta el día de hoy, y con ellas otros predicen en qué año, en qué mes del año, en qué día del mes, a qué hora del día y en qué parte de su luz se eclipsará la luna o el sol; y así sucederá, como se anuncia de antemano.

Ante estas cosas, quienes no conocen este arte se maravillan y quedan asombrados, mientras que quienes lo conocen se alegran y se llenan de or-

gullo. Y al apartarse de ti con una soberbia impía y perder tu luz, prevén con tanta anticipación una pérdida futura de la luz del sol, pero no ven la suya, que ya está ocurriendo.

Pues no investigan con devoción de dónde les viene el ingenio con que investigan estas cosas. Y aunque descubren que tú los hiciste, no se entregan a ti para que conserves lo que hiciste, ni te sacrifican lo que ellos han hecho de sí mismos.

Tampoco dan muerte a sus propias imaginaciones que se elevan como aves del cielo, ni a sus curiosidades que se sumergen y con las que, como los peces del mar, recorren los caminos desconocidos del abismo, ni a su propia vida de placeres, como bestias del campo, para que tú, Señor, fuego consumidor, quemes esas preocupaciones muertas que tienen y los recrees para la inmortalidad.

Pero no conocían el camino, tu Palabra, por quien hiciste estas cosas que cuentan, a ellos mismos que las cuentan, el sentido con que perciben lo que cuentan y el entendimiento con que lo cuentan; ni sabían que tu sabiduría no tiene número. Pero el Unigénito mismo se ha hecho para nosotros sabiduría, justicia y santificación, fue contado entre nosotros y pagó tributo al César.

No conocían este camino por el cual descender desde sí mismos hasta él y, por él, ascender hasta él. No conocían este camino y se creían elevados entre las estrellas y resplandecientes; y mira: cayeron sobre la tierra y su corazón necio quedó en tinieblas.

Dicen muchas cosas verdaderas sobre la criatura; pero no buscan con devoción a la Verdad, artífice de la criatura, y por eso no lo encuentran. O, si lo encuentran, aun sabiendo que es Dios, no lo glorifican como Dios ni le dan gracias, sino que se vuelven vanos en sus imaginaciones y se proclaman sabios, atribuyéndose lo que es tuyo.

Y así, con una ceguera sumamente perversa, se esfuerzan por atribuirte lo que es suyo, inventando mentiras sobre ti, que eres la Verdad, y cambiando la gloria del Dios incorruptible por una imagen semejante al hombre corruptible, a las aves, a los animales de cuatro patas y a los reptiles; cambiando tu verdad por una mentira y adorando y sirviendo a la criatura más que al Creador.

⁂

Sin embargo, conservaba de estos hombres muchas verdades sobre la criatura y veía su fundamento en los cálculos, en la sucesión de los tiempos y en los testimonios visibles de los astros.

Las comparaba con las afirmaciones de Manes, que en su delirio había escrito extensamente sobre estos asuntos; pero no encontraba ninguna explicación de los solsticios, de los equinoccios, de los eclipses de los astros mayores ni de ninguna de las cosas de esta clase que había aprendido en los libros de filosofía secular.

Pero se me ordenaba creer; y, sin embargo, aquello no concordaba con lo que los cálculos y mis propios ojos habían establecido, sino que era completamente contrario.

Entonces, Señor, Dios de la verdad, ¿quien conoce estas cosas te agrada por conocerlas? Sin duda es desdichado quien las conoce todas y no te conoce a ti; pero dichoso quien te conoce, aunque no conozca estas cosas.

Y quien te conoce a ti y también a ellas no es más dichoso por ellas, sino solo por ti, si, al conocerte, te glorifica como Dios, te da gracias y no se vuelve vano en sus imaginaciones.

Pues está en mejor situación quien sabe poseer un árbol y darte gracias por su uso, aunque no sepa cuántos codos tiene de altura ni cuánto se extiende, que quien puede medirlo y contar todas sus ramas, pero no lo posee ni conoce o ama a su Creador.

Del mismo modo, un creyente a quien pertenece todo este mundo de riquezas y que, sin tener nada, lo posee todo por mantenerse unido a ti, a quien todas las cosas sirven, aunque ni siquiera conozca los círculos de la Osa Mayor, está en mejor situación que quien puede medir los cielos, contar las estrellas y pesar los elementos, pero te descuida a ti, que hiciste todas las cosas con número, peso y medida; sería una necedad dudarlo.

Pero ¿quién le mandó a ese Manes escribir también sobre estas cosas, cuyo conocimiento no formaba parte de la piedad? Pues tú has dicho al hombre: «He aquí la piedad y la sabiduría».

Él podía ignorarlas aunque conociera perfectamente estas cosas; pero, puesto que se atrevió con tanta desvergüenza a enseñar estas cosas sin conocerlas, era evidente que no podía tener conocimiento de la piedad. Porque es vanidad hacer alarde de estas cosas del mundo aun cuando se conocen; pero confesarse ante ti es piedad.

Por eso este hombre extraviado habló tanto de estas cosas, para que, al quedar refutado por quienes las habían aprendido de verdad, se hiciera manifiesto qué entendimiento tenía de las otras cosas más difíciles de comprender.

Pues no quería que lo tuvieran en poca estima, sino que trataba de convencer a los hombres de que «el Espíritu Santo, el Consolador que enriquece a tus fieles, estaba personalmente dentro de él con plena autoridad».

Así pues, cuando se descubriera que había enseñado falsedades sobre el cielo y las estrellas y sobre los movimientos del sol y de la luna, aunque estas cosas no pertenecen a la doctrina de la religión, su presunción sacrílega quedaría suficientemente clara, pues enseñaba cosas que no solo desconocía, sino que eran falsas, con una vanidad tan enloquecida de orgullo que pretendía atribuírselas a sí mismo como a una persona divina.

Pues cuando oigo a algún hermano cristiano que ignora estas cosas y se equivoca sobre ellas, puedo soportar con paciencia que mantenga su opinión. Tampoco veo que la ignorancia sobre la disposición o la naturaleza de la creación corporal pueda perjudicarlo, mientras no crea nada indigno de ti, Señor, Creador de todo.

Pero sí lo perjudica si imagina que eso pertenece a la forma de la doctrina de la piedad y se empeña en afirmar con excesiva obstinación aquello que ignora. Y aun así, nuestra madre la Caridad soporta incluso tal debilidad en la infancia de la fe, hasta que el recién nacido crezca y llegue a ser un hombre perfecto, para que no se deje llevar de un lado a otro por cualquier viento de doctrina.

Pero en quien presumía de tal modo de ser maestro, fuente, guía y cabeza de todos aquellos a quienes podía convencer así, de manera que quien lo seguía pensaba que seguía, no a un simple hombre, sino a tu Espíritu Santo, ¿quién no juzgaría que semejante locura debía ser detestada y rechazada por completo, una vez demostrado que había enseñado alguna falsedad?

Pero yo aún no había averiguado con claridad si las variaciones de los días y las noches más largos y más cortos, y del día y la noche mismos, junto con los eclipses de los astros mayores y todo lo demás de este tipo que había leído en otros libros, podían explicarse de manera compatible con sus afirmaciones.

Así, si de algún modo podían serlo, seguiría siendo para mí una cuestión abierta si las cosas eran así o no; pero, por su reputación de santidad, podría apoyar mi creencia en su autoridad.

Y durante casi todos aquellos nueve años en los que, con ánimo inquieto, había sido discípulo suyo, había anhelado con excesiva intensidad la llegada de este Fausto.

Pues los demás miembros de la secta con los que me había encontrado por casualidad, cuando no podían resolver mis objeciones sobre estas cosas, seguían prometiéndome la llegada de este Fausto, conversando con el cual se aclararían con suma facilidad y abundancia estas dificultades y otras mayores, si las tenía.

Cuando por fin llegó, encontré a un hombre de conversación agradable, que podía hablar con soltura y en mejores términos, pero que seguía di-

ciendo las mismas cosas que ellos acostumbraban decir. Pero ¿de qué servía la mayor elegancia del copero a mi sed de una bebida más preciosa?

Mis oídos ya estaban hartos de cosas semejantes, y no me parecían mejores por estar mejor dichas; ni verdaderas por ser elocuentes; ni el alma sabia por ser hermoso el rostro y elegante el lenguaje. Pero quienes me lo recomendaban no sabían juzgar bien las cosas; y por eso les parecía entendido y sabio, porque sus palabras eran agradables.

Sin embargo, yo advertía que otra clase de personas desconfiaba incluso de la verdad y se negaba a aceptarla si se exponía con un discurso fluido y abundante. Pero tú, Dios mío, ya me habías enseñado por caminos maravillosos y secretos, y por eso creo que tú me enseñaste, porque es verdad, y fuera de ti no hay maestro alguno de la verdad, dondequiera que esta nos ilumine y de dondequiera que venga su luz.

De ti mismo había aprendido ya, por tanto, que no debe parecer verdadero algo por estar dicho con elocuencia, ni falso porque su expresión resulte poco armoniosa; ni tampoco verdadero por estar expuesto con rudeza, ni falso por la riqueza del lenguaje; sino que la sabiduría y la necedad son como los alimentos saludables y los dañinos, y las frases adornadas o sin adorno, como los recipientes de la corte o del campo: ambas clases de alimentos pueden servirse en ambas clases de platos.

⁂

Aquella avidez con la que durante tanto tiempo había esperado a ese hombre se deleitaba, en verdad, con sus gestos y su sentimiento al discutir, y con su elección y prontitud de palabras para vestir sus ideas. Yo estaba en-

cantado y, junto con muchos otros y más que ellos, lo alababa y lo ensalzaba.

Sin embargo, me inquietaba que, en la reunión de sus oyentes, no se me permitiera intervenir y comunicarle, en una conversación familiar, aquellas cuestiones que me preocupaban.

Cuando pude hacerlo y, acompañado de mis amigos, comencé a hablarle en los momentos en que no era impropio que discutiera conmigo, y le expuse las cosas que me inquietaban, descubrí, ante todo, que ignoraba por completo las artes liberales, salvo la gramática, y aun esta solo de manera corriente.

Pero, como había leído algunos discursos de Tulio, unos pocos libros de Séneca, algunas obras de los poetas y los escasos volúmenes de su propia secta que estaban escritos en latín y con elegancia, y practicaba a diario el arte de hablar, había adquirido cierta elocuencia, que resultaba tanto más agradable y seductora porque la guiaba un buen ingenio y una especie de gracia natural. ¿No fue así, tal como lo recuerdo, Señor, Dios mío, juez de mi conciencia?

Ante ti están mi corazón y mi memoria, tú que entonces me dirigías mediante el misterio oculto de tu providencia y ponías ante mis ojos aquellos vergonzosos errores míos, para que los viera y los aborreciera.

Pues, una vez que quedó claro que ignoraba aquellas artes en las que yo pensaba que sobresalía, empecé a perder la esperanza de que explicara y resolviera las dificultades que me desconcertaban; aunque, por mucho que

ignorase esas cosas, bien podría haber poseído las verdades de la piedad si no hubiera sido maniqueo.

Porque sus libros están llenos de extensas fábulas sobre el cielo y las estrellas, el sol y la luna, y yo ya no lo creía capaz de resolver satisfactoriamente lo que tanto deseaba saber: si, al comparar esas cosas con los cálculos que había leído en otras partes, la explicación dada en los libros de Manes era preferible o, al menos, igual de buena.

Cuando propuse que se examinara y discutiera esto, él, mostrando modestia en este punto, rehusó asumir la carga. Porque sabía que ignoraba estas cosas y no se avergonzó de confesarlo. Pues no era uno de aquellos charlatanes, a muchos de los cuales yo había soportado, que se comprometían a enseñarme estas cosas y no decían nada.

Este hombre tenía un corazón que, aunque no era recto ante ti, tampoco era del todo desleal consigo mismo. Porque no desconocía por completo su propia ignorancia, ni quería enredarse temerariamente en una discusión de la que no pudiera retirarse ni salir con dignidad. Incluso por esto me agradó más.

Porque es más hermosa la modestia de un espíritu sincero que el conocimiento de aquellas cosas que yo deseaba saber; y así lo encontré en todas las cuestiones más difíciles y sutiles.

Debilitado así mi entusiasmo por los escritos de Manes, y perdiendo aún más la esperanza en sus otros maestros, al ver cómo había resultado ser, en diversas cosas que me desconcertaban, aquel hombre tan célebre entre ellos, comencé a estudiar con él aquella literatura a la que también era muy

aficionado y que yo, como profesor de retórica, enseñaba entonces a los jóvenes estudiantes de Cartago, y a leer con él lo que deseaba escuchar o lo que yo consideraba adecuado para su talento.

Pero todos mis esfuerzos, con los que me había propuesto avanzar en aquella secta, cesaron por completo al conocer a ese hombre; no es que me apartara de ellos del todo, sino que, como quien no encuentra nada mejor, había resuelto contentarme entretanto con aquello con lo que, de una manera u otra, me había encontrado, a menos que por casualidad se me presentara algo más deseable.

Así, aquel Fausto, que para tantos era una trampa mortal, había comenzado ya, sin quererlo ni saberlo, a aflojar la trampa en la que yo estaba preso. Porque tus manos, Dios mío, en el propósito secreto de tu providencia, no abandonaban mi alma; y de la sangre del corazón de mi madre, mediante las lágrimas que derramaba noche y día, se te ofrecía un sacrificio por mí; y tú obrabas conmigo de maneras maravillosas.

Tú lo hiciste, Dios mío, porque el Señor ordena los pasos del hombre y dispone su camino. ¿O cómo alcanzaremos la salvación sino de tu mano, que vuelve a hacer lo que hizo?

Tú obraste en mí para que me dejara persuadir de ir a Roma y enseñar allí lo que enseñaba en Cartago. Y no dejaré de confesarte cómo me persuadieron de ello, porque también en esto deben contemplarse y confesarse los más profundos secretos de tu sabiduría y tu misericordia siempre presente entre nosotros.

No deseaba, pues, ir a Roma porque los amigos que me animaban a hacerlo me aseguraran mayores ganancias y mayores honores, aunque también estas cosas influían entonces en mi ánimo, sino que mi principal y casi única razón era haber oído que allí los jóvenes estudiaban con más tranquilidad y se mantenían sosegados bajo una disciplina más regular; de modo que no irrumpían caprichosa e insolentemente en la escuela de un maestro del que no eran alumnos, ni siquiera se les admitía sin su permiso.

En cambio, en Cartago reina entre los estudiantes un desenfreno sumamente vergonzoso y desordenado. Irrumpen con descaro y, con gestos casi frenéticos, alteran todo el orden que un maestro haya establecido para el bien de sus alumnos.

Cometen diversos atropellos con una insensatez asombrosa, que serían castigados por la ley si la costumbre no los amparara; una costumbre que demuestra que son tanto más desdichados cuanto que ahora hacen como cosa lícita lo que, según tu ley eterna, nunca será lícito.

Y creen que lo hacen impunemente, cuando son castigados con la misma ceguera con la que lo hacen y padecen males incomparablemente peores que los que causan. Así, aquellas costumbres que, siendo estudiante, no había querido hacer mías, me veía obligado a soportarlas en otros como maestro; y por eso me complacía ir adonde todos los que conocían el lugar me aseguraban que no se hacían tales cosas.

Pero tú, mi refugio y mi porción en la tierra de los vivos, para que cambiara de morada terrena por la salvación de mi alma, me aguijoneabas en Cartago para arrancarme de allí, y en Roma me ofrecías atractivos para llevarme hasta ella, por medio de hombres enamorados de una vida que

muere: unos cometían locuras y otros prometían vanidades; y, para corregir mis pasos, te servías en secreto de su perversidad y de la mía.

Porque tanto los que perturbaban mi tranquilidad estaban cegados por un frenesí vergonzoso como los que me invitaban a otro lugar tenían el gusto puesto en las cosas de la tierra. Y yo, que aquí detestaba una miseria real, buscaba allí una felicidad ilusoria.

⁂

Pero tú sabías, Dios mío, por qué me marchaba de aquí y me dirigía allá, aunque no nos lo mostrabas ni a mí ni a mi madre, que lloraba amargamente mi viaje y me siguió hasta el mar. Pero la engañé cuando me sujetaba por la fuerza para impedir que me fuera o para ir conmigo, y fingí que tenía un amigo al que no podía abandonar hasta que tuviera viento favorable para zarpar.

Y mentí a mi madre, ¡y a una madre como ella!, y escapé; pues también esto me lo has perdonado misericordiosamente, preservándome, tan lleno de abominables impurezas, de las aguas del mar para el agua de tu gracia; para que, cuando esta me purificara, se secaran los ríos de los ojos de mi madre, con los que por mí regaba a diario el suelo bajo su rostro.

Y, como se negaba a regresar sin mí, apenas logré convencerla de que pasara aquella noche en un lugar cercano a nuestro barco, donde había un oratorio en memoria del bienaventurado Cipriano. Aquella noche partí en secreto, mientras ella seguía llorando y orando. ¿Y qué te pedía, Señor, con tantas lágrimas, sino que no me dejaras zarpar?

Pero tú, en la profundidad de tus designios y atendiendo al deseo principal de su corazón, no hiciste caso de lo que entonces te pedía, para hacer de mí lo que siempre te pedía.

El viento sopló, hinchó nuestras velas y apartó la costa de nuestra vista; y al día siguiente ella estaba allí, enloquecida de dolor, llenando con quejas y gemidos tus oídos, que entonces no la atendían; mientras que, por medio de mis deseos, tú me llevabas deprisa a poner fin a todo deseo, y la parte terrenal de su afecto por mí era corregida mediante el azote de penas que le había sido asignado.

Porque ella amaba tenerme consigo, como les ocurre a las madres, pero mucho más que a muchas; y no sabía cuánta alegría ibas a darle por medio de mi ausencia. No lo sabía; por eso lloraba y se lamentaba, y en esta angustia se manifestaba en ella la herencia de Eva, que buscaba con dolor a quien con dolor había dado a luz.

Y, sin embargo, después de reprocharme mi engaño y mi dureza de corazón, volvió a interceder ante ti por mí y regresó a su lugar habitual, y yo me fui a Roma.

Y he aquí que allí me recibió el azote de una enfermedad corporal, y yo descendía al infierno, llevando todos los pecados que había cometido, contra Ti, contra mí mismo y contra los demás, muchos y graves, además de aquella atadura del pecado original por la cual todos morimos en Adán.

Pues Tú no me habías perdonado ninguna de estas cosas en Cristo, ni Él había abolido con su Cruz la enemistad que mis pecados me habían aca-

rreado contigo. Porque ¿cómo habría podido hacerlo mediante la crucifixión de un fantasma, que era lo que yo creía que Él era?

Tan verdadera era, pues, la muerte de mi alma como falsa me parecía la de su carne; y tan verdadera como fue la muerte de su cuerpo, así de falsa era la vida de mi alma, que no la creía. Y ahora, al aumentar la fiebre, me estaba separando de esta vida y partiendo para siempre.

Pues, si entonces hubiera partido de aquí, ¿adónde habría ido sino al fuego y a los tormentos que merecían mis malas acciones conforme a la verdad de tu decreto? Y ella no lo sabía, pero, ausente, oraba por mí.

Mas Tú, presente en todas partes, la oías donde ella estaba y, donde yo estaba, te compadecías de mí, para que recobrara la salud del cuerpo, aunque aún deliraba en mi corazón sacrílego. Pues en todo aquel peligro no deseé tu bautismo; y era mejor cuando, de niño, lo pedí a la piedad de mi madre, como antes he relatado y confesado.

Pero había crecido para mi propia vergüenza, y me burlaba locamente de las prescripciones de tu medicina, Tú que no quisiste permitir que, siendo yo tal, muriera una doble muerte. Si aquella herida hubiera traspasado el corazón de mi madre, nunca habría podido sanar.

Porque no puedo expresar el amor que me tenía y con cuánta más angustia sufría ahora los dolores de mi parto en el espíritu que cuando me dio a luz en la carne.

No veo, pues, cómo habría sanado ella si una muerte mía como aquella hubiera atravesado las entrañas de su amor. ¿Y qué habría sido de aquellas oraciones suyas, tan intensas e incesantes, dirigidas sin descanso solo a Ti?

Pero ¿ibas Tú, Dios de misericordias, a despreciar el corazón contrito y humillado de aquella viuda casta y sobria, tan constante en las limosnas, tan entregada al deber y al servicio de tus santos, que no dejaba pasar un día sin presentar la ofrenda en tu altar, que acudía a tu iglesia dos veces al día, por la mañana y por la tarde, sin interrupción alguna, no para charlas ociosas y cuentos de viejas, sino para oírte en tus palabras y para que Tú la oyeras en sus oraciones? ¿Podías despreciar y negar tu auxilio a las lágrimas de una mujer así, con las que no te pedía oro ni plata, ni ningún bien mudable o pasajero, sino la salvación del alma de su hijo? ¿Tú, por cuyo don ella era así?

Nunca, Señor. Sí, Tú estabas cerca, y oías y obrabas, conforme al orden en que habías determinado de antemano que se hiciera. Lejos de Ti engañarla con tus visiones y respuestas, de las cuales unas he mencionado y otras no, que ella guardaba en su corazón fiel y, orando siempre, te presentaba como escritas de tu propia mano.

Porque Tú, cuya misericordia permanece para siempre, te dignas convertirte también, por tus promesas, en deudor de aquellos a quienes perdonas todas sus deudas.

⁂

Tú me sacaste entonces de aquella enfermedad y sanaste al hijo de tu sierva, por el momento en el cuerpo, para que viviera y pudieras concederle una salud mejor y más duradera.

E incluso entonces, en Roma, me uní a aquellos «santos» que engañaban y eran engañados; no solo a sus discípulos, entre los cuales estaba aquel en

cuya casa había enfermado y me había recuperado, sino también a los que llaman «los Elegidos».

Pues aún pensaba «que no somos nosotros quienes pecamos, sino que no sé qué otra naturaleza peca en nosotros»; y a mi orgullo le agradaba estar libre de culpa y, cuando había hecho algún mal, no confesar que lo había hecho, para que Tú sanaras mi alma porque había pecado contra Ti; antes bien, me gustaba excusarla y acusar a no sé qué otra cosa que estaba conmigo, pero que no era yo.

Sin embargo, en verdad era enteramente yo, y mi impiedad me había dividido contra mí mismo; y aquel pecado era tanto más incurable cuanto que yo no me juzgaba pecador. Y era una iniquidad execrable que prefiriera que Tú, Tú, oh Dios todopoderoso, fueras vencido en mí para mi perdición, antes que ser yo vencido por Ti para mi salvación.

Aún no habías puesto, pues, una guardia ante mi boca y una puerta que custodiara mis labios, para que mi corazón no se desviara hacia palabras malvadas, buscando excusas para los pecados con los hombres que obran la iniquidad; y por eso seguía unido a sus Elegidos.

Pero, desesperando ya de progresar en aquella falsa doctrina, incluso aquellas cosas con las que había resuelto contentarme si no encontraba nada mejor las sostenía ahora con menos firmeza y más descuido.

Pues empezaba a surgir en mí la idea de que aquellos filósofos a quienes llaman académicos eran más sabios que los demás, porque sostenían que se debía dudar de todo y afirmaban que el hombre no puede comprender ninguna verdad; pues así, sin entender entonces siquiera su pensamiento,

también yo estaba plenamente convencido de que pensaban lo que comúnmente se decía de ellos.

Sin embargo, procuraba libre y abiertamente disuadir a mi anfitrión de la excesiva confianza que veía que tenía en aquellas fábulas de las que están llenos los libros de Manes. Con todo, vivía en amistad más estrecha con ellos que con otros que no pertenecían a esta herejía.

Tampoco la defendía con mi antiguo entusiasmo; aun así, mi intimidad con aquella secta, de cuyos miembros Roma albergaba muchos en secreto, me hacía más lento para buscar otro camino; sobre todo porque desesperaba de encontrar la verdad, de la que ellos me habían apartado, en tu Iglesia, oh Señor del cielo y de la tierra, Creador de todas las cosas visibles e invisibles.

Y me parecía muy impropio creer que Tú tenías la forma de la carne humana y estabas limitado por los contornos corporales de nuestros miembros. Y como, cuando quería pensar en mi Dios, no sabía pensar en otra cosa que en una masa de cuerpos, pues lo que no era así no me parecía ser nada, esta era la mayor y casi única causa de mi inevitable error.

Pues por eso creía que también el Mal era una sustancia de esa clase y que tenía su propia masa inmunda y horrible, ya fuera densa, a la que llamaban tierra, o tenue y sutil, como el cuerpo del aire, que imaginan como una mente maligna que se arrastra por aquella tierra.

Y como cierta piedad, tal como era, me obligaba a creer que el Dios bueno nunca había creado ninguna naturaleza mala, concebía dos masas opuestas entre sí, ambas ilimitadas, pero la mala más estrecha y la buena más ex-

tensa. Y de este principio pernicioso surgieron en mí las demás ideas sacrílegas.

Pues cuando mi mente intentaba volver a la fe católica, me veía rechazado, porque aquello que yo creía que era la fe católica no lo era. Y me parecía más reverente creer que Tú, Dios mío, cuyas misericordias proclama mi boca, eras ilimitado al menos por los demás lados, aunque por aquel en que se te oponía la masa del mal me viera obligado a confesarte limitado, que imaginarte limitado por todos lados por la forma de un cuerpo humano.

Y me parecía mejor creer que Tú no habías creado ningún mal, que a mí, ignorante, no me parecía simplemente una cosa cualquiera, sino una sustancia corporal, porque no podía concebir la mente sino como un cuerpo sutil, y extendido en espacios determinados, que creer que la naturaleza del mal, tal como yo la concebía, pudiera proceder de Ti.

Sí, y creía que nuestro Salvador mismo, tu Unigénito, había sido, por así decirlo, extendido desde la masa de tu sustancia resplandeciente para nuestra salvación, de modo que no creía de Él nada que no pudiera imaginar en mi vanidad.

Siendo, pues, tal su naturaleza, pensaba que no podía nacer de la Virgen María sin mezclarse con la carne; y no veía cómo aquello que yo me había figurado así pudiera mezclarse sin contaminarse. Temía, por tanto, creer que había nacido en la carne, para no verme obligado a creer que la carne lo había contaminado.

Ahora tus fieles espirituales sonreirán con dulzura y amor al leer estas confesiones mías. Pero así era yo.

Además, pensaba que no se podía defender lo que los maniqueos habían criticado en tus Escrituras; aunque a veces deseaba de veras conversar sobre cada uno de estos puntos con alguien muy versado en aquellos libros y poner a prueba su opinión al respecto.

Pues las palabras de un tal Elpidio, cuando hablaba y discutía cara a cara contra dichos maniqueos, habían empezado a conmoverme ya en Cartago, porque había presentado pasajes de las Escrituras que no eran fáciles de refutar y a los que la respuesta de los maniqueos me parecía débil. Y esta respuesta no les gustaba darla públicamente, sino solo a nosotros en privado.

Consistía en que las Escrituras del Nuevo Testamento habían sido corrompidas por no sé quiénes, que habían querido injertar la ley de los judíos en la fe cristiana; sin embargo, ellos mismos no presentaban ningún ejemplar sin corromper.

Pero yo, que solo concebía cosas corporales, me encontraba sobre todo abrumado, violentamente oprimido y en cierto modo asfixiado por aquellas «masas»; y, jadeando bajo ellas en busca del aliento de tu verdad, no podía respirarlo puro y sin contaminación.

⁂

Comencé entonces a dedicarme con diligencia a aquello para lo que había venido a Roma: enseñar retórica; y primero reuní en mi casa a algunos alumnos, entre quienes y por medio de quienes había empezado a ser conocido. Pero he aquí que encontré en Roma otros abusos a los que no había estado expuesto en África.

Ciertamente, según me dijeron, aquí no se practicaban aquellos «disturbios» de jóvenes disolutos; pero, decían, de repente, para evitar pagar los honorarios de su maestro, varios jóvenes se ponían de acuerdo y se iban con otro; hombres que faltaban a su palabra y que, por amor al dinero, tenían en poco la justicia.

Mi corazón también los odiaba, aunque no con un odio perfecto; pues quizá los odiaba más porque yo iba a sufrir por ellos que porque hacían cosas enteramente ilícitas.

En verdad, tales personas son viles y se prostituyen alejándose de Ti, amando esas ilusiones fugaces de las cosas temporales y el lucro sucio que mancha la mano que lo toma; abrazando el mundo pasajero y despreciándote a Ti, que permaneces, que llamas de vuelta y perdonas al alma adúltera del hombre cuando vuelve a Ti.

Y ahora odio a esas personas depravadas y torcidas, aunque las amo si pueden corregirse, de modo que prefieran al dinero el saber que adquieren y, al saber, a Ti, oh Dios, verdad y plenitud del bien seguro y paz purísima. Pero entonces me disgustaban más por mi propio interés al ser malos que los amaba y deseaba que fueran buenos por amor a Ti.

Así pues, cuando los de Milán enviaron una petición a Roma, al prefecto de la ciudad, para que les proporcionara un profesor de retórica para su ciudad y se lo enviara a expensas públicas, solicité (por medio de aquellas mismas personas, embriagadas de vanidades maniqueas, de las cuales iba a librarme con aquel viaje, aunque ninguno de nosotros lo sabía) que Símaco, entonces prefecto de la ciudad, me pusiera a prueba proponiéndome algún tema y así me enviara.

Llegué a Milán, al obispo Ambrosio, conocido en todo el mundo como uno de los mejores hombres, devoto siervo Tuyo; sus elocuentes discursos distribuían entonces abundantemente a Tu pueblo la flor de Tu trigo, la alegría de Tu aceite y la sobria embriaguez de Tu vino. Tú me llevaste a él sin que yo lo supiera, para que él me llevara a Ti con pleno conocimiento.

Aquel hombre de Dios me recibió como un padre y me mostró, a mi llegada, la bondad propia de un obispo. Desde entonces comencé a quererlo, al principio, ciertamente, no como maestro de la verdad (que yo había perdido toda esperanza de encontrar en Tu Iglesia), sino como una persona bondadosa conmigo.

Y lo escuchaba con atención cuando predicaba al pueblo, aunque no con la intención que debía, sino como quien pone a prueba su elocuencia, para ver si correspondía a su fama o si fluía con mayor o menor abundancia de lo que se decía; y estaba pendiente de sus palabras; pero, en cuanto al contenido, era como un espectador indiferente y desdeñoso.

Me deleitaba la dulzura de su discurso, más profundo, aunque en su forma menos cautivador y armonioso que el de Fausto. En cuanto al contenido, sin embargo, no había comparación; pues uno vagaba entre los engaños maniqueos y el otro enseñaba la salvación con la mayor solidez.

Pero la salvación está lejos de los pecadores, como lo era yo entonces ante él; y, sin embargo, me iba acercando poco a poco, sin darme cuenta.

Pues, aunque no me esforzaba por aprender lo que decía, sino solo por oír cómo lo decía (porque solo me quedaba aquella vana preocupación, al haber perdido la esperanza de que hubiera un camino abierto al hombre para

llegar a Ti), junto con las palabras que yo quería acoger entraban también en mi mente las cosas que quería rechazar, pues no podía separarlas.

Y mientras abría mi corazón para admitir «qué elocuentemente hablaba», entraba también «con cuánta verdad hablaba»; pero esto sucedía poco a poco. Pues, en primer lugar, también estas cosas habían comenzado ya a parecerme defendibles; y ahora pensaba que la fe católica, en cuya defensa había creído que nada podía decirse frente a las objeciones de los maniqueos, podía sostenerse sin desvergüenza; sobre todo después de haber oído aclarar uno o dos pasajes del Antiguo Testamento, y con frecuencia «en sentido figurado», que, cuando yo los entendía literalmente, me causaban la muerte espiritual.

Así pues, una vez explicados muchísimos pasajes de aquellos libros, me reprochaba ahora mi desesperación por haber creído que no se podía dar respuesta alguna a quienes odiaban y se burlaban de la Ley y los Profetas.

Sin embargo, no por ello veía entonces que hubiera que seguir el camino católico, porque también podía encontrar defensores instruidos que respondieran ampliamente a las objeciones y con cierta apariencia de razón; ni que debiera condenarse lo que yo sostenía, puesto que ambas posturas podían defenderse.

Pues la causa católica me parecía no haber sido vencida, pero tampoco haber alcanzado aún la victoria.

A raíz de esto, apliqué seriamente mi mente a ver si de algún modo podía demostrar con alguna prueba cierta la falsedad de los maniqueos. Si hu-

biera podido concebir una sustancia espiritual, todos sus baluartes habrían sido derribados y expulsados por completo de mi mente; pero no podía.

Sin embargo, en lo referente a la estructura de este mundo y a toda la naturaleza que los sentidos del cuerpo pueden alcanzar, cuanto más reflexionaba y comparaba las cosas, más probables me parecían las doctrinas de la mayoría de los filósofos.

Así pues, a la manera de los académicos (según se supone que eran), dudando de todo y vacilando entre todas las posturas, llegué al menos a la decisión de abandonar a los maniqueos; juzgaba que, aun en medio de mis dudas, no debía continuar en aquella secta, a la que ya prefería algunos filósofos.

Sin embargo, como estos filósofos carecían del Nombre salvador de Cristo, me negaba por completo a confiarles la curación de mi alma enferma. Decidí, por tanto, permanecer como catecúmeno en la Iglesia católica, a la que mis padres me habían encomendado, hasta que se me revelara alguna certeza hacia la cual pudiera dirigir mi rumbo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO VI

✦

Oh Tú, mi esperanza desde mi juventud, ¿dónde estabas para mí y adónde te habías ido? ¿No me habías creado Tú y separado de las bestias del campo y de las aves del cielo?

Me habías hecho más sabio, y aun así caminaba en tinieblas y por lugares resbaladizos, y te buscaba fuera de mí mismo, y no encontraba al Dios de mi corazón; había llegado a las profundidades del mar y desconfiaba y desesperaba de encontrar alguna vez la verdad.

Mi madre había venido ya a reunirse conmigo, resuelta por su piedad, siguiéndome por mar y tierra, confiando en Ti en todos los peligros. Pues en los peligros del mar consolaba a los propios marineros (de quienes los pasajeros que desconocen el mar suelen recibir consuelo cuando están angustiados), asegurándoles que llegarían a salvo, porque Tú se lo habías asegurado mediante una visión.

Me encontró en grave peligro, desesperado de encontrar alguna vez la verdad. Pero cuando le revelé que ya no era maniqueo, aunque todavía no era cristiano católico, no se alegró desmedidamente, como ante algo inesperado; aunque ahora tenía tranquilidad respecto a aquella parte de mi miseria por la que me lloraba como a un muerto, al que Tú, sin embargo, habías de despertar, llevándome en el féretro de sus pensamientos para que dijeras al hijo de la viuda: Joven, a ti te digo, levántate; y él reviviera y comenzara a hablar, y Tú lo entregaras a su madre.

Su corazón, pues, no se agitó con una alegría tumultuosa cuando oyó que ya se había cumplido en tan gran parte lo que diariamente te pedía entre lágrimas; pues, aunque yo todavía no había alcanzado la verdad, había sido rescatado de la falsedad.

Pero, segura de que Tú, que habías prometido el todo, darías algún día lo que faltaba, con toda calma y con el corazón lleno de confianza, me respondió que «creía en Cristo que, antes de partir de esta vida, me vería convertido en un creyente católico». Esto fue lo que me dijo.

Pero a Ti, Fuente de misericordias, te dirigía oraciones y lágrimas más abundantes, para que apresuraras tu auxilio e iluminaras mis tinieblas; y acudía con mayor fervor a la iglesia y estaba pendiente de los labios de Ambrosio, pidiendo la fuente de aquella agua que brota para la vida eterna.

Amaba a aquel hombre como a un ángel de Dios, porque sabía que por él yo había llegado, de momento, al estado de incertidumbre en la fe en que ahora me encontraba, por el cual esperaba con plena confianza que pasara de la enfermedad a la salud, después de lo que era como un ataque más agudo, que los médicos llaman «la crisis».

Una vez, pues, mi madre, como solía hacer en África, llevó a las iglesias construidas en memoria de los santos ciertos pasteles, pan y vino, y el portero se lo impidió.

En cuanto supo que el obispo lo había prohibido, aceptó sus deseos con tanta piedad y obediencia que yo mismo me admiré de la facilidad con que censuró su propia práctica, en vez de discutir la prohibición de él.

Pues la afición a la bebida no asediaba su espíritu, ni el amor al vino la incitaba a odiar la verdad, como les ocurre a demasiadas personas, tanto hombres como mujeres, que se rebelan ante una lección de sobriedad como los muy borrachos ante un trago mezclado con agua.

Pero ella, cuando llevaba su cesta con los alimentos festivos acostumbrados, que apenas probaba antes de repartirlos, nunca añadía más que una pequeña copa de vino, diluido según sus propios hábitos de moderación, que probaba por cortesía.

Y si había muchas iglesias de santos difuntos a los que se debía honrar de aquella manera, llevaba siempre aquella misma copa para usarla en todas partes; y aunque el vino, además de estar muy aguado, se calentaba desagradablemente al llevarlo de un sitio a otro, lo repartía en pequeños sorbos a quienes la rodeaban, pues buscaba allí devoción, no placer.

Así pues, en cuanto supo que aquel célebre predicador y piadosísimo prelado había prohibido esta costumbre incluso a quienes la practicaban con sobriedad, para que no se diera ocasión de exceso a los borrachos, y porque aquellas solemnidades fúnebres, que eran como aniversarios, se parecían mucho a la superstición de los gentiles, la abandonó de muy buena gana.

Y en lugar de una cesta llena de frutos de la tierra, había aprendido a llevar a las iglesias de los mártires un pecho lleno de súplicas más puras, y a dar a los pobres lo que podía, para que así se celebrara debidamente la comunión del Cuerpo del Señor allí donde, siguiendo el ejemplo de su Pasión, los mártires habían sido sacrificados y coronados.

Pero aun así me parece, oh Señor, Dios mío, y así lo piensa mi corazón en tu presencia, que quizá no habría aceptado tan fácilmente la supresión de esta costumbre si la hubiera prohibido otro a quien no amara como a Ambrosio, al que amaba de todo corazón por haber contribuido a mi salvación; y él, a su vez, la amaba por su conducta tan religiosa, por la que, constante en las buenas obras y tan fervorosa de espíritu, acudía asiduamente a la iglesia.

Así, cuando me veía, a menudo prorrumpía en elogios de ella, felicitándome por tener una madre así, sin saber qué clase de hijo tenía ella en mí, que dudaba de todas estas cosas y pensaba que no podía encontrarse el camino de la vida.

Todavía no gemía en mis oraciones pidiéndote que me ayudaras, sino que mi espíritu estaba enteramente empeñado en aprender e inquieto por discutir. Y al propio Ambrosio lo consideraba un hombre feliz, según la felicidad que estima el mundo, pues personajes tan importantes le rendían tanto honor; solo su celibato me parecía un modo de vida penoso.

Pero qué esperanza llevaba dentro, qué luchas sostenía contra las tentaciones que acechaban a sus mismas virtudes, qué consuelo tenía en las adversidades y qué dulces alegrías ofrecía tu Pan a la boca oculta de su espíritu cuando lo rumiaba, yo no podía ni imaginarlo ni lo había experimentado. Tampoco él conocía los vaivenes de mis sentimientos ni el abismo de mi peligro.

Pues no podía preguntarle lo que quería y como quería, porque una multitud de personas ocupadas, a cuyas debilidades atendía, me impedía escucharlo y hablarle. Cuando no estaba ocupado con ellas, lo que sucedía du-

rante muy poco tiempo, o reponía las fuerzas de su cuerpo con el alimento estrictamente necesario, o las de su mente con la lectura.

Pero cuando leía, sus ojos recorrían las páginas y su corazón buscaba el sentido, mientras su voz y su lengua permanecían en reposo. Muchas veces, cuando llegábamos (pues a nadie se le prohibía entrar, ni era su costumbre que le anunciaran a quienes venían), lo veíamos leer así, en silencio, y nunca de otra manera; y después de permanecer largo rato sentados sin hablar (pues ¿quién se atrevía a interrumpir a alguien tan concentrado?), acabábamos por marcharnos, suponiendo que en el breve intervalo que obtenía, libre del ruido de los asuntos ajenos, para reponer su mente, no quería que lo distrajeran.

Y tal vez temía que, si el autor que leía expresaba algo de manera oscura, algún oyente atento o perplejo le pidiera que lo explicara o que discutiera algunas de las cuestiones más difíciles, de modo que, empleado así su tiempo, no pudiera recorrer tantos volúmenes como deseaba; aunque conservar la voz, que se le debilitaba con hablar muy poco, quizá fuera la razón más cierta de que leyera en silencio. Pero, fuera cual fuera su intención al hacerlo, sin duda era buena en un hombre como él.

⁂

Yo, sin embargo, no tenía ocasión de preguntar lo que deseaba a aquel oráculo tuyo tan santo, su corazón, a menos que se pudiera responder brevemente. Pero aquellos vaivenes de mi interior, que necesitaba desahogar ante él, requerían todo su tiempo libre, y nunca lo encontraban.

Lo oía, ciertamente, cada día del Señor, explicar con rectitud la Palabra de verdad entre el pueblo; y me convencía cada vez más de que podían desatarse todos los nudos de aquellas astutas calumnias que nuestros engañadores habían urdido contra los Libros divinos.

Pero cuando comprendí además que tus hijos espirituales, a quienes has hecho renacer por la gracia de la Madre católica, no entendían que el «hombre creado por Ti a tu propia imagen» significara que creían en Ti y te concebían limitado por una figura humana (aunque yo no tenía siquiera una idea vaga o imprecisa de lo que pudiera ser una sustancia espiritual), me sonrojé con alegría por haber ladrado tantos años contra las ficciones de las imaginaciones carnales, creyendo hacerlo contra la fe católica.

Pues tan temerario e impío había sido que había emitido un juicio condenatorio sobre aquello que debí haber aprendido preguntando. Porque Tú, Altísimo y cercanísimo, ocultísimo y siempre presente, que no tienes miembros unos mayores y otros menores, sino que estás entero en todas partes y en ningún lugar del espacio, no tienes tal figura corporal; y, sin embargo, has hecho al hombre a tu propia imagen, y he aquí que él está contenido en el espacio de la cabeza a los pies.

Como ignoraba, pues, de qué manera podía existir esta imagen tuya, debí haber llamado a la puerta y expuesto mi duda sobre cómo debía entenderse esa creencia, en vez de oponerme a ella con insultos, como si se creyera de aquel modo.

La duda sobre qué debía tener por cierto me roía entonces el corazón con mayor fuerza cuanto más me avergonzaba de que, engañado y embaucado durante tanto tiempo por la promesa de certezas, hubiera parloteado con

error y vehemencia infantiles sobre tantas incertidumbres. Pues que eran falsedades lo comprendí más tarde.

Sin embargo, tenía la certeza de que eran inciertas y de que antes las había considerado ciertas, cuando con un afán ciego de disputa acusaba a tu Iglesia católica, de la cual descubría ahora, si bien todavía no que enseñara la verdad, al menos que no enseñaba aquello por lo que yo la había censurado tan duramente.

Así quedé confundido y cambié de parecer; y me alegraba, oh Dios mío, de que la única Iglesia, el cuerpo de tu Hijo único (en la cual se me había dado el nombre de Cristo cuando era un niño), no se complaciera en ideas infantiles, ni sostuviera en su sana doctrina ningún principio que te encerrara a Ti, Creador de todo, en un espacio que, por grande y extenso que fuera, estuviera delimitado por todas partes por los contornos de una forma humana.

Me alegraba también de que las antiguas Escrituras de la ley y los Profetas se presentaran ante mí para leerlas ya con otros ojos que aquellos a los que antes parecían absurdas, cuando yo denigraba a tus santos por pensar de aquel modo, aunque en realidad no pensaban así.

Y oía con alegría a Ambrosio, que en sus sermones al pueblo recomendaba muchas veces, con gran insistencia, tomar como regla este texto: La letra mata, pero el Espíritu da vida; mientras apartaba el velo místico y exponía en sentido espiritual lo que, según la letra, parecía enseñar algo erróneo.

No enseñaba en ello nada que me ofendiera, aunque enseñaba cosas que yo todavía no sabía si eran verdaderas. Pues impedía que mi corazón asintiera

a cosa alguna, temiendo precipitarme; pero al mantenerme en suspenso, me hundía aún más en la muerte. Porque deseaba estar tan seguro de las cosas que no veía como lo estaba de que siete y tres son diez.

Pues no estaba tan loco como para pensar que ni siquiera esto podía comprenderse; pero deseaba tener otras cosas tan claras como esta, ya fueran cosas corporales que no se presentaban a mis sentidos, o espirituales que no sabía concebir sino de manera corporal.

Y creyendo podría haber sanado, para que así, una vez aclarada la vista de mi alma, pudiera de algún modo dirigirse hacia tu verdad, que permanece siempre y no falla en parte alguna.

Pero como sucede con quien, después de haber probado a un mal médico, teme confiarse a uno bueno, así ocurría con la salud de mi alma, que solo podía sanar creyendo y que, por temor a creer falsedades, se negaba a ser curada; resistiéndose a tus manos, Tú que has preparado los remedios de la fe, los has aplicado a las enfermedades del mundo entero y les has dado tan gran autoridad.

Sin embargo, llevado por esto a preferir la doctrina católica, sentí que su proceder era más modesto y honrado, pues exigía creer cosas no demostradas (ya fuera que pudieran demostrarse en sí mismas, pero no a ciertas personas, o que no pudieran demostrarse en absoluto), mientras que entre los maniqueos se burlaban de nuestra credulidad con una promesa de conocimiento cierto, y después imponían la creencia en tantas cosas fabulosas y absurdas, porque no podían demostrarse.

Entonces Tú, Señor, poco a poco, con mano muy tierna y misericordiosa, tocando y serenando mi corazón, me persuadiste: al considerar las innumerables cosas que creía sin haberlas visto ni haber estado presente cuando sucedieron, como tantos hechos de la historia secular, tantas noticias de lugares y ciudades que no había visto; tantas cosas que creía por mis amigos, tantas por los médicos, tantas continuamente por otros hombres, sin cuya creencia nada haríamos en esta vida; por último, al considerar con qué inquebrantable certeza creía de qué padres había nacido, cosa que no habría podido saber si no hubiera creído lo que había oído; al considerar todo esto, me persuadiste de que merecían reproche quienes no creían en tus Libros (a los que has dado tan grande autoridad entre casi todas las naciones), y no quienes creían en ellos; y de que no debía escuchar a quienes me dijeran: «¿Cómo sabes que esas Escrituras fueron comunicadas a la humanidad por el Espíritu del único Dios verdadero y de toda verdad?».

Pues esto mismo era lo que más debía creerse, ya que ninguna disputa de preguntas blasfemas, entre toda aquella multitud que había leído en los filósofos que se contradecían a sí mismos, pudo arrancarme esta creencia: «Que Tú existes», fueras lo que fueras (cosa que yo ignoraba), y «Que a Ti te corresponde el gobierno de los asuntos humanos».

⁂

Esto creía, unas veces con más fuerza y otras con menos; pero siempre creí tanto que existías como que cuidabas de nosotros, aunque ignoraba qué debía pensar de tu sustancia y qué camino conducía o devolvía a Ti.

Ya que éramos demasiado débiles para encontrar la verdad mediante razonamientos abstractos, y por eso mismo necesitábamos la autoridad de la

Sagrada Escritura, había empezado a creer que nunca habrías dado a esa Escritura una autoridad tan extraordinaria en todas las tierras si no hubieras querido que por ella se creyera en Ti y por ella se te buscara.

Pues ahora, después de haber oído explicar satisfactoriamente varios de aquellos pasajes de la Escritura que antes me ofendían por sonar extraños, los atribuía a la profundidad de sus misterios, y su autoridad me parecía más venerable y más digna de fe religiosa, porque, estando abierta a la lectura de todos, reservaba la majestad de sus misterios en su sentido más profundo; se inclinaba hacia todos con la gran sencillez de sus palabras y la humildad de su estilo, y, sin embargo, reclamaba la más intensa dedicación de quienes no tienen un corazón frívolo.

Así podía recibir a todos en su seno abierto y conducir hacia Ti, por pasos estrechos, a unos pocos, aunque muchos más que si no se alzara a tal altura de autoridad ni atrajera multitudes a su seno con su santa humildad. En estas cosas pensaba, y Tú estabas conmigo; suspiraba, y Tú me oías; vacilaba, y Tú me guiabas; vagaba por el ancho camino del mundo, y Tú no me abandonabas.

Ansiaba honores, ganancias, matrimonio; y Tú te reías de mí. En estos deseos sufría las más amargas contrariedades, y tanto mayor era tu bondad cuanto menos permitías que me resultara dulce algo que no fueras Tú. Mira mi corazón, Señor, que quisiste que recordara todo esto y te lo confesara.

Que mi alma se una a Ti, ahora que la has librado de aquella liga de muerte que la retenía con tanta fuerza. ¡Qué desdichada era! Y Tú avivabas el dolor de su herida para que, abandonando todo lo demás, se volviera a Ti,

que estás por encima de todo y sin quien todas las cosas serían nada; para que se volviera a Ti y sanara. ¡Qué miserable era yo entonces, y cómo obraste conmigo para hacerme sentir mi miseria aquel día en que me preparaba para recitar un panegírico del emperador!

En él iba a decir muchas mentiras y, mintiendo, recibiría el aplauso de quienes sabían que mentía; y mi corazón palpitaba con estas inquietudes y hervía con el ardor febril de pensamientos que me consumían.

Pues, al pasar por una de las calles de Milán, observé a un pobre mendigo, entonces, supongo, con el vientre lleno, que bromeaba alegremente; y suspiré y hablé a los amigos que me rodeaban de los muchos sufrimientos de nuestras locuras.

Porque con todos aquellos esfuerzos nuestros, como los que entonces me agotaban mientras arrastraba, aguijoneado por el deseo, la carga de mi propia desdicha, y al arrastrarla la aumentaba, solo esperábamos llegar a aquella misma alegría a la que ese mendigo había llegado antes que nosotros, que tal vez nunca la alcanzaríamos.

Pues lo que él había obtenido con unas pocas monedas mendigadas era lo mismo que yo buscaba mediante tantos penosos rodeos y vueltas: el gozo de una felicidad pasajera. Él, en verdad, no tenía el gozo verdadero; pero yo, con aquellos proyectos ambiciosos, buscaba uno mucho menos verdadero.

Y ciertamente él estaba alegre y yo angustiado; él libre de preocupaciones y yo lleno de temores. Pero si alguien me preguntara si prefería estar alegre o temeroso, respondería que alegre.

Y si volviera a preguntarme si prefería ser como él era o como yo era entonces, elegiría ser yo mismo, aunque desgastado por preocupaciones y temores; pero lo haría por un juicio equivocado, pues ¿acaso era ese el juicio verdadero?

Porque no debía preferirme a él por ser más instruido, ya que no encontraba gozo en ello, sino que buscaba agradar a los hombres con mi saber; y eso no para instruirlos, sino simplemente para agradarles. Por eso también quebrantabas mis huesos con la vara de tu corrección.

Que se aparten, pues, de mi alma quienes le dicen: «Sí importa de dónde viene la alegría de un hombre. Aquel mendigo se alegraba con la embriaguez; tú deseabas alegrarte con la gloria». ¿Qué gloria, Señor? La que no está en Ti. Pues, así como su alegría no era verdadera, tampoco aquella era verdadera gloria; y trastornaba aún más mi alma.

Él disiparía su embriaguez aquella misma noche; pero yo había dormido y vuelto a levantarme con la mía, y volvería a dormir y a levantarme con ella, durante cuántos días, Tú, Dios, lo sabes. Pero «sí importa de dónde viene la alegría de un hombre». Lo sé, y el gozo de una esperanza fiel está incomparablemente por encima de semejante vanidad.

Sí, y también él estaba entonces por encima de mí, pues era en verdad más feliz; no solo porque estaba completamente inundado de alegría mientras a mí me desgarraban las preocupaciones, sino porque él había conseguido vino expresando buenos deseos, mientras yo, mintiendo, buscaba alabanzas vacías e hinchadas.

Muchas cosas de este tenor dije entonces a mis amigos; y con frecuencia veía en ellos reflejado mi propio estado, y descubría que me iba mal, y me afligía y duplicaba ese mismo mal; y si alguna prosperidad me sonreía, me resistía a aferrarme a ella, pues casi antes de poder asirla ya se había desvanecido.

Estas cosas lamentábamos juntos quienes vivíamos unidos como amigos, pero de ellas hablaba sobre todo y con mayor intimidad con Alipio y Nebridio. Alipio había nacido en mi misma ciudad, de padres de los más distinguidos de allí, pero era más joven que yo.

Había estudiado conmigo tanto cuando empecé a enseñar en nuestra ciudad como después en Cartago, y me quería mucho porque le parecía bondadoso e instruido; y yo lo quería por su gran inclinación a la virtud, que destacaba bastante en alguien de tan pocos años.

Sin embargo, el torbellino de las costumbres cartaginesas (entre quienes se siguen con pasión aquellos espectáculos vanos) lo había arrastrado a la locura del circo. Pero mientras él se debatía miserablemente en ella, y yo enseñaba retórica allí y tenía una escuela pública, todavía no asistía a mis clases, por cierta desavenencia surgida entre su padre y yo.

Yo había descubierto entonces hasta qué punto lo dominaba aquella funesta pasión por el circo, y me afligía profundamente que pareciera a punto de malograr, o más bien que ya hubiera malogrado, tan grandes esperanzas.

Sin embargo, no tenía medios para aconsejarlo ni para apartarlo con cierta firmeza de aquello, ya fuera con el afecto de un amigo o con la autoridad

de un maestro. Pues suponía que pensaba de mí lo mismo que su padre; pero no era así. Dejando a un lado la opinión de su padre sobre ese asunto, comenzó a saludarme, a entrar a veces en mi aula, a escuchar un poco y a marcharse.

⁂

Yo, sin embargo, había olvidado hablar con él para que no arruinara tan buen entendimiento por un deseo ciego y desenfrenado de diversiones vanas. Pero Tú, Señor, que guías el curso de todo lo que has creado, no lo habías olvidado, a él que un día había de estar entre tus hijos como sacerdote y dispensador de tu Sacramento; y, para que su enmienda pudiera atribuirse claramente a Ti, la realizaste por medio de mí, sin que yo lo supiera.

Pues un día, mientras estaba sentado en mi lugar acostumbrado, con mis alumnos delante, él entró, me saludó, se sentó y prestó atención a lo que yo trataba entonces.

Tenía por casualidad entre manos un pasaje y, mientras lo explicaba, se me ocurrió una comparación tomada de las carreras del circo, que podía hacer más ameno y claro lo que quería comunicar, sazonada con una burla mordaz de aquellos a quienes había esclavizado aquella locura. Dios, Tú sabes que entonces no pensaba en curar a Alipio de aquella infección.

Pero él se lo aplicó enteramente a sí mismo y pensó que yo lo decía únicamente por él. Y de aquello que otro habría tomado como motivo para ofenderse conmigo, aquel joven de buen juicio tomó motivo para disgustarse consigo mismo y quererme con más fervor. Pues Tú lo habías dicho mucho antes y lo habías puesto en tu libro: Reprende al sabio y te amará.

Pero yo no lo había reprendido, sino que Tú, que te sirves de todos, lo sepan o no, según el orden que Tú conoces (y ese orden es justo), hiciste de mi corazón y de mi lengua brasas ardientes con las que encender aquel espíritu prometedor que así languidecía, y de ese modo sanarlo.

Que calle tus alabanzas quien no considere tus misericordias, que yo te confieso desde lo más íntimo de mi alma. Pues, al oír aquellas palabras, salió de aquel pozo tan profundo en el que se había hundido voluntariamente y donde lo cegaban sus miserables diversiones; y sacudió su espíritu con un firme dominio de sí mismo, con lo que toda la suciedad de las diversiones del circo se desprendió de él, y no volvió allí.

Después de esto, consiguió que su padre, pese a su resistencia, le permitiera ser alumno mío. Este cedió y dio su consentimiento. Y Alipio, al empezar de nuevo a escucharme, quedó envuelto conmigo en la misma superstición, amando en los maniqueos aquella apariencia de continencia que suponía verdadera y sincera.

Era, sin embargo, una continencia insensata y seductora, que atrapaba almas preciosas, todavía incapaces de alcanzar la profundidad de la virtud, pero que se dejaban engañar fácilmente por la apariencia de lo que no era más que una virtud ilusoria y fingida.

Él, sin abandonar aquella carrera mundana que sus padres lo habían persuadido a seguir, se había adelantado a mí a Roma para estudiar leyes, y allí se dejó arrastrar de manera increíble por una increíble pasión por los espectáculos de gladiadores.

Pues, aunque sentía una completa aversión por esos espectáculos y los detestaba, un día se encontró por casualidad con varios conocidos y compañeros de estudios que volvían de comer, y estos, con la violencia propia de la confianza, lo arrastraron al anfiteatro, mientras se celebraban aquellos espectáculos crueles y mortales, pese a su enérgica negativa y resistencia.

Él protestaba así: "Aunque arrastréis mi cuerpo a ese lugar y me sentéis allí, ¿podéis obligarme también a dirigir la mente o los ojos hacia esos espectáculos? Estaré, pues, ausente aun estando presente, y así os venceré tanto a vosotros como a ellos". Al oírlo, lo llevaron de todos modos, quizá deseosos de comprobar precisamente si podía hacer lo que decía.

Cuando llegaron y se acomodaron como pudieron, todo el lugar ardía con aquella diversión salvaje. Pero él, cerrando el paso de sus ojos, prohibía a su mente que se extraviara tras semejante mal; ¡ojalá se hubiera tapado también los oídos!

Pues, cuando uno cayó durante la lucha, un poderoso grito de todo el público lo sacudió con fuerza; vencido por la curiosidad, y como si estuviera preparado para despreciar y superar aquello, fuera lo que fuese, incluso después de verlo, abrió los ojos y recibió en el alma una herida más profunda que la recibida en el cuerpo por aquel a quien deseaba contemplar.

Y cayó más miserablemente que aquel cuya caída había provocado ese enorme clamor, que entró por sus oídos y abrió sus ojos para dar paso al golpe que derribaría un alma más atrevida que firme, y tanto más débil cuanto que había confiado en sí misma, cuando debía haberse apoyado en ti.

Pues, en cuanto vio aquella sangre, bebió con ella la crueldad; y no apartó la mirada, sino que la dejó fija, bebiendo el frenesí sin darse cuenta, deleitándose en aquella lucha culpable y embriagándose con aquella diversión sangrienta.

Ya no era el hombre que había llegado, sino uno de la multitud a la que se había unido, sí, un verdadero compañero de quienes lo habían llevado allí. ¿Para qué decir más? Miró, gritó, se enardeció y se llevó de allí la locura que lo impulsaría a regresar, no solo con quienes lo habían arrastrado por primera vez, sino incluso antes que ellos, y hasta a arrastrar a otros.

Sin embargo, de allí lo arrancaste con una mano muy fuerte y muy misericordiosa, y le enseñaste a confiar en ti y no en sí mismo. Pero esto sucedió después.

⁂

Pero esto ya iba quedando guardado en su memoria para servirle de remedio más adelante. También ocurrió así con otro suceso: cuando todavía estudiaba conmigo en Cartago y, al mediodía, repasaba en la plaza del mercado lo que debía recitar de memoria, como suelen practicar los estudiantes, permitiste que los guardias del mercado lo detuvieran como ladrón.

Por ninguna otra razón, creo yo, permitiste esto, Dios nuestro, sino para que quien más adelante había de llegar a ser un hombre tan grande comenzara ya a aprender que, al juzgar las causas, un hombre no debe condenar fácilmente a otro por dar crédito a algo de manera precipitada.

Pues, mientras paseaba solo ante el tribunal, con su cuaderno y su pluma, un joven abogado, el verdadero ladrón, entró a escondidas con un hacha,

sin que Alipio lo advirtiera, y llegó hasta las rejas de plomo que protegían las tiendas de los plateros, donde comenzó a cortar el plomo.

Pero, al oír el ruido del hacha, los plateros que estaban abajo comenzaron a alborotarse y mandaron detener a quien encontraran. El otro, al oír sus voces, huyó dejando el hacha, por miedo a que lo atraparan con ella. Alipio, que no lo había visto entrar, advirtió su salida y vio con qué rapidez escapaba.

Deseoso de saber qué había sucedido, entró en el lugar; allí encontró el hacha y se quedó de pie, sorprendido y examinándola, cuando llegaron los que habían sido enviados y lo encontraron solo, con el hacha en la mano, cuyo ruido los había sobresaltado y llevado hasta allí.

Lo apresaron, lo arrastraron y, reuniendo a los que se encontraban en el mercado, se jactaron de haber capturado a un ladrón famoso; y así se lo llevaban para presentarlo ante el juez.

Pero hasta ahí debía llegar la lección de Alipio. Pues enseguida, Señor, acudiste en ayuda de su inocencia, de la que solo tú eras testigo. Mientras lo llevaban a la cárcel o al castigo, se encontraron con un arquitecto que tenía a su cargo la dirección de los edificios públicos.

Se alegraron especialmente de encontrarlo a él, que solía sospechar que eran ellos quienes robaban los bienes que desaparecían del mercado, como si al fin pudieran mostrarle quién cometía aquellos robos.

Sin embargo, él había visto varias veces a Alipio en casa de un senador al que iba a menudo a presentar sus respetos; y, reconociéndolo de inmediato, lo tomó de la mano y lo apartó. Le preguntó por la causa de tan gran des-

gracia, escuchó todo el asunto y ordenó a todos los presentes, en medio de mucho alboroto y amenazas, que lo acompañaran.

Así llegaron a la casa del joven que había cometido el delito. Allí, ante la puerta, había un muchacho de tan corta edad que era probable que, sin temer ningún daño para su amo, lo revelara todo. Pues había acompañado a su amo al mercado. En cuanto Alipio lo reconoció, se lo dijo al arquitecto; este mostró el hacha al muchacho y le preguntó: "¿De quién es?".

"Nuestra", respondió enseguida; y, al seguir interrogándolo, lo reveló todo. Así, al recaer la acusación del delito sobre aquella casa y quedar avergonzada la multitud que había comenzado a insultar a Alipio, él, que había de ser un dispensador de tu Palabra y examinar muchas causas en tu Iglesia, se marchó con mayor experiencia e instrucción.

A él, pues, lo había encontrado en Roma, y se unió a mí con un vínculo muy fuerte y fue conmigo a Milán, tanto para no dejarme como para ejercer algo del derecho que había estudiado, más por complacer a sus padres que a sí mismo.

Allí había desempeñado tres veces el cargo de asesor, con una integridad que causaba gran admiración a los demás, mientras que él se admiraba más bien de quienes podían preferir el oro a la honradez. Su carácter fue puesto a prueba, además, no solo con el cebo de la codicia, sino también con el aguijón del miedo. En Roma fue asesor del conde del Tesoro de Italia.

Había entonces un senador muy poderoso, a cuyos favores muchos estaban obligados y a quien muchos temían mucho. Este pretendía, valiéndose de su poder habitual, que se le permitiera algo que las leyes prohibían. Alipio

se opuso; le prometieron un soborno y lo despreció de todo corazón; lo amenazaron y pisoteó las amenazas.

Todos se admiraban de un ánimo tan poco común, que ni deseaba la amistad ni temía la enemistad de un hombre tan grande y tan conocido por sus innumerables medios para hacer el bien o el mal.

Y el propio juez, de quien Alipio era consejero, aunque tampoco quería que se hiciera aquello, no se negaba abiertamente, sino que hacía recaer el asunto sobre Alipio, alegando que este no le permitía hacerlo; pues, en verdad, si el juez lo hubiera hecho, Alipio habría emitido una decisión contraria.

Solo una cosa relacionada con sus estudios estuvo a punto de seducirlo: que le copiaran libros a las tarifas del pretorio; pero, al consultar a la justicia, cambió su decisión para mejor, considerando que la equidad que se lo impedía era más provechosa que el poder que se lo habría permitido. Estas son cosas pequeñas, pero quien es fiel en lo poco también es fiel en lo mucho.

Y de ningún modo puede carecer de valor lo que salió de la boca de tu Verdad: Si no habéis sido fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las verdaderas riquezas? Y si no habéis sido fieles en lo ajeno, ¿quién os dará lo que es vuestro? Siendo él así, en aquel tiempo permanecía unido a mí y, junto conmigo, vacilaba sobre qué camino de vida debía tomar.

También Nebridio, que había dejado su tierra natal cerca de Cartago, e incluso la propia Cartago, donde había vivido mucho tiempo, abandonando su magnífica propiedad familiar y su casa, y dejando atrás a una madre que

no había de seguirlo, había venido a Milán por ninguna otra razón que vivir conmigo en una búsqueda muy ardiente de la verdad y la sabiduría.

Como yo suspiraba, como yo vacilaba, buscador ardiente de la vida verdadera y examinador muy agudo de las cuestiones más difíciles. Así estaban las bocas de tres necesitados, expresándose unos a otros sus carencias con suspiros y esperando de ti que les dieras su alimento a su debido tiempo.

Y en toda la amargura que, por tu misericordia, acompañaba nuestros asuntos mundanos, cuando mirábamos hacia su fin y nos preguntábamos por qué debíamos sufrir todo aquello, nos salían al encuentro las tinieblas; y nos apartábamos gimiendo y diciendo: ¿Hasta cuándo seguirán estas cosas?

También esto lo decíamos con frecuencia; y, aunque lo decíamos, no las abandonábamos, pues aún no despuntaba ninguna certeza a la que pudiéramos aferrarnos después de dejarlas.

⁂

Y yo, examinando las cosas una y otra vez, me asombraba sobre todo del tiempo transcurrido desde mis diecinueve años, cuando había comenzado a arder en deseos de sabiduría, resuelto a abandonar, una vez que la encontrara, todas las esperanzas vacías y los delirios engañosos de los deseos vanos.

Y he aquí que ya tenía treinta años y seguía atascado en el mismo lodo, ansioso por disfrutar de las cosas presentes, que pasaban y consumían mi alma, mientras me decía: "Mañana lo encontraré; aparecerá con claridad y lo comprenderé; ¡ya vendrá Fausto el maniqueo y lo aclarará todo! ¡Oh,

grandes hombres, vosotros, los académicos! ¿Es verdad, entonces, que no se puede alcanzar ninguna certeza para ordenar la vida?

No, busquemos con más diligencia y no desesperemos. Ahora ya no nos parecen absurdas cosas de los libros de la Iglesia que antes nos lo parecían, y pueden entenderse de otro modo y en un buen sentido. Me quedaré donde mis padres me colocaron de niño, hasta que se descubra la verdad clara. Pero ¿dónde se buscará, o cuándo?

Ambrosio no tiene tiempo; nosotros no tenemos tiempo para leer; ¿dónde encontraremos siquiera los libros? ¿De dónde o cuándo los conseguiremos? ¿A quién se los pediremos prestados? Fijemos momentos y reservemos ciertas horas para la salud de nuestra alma.

Ha despuntado una gran esperanza: la fe católica no enseña lo que pensábamos y de lo que la acusábamos en vano; sus miembros instruidos consideran impío creer que Dios esté limitado por la figura de un cuerpo humano. ¿Y dudamos en 'llamar' para que lo demás 'se nos abra'? Nuestros alumnos ocupan las mañanas; ¿qué hacemos el resto del tiempo? ¿Por qué no dedicarnos a esto?

Pero ¿cuándo, entonces, visitaremos a nuestros amigos poderosos, cuyo favor necesitamos? ¿Cuándo prepararemos lo que podamos vender a los estudiantes? ¿Cuándo descansaremos, relajando la mente de tan intensa preocupación?

"¡Que todo perezca! ¡Desechemos estas vanidades vacías y dediquémonos únicamente a buscar la verdad! La vida es vana, la muerte incierta; si nos sorprende de repente, ¿en qué estado partiremos de aquí? ¿Y dónde apren-

deremos lo que aquí hemos descuidado? ¿No sufriremos más bien el castigo de esta negligencia? ¿Y si la muerte misma interrumpe y pone fin a toda preocupación y a toda sensación?

Entonces hay que averiguarlo. ¡Pero no lo permita Dios! No es cosa vana y vacía que la excelsa dignidad de la autoridad de la fe cristiana se haya extendido por todo el mundo.

Nunca habría hecho Dios por nosotros cosas semejantes y tan grandes si con la muerte del cuerpo terminara la vida del alma. ¿Por qué tardar, entonces, en abandonar las esperanzas mundanas y entregarnos por completo a buscar a Dios y la vida bienaventurada? ¡Pero espera! También esas cosas son agradables; tienen cierta dulzura, y no pequeña.

No debemos abandonarlas a la ligera, pues sería vergonzoso volver de nuevo a ellas. Mira, ahora no es tan difícil conseguir algún cargo, y después, ¿qué más podríamos desear?

Tenemos muchos amigos poderosos; si no se ofrece otra cosa y tenemos mucha prisa, al menos podrían darnos el gobierno de una provincia; y una esposa con algo de dinero, para que no aumente nuestros gastos; y este será el límite de nuestros deseos. Muchos grandes hombres, muy dignos de imitación, se han dedicado al estudio de la sabiduría estando casados."

Mientras daba vueltas a estas cosas, y estos vientos cambiaban y llevaban mi corazón de un lado a otro, el tiempo pasaba, pero yo tardaba en volverme al Señor; y de día en día aplazaba vivir en Ti, sin aplazar el morir cada día en mí mismo. Amando una vida feliz, la temía en su propia morada y la buscaba huyendo de ella.

Pensaba que sería demasiado desdichado si no me estrechaban unos brazos de mujer; y no pensaba en la medicina de Tu misericordia para curar aquella debilidad, pues no la había probado.

En cuanto a la continencia, suponía que estaba en nuestro propio poder (aunque en mí no encontraba ese poder), siendo tan necio que ignoraba lo que está escrito: Nadie puede ser continente si Tú no se lo concedes; y que Tú me lo concederías si con gemidos interiores llamaba a Tus oídos y con una fe firme depositaba en Ti mis preocupaciones.

Alipio, en efecto, procuraba que no me casara, alegando que así de ningún modo podríamos vivir juntos, con tiempo libre y sin distracciones, en el amor a la sabiduría, como tanto tiempo habíamos deseado.

Él era ya entonces de una pureza admirable en este punto; y más aún porque al comienzo de su juventud había entrado en aquel camino, pero no había quedado atrapado en él; más bien había sentido remordimiento y rechazo, y desde entonces hasta ahora había vivido con suma continencia.

Pero yo le oponía los ejemplos de quienes, estando casados, habían cultivado la sabiduría, servido a Dios de manera grata a Él, conservado a sus amigos y amado a estos fielmente.

Yo estaba muy lejos de su grandeza de espíritu; y, atado por la enfermedad de la carne y su dulzura mortal, arrastraba mi cadena, temiendo que me soltaran, y, como si me hubieran irritado la herida, rechazaba sus buenos consejos como la mano de alguien que quisiera quitarme las cadenas.

Además, por medio de mí hablaba la serpiente al propio Alipio, tejiendo con mi lengua y tendiendo en su camino trampas de placer en las que pu-

dieran enredarse sus pies virtuosos y libres.

Porque él se maravillaba de que yo, a quien tenía en no poca estima, estuviera tan pegado a la liga de aquel placer como para afirmar (cada vez que lo discutíamos) que nunca podría llevar una vida de soltero; y yo, al verlo asombrado, alegaba en mi defensa que había una gran diferencia entre su conocimiento momentáneo y apenas recordado de aquella vida, que por eso podía despreciar fácilmente, y mi trato continuo con ella, al que, si se añadía el honroso nombre de matrimonio, no debía extrañarle que yo no pudiera desdeñar aquel camino.

Así comenzó también él a desear casarse; no vencido por el deseo de aquel placer, sino por curiosidad. Pues quería saber, decía, qué sería aquello sin lo cual mi vida, que tanto le agradaba, me parecería a mí un castigo y no una vida.

Su mente, libre de aquella cadena, se asombraba de mi esclavitud; y aquel asombro lo llevaba al deseo de probarla, de allí a la prueba misma, y de allí quizá a hundirse en aquella servidumbre que le causaba asombro, pues estaba dispuesto a hacer un pacto con la muerte; y el que ama el peligro caerá en él.

Porque la honra que pudiera haber en la tarea de ordenar bien la vida matrimonial y una familia apenas nos movía. A mí me atormentaba sobre todo la costumbre de satisfacer un apetito insaciable, que me mantenía cautivo; a él lo iba cautivando un asombro lleno de admiración.

Así estábamos hasta que Tú, oh Altísimo, sin abandonar nuestro polvo y compadeciéndote de nuestra miseria, acudiste en nuestra ayuda por cami-

nos maravillosos y secretos.

⁂

Se hacían continuos esfuerzos para que me casara. Pedí la mano de una joven y me la prometieron, principalmente gracias a los afanes de mi madre, para que, una vez casado, me limpiara el bautismo que da la salud; ella se alegraba de que yo me preparase cada día para recibirlo, y veía que sus oraciones y Tus promesas se iban cumpliendo en mi fe.

En aquel tiempo, tanto a petición mía como por su propio anhelo, Te suplicaba cada día con fuertes clamores del corazón que por medio de una visión le revelaras algo acerca de mi futuro matrimonio; Tú nunca quisiste hacerlo.

Veía, ciertamente, algunas cosas vanas y fantásticas, como las que reúne la actividad del espíritu humano cuando se ocupa de un asunto; y me las contaba, pero sin aquella confianza que solía tener cuando Tú le mostrabas algo, sino dándoles poca importancia.

Porque podía, decía, distinguir entre Tus revelaciones y los sueños de su propia alma por cierto sentimiento que no sabía expresar con palabras. Sin embargo, se siguió adelante con el asunto y se pidió en matrimonio a una muchacha a la que le faltaban dos años para tener la edad adecuada; y, como había agradado, se esperaba por ella.

Y muchos de nosotros, amigos que conversábamos entre nosotros y detestábamos las turbulentas agitaciones de la vida humana, habíamos discutido y casi resuelto vivir apartados de los negocios y del bullicio de los hombres.

Lo conseguiríamos de este modo: aportaríamos cuanto cada uno pudiera obtener y formaríamos con todo un solo patrimonio doméstico; de manera que, por la sinceridad de nuestra amistad, nada perteneciera en particular a nadie, sino que el conjunto de lo aportado por todos perteneciera íntegramente a cada uno, y todo a todos.

Pensábamos que esta comunidad podría contar con unas diez personas; algunas de ellas eran muy ricas, especialmente Romaniano, nuestro paisano, amigo muy íntimo mío desde la infancia, a quien las graves complicaciones de sus asuntos habían llevado a la corte.

Él era quien más empeño ponía en este proyecto, y su opinión tenía mucho peso, porque su gran fortuna superaba con mucho la de cualquiera de los demás. También habíamos acordado que dos encargados, por así decirlo, designados cada año, procuraran todo lo necesario, dejando a los demás libres de preocupaciones.

Pero cuando empezamos a considerar si las esposas, que algunos ya teníamos y otros esperaban tener, lo permitirían, todo aquel plan, que tan bien iba tomando forma, se deshizo entre nuestras manos, quedó completamente destrozado y fue abandonado.

Entonces nos entregamos a los suspiros y gemidos, y nuestros pasos volvieron a seguir los caminos anchos y trillados del mundo; porque muchos eran los pensamientos de nuestro corazón, pero Tu designio permanece para siempre.

Desde ese designio Te burlaste del nuestro y preparaste el Tuyo, con el propósito de darnos alimento a su debido tiempo y llenar nuestras almas de

bendición.

Mientras tanto, mis pecados se multiplicaban, y, al ser arrancada de mi lado mi concubina por ser un obstáculo para mi matrimonio, mi corazón, que estaba unido a ella, quedó desgarrado, herido y sangrante. Ella regresó a África, prometiéndote no conocer jamás a otro hombre y dejando conmigo al hijo que había tenido de mí.

Pero yo, desdichado, que no podía imitar siquiera a una mujer, impaciente ante la demora, pues no obtendría hasta pasados dos años a la que pretendía, y siendo más esclavo de la lujuria que amante del matrimonio, me procuré otra, aunque no como esposa, para que, mediante la servidumbre de una costumbre duradera, la enfermedad de mi alma se mantuviera y llegara con toda su fuerza, o incluso aumentada, al estado matrimonial.

Tampoco se curó aquella herida que me había causado la separación de la primera, sino que, tras inflamarse y producirme un dolor agudísimo, se gangrenó, y mis dolores se hicieron menos agudos, pero más desesperados.

A Ti sea la alabanza, gloria a Ti, Fuente de misericordias. Yo me hacía más desdichado, y Tú estabas más cerca. Tu mano derecha estaba siempre dispuesta a sacarme del lodo y lavarme por completo, y yo no lo sabía; y nada me apartaba de un abismo aún más profundo de placeres carnales salvo el miedo a la muerte y a Tu juicio venidero, que, entre todos mis cambios, nunca se alejó de mi pecho.

Y en mis discusiones con mis amigos Alipio y Nebridio sobre la naturaleza del bien y del mal, sostenía que Epicuro habría ganado la palma a mi juicio si yo no hubiera creído que después de la muerte quedaba una vida para el

alma y lugares de retribución según los méritos de los hombres, cosa que Epicuro no quería creer.

Y preguntaba: «Si fuéramos inmortales y viviéramos en perpetuo placer corporal, sin temor a perderlo, ¿por qué no habríamos de ser felices, o qué otra cosa buscaríamos?».

No sabía que en esto mismo había una gran miseria: que, tan hundido y ciego, no podía distinguir aquella luz de excelencia y belleza que merece ser abrazada por sí misma, que el ojo de la carne no puede ver y que ve el hombre interior.

Tampoco consideraba yo, desdichado, de dónde nacía el placer con que conversaba con mis amigos incluso sobre estas cosas, por impuras que fueran, ni que, aun según las ideas que entonces tenía de la felicidad, no podría ser feliz sin amigos, por abundantes que fueran los placeres carnales.

Y, sin embargo, amaba a aquellos amigos solo por ellos mismos, y sentía que ellos también me amaban solo por mí mismo.

¡Oh caminos torcidos! ¡Ay del alma atrevida que esperaba alcanzar algo mejor abandonándote! Se ha vuelto una y otra vez, de espaldas, de costado y boca abajo, pero todo le resultaba doloroso; y solo Tú eres descanso. Y he aquí que estás cerca, nos libras de nuestros desdichados extravíos, nos pones en Tu camino, nos consuelas y dices: «Corred; Yo os llevaré; sí, Yo os haré llegar hasta el final; también allí os llevaré».

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO VII

✦

Muerta estaba ya aquella juventud mía, malvada y abominable, y yo entraba en los primeros años de la edad adulta; cuanto más avanzaba en años, más me manchaban las cosas vanas, pues no podía imaginar sustancia alguna que no fuera como las que suelen verse con estos ojos.

No pensaba en Ti, oh Dios, bajo la figura de un cuerpo humano; desde que empecé a oír algo de la sabiduría, siempre evité esto, y me alegré de haber encontrado lo mismo en la fe de nuestra madre espiritual, tu Iglesia católica. Pero no sabía de qué otro modo concebirte.

Y yo, un hombre, y un hombre como yo era, buscaba concebirte a Ti, el Dios soberano, único y verdadero; y en lo más íntimo de mi alma creía que eras incorruptible, invulnerable e inmutable; porque, aunque no sabía de dónde ni cómo, veía claramente y tenía por cierto que lo que puede corromperse ha de ser inferior a lo que no puede; prefería sin vacilar lo que no podía sufrir daño a lo que podía recibirlo, y lo inmutable a las cosas sujetas a cambio.

Mi corazón clamaba con vehemencia contra todos mis fantasmas, y con este solo golpe procuraba apartar del ojo de mi mente toda aquella tropa impura que zumbaba a su alrededor.

Pero, apenas apartada, en un abrir y cerrar de ojos volvía a reunirse en tropel en torno a mí, se lanzaba contra mi rostro y lo nublaba; de modo que, aunque no bajo la forma del cuerpo humano, me veía obligado a conce-

birte a Ti —aquel ser incorruptible, invulnerable e inmutable que yo prefería a lo corruptible, vulnerable y mudable— como un ser situado en el espacio, ya infundido en el mundo, ya extendido infinitamente fuera de él.

Porque todo lo que concebía, privado de este espacio, me parecía nada, sí, absolutamente nada, ni siquiera un vacío; pues, si se sacara un cuerpo de su lugar y ese lugar quedara vacío de todo cuerpo, de tierra y agua, de aire y cielo, seguiría siendo un lugar vacío, como una nada espaciosa.

Así pues, siendo entonces tan tosco mi corazón, y sin comprenderme siquiera a mí mismo, pensaba que era absolutamente nada todo lo que no se extendiera por ciertos espacios, ni se difundiera, ni se condensara, ni se dilatara, o no recibiera o no pudiera recibir alguna de estas dimensiones.

Porque mi corazón recorría entonces las mismas formas que mis ojos suelen recorrer; y aún no veía que esta misma facultad de la mente, con la que formaba aquellas imágenes, no era de esa clase, y que, sin embargo, no habría podido formarlas si ella misma no hubiera sido algo grande.

Así también procuraba concebirte a Ti, Vida de mi vida, como un ser inmenso que, por espacios infinitos, penetraba por todos lados la masa entera del universo y se extendía más allá de ella, en todas direcciones, por espacios inconmensurables y sin límites; de modo que la tierra te contuviera, el cielo te contuviera, todas las cosas te contuvieran, y ellas estuvieran limitadas en Ti, sin que Tú estuvieras limitado en ninguna parte.

Porque, así como el cuerpo de este aire que está sobre la tierra no impide que la luz del sol lo atraviese y lo penetre, sin romperlo ni cortarlo, sino llenándolo por completo, así pensaba yo que los cuerpos, no solo del cielo, del

aire y del mar, sino también de la tierra, podían ser penetrados por Ti, de modo que en todas sus partes, tanto las mayores como las menores, admitieran tu presencia mediante un soplo secreto, por dentro y por fuera, que dirigía todas las cosas que has creado.

Así lo suponía, tan solo porque era incapaz de concebir otra cosa, pues era falso. Porque de ese modo una parte mayor de la tierra contendría una porción mayor de Ti, y una menor, una menor; y todas las cosas estarían tan llenas de Ti que el cuerpo de un elefante contendría más de Ti que el de un gorrión, en la misma medida en que es más grande y ocupa más espacio; y así harías presentes las distintas porciones de Ti mismo en las distintas porciones del mundo, en fragmentos, grandes en las grandes y pequeños en las pequeñas. Pero Tú no eres así. Sin embargo, aún no habías iluminado mis tinieblas.

Me bastaba, Señor, para oponerme a aquellos engañadores engañados y charlatanes mudos, pues tu palabra no resonaba en ellos, aquello que mucho tiempo atrás, cuando todavía estábamos en Cartago, solía plantear Nebridio, y que nos dejaba perplejos a cuantos lo oíamos: «Esa nación de las tinieblas que los maniqueos suelen presentar como una masa enemiga enfrentada a Ti, ¿qué habría podido hacerte si te hubieras negado a luchar contra ella?

Porque, si respondían: "Te habría hecho algún daño", entonces estarías sujeto al daño y a la corrupción; pero, si no podía hacerte ningún daño, no se daba razón alguna para que lucharas contra ella; y para que lucharas de tal manera que cierta porción o miembro de Ti, o un vástago de tu misma Sustancia, se mezclara con poderes enemigos y naturalezas no creadas por

Ti, y fuera por ellos corrompido y empeorado hasta el punto de pasar de la felicidad a la miseria y necesitar ayuda para ser liberado y purificado; y que este vástago de tu Sustancia fuera el alma, a la cual, esclavizada, manchada y corrompida, pudiera socorrer tu Verbo, libre, puro e íntegro; aunque ese mismo Verbo siguiera siendo corruptible por ser de una sola y misma Sustancia.

Así pues, si afirmaban que Tú, seas lo que seas, es decir, tu Sustancia por la que eres, eras incorruptible, entonces todas estas afirmaciones eran falsas y execrables; pero, si eras corruptible, la sola afirmación mostraba que aquello era falso y repugnante».

Este argumento de Nebridio bastaba entonces contra aquellos que merecían ser vomitados por completo de un estómago sobrecargado; pues, pensando y hablando así de Ti, no tenían escapatoria sin una horrible blasfemia de corazón y de lengua.

Pero también yo, aunque sostenía y estaba firmemente convencido de que Tú, nuestro Señor, el Dios verdadero, que hiciste no solo nuestras almas, sino también nuestros cuerpos, y no solo nuestras almas y cuerpos, sino todos los seres y todas las cosas, no podías ser manchado ni alterado, ni estabas sujeto a cambio alguno, todavía no comprendía con claridad y sin dificultad la causa del mal.

Y, sin embargo, fuera cual fuera, comprendía que debía buscarla de tal manera que no me obligara a creer que el Dios inmutable era mudable, para no convertirme yo en ese mal cuya causa buscaba.

La buscaba, pues, libre de inquietud en este punto, seguro de la falsedad de lo que sostenían aquellos de quienes me apartaba con todo mi corazón; porque veía que, al investigar el origen del mal, se llenaban de mal, pues preferían pensar que tu sustancia lo padecía antes que admitir que la suya lo cometía.

⁂

Y me esforzaba por comprender lo que ahora oía: que el libre albedrío era la causa de que hiciéramos el mal, y tu justo juicio, la de que lo padeciéramos. Pero no era capaz de distinguirlo con claridad. Así pues, al intentar sacar la mirada de mi alma de aquel profundo abismo, volvía a hundirme en él; y cuantas veces lo intentaba, otras tantas volvía a caer.

Pero esto me elevaba un poco hacia tu luz: sabía tan bien que tenía voluntad como que vivía; por tanto, cuando quería o no quería algo, estaba completamente seguro de que era yo mismo, y ningún otro, quien quería o no quería; y casi alcanzaba a ver que allí estaba la causa de mi pecado.

En cambio, lo que hacía contra mi voluntad, veía que más bien lo padecía que lo hacía, y juzgaba que era mi castigo y no mi culpa; aunque, como te tenía por justo, pronto reconocía que no era castigado injustamente.

Pero volvía a decir: ¿Quién me hizo? ¿No fue mi Dios, que no solo es bueno, sino la bondad misma? ¿De dónde me vino entonces querer el mal y no querer el bien, de modo que con justicia soy castigado así? ¿Quién puso esto en mí e injertó en mí esta planta de amargura, siendo yo enteramente obra de mi dulcísimo Dios? Si el autor fue el diablo, ¿de dónde viene ese mismo diablo?

Y si también él, por su propia voluntad perversa, pasó de ser un ángel bueno a ser diablo, ¿de dónde le vino, a su vez, aquella mala voluntad por la que se hizo diablo, puesto que toda la naturaleza de los ángeles fue hecha por aquel Creador sumamente bueno?

Estos pensamientos volvían a hundirme y me ahogaban; pero no me arrastraban hasta aquel infierno de error, donde nadie te confiesa, hasta el punto de pensar que Tú padeces el mal antes que admitir que el hombre lo hace.

Porque me esforzaba por descubrir lo demás como quien ya había descubierto que lo incorruptible necesariamente ha de ser mejor que lo corruptible; y por eso confesaba que Tú, fueras lo que fueras, eras incorruptible. Pues nunca ha habido ni habrá alma capaz de concebir algo que pueda ser mejor que Tú, que eres el bien supremo y el mejor de los bienes.

Pero, puesto que con toda verdad y certeza lo incorruptible es preferible a lo corruptible, como yo ya lo prefería, si Tú no fueras incorruptible, habría podido llegar con el pensamiento a algo mejor que mi Dios.

Por tanto, allí donde veía que lo incorruptible era preferible a lo corruptible, allí debía buscarte y allí examinar «en qué consistía el mal mismo»; es decir, de dónde viene la corrupción, que de ningún modo puede dañar tu sustancia.

Porque la corrupción no daña en modo alguno a nuestro Dios: ni por voluntad alguna, ni por necesidad alguna, ni por ningún azar imprevisto; porque Él es Dios, y lo que quiere es bueno, y Él mismo es ese bien; pero

corromperse no es bueno. Tampoco te ves obligado a nada contra tu voluntad, pues tu voluntad no es mayor que tu poder.

Pero sería mayor si Tú mismo fueras mayor que Tú mismo. Porque la voluntad y el poder de Dios son Dios mismo. ¿Y qué puede ser imprevisto para Ti, que conoces todas las cosas? Tampoco hay naturaleza alguna en las cosas que Tú no conozcas. ¿Y qué más habríamos de decir sobre «por qué esa sustancia que es Dios no debe ser corruptible», cuando, si lo fuera, no sería Dios?

Y buscaba «de dónde viene el mal», y lo buscaba de mala manera; y no veía el mal en mi propia búsqueda. Puse entonces ante los ojos de mi espíritu toda la creación, cuanto podemos ver en ella (como el mar, la tierra, el aire, las estrellas, los árboles, los seres mortales); y también cuanto no vemos en ella, como el firmamento del cielo, todos los ángeles y todos sus habitantes espirituales.

Pero mi imaginación situaba en el espacio a estos mismos seres como si fueran cuerpos, y yo hacía de Tu creación una sola gran masa, diferenciada según las clases de cuerpos: unos, cuerpos reales; otros, lo que yo mismo había imaginado como espíritus.

Y hacía enorme esta masa, no como era (pues no podía saberlo), sino como me parecía conveniente, aunque limitada por todas partes. Pero a Ti, Señor, te imaginaba rodeándola y penetrándola por todas partes, aunque infinito en todas las direcciones: como si hubiera un mar, por doquier y hacia todos lados, a través de un espacio sin medida, un solo mar sin límites, y este contuviera una esponja enorme, pero limitada; esa esponja necesariamente estaría llena, en todas sus partes, de aquel mar inmensurable.

Así concebía yo Tu creación, finita en sí misma, llena de Ti, el Infinito; y decía: Aquí está Dios, y aquí está lo que Dios ha creado; y Dios es bueno, sí, muchísimo e incomparablemente mejor que todas estas cosas; pero Él, el Bueno, las creó buenas; y mira cómo las rodea y las llena. ¿Dónde está entonces el mal, de dónde viene y cómo se ha introducido aquí? ¿Cuál es su raíz y cuál su semilla? ¿O acaso no existe? ¿Por qué, entonces, tememos y evitamos lo que no existe?

O si lo tememos sin motivo, entonces ese mismo temor es un mal, pues así atormenta y tortura al alma sin motivo. Y es un mal tanto mayor cuanto que no tenemos nada que temer y, sin embargo, tememos. Por tanto, o es un mal lo que tememos, o el mal está en que tememos. ¿De dónde viene, entonces, si Dios, el Bueno, ha creado buenas todas estas cosas?

Él, ciertamente, el Bien mayor y supremo, ha creado estos bienes menores; aun así, tanto el Creador como lo creado, todos son buenos. ¿De dónde viene el mal? ¿O había alguna materia mala de la cual Él lo hizo, lo formó y lo ordenó, dejando en ella, sin embargo, algo que no convirtió en bueno? ¿Por qué habría de ser así? ¿No tenía poder para transformar y cambiar el conjunto, de modo que no quedara en él ningún mal, siendo Él todopoderoso?

Por último, ¿por qué habría querido hacer algo de ella, en vez de hacer, por esa misma omnipotencia, que no existiera en absoluto? ¿O podía entonces existir contra Su voluntad? O si existía desde la eternidad, ¿por qué permitió que siguiera así durante infinitos períodos de tiempo pasados, y quiso hacer algo de ella tanto tiempo después?

O si de pronto quiso hacer algo ahora, esto es lo que el Todopoderoso debería haber hecho: que esa materia mala no existiera y que solo Él existiera, el Bien íntegro, verdadero, soberano e infinito.

O si no era bueno que Él, que era bueno, no formara y creara también algo bueno, entonces, una vez eliminada y reducida a la nada aquella materia mala, podría haber formado materia buena con la cual crear todas las cosas. Pues no sería todopoderoso si no pudiera crear algo bueno sin ayuda de aquella materia que Él mismo no había creado.

Daba vueltas a estos pensamientos en mi corazón desdichado, abrumado por preocupaciones que me devoraban, temiendo morir antes de haber encontrado la verdad; sin embargo, la fe en Tu Cristo, nuestro Señor y Salvador, profesada en la Iglesia católica, estaba firmemente arraigada en mi corazón, aunque en muchos puntos todavía carecía de forma y se apartaba, vacilante, de la regla de la doctrina; con todo, mi mente no la abandonaba por completo, sino que cada día la asimilaba más y más.

⁂

Por entonces también había rechazado las adivinaciones mentirosas y los desvaríos impíos de los astrólogos. Que Tus propias misericordias, desde lo más profundo de mi alma, te alaben también por esto, Dios mío.

Pues Tú, solo Tú (porque ¿quién más nos hace volver de la muerte de todos los errores, sino la Vida que no puede morir y la Sabiduría que, sin necesitar luz alguna, ilumina las mentes que la necesitan, y por la cual se gobierna el universo, hasta las hojas de los árboles que giran en el aire?), Tú dispusiste el remedio para mi obstinación, con la que me enfrentaba a Vin-

diciano, un anciano perspicaz, y a Nebridio, un joven de admirable talento; el primero afirmaba con vehemencia, y el segundo decía a menudo (aunque con cierta duda), «que no había tal arte para prever las cosas futuras, sino que las conjeturas de los hombres eran una especie de lotería, y que, de las muchas cosas que decían que iban a suceder, algunas sucedían de hecho, sin que lo supieran quienes las habían anunciado, pues acertaban por casualidad a fuerza de hablar».

Me proporcionaste entonces un amigo que no consultaba a los astrólogos con descuido; tampoco era muy entendido en aquellas artes, sino que (como he dicho) los consultaba con curiosidad, y sabía, sin embargo, algo que decía haber oído de su padre, sin saber hasta qué punto aquello contribuía a derribar la estima de ese arte.

Este hombre, llamado Firmino, que había recibido una educación liberal y una buena formación en retórica, me consultó, como a alguien muy querido para él, qué pensaba yo, según sus llamadas constelaciones, sobre ciertos asuntos suyos en los que había puesto grandes esperanzas de prosperidad mundana.

Y yo, que ya había comenzado a inclinarme en esto hacia la opinión de Nebridio, no me negué del todo a conjeturar y a decirle lo que se me ocurría, sin haber llegado aún a una conclusión; pero añadí que ya estaba casi convencido de que aquellas cosas no eran más que necedades vacías y ridículas.

Entonces me contó que su padre había sido muy aficionado a tales libros, y que tenía un amigo tan interesado en ellos como él; ambos, con sus estudios y conversaciones en común, avivaban la llama de su afición a aquellas

frivolidades, hasta el punto de observar los momentos en que parían los mismos animales mudos que se criaban en sus casas, y luego observaban la posición relativa de los astros para hacer nuevos experimentos en aquel supuesto arte.

Dijo, pues, que había oído de su padre que, cuando su madre estaba a punto de darlo a luz a él, Firmino, una sirvienta de aquel amigo de su padre también estaba embarazada, cosa que no podía pasar inadvertida a su amo, quien procuraba conocer con la más exacta diligencia hasta el nacimiento de sus cachorros.

Y así sucedió que (uno por su esposa y el otro por su sirvienta, observando con el mayor cuidado y contando los días, las horas e incluso las divisiones menores de las horas) ambas dieron a luz en el mismo instante; de modo que los dos se vieron obligados a atribuir las mismas constelaciones, hasta en sus detalles más pequeños, uno a su hijo y el otro a su esclavo recién nacido.

Pues, en cuanto las mujeres comenzaron a sentir los dolores del parto, cada uno avisó al otro de lo que ocurría en su casa, y tenían mensajeros preparados para enviárselos mutuamente en cuanto recibieran noticia del nacimiento, del cual habían dispuesto sin dificultad, cada uno en su casa, que se les informara al instante.

Así, pues, los mensajeros de ambas partes se encontraron, según aseguró, a una distancia tan igual de las dos casas que ninguno de ellos podía establecer diferencia alguna en la posición de los astros ni en ningún otro detalle, por pequeño que fuera.

Y, sin embargo, Firmino, nacido en una posición elevada en la casa de sus padres, recorrió los dorados caminos de la vida, aumentó sus riquezas y alcanzó honores; mientras que aquel esclavo siguió sirviendo a sus amos, sin alivio alguno de su yugo, como me contó Firmino, que lo conocía.

Al oír y creer estas cosas, contadas por alguien tan digno de crédito, toda aquella resistencia mía cedió; y primero procuré apartar al propio Firmino de aquella curiosidad, diciéndole que, al examinar sus constelaciones, si había de predecir con verdad, tendría que haber visto en ellas a unos padres destacados entre sus vecinos, una familia noble en su ciudad, un nacimiento ilustre, una buena educación y una formación liberal.

Pero si aquel siervo me hubiera consultado sobre las mismas constelaciones, puesto que también eran las suyas, yo tendría que haber visto en ellas (para decirle también a él la verdad) un linaje de lo más humilde, una condición de esclavo y todo lo demás completamente opuesto a lo anterior.

Por tanto, si al decir la verdad yo tenía que decir cosas distintas a partir de las mismas constelaciones, o si al decir lo mismo tenía que faltar a la verdad, de ello se seguía con toda certeza que cuanto se decía con verdad después de considerar las constelaciones se decía por azar y no por arte; y cuanto se decía falsamente no se debía a la ignorancia de ese arte, sino a que el azar no había acertado.

⁂

Abierto así un camino, mientras reflexionaba a solas sobre cosas semejantes, para que ninguno de aquellos necios (que vivían de ese oficio, y a quienes yo deseaba atacar y refutar con burlas) pudiera alegar contra mí que Fir-

mino me había informado falsamente, o su padre a él, dirigí mis pensamientos a los que nacen gemelos.

Estos, por lo general, salen del vientre tan cerca el uno del otro que el breve intervalo (por mucha influencia que algunos pretendan atribuirle en la naturaleza de las cosas) no puede registrarse mediante la observación humana ni expresarse de modo alguno en aquellas figuras que el astrólogo ha de examinar para pronunciarse con verdad.

Sin embargo, sus predicciones no pueden ser verdaderas: pues, al examinar las mismas figuras, tendría que haber predicho lo mismo de Esaú y de Jacob, cuando a ellos no les sucedió lo mismo. Por tanto, tendría que hablar falsamente; o, si hablara con verdad, al examinar las mismas figuras no tendría que dar la misma respuesta. Así, pues, diría la verdad por azar y no por arte.

Porque Tú, Señor, justísimo Gobernante del universo, sin que lo sepan quienes consultan ni quienes son consultados, haces por Tu inspiración secreta que quien consulta oiga lo que, según los méritos ocultos de las almas, debe oír, desde la profundidad insondable de Tu justo juicio. Que nadie te diga: ¿Qué es esto? ¿Por qué aquello? Que no lo diga, pues es un hombre.

Entonces, oh Auxiliador mío, ya me habías liberado de aquellas cadenas; y yo buscaba «de dónde viene el mal», sin encontrar salida. Pero no permitiste que ninguna fluctuación del pensamiento me apartara de la fe por la que creía que existes, que tu sustancia es inmutable, que cuidas de los hombres y los juzgarás, y que en Cristo, tu Hijo, nuestro Señor, y en las santas Escrituras, que la autoridad de tu Iglesia católica me instaba a acep-

tar, habías establecido el camino de la salvación del hombre hacia la vida que vendrá después de esta muerte.

Estando estas cosas seguras y firmemente asentadas en mi mente, buscaba con angustia «de dónde venía el mal». ¡Qué dolores los de mi corazón a punto de dar a luz, qué gemidos, oh Dios mío!

Sin embargo, aun allí tus oídos estaban abiertos, y yo no lo sabía; y cuando buscaba con vehemencia en silencio, aquellas penas silenciosas de mi alma eran fuertes clamores dirigidos a tu misericordia. Tú sabías lo que yo sufría, y ningún hombre lo sabía.

Pues ¿qué era lo que de allí destilaba mi lengua en los oídos de mis amigos más íntimos? ¿Les llegaba todo el tumulto de mi alma, para el que no bastaban ni el tiempo ni las palabras?

Sin embargo, todo llegaba a tus oídos, todo cuanto yo clamaba entre los gemidos de mi corazón; y mi deseo estaba ante ti, y la luz de mis ojos no estaba conmigo, pues ella estaba dentro y yo fuera.

Tampoco estaba ella limitada a un lugar, pero yo fijaba mi atención en las cosas contenidas en un lugar, sin encontrar allí descanso; tampoco me acogían de tal modo que pudiera decir: «Basta», «está bien»; ni me dejaban volver adonde pudiera encontrarme bien.

Porque yo era superior a estas cosas, pero inferior a ti; y tú eres mi verdadera alegría cuando estoy sometido a ti, y habías sometido a mí lo que creaste por debajo de mí. Y este era el verdadero equilibrio y el lugar intermedio de mi seguridad: permanecer en tu imagen y, sirviéndote, gobernar el cuerpo.

Pero cuando me alcé orgullosamente contra ti y arremetí contra el Señor con el cuello erguido, con los gruesos salientes de mi escudo, aun estas cosas inferiores quedaron por encima de mí y me oprimían, y en ninguna parte había alivio ni espacio para respirar.

Se presentaban ante mis ojos por todas partes, en montones y grupos, y sus imágenes aparecían en mi pensamiento sin que yo las buscara, cuando intentaba volver a ti, como si me dijeran: «¿Adónde vas, indigno y manchado?».

Y estas cosas habían brotado de mi herida, pues tú «humillaste al soberbio como a un herido», y mi propia hinchazón me separaba de ti; sí, mi rostro hinchado de orgullo me cerraba los ojos.

Pero tú, Señor, permaneces para siempre, y no estás para siempre enojado con nosotros, porque te compadeces de nuestro polvo y nuestras cenizas, y te agradó corregir mis deformidades; y con aguijones interiores me despertabas para que no encontrara sosiego hasta que te manifestaras a mi mirada interior. Así, por la mano secreta de tu medicina, fue disminuyendo mi hinchazón, y la vista turbada y oscurecida de mi mente se curaba día a día con las dolorosas unciones de penas saludables.

Y tú, queriendo mostrarme primero cómo resistes a los soberbios, pero das gracia a los humildes, y con qué gran acto de tu misericordia habías trazado para los hombres el camino de la humildad, al hacerse carne tu Verbo y habitar entre los hombres, me procuraste, por medio de uno hinchado de un orgullo desmesurado, ciertos libros de los platónicos, traducidos del griego al latín.

Y en ellos leí, aunque no con las mismas palabras, sí con el mismo sentido, sostenido por muchas y diversas razones, que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; él estaba en el principio con Dios; todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho; lo que fue hecho por él es vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.

Y que el alma del hombre, aunque da testimonio de la luz, no es ella misma esa luz; sino que el Verbo de Dios, siendo Dios, es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo. Y que él estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció.

Pero que vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron; y que a cuantos lo recibieron, a cuantos creyeron en su nombre, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios, eso no lo leí allí.

⁂

También leí allí que Dios, el Verbo, nació no de la carne ni de la sangre, ni de la voluntad del hombre, ni de la voluntad de la carne, sino de Dios. Pero que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, eso no lo leí allí.

Pues encontré en aquellos libros que se decía de muchas y diversas maneras que el Hijo tenía la forma del Padre y no consideró una usurpación ser igual a Dios, porque por naturaleza era de la misma sustancia.

Pero que se vació de sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y que, hallándose en condición de hombre, se humilló y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios lo exaltó de entre los muertos y le dio un nombre por encima de todo nom-

bre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre: eso no lo contienen aquellos libros.

Pues que antes de todos los tiempos y por encima de todos los tiempos tu Hijo unigénito permanece inmutable, coeterno contigo, y que de su plenitud reciben las almas para ser dichosas, y que, al participar de la sabiduría que permanece en ellas, se renuevan para ser sabias, eso está allí.

Pero que a su debido tiempo murió por los impíos, y que no perdonaste a tu único Hijo, sino que lo entregaste por todos nosotros, eso no está allí. Porque ocultaste estas cosas a los sabios y las revelaste a los pequeños, para que quienes trabajan y están agobiados pudieran acudir a él y él los aliviara, porque es manso y humilde de corazón; y guía a los mansos en la justicia y enseña sus caminos a los dóciles, viendo nuestra humillación y nuestra aflicción, y perdonando todos nuestros pecados.

Pero los que se enaltecen en la marcha altiva de un saber que pretende ser más sublime no lo oyen decir: Aprendan de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso para sus almas.

Aunque conocieron a Dios, no lo glorifican como a Dios ni le dan gracias, sino que se vuelven vanos en sus pensamientos, y su necio corazón se oscurece; proclamándose sabios, se hicieron necios.

Y por eso leí allí también que habían cambiado la gloria de tu naturaleza incorruptible por ídolos y formas diversas, por la semejanza de la imagen del hombre corruptible, de aves, de bestias y de reptiles; es decir, por aquel

alimento egipcio por el que Esaú perdió su primogenitura, pues tu pueblo primogénito adoró la cabeza de un animal de cuatro patas en lugar de adorarte a ti, volviendo en su corazón hacia Egipto e inclinando tu imagen, su propia alma, ante la imagen de un becerro que come heno.

Estas cosas encontré allí, pero no me alimenté de ellas. Pues te agradó, Señor, quitar de Jacob la deshonra de su inferioridad, para que el mayor sirviera al menor; y llamaste a los gentiles a participar de tu herencia.

Y yo había venido a ti de entre los gentiles; y fijé mi atención en el oro que quisiste que tu pueblo se llevara de Egipto, pues era tuyo dondequiera que estuviese. Y a los atenienses les dijiste por medio de tu apóstol que en ti vivimos, nos movemos y existimos, como había dicho uno de sus propios poetas. Y ciertamente estos libros procedían de allí.

Pero no fijé mi atención en los ídolos de Egipto, a los que servían con tu oro quienes cambiaron la verdad de Dios por una mentira y adoraron y sirvieron a la criatura más que al Creador.

Y, advertido por aquellos libros de que debía volver a mí mismo, entré en lo más íntimo de mi ser, siendo tú mi guía; y pude hacerlo porque te habías convertido en mi Auxiliador. Y entré y vi con el ojo de mi alma, tal como era, por encima de ese mismo ojo de mi alma, por encima de mi mente, la Luz inmutable.

No esta luz corriente que toda carne puede ver, ni una luz mayor del mismo tipo, como si su brillo fuera muchas veces más intenso y con su grandeza ocupara todo el espacio. No era así aquella luz, sino otra, sí, muy distinta de estas.

Tampoco estaba por encima de mi alma como el aceite está por encima del agua, ni como el cielo está por encima de la tierra; estaba por encima de mí porque ella me hizo, y yo por debajo de ella porque fui hecho por ella. Quien conoce la Verdad conoce esa Luz, y quien la conoce, conoce la eternidad.

El amor la conoce. ¡Oh Verdad que eres Eternidad! ¡Y Amor que eres Verdad! ¡Y Eternidad que eres Amor! Tú eres mi Dios, por ti suspiro día y noche. Cuando te conocí por primera vez, me elevaste para que viera que existía aquello que podía ver, y que yo aún no estaba en condiciones de verlo.

Y rechazaste la debilidad de mi mirada, derramando sobre mí con gran fuerza tus rayos de luz, y temblé de amor y de temor; y me percibí lejos de ti, en la región de la desemejanza, como si oyera desde lo alto esta voz tuya: «Soy el alimento de los hombres adultos; crece y te alimentarás de mí. No me transformarás en ti como al alimento de tu carne, sino que tú serás transformado en mí».

Y aprendí que castigas al hombre por su iniquidad, e hiciste que mi alma se consumiera como una araña. Y dije: «¿Acaso la Verdad no es nada porque no se extiende por un espacio finito o infinito?». Y me gritaste desde lejos: «En verdad, YO SOY EL QUE SOY».

Y lo oí como oye el corazón, y no me quedó lugar para dudar; antes dudaría de que vivo que de que existe la Verdad, que se ve con claridad al comprenderla por medio de las cosas que han sido hechas.

⁂

Y contemplé las otras cosas que están por debajo de ti, y comprendí que ni existen del todo ni dejan de existir del todo, pues existen porque proceden de ti, pero no existen porque no son lo que tú eres. Pues existe verdaderamente lo que permanece inmutable. Por eso me conviene aferrarme a Dios, porque si no permanezco en él, no puedo permanecer en mí mismo; pero él, permaneciendo en sí mismo, renueva todas las cosas. Y tú eres el Señor, mi Dios, pues no necesitas de mi bondad.

Y se me manifestó que son buenas las cosas que se corrompen, las cuales no podrían corromperse si fueran sumamente buenas, ni tampoco si no fueran buenas; pues, si fueran sumamente buenas, serían incorruptibles, y si no fueran buenas en absoluto, no habría en ellas nada que pudiera corromperse. Porque la corrupción daña, pero no podría dañar si no disminuyera el bien.

Por tanto, o la corrupción no daña, lo cual no puede ser, o, lo que es del todo cierto, todo lo que se corrompe pierde algún bien. Pero si las cosas pierden todo bien, dejarán de existir.

Pues si siguen existiendo y ya no pueden corromperse, serán mejores que antes, porque permanecerán incorruptibles. ¿Y qué afirmación más monstruosa que decir que las cosas se vuelven mejores al perder todo su bien? Por tanto, si pierden todo bien, dejarán de existir. Así pues, mientras existen, son buenas; por tanto, todo lo que existe es bueno.

Aquel mal cuyo origen buscaba no es, entonces, ninguna sustancia, porque, si fuera una sustancia, sería bueno. Pues sería una sustancia incorruptible y, por tanto, un bien supremo, o una sustancia corruptible que, si no fuera buena, no podría corromperse.

Comprendí, pues, y se me manifestó que hiciste buenas todas las cosas y que no existe sustancia alguna que tú no hayas hecho; y porque no hiciste iguales todas las cosas, existen todas ellas, pues cada una es buena, y todas juntas son muy buenas, porque nuestro Dios hizo todas las cosas muy buenas.

Y para Ti no hay absolutamente nada malo; sí, no solo para Ti, sino también para Tu creación en su conjunto, porque no hay nada fuera de ella que pueda irrumpir y corromper el orden que le has dado. Pero, entre sus partes, algunas cosas se consideran malas porque no armonizan con otras; sin embargo, esas mismas cosas armonizan con otras y son buenas, y en sí mismas son buenas.

Y todas estas cosas que no armonizan entre sí, sí armonizan con la parte inferior, que llamamos Tierra, con su propio cielo nuboso y ventoso en armonía con ella.

Lejos de mí, pues, decir: «Estas cosas no deberían existir»; porque, si no viera más que estas, ciertamente desearía las mejores; pero aun por estas solas debería alabarte, pues que eres digno de alabanza lo muestran desde la tierra los dragones y todos los abismos, el fuego, el granizo, la nieve, el hielo y el viento tempestuoso, que cumplen Tu palabra; los montes y todas las colinas, los árboles frutales y todos los cedros; las fieras y todo el ganado, los reptiles y las aves que vuelan; los reyes de la tierra y todos los pueblos, los príncipes y todos los jueces de la tierra; los jóvenes y las doncellas, los ancianos y los niños, alaban Tu Nombre.

Pero cuando desde el cielo estos seres Te alaban, Te alaban, Dios nuestro, en las alturas todos Tus ángeles, todos Tus ejércitos, el sol y la luna, todas las

estrellas y la luz, el Cielo de los cielos y las aguas que están sobre los cielos alaban Tu Nombre, ya no deseaba cosas mejores, porque concebía el conjunto; y con un juicio más sano comprendía que las cosas de arriba eran mejores que estas de abajo, pero que todas juntas eran mejores que las de arriba por sí solas.

No hay buen juicio en aquellos a quienes desagrada algo de Tu creación, como tampoco lo había en mí cuando me desagradaban muchas de las cosas que has hecho. Y como mi alma no se atrevía a disgustarse con mi Dios, prefería no considerar Tuyo aquello que le desagradaba.

Por eso había caído en la creencia de que existían dos sustancias, y no tenía descanso, sino que hablaba sin sentido. Y, al volver de allí, se había fabricado un Dios extendido por las medidas infinitas de todo el espacio; creía que eras Tú y lo había colocado en su corazón; y se había convertido de nuevo en templo de su propio ídolo, abominable para Ti.

Pero después de que, sin que yo lo supiera, acariciaras mi cabeza y cerraras mis ojos para que no contemplaran la vanidad, dejé en parte de ser el que había sido, y mi frenesí se adormeció; y desperté en Ti y Te vi infinito, pero de otra manera, y esta visión no provenía de la carne.

Y volví la mirada hacia las demás cosas y vi que Te debían su existencia y que todas estaban limitadas en Ti, pero de una manera diferente: no como si estuvieran en un espacio, sino porque Tú contienes todas las cosas en Tu mano, en Tu Verdad; y todas las cosas son verdaderas en cuanto son, y no hay falsedad alguna, salvo cuando se piensa que existe lo que no existe.

Y vi que todas las cosas armonizaban, no solo con sus lugares, sino también con sus tiempos. Y que Tú, el único Eterno, no comenzaste a obrar después de que hubieran transcurrido innumerables períodos de tiempo; porque todos los períodos de tiempo, tanto los que han pasado como los que pasarán, no van ni vienen sino por Ti, que obras y permaneces.

Y comprendí y no me pareció extraño que el pan, agradable a un paladar sano, resulte repugnante a uno enfermo; y que la luz, deleitosa para los ojos sanos, sea molesta para los ojos doloridos.

Y Tu justicia desagrada a los malvados; mucho más la víbora y los reptiles, que has creado buenos, en armonía con las partes inferiores de Tu Creación, con las cuales también los propios malvados armonizan, tanto más cuanto menos se parecen a Ti; pero con las criaturas superiores armonizan cuanto más se asemejan a Ti.

Y pregunté qué era la iniquidad, y descubrí que no era una sustancia, sino la perversión de la voluntad, que se aparta de Ti, oh Dios, el Supremo, hacia estas cosas inferiores, y arroja fuera sus entrañas y se hincha por fuera.

⁂

Y me maravillaba de que ahora Te amara a Ti, y no a un fantasma en Tu lugar. Y, sin embargo, no perseveraba en alcanzar el gozo de mi Dios; Tu belleza me elevaba hacia Ti, y pronto mi propio peso me hacía caer lejos de Ti, hundiéndome con tristeza en estas cosas inferiores. Ese peso era la costumbre carnal.

Pero permanecía conmigo un recuerdo de Ti, y de ningún modo dudaba de que había Alguien a quien podía unirme, aunque yo todavía no era ca-

paz de unirme a Ti; porque el cuerpo que se corrompe oprime el alma, y la morada terrenal abruma la mente que medita sobre muchas cosas.

Y tenía la plena certeza de que Tus obras invisibles, desde la creación del mundo, se ven claramente, comprendidas por medio de las cosas creadas, incluso Tu poder eterno y Tu divinidad.

Pues, al examinar de dónde provenía mi admiración por la belleza de los cuerpos celestes o terrestres, y qué me ayudaba a juzgar acertadamente las cosas cambiantes y a afirmar: «Esto debe ser así, esto no»; al examinar, digo, de dónde provenía ese juicio mío, puesto que así juzgaba, había encontrado la inmutable y verdadera Eternidad de la Verdad por encima de mi mente cambiante.

Y así, poco a poco, pasé de los cuerpos al alma, que percibe por los sentidos corporales; y de allí a su facultad interior, a la que los sentidos corporales presentan las cosas externas, hasta donde llegan las facultades de los animales; y de allí, de nuevo, a la facultad de razonar, a la cual se remite lo recibido por los sentidos del cuerpo para que lo juzgue.

Esta, al descubrir que también era en mí algo variable, se elevó hacia su propio entendimiento y apartó mis pensamientos del poder de la costumbre, retirándose de aquellas multitudes de fantasmas contradictorios, para poder descubrir cuál era aquella luz que la bañaba cuando, sin duda alguna, exclamaba: «Lo inmutable debe preferirse a lo cambiante»; y de dónde conocía también aquello Inmutable que, de no haberlo conocido de algún modo, no habría tenido fundamento seguro para preferirlo a lo cambiante.

Y así, con el destello de una sola mirada temblorosa, llegó a AQUELLO QUE ES. Y entonces vi Tus cosas invisibles, comprendidas por medio de las cosas creadas. Pero no pude fijar en ellas mi mirada; y mi debilidad, rechazada, me arrojó de nuevo a mis costumbres habituales, llevando conmigo tan solo un recuerdo amoroso de aquello y un anhelo de lo que, por así decirlo, había percibido el aroma, pero de lo que todavía no podía alimentarme.

Entonces busqué un camino para obtener fuerzas suficientes para gozar de Ti, y no lo encontré hasta que abracé a aquel Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que está sobre todas las cosas, Dios bendito por siempre, que me llamaba y decía: Yo soy el camino, la verdad y la vida, y mezclaba con nuestra carne aquel alimento que yo no podía recibir.

Porque el Verbo se hizo carne para que Tu sabiduría, por la cual creaste todas las cosas, proporcionara leche a nuestra infancia. Pues yo no me aferraba a mi Señor Jesucristo, yo, humillado, al Humilde; ni sabía todavía hacia dónde nos conduciría Su debilidad.

Porque Tu Verbo, la Verdad Eterna, muy por encima de las partes más elevadas de Tu Creación, eleva hacia Sí a quienes se someten; pero en este mundo inferior se construyó una humilde morada de nuestro barro, para hacer descender de sí mismos a quienes quisieran someterse y atraerlos hacia Él, calmando su hinchazón y avivando su amor, a fin de que no siguieran adelante confiando en sí mismos, sino que consintieran en hacerse débiles, al ver ante sus pies a la Divinidad debilitada al vestirse con nuestras túnicas de piel; y para que, cansados, se echaran sobre Ella y, al levantarse Ella, los levantara consigo.

Pero yo pensaba de otra manera: concebía a mi Señor Cristo solamente como un hombre de sabiduría extraordinaria, a quien nadie podía igualar; sobre todo porque, al haber nacido milagrosamente de una Virgen, me parecía que, en consonancia con ello y por el cuidado divino hacia nosotros, había alcanzado aquella gran preeminencia de autoridad, como ejemplo de desprecio de las cosas temporales para obtener la inmortalidad.

Pero ni siquiera podía imaginar qué misterio encerraban las palabras «El Verbo se hizo carne». Solo había aprendido, por lo que se nos transmite por escrito acerca de Él, que comía y bebía, dormía, caminaba, se alegraba en espíritu, se entristecía y hablaba; que la carne no se había unido por sí sola a Tu Verbo, sino junto con el alma y la mente humanas.

Esto lo saben todos los que conocen la inmutabilidad de Tu Verbo, que yo ya conocía hasta donde podía, sin dudar de ella en absoluto. Porque mover unas veces los miembros del cuerpo por voluntad y otras no, dejarse mover unas veces por un afecto y otras no, expresar unas veces palabras sabias mediante signos humanos y otras guardar silencio, son cosas propias de un alma y una mente sujetas al cambio.

Y si estas cosas se hubieran escrito falsamente acerca de Él, todo lo demás correría también el riesgo de la misma acusación, y no quedaría en aquellos libros ninguna fe salvadora para la humanidad.

Ya que se habían escrito con verdad, reconocía en Cristo a un hombre completo; no solo el cuerpo de un hombre, ni, junto con el cuerpo, un alma sensible sin un alma racional, sino un verdadero hombre; a quien juzgaba que debía preferirse a los demás, no solo por ser una forma de la Verdad,

sino por cierta gran excelencia de Su naturaleza humana y por una participación más perfecta en la sabiduría.

Pero Alipio imaginaba que los católicos creían que Dios se había revestido de carne de tal manera que, aparte de Dios y la carne, no había alma alguna en Cristo, y no pensaba que se le atribuyera una mente humana.

Y como estaba plenamente convencido de que las acciones que se narraban de Él solo podían ser realizadas por una criatura viva y racional, avanzaba más lentamente hacia la Fe cristiana. Pero, al comprender después que aquel era el error de los herejes apolinaristas, se alegró y se adhirió a la Fe católica.

Confieso, sin embargo, que aprendí algo más tarde cómo, en aquella afirmación, El Verbo se hizo carne, la verdad católica se distingue de la falsedad de Fotino. Porque el rechazo de los herejes hace que las enseñanzas de Tu Iglesia y la sana doctrina se destaquen con mayor claridad. Pues también debe haber herejías, para que los aprobados se manifiesten entre los débiles.

Pero, después de haber leído aquellos libros de los platónicos y haber aprendido de ellos a buscar la verdad incorpórea, vi Tus cosas invisibles, comprendidas por medio de las cosas creadas; y, aunque fui rechazado, percibí qué era aquello que la oscuridad de mi mente me impedía contemplar, con la certeza de «que Tú existías y eras infinito, y, sin embargo, no estabas extendido en un espacio finito ni infinito; y que verdaderamente eres Tú, que permaneces siempre el mismo, sin variar en parte alguna ni en movimiento alguno; y que todas las demás cosas provienen de Ti, por este único fundamento segurísimo: que existen».

De estas cosas estaba seguro, pero todavía demasiado inseguro para gozar de Ti. Charlaba como un entendido; pero, si no hubiera buscado Tu camino en Cristo nuestro Salvador, habría resultado, en vez de instruido, destruido. Porque ya había comenzado a desear parecer sabio, lleno de mi propio castigo; sin embargo, no me lamentaba, sino que me burlaba, hinchado de conocimiento.

Pues ¿dónde estaba aquella caridad que edifica sobre el fundamento de la humildad, que es Cristo Jesús? ¿O cuándo iban a enseñármela estos libros? Por eso creo que quisiste que diera con ellos antes de estudiar Tus Escrituras, para que quedara grabado en mi memoria cómo me habían afectado; y para que después, cuando mi ánimo se hubiera amansado por medio de Tus libros y mis heridas hubieran sido tocadas por Tus dedos sanadores, pudiera discernir y distinguir entre la presunción y la confesión; entre quienes vieron adónde debían ir, pero no vieron el camino, y el camino que lleva no solo a contemplar, sino a habitar en la patria bienaventurada.

Porque, si primero me hubiera formado en Tus Santas Escrituras, y Tú Te hubieras vuelto dulce para mí mediante su lectura habitual, y después hubiera dado con aquellos otros volúmenes, quizá me habrían apartado del terreno firme de la piedad; o, si hubiera permanecido en aquel estado saludable que había adquirido de las Escrituras, podría haber pensado que se podía alcanzar mediante el estudio de aquellos libros solamente.

Con el mayor anhelo tomé entonces aquel venerable escrito de tu Espíritu, y sobre todo al apóstol Pablo. Entonces se desvanecieron aquellas dificultades por las que antes me parecía que él se contradecía y que el texto de su discurso no concordaba con los testimonios de la Ley y los Profetas.

Y el rostro de aquella palabra pura se me mostró uno y el mismo; y aprendí a alegrarme con temblor. Así comencé; y toda verdad que había leído en aquellos otros libros la encontré aquí en medio de la alabanza de tu gracia; para que quien ve no se gloríe como si no hubiera recibido, no solo lo que ve, sino también el poder verlo (pues ¿qué tiene que no haya recibido?), y para que no solo sea exhortado a contemplarte a ti, que eres siempre el mismo, sino también sanado para aferrarse a ti; y para que quien no puede ver de lejos pueda, sin embargo, andar por el camino por el que llegue a ti, te contemple y se aferre a ti.

Pues, aunque un hombre se deleite en la ley de Dios según el hombre interior, ¿qué hará con aquella otra ley en sus miembros que combate contra la ley de su mente y lo lleva cautivo a la ley del pecado que está en sus miembros?

Porque tú eres justo, Señor, pero nosotros hemos pecado, hemos cometido iniquidad y hemos obrado mal, y tu mano pesa sobre nosotros, y con justicia somos entregados a aquel antiguo pecador, el rey de la muerte; porque persuadió a nuestra voluntad para que fuera como la suya, por la cual no permaneció en tu verdad. ¿Qué hará el hombre desdichado? ¿Quién lo librará del cuerpo de su muerte, sino solo tu gracia, por Jesucristo nuestro Señor, a quien engendraste coeterno contigo y formaste al principio de tus caminos, en quien el príncipe de este mundo no halló nada digno de muerte y, sin embargo, lo mató; y así fue borrado el documento escrito que nos era contrario?

Esto no lo contienen aquellos escritos. Aquellas páginas no presentan la imagen de esta piedad, las lágrimas de la confesión, tu sacrificio, un espí-

ritu afligido, un corazón quebrantado y contrito, la salvación del pueblo, la Ciudad Esposa, la prenda del Espíritu Santo, la Copa de nuestra Redención. Nadie canta allí: ¿No ha de someterse mi alma a Dios?

Pues de él viene mi salvación. Porque él es mi Dios y mi salvación, mi guardián; ya no seré sacudido. Nadie oye allí su llamada: Vengan a mí todos los que trabajan. Desdeñan aprender de él, porque es manso y humilde de corazón; pues estas cosas las has ocultado a los sabios y prudentes y las has revelado a los niños.

Porque una cosa es ver la tierra de paz desde la cima agreste de la montaña y no encontrar camino hacia ella, e intentar en vano llegar por caminos intransitables, obstaculizados y asediados por fugitivos y desertores, bajo el mando de su capitán, el león y el dragón; y otra es seguir el camino que conduce hasta ella, custodiado por las huestes del General celestial; allí no saquean quienes han desertado del ejército celestial, pues lo evitan como un verdadero tormento.

Estas cosas penetraron de manera maravillosa en mis entrañas cuando leí al menor de tus apóstoles, después de haber meditado en tus obras, y temblé sobremanera.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO VIII

✦

Dios mío, déjame recordar con gratitud y confesarte tus misericordias para conmigo. Que mis huesos se empapen de tu amor y te digan: ¿Quién como tú, Señor? Has roto mis cadenas; te ofreceré el sacrificio de acción de gracias.

Y contaré cómo las has roto; y todos los que te adoran, al oírlo, dirán: «Bendito sea el Señor, en el cielo y en la tierra; grande y maravilloso es su nombre». Tus palabras se habían arraigado en mi corazón, y tú me rodeabas por todas partes. Ya estaba seguro de tu vida eterna, aunque la veía en una imagen y como a través de un espejo.

Sin embargo, había dejado de dudar de que existiera una sustancia incorruptible, de la cual procedía toda otra sustancia; y ya no deseaba tener mayor certeza de ti, sino permanecer más firme en ti. Pero en cuanto a mi vida temporal, todo era vacilación, y mi corazón debía purificarse de la vieja levadura.

El Camino, el Salvador mismo, me agradaba mucho, pero todavía me retraía de pasar por su estrechez. Y tú me inspiraste, y me pareció bien, acudir a Simpliciano, que me parecía un buen servidor tuyo y en quien brillaba tu gracia. Había oído también que desde su juventud había vivido con la mayor entrega a ti.

Ahora había envejecido; y por tantos años dedicados a seguir con tanto celo tus caminos, me parecía que debía de haber adquirido mucha experiencia;

y así era. Yo deseaba exponerle mis inquietudes para que, de aquel caudal, me dijera cuál era la manera más adecuada para que alguien en mi situación anduviera por tus senderos.

Pues veía la iglesia llena; y uno iba por este camino, y otro por aquel. Pero me disgustaba llevar una vida mundana; y ahora que mis deseos ya no me encendían, como antes, con esperanzas de honores y ganancias, soportar una esclavitud tan pesada era una carga muy dolorosa.

Pues, comparadas con tu dulzura y con la belleza de tu casa, que yo amaba, aquellas cosas ya no me deleitaban. Pero seguía cautivo del amor de la mujer; y el Apóstol no me prohibía casarme, aunque me aconsejaba algo mejor, deseando sobre todo que todos los hombres fueran como él.

Pero yo, débil como era, elegía la condición más indulgente; y solo por esto me veía zarandeado en todo lo demás, desfallecido y consumido por preocupaciones que me marchitaban, porque en otros asuntos me veía obligado, contra mi voluntad, a acomodarme a la vida matrimonial, a la que estaba entregado y sometido.

Había oído de boca de la Verdad que había algunos eunucos que se habían hecho eunucos por el reino de los cielos; pero, dice él, quien pueda aceptarlo, que lo acepte. Ciertamente, vanos son todos los hombres que ignoran a Dios y que no pudieron, a partir de los bienes visibles, descubrir al que es bueno.

Pero yo ya no estaba en aquella vanidad; la había superado; y por el testimonio común de todas tus criaturas te había encontrado a ti, nuestro Creador, y a tu Verbo, Dios contigo y, junto contigo, un solo Dios, por quien

creaste todas las cosas. Hay todavía otra clase de impíos que, conociendo a Dios, no lo glorificaron como Dios ni le dieron gracias.

También en esto había caído yo, pero tu mano derecha me sostuvo, me sacó de allí y me pusiste donde pudiera recobrarme. Pues tú has dicho al hombre: Mira, el temor del Señor es sabiduría; y: No desees parecer sabio; porque quienes se afirmaban sabios se hicieron necios. Pero yo ya había encontrado la perla preciosa que debía comprar vendiendo todo cuanto tenía, y vacilaba.

Fui, pues, a Simpliciano, padre de Ambrosio —ahora obispo— en la recepción de tu gracia, y a quien Ambrosio amaba verdaderamente como a un padre. Le conté los laberintos de mis extravíos.

Pero cuando mencioné que había leído ciertos libros de los platónicos que Victorino, antiguo profesor de retórica en Roma —quien, según había oído, había muerto cristiano—, había traducido al latín, manifestó su alegría de que no hubiera dado con los escritos de otros filósofos, llenos de falsedades y engaños según los principios de este mundo, mientras que los platónicos conducían de muchas maneras a la fe en Dios y en su Verbo.

Luego, para exhortarme a la humildad de Cristo, oculta a los sabios y revelada a los pequeños, me habló del propio Victorino, a quien había conocido muy íntimamente durante su estancia en Roma; y me contó de él lo que no voy a callar.

Pues encierra una gran alabanza de tu gracia, que debe confesarse ante ti, cómo aquel anciano, tan instruido y versado en las ciencias liberales, que había leído y sopesado tantas obras de los filósofos; maestro de tantos no-

bles senadores, que además, como monumento al excelente desempeño de su oficio, había merecido y obtenido una estatua en el Foro romano —lo que los hombres de este mundo consideran un gran honor—; él, que hasta aquella edad había sido adorador de ídolos y participante en los ritos sacrílegos a los que se entregaba casi toda la nobleza de Roma, y había inspirado al pueblo el amor a

Anubis, deidad que ladra, y a todos los dioses monstruosos de toda especie, que lucharon contra Neptuno, Venus y Minerva:

a quienes Roma, tras haberlos vencido, ahora adoraba, todo lo cual el anciano Victorino había defendido durante tantos años con atronadora elocuencia; él ahora no se avergonzaba de ser hijo de tu Cristo y niño recién nacido de tu fuente; sometía su cuello al yugo de la humildad e inclinaba su frente ante la afrenta de la cruz.

Señor, Señor, que inclinaste los cielos y descendiste, tocaste los montes y humeaban, ¿por qué medios entraste en aquel pecho? Solía leer, según decía Simpliciano, la Sagrada Escritura; buscaba y examinaba con gran diligencia todos los escritos cristianos, y le decía a Simpliciano, no en público, sino en privado y como amigo: «Debes saber que ya soy cristiano».

A lo que él respondía: «No lo creeré ni te contaré entre los cristianos mientras no te vea en la Iglesia de Cristo». El otro replicaba en broma: «¿Acaso las paredes hacen cristianos?». Y decía a menudo que ya era cristiano; y Simpliciano le daba otras tantas veces la misma respuesta, y el otro repetía otras tantas veces la ocurrencia de las «paredes».

Pues temía ofender a sus amigos, orgullosos adoradores de demonios, desde cuya elevada dignidad babilónica, como desde los cedros del Líbano que el Señor aún no había derribado, suponía que caería sobre él el peso de su enemistad.

Pero después de que la lectura y la reflexión atenta le hubieran dado firmeza, y temiera que Cristo lo negara ante los santos ángeles si ahora él tenía miedo de confesarlo ante los hombres, y se viera culpable de una grave ofensa por avergonzarse de los sacramentos de la humildad de tu Verbo y no avergonzarse de los ritos sacrílegos de aquellos orgullosos demonios, cuyo orgullo había imitado y cuyos ritos había adoptado, cobró audacia frente a la vanidad y sintió vergüenza ante la verdad, y de pronto, inesperadamente, le dijo a Simpliciano, según él mismo me contó: «Vamos a la iglesia; quiero hacerme cristiano».

Y él, sin poder contener su alegría, fue con él. Y después de haber sido admitido al primer sacramento y haberse hecho catecúmeno, poco después dio también su nombre para ser regenerado por el bautismo, ante el asombro de Roma y la alegría de la Iglesia. Los soberbios lo vieron y se enfurecieron; rechinaron los dientes y se consumieron.

Pero el Señor Dios era la esperanza de tu siervo, y él no prestaba atención a las vanidades ni a la locura engañosa.

⁂

Finalmente, cuando llegó la hora de hacer profesión de su fe —que en Roma quienes están a punto de acercarse a tu gracia pronuncian desde un lugar elevado, a la vista de todos los fieles, con una fórmula fija aprendida

de memoria—, los presbíteros, según dijo, ofrecieron a Victorino hacer su profesión en un lugar más privado, como se hacía con quienes parecían propensos a intimidarse por timidez; pero él prefirió profesar su salvación en presencia de la santa multitud.

«Pues no era la salvación lo que enseñaba en retórica, y, sin embargo, la había enseñado públicamente: ¡cuánto menos debía entonces, al pronunciar tu palabra, temer a tu manso rebaño, él que, al pronunciar sus propias palabras, no había temido a una multitud enloquecida!».

Cuando subió a hacer su profesión, todos, al reconocerlo, se susurraron su nombre unos a otros con voces de felicitación. ¿Y quién allí no lo conocía? Y un suave murmullo recorrió todas las bocas de la multitud gozosa: ¡Victorino! ¡Victorino! Repentino fue el estallido de júbilo al verlo; de pronto guardaron silencio para oírlo.

Proclamó la fe verdadera con admirable valentía, y todos deseaban acogerlo en lo más hondo de su corazón; sí, con su amor y su alegría lo llevaron hasta allí, pues esas eran las manos con que lo atraían.

¡Dios bueno! ¿Qué sucede en el hombre para que se alegre más por la salvación de un alma de la que se había perdido la esperanza y que ha sido librada de un peligro mayor, que si siempre se hubiera tenido esperanza de ella o el peligro hubiera sido menor?

Pues así también tú, Padre misericordioso, te alegras más por un solo arrepentido que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse. Y con gran alegría escuchamos, cada vez que lo oímos, con cuánto gozo se trae de vuelta a la oveja extraviada sobre los hombros del pastor y se de-

vuelve la moneda a tu tesoro, mientras las vecinas se alegran con la mujer que la encontró; y la alegría del culto solemne de tu casa nos hace llorar cuando en tu casa se lee que tu hijo menor estaba muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido encontrado.

Pues tú te alegras en nosotros y en tus santos ángeles, santos por el santo amor. Porque tú eres siempre el mismo; y todas las cosas que no permanecen iguales ni duran para siempre, tú las conoces eternamente de la misma manera.

¿Qué sucede, pues, en el alma cuando se deleita más al encontrar o recuperar las cosas que ama que si siempre las hubiera tenido? Sí, también otras cosas dan testimonio de esto; y todo está lleno de testigos que claman: «Así es».

El general vencedor celebra su triunfo; pero no habría vencido si no hubiera combatido; y cuanto mayor fue el peligro en la batalla, mayor es la alegría en el triunfo. La tempestad sacude a los marineros y amenaza con hacerlos naufragar; todos palidecen ante la cercanía de la muerte; el cielo y el mar se calman, y ellos se alegran sobremanera, pues sobremanera habían temido.

Un amigo está enfermo, y su pulso anuncia peligro; todos los que anhelan su recuperación sufren con él en su ánimo. Se restablece, aunque todavía no camina con las fuerzas de antes; y, sin embargo, hay una alegría que no había cuando antes caminaba sano y fuerte.

Sí, los hombres adquieren los propios placeres de la vida humana mediante dificultades, no solo las que nos sobrevienen sin esperarlas y contra nuestra

voluntad, sino incluso mediante molestias elegidas y buscadas por placer. Comer y beber no producen placer si antes no viene el tormento del hambre y la sed.

Los aficionados a beber comen ciertos alimentos salados para provocarse un ardor molesto que, al ser aliviado por la bebida, les produce placer. También se dispone que la novia prometida no sea entregada de inmediato, para que el marido no tenga en poco a aquella por quien no suspiró durante el compromiso.

Esta ley rige en la alegría impura y maldita; rige en la alegría permitida y legítima; rige en la perfección más pura de la amistad; rige en aquel que estaba muerto y volvió a la vida, que se había perdido y fue encontrado.

En todas partes, al mayor gozo lo precede el mayor dolor. ¿Qué significa esto, Señor, Dios mío, siendo tú eternamente alegría para ti mismo, y habiendo seres a tu alrededor que siempre se alegran en ti? ¿Qué significa que esta parte de las cosas vaya y venga así, alternando el descontento y la reconciliación? ¿Es esta la medida que les ha correspondido? ¿Es esto todo lo que les has asignado, cuando desde lo más alto de los cielos hasta lo más bajo de la tierra, desde el comienzo del mundo hasta el fin de los siglos, desde el ángel hasta el gusano, desde el primer movimiento hasta el último, pones a cada cosa en su lugar y haces que cada una exista a su tiempo, siendo todo bueno según su especie? ¡Ay de mí! ¡Qué alto estás en lo más alto y qué profundo en lo más profundo! Y tú nunca te alejas, y nosotros apenas volvemos a ti.

Levántate, Señor, y actúa; despiértanos y haznos volver; enciéndenos y atráenos; inflámanos, hazte dulce para nosotros, que amemos ya, que corra-

mos. ¿Acaso no vuelven a ti muchos desde un infierno de ceguera más profundo que el de Victorino, se acercan y son iluminados, recibiendo aquella Luz que da a quienes la reciben el poder de llegar a ser hijos tuyos?

Pero si son menos conocidos entre los pueblos, hasta quienes los conocen se alegran menos por ellos. Porque cuando muchos se alegran juntos, también cada uno siente una alegría más desbordante, pues se encienden e inflaman unos a otros. Además, quienes son conocidos por muchos influyen sobre más personas para llevarlas a la salvación y abren camino, seguidos por muchos.

Y por eso también quienes los precedieron se alegran mucho por ellos, porque no se alegran solo por ellos. Lejos esté que en tu tabernáculo se dé preferencia a los ricos sobre los pobres, o a los nobles sobre los de origen humilde; pues tú has escogido lo débil del mundo para confundir a lo fuerte; y has escogido lo humilde de este mundo y lo despreciado, y lo que no es, para reducir a nada lo que es.

Y, sin embargo, aun aquel que era el menor de tus apóstoles, por cuya lengua proclamaste estas palabras, cuando, por medio de su lucha, el procónsul Paulo, vencido su orgullo, pasó bajo el suave yugo de tu Cristo y se convirtió en súbdito del gran Rey, quiso también cambiar su antiguo nombre de Saulo por el de Pablo, como testimonio de tan gran victoria.

Porque el enemigo queda más vencido en aquel sobre quien tiene mayor dominio y por medio del cual domina a más personas. Y tiene mayor dominio sobre los orgullosos por su nobleza, y por medio de ellos domina a más personas por su autoridad.

Así pues, cuanto más se valoraba la acogida del corazón de Victorino, que el diablo había tenido como una posesión inexpugnable, y de la lengua de Victorino, arma poderosa y afilada con la que había matado a muchos, tanto más abundantemente debían alegrarse tus hijos, porque nuestro Rey había atado al hombre fuerte, y ellos veían sus utensilios arrebatados de sus manos y purificados, hechos dignos de honrarte y útiles al Señor para toda obra buena.

⁂

Pero cuando aquel hombre tuyo, Simpliciano, me contó esto de Victorino, ardí en deseos de imitarlo; pues precisamente con ese fin me lo había contado. Y cuando añadió cómo en los días del emperador Juliano se había promulgado una ley que prohibía a los cristianos enseñar las ciencias liberales o la oratoria, y cómo él, obedeciendo esa ley, prefirió abandonar la escuela de las palabras antes que tu Palabra, con la que haces elocuentes las lenguas de los mudos, me pareció tan dichoso como resuelto, por haber encontrado así la oportunidad de dedicarse solo a ti.

Por esto suspiraba yo, atado como estaba, no por cadenas ajenas, sino por mi propia voluntad de hierro. El enemigo tenía en su poder mi voluntad, y con ella me había hecho una cadena y me había atado.

Porque de una voluntad perversa nació el deseo desenfrenado; y al servir al deseo, este se convirtió en costumbre; y al no resistir a la costumbre, esta se convirtió en necesidad. Con estos eslabones, por así decirlo, unidos entre sí —por eso lo llamé cadena—, una dura esclavitud me mantenía cautivo.

Pero aquella voluntad nueva que había empezado a nacer en mí, la de servirte libremente y querer gozar de ti, oh Dios, único deleite seguro, aún no podía vencer mi antigua obstinación, fortalecida por los años. Así luchaban dentro de mí mis dos voluntades, una nueva y otra vieja, una carnal y otra espiritual; y con su discordia desgarraban mi alma.

Así comprendí por mi propia experiencia lo que había leído: que la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. En ambos era yo mismo, ciertamente; pero era más yo en aquello que aprobaba en mí que en aquello que desaprobaba. Porque en esto último ya no era yo en su mayor parte, pues mucho de ello lo sufría contra mi voluntad más que hacerlo voluntariamente.

Y, sin embargo, por mí había adquirido la costumbre este poder de luchar contra mí, porque había llegado por mi voluntad adonde no quería estar. ¿Y quién tiene derecho a protestar si al pecador le sigue un castigo justo?

Tampoco tenía ya mi antigua excusa de que aún vacilaba en elevarme por encima del mundo y servirte porque la verdad no me era del todo cierta; pues ahora también lo era. Pero yo, todavía al servicio de la tierra, me negaba a luchar bajo tu bandera y temía tanto verme libre de todas las cargas como deberíamos temer vernos cargados con ellas.

Así me retenía dulcemente el equipaje de este mundo presente, como en el sueño; y los pensamientos con que meditaba en ti eran como los esfuerzos de quienes quieren despertar, pero, vencidos por una pesada somnolencia, vuelven a hundirse en ella.

Y así como nadie querría dormir para siempre, y según el juicio sensato de todos es mejor estar despierto, pero un hombre, sintiendo una pesada modorra en todos sus miembros, suele aplazar el momento de sacudirse el sueño y, aunque en parte le disgusta, se entrega a él con placer aun después de la hora de levantarse, así yo estaba seguro de que era mucho mejor entregarme a tu amor que abandonarme a mi propia codicia; pero aunque lo primero me satisfacía y se imponía a mi juicio, lo segundo me agradaba y me mantenía dominado.

Y nada tenía que responderte cuando me llamabas: Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará. Y cuando por todas partes me mostrabas que lo que decías era verdad, yo, convencido por la verdad, no tenía absolutamente nada que responder, salvo aquellas palabras torpes y soñolientas: "Enseguida, enseguida", "ahora mismo", "déjame solo un poco".

Pero aquel "ahora mismo, ahora mismo" nunca llegaba, y mi "un poco" se prolongaba mucho tiempo; en vano me complacía en tu ley según el hombre interior, cuando otra ley en mis miembros se rebelaba contra la ley de mi mente y me llevaba cautivo bajo la ley del pecado que estaba en mis miembros.

Porque la ley del pecado es la fuerza de la costumbre, que arrastra y retiene la mente aun contra su voluntad; pero con justicia, porque voluntariamente cayó en ella. ¿Quién, pues, me libraría, desdichado como era, del cuerpo de esta muerte, sino solo tu gracia, por Jesucristo nuestro Señor?

Y cómo me libraste de los lazos del deseo, con los que estaba estrechamente atado a la concupiscencia carnal, y de la servidumbre de las cosas munda-

nas, lo declararé ahora y lo confesaré a tu nombre, oh Señor, mi auxilio y mi redentor. En medio de una inquietud creciente, me ocupaba de mis asuntos habituales y suspiraba cada día hacia ti.

Acudía a tu Iglesia siempre que estaba libre de los asuntos bajo cuya carga gemía. Alipio estaba conmigo, libre ya de sus ocupaciones jurídicas después de la tercera sesión, y a la espera de alguien a quien vender sus consejos, como yo vendía el arte de hablar, si es que la enseñanza puede transmitirlo.

Nebridio, en consideración a nuestra amistad, había aceptado enseñar como ayudante de Verecundo, ciudadano y gramático de Milán y amigo muy íntimo de todos nosotros, quien deseaba con insistencia y reclamaba de nuestro grupo, por derecho de amistad, una ayuda fiel que tanto necesitaba.

Nebridio, pues, no se había dejado atraer a esto por ningún deseo de provecho —pues habría podido sacar mucho más de sus conocimientos si lo hubiera querido—, sino que, como amigo sumamente bondadoso y amable, no quiso dejar de prestar un buen servicio ni desatender nuestra petición.

Pero actuaba en esto con mucha prudencia, evitando darse a conocer a personajes importantes según este mundo, huyendo de la distracción de la mente que de ello se seguía y deseando tenerla libre y desocupada, tantas horas como fuera posible, para buscar, leer u oír algo acerca de la sabiduría.

⁂

Un día, pues, estando ausente Nebridio —no recuerdo por qué—, vino a vernos a mí y a Alipio un tal Ponticiano, compatriota nuestro por ser tam-

bién africano, que ocupaba un alto cargo en la corte del emperador.

No sé qué quería de nosotros, pero nos sentamos a conversar, y ocurrió que, sobre una mesa de juego que había delante de nosotros, vio un libro, lo tomó, lo abrió y, contra lo que esperaba, encontró al apóstol Pablo; pues creía que sería alguno de aquellos libros que yo me agotaba enseñando.

Entonces sonrió y, mirándome, expresó su alegría y su asombro por haber encontrado de repente este libro, y solo este, ante mis ojos. Porque era cristiano y estaba bautizado, y a menudo se postraba ante ti, nuestro Dios, en la Iglesia, con oraciones frecuentes y prolongadas.

Cuando le dije que dedicaba grandes esfuerzos a aquellas Escrituras, surgió una conversación, a partir de su relato, sobre Antonio, el monje egipcio, cuyo nombre gozaba de gran fama entre tus siervos, aunque hasta aquella hora nos era desconocido.

Cuando lo descubrió, se extendió más sobre el asunto, informándonos y maravillándose de nuestra ignorancia acerca de alguien tan eminente. Pero nosotros quedamos asombrados al oír tus obras maravillosas, tan plenamente atestiguadas, realizadas en tiempos tan recientes, casi en los nuestros, dentro de la verdadera fe y de la Iglesia católica.

Todos nos maravillábamos: nosotros, de que fueran tan grandes; y él, de que no hubieran llegado a nuestros oídos.

De allí su conversación pasó a las comunidades de los monasterios y a sus santas costumbres, aroma agradable para Ti, y a los fecundos desiertos de la soledad, de los que nada sabíamos. Había también en Milán un monas-

terio lleno de buenos hermanos, fuera de las murallas de la ciudad, bajo el cuidado protector de Ambrosio, y nosotros no lo sabíamos.

Él siguió hablando, y nosotros escuchábamos en atento silencio. Nos contó entonces que una tarde en Tréveris, mientras el emperador estaba absorto en los juegos del circo, él y otros tres compañeros salieron a pasear por unos jardines cercanos a las murallas de la ciudad.

Allí, como iban de dos en dos, uno se apartó con él y los otros dos pasearon por su cuenta; estos, mientras caminaban, dieron con una pequeña casa habitada por algunos de tus siervos, pobres de espíritu, de quienes es el reino de los cielos, y allí encontraron un librito que contenía la vida de Antonio.

Uno de ellos comenzó a leerlo, a admirarlo y a encenderse de entusiasmo; y, mientras leía, meditaba sobre la posibilidad de abrazar aquella vida y abandonar su servicio secular para servirte a Ti. Estos dos eran de aquellos a quienes llaman agentes de los asuntos públicos.

Entonces, súbitamente, lleno de un santo amor y de una serena vergüenza, indignado consigo mismo, miró a su amigo y le dijo: «Dime, te lo ruego, ¿qué queremos alcanzar con todos estos trabajos nuestros? ¿A qué aspiramos? ¿Para qué servimos? ¿Pueden nuestras esperanzas en la corte llegar más alto que a ser los favoritos del emperador? Y en esto, ¿qué hay que no sea frágil y esté lleno de peligros? ¿Y por cuántos peligros llegamos a un peligro mayor? ¿Y cuándo llegaremos allí? Pero amigo de Dios, si lo quiero, me hago ahora mismo».

Así habló. Y, sufriendo los dolores del nacimiento de una nueva vida, volvió los ojos al libro y siguió leyendo; y se transformaba por dentro, donde

Tú lo veías, y su mente se desprendía del mundo, como pronto se hizo evidente. Pues, mientras leía y las olas de su corazón subían y bajaban, se enfureció consigo mismo por un tiempo; luego distinguió y eligió un camino mejor.

Y, siendo ya tuyo, dijo a su amigo: «Ahora me he liberado de aquellas esperanzas nuestras y estoy decidido a servir a Dios; y comienzo a hacerlo desde esta hora, en este lugar. Si no quieres imitarme, no te opongas». El otro respondió que se uniría a él para compartir tan gloriosa recompensa y tan glorioso servicio.

Así, siendo ya ambos tuyos, construían la torre pagando el costo necesario: dejar todo lo que tenían y seguirte. Entonces Ponticiano y el otro que estaba con él, que habían paseado por otras partes del jardín, llegaron a aquel mismo lugar en busca de ellos; y, al encontrarlos, les recordaron que debían volver, pues el día ya estaba muy avanzado.

Pero ellos les contaron su decisión y su propósito, y cómo aquella voluntad había nacido y se había afirmado en ellos, y les rogaron que, si no querían unirse, no los molestaran.

Los otros, aunque seguían siendo los mismos de antes, se lamentaron de sí mismos, según él aseguró, y los felicitaron piadosamente, encomendándose a sus oraciones; y así, con el corazón aún apegado a la tierra, se fueron al palacio. Los otros dos, en cambio, con el corazón fijo en el cielo, permanecieron en la pequeña casa.

Ambos tenían prometidas, y ellas, cuando se enteraron de esto, también consagraron su virginidad a Dios.

Tal fue el relato de Ponticiano; pero Tú, Señor, mientras él hablaba, me hacías volver hacia mí mismo, sacándome de detrás de mi espalda, donde yo me había colocado porque no quería observarme; y me ponías ante mi propio rostro para que viera lo repugnante que era, lo torcido e impuro, lleno de manchas y llagas.

Y yo me miraba y quedaba horrorizado; y no encontraba adónde huir de mí mismo. Y si intentaba apartar de mí la mirada, él continuaba con su relato y Tú volvías a enfrentarme conmigo mismo y me ponías ante mis ojos para que descubriera mi maldad y la odiara. La conocía, pero fingía no verla, cerraba los ojos ante ella y la olvidaba.

Pero ahora, cuanto más ardientemente amaba a aquellos de cuyos saludables afectos oía hablar, que se habían entregado por entero a Ti para ser curados, tanto más me aborrecía al compararme con ellos.

Pues ya habían transcurrido muchos años de mi vida, unos doce, desde los diecinueve, cuando la lectura del Hortensio de Cicerón despertó en mí un ferviente amor a la sabiduría; y todavía aplazaba el rechazo de la mera felicidad terrena y mi entrega a la búsqueda de aquello cuya búsqueda misma, y no solo su hallazgo, era preferible a los tesoros y reinos del mundo, aunque ya los hubiera encontrado, y a los placeres del cuerpo, aunque estuvieran a mi alrededor a mi disposición.

Pero yo, desdichado, desdichadísimo, en el comienzo mismo de mi primera juventud, te había pedido castidad y había dicho: «Dame castidad y continencia, pero todavía no». Pues temía que me escucharas pronto y me curaras pronto de la enfermedad de la concupiscencia, que yo deseaba satisfacer más que extinguir.

Y había vagado por caminos torcidos en una superstición sacrílega, sin estar en realidad convencido de ella, pero prefiriéndola a las otras, que no investigaba con espíritu religioso, sino que combatía con malicia.

⁂

Y había pensado que aplazaba de un día para otro el rechazo de las esperanzas de este mundo y el seguirte solo a Ti porque no aparecía nada seguro hacia lo cual dirigir mis pasos. Y ahora había llegado el día en que debía quedar al descubierto ante mí mismo y mi conciencia debía reprocharme: «¿Dónde estás ahora, lengua mía? Decías que, por una verdad incierta, no querías deshacerte del equipaje de la vanidad; ahora es cierta y, sin embargo, esa carga sigue oprimiéndote, mientras que quienes no se han agotado tanto buscándola ni han pasado diez años y más pensando en ella se han quitado el peso de los hombros y han recibido alas para volar».

Así me sentía roído por dentro y profundamente confundido por una vergüenza espantosa mientras Ponticiano hablaba de este modo. Y él, después de terminar su relato y el asunto por el que había venido, se fue por su camino; y yo me adentré en mí mismo. ¡Qué no dije contra mí! ¡Con qué azotes de condena no flagelé mi alma para que me siguiera en mi esfuerzo por ir tras de Ti!

Sin embargo, ella retrocedía; se negaba, pero no se excusaba. Todos los argumentos se habían agotado y habían sido refutados; solo quedaba un mudo encogimiento; y temía, como temería a la muerte, que la apartaran de la corriente de aquella costumbre por la que se consumía hasta morir.

Entonces, en esta gran contienda de mi morada interior, que yo había levantado con fuerza contra mi alma en la habitación de mi corazón, turbado en el ánimo y en el semblante, me volví hacia Alipio.

«¿Qué nos pasa? —exclamé—. ¿Qué es esto? ¿Qué has oído? Los que carecen de instrucción se levantan y conquistan el cielo por la fuerza, y nosotros, con todo nuestro saber y sin valor, ¡mira dónde nos revolcamos en la carne y la sangre! ¿Nos avergüenza seguirlos porque otros se nos han adelantado, y no nos avergüenza ni siquiera seguirlos?».

Algunas palabras como estas pronuncié, y la fiebre de mi ánimo me arrancó de su lado, mientras él me miraba asombrado y guardaba silencio. Pues no era mi tono habitual; y mi frente, mis mejillas, mis ojos, mi color y mi tono de voz expresaban mi estado de ánimo más que las palabras que pronunciaba.

Había un pequeño jardín en nuestro alojamiento, del que podíamos disponer, como de toda la casa, pues el dueño, nuestro anfitrión, no vivía allí. Hacia allí me había arrastrado el tumulto de mi pecho, donde nadie pudiera estorbar la ardiente contienda que había entablado conmigo mismo, hasta que terminara como Tú sabías y yo ignoraba.

Solo sabía que mi agitación me llevaba a sanar y que moría para vivir; sabía qué mal había en mí e ignoraba qué bien estaba a punto de llegar a ser. Me retiré, pues, al jardín, y Alipio siguió mis pasos. Su presencia no disminuía mi soledad; además, ¿cómo podía abandonarme tan perturbado? Nos sentamos lo más lejos posible de la casa.

Yo estaba turbado de espíritu, violentamente indignado por no entrar en tu voluntad y en tu alianza, Dios mío, en las que todos mis huesos me gritaban que entrara y que ensalzaban hasta el cielo. Y allí no entramos por medio de barcos, carros o pies; ni siquiera necesitamos desplazarnos tanto como yo me había desplazado desde la casa hasta el lugar donde estábamos sentados.

Pues no solo ir, sino entrar allí, no consistía en otra cosa que en querer ir, pero quererlo con decisión y por entero; no en hacer girar y agitar de un lado a otro una voluntad mutilada y dividida a medias, que luchaba mientras una parte se hundía y la otra se levantaba.

Por último, en la misma fiebre de mi indecisión, hacía con mi cuerpo muchos movimientos de esos que los hombres a veces quieren hacer, pero no pueden, ya sea porque carecen de los miembros necesarios o porque estos están sujetos con ataduras, debilitados por una enfermedad o impedidos de cualquier otra manera.

Así, si me arrancaba el cabello, me golpeaba la frente o, entrelazando los dedos, me sujetaba la rodilla, lo quería y lo hacía. Pero podía haberlo querido y no haberlo hecho, si la capacidad de movimiento de mis miembros no hubiera obedecido.

Tantas cosas hacía, pues, en las que «querer» no era en sí mismo «poder»; y no hacía aquello que deseaba hacer incomparablemente más y que poco después, cuando quisiera, podría hacer; porque poco después, cuando quisiera, querría por entero. Pues en estas cosas la capacidad era una con la voluntad, y querer era hacer; y, sin embargo, no se hacía.

Y mi cuerpo obedecía más fácilmente el más débil deseo de mi alma, moviendo sus miembros a una señal suya, que el alma se obedecía a sí misma para cumplir, con la sola voluntad, esta decisión suya tan trascendental.

¿De dónde viene esta monstruosidad? ¿Y para qué? Que brille tu misericordia para que yo pueda preguntar, por si acaso los castigos secretos de los hombres y esos dolores oscurísimos de los hijos de Adán pueden responderme. ¿De dónde viene esta monstruosidad? ¿Y para qué? La mente manda al cuerpo, y este obedece al instante; la mente se manda a sí misma y encuentra resistencia.

La mente manda que se mueva la mano, y tal es la prontitud que apenas se distingue la orden de la obediencia. Sin embargo, la mente es mente y la mano es cuerpo. La mente manda a la mente, a sí misma, que quiera, y, sin embargo, no lo hace. ¿De dónde viene esta monstruosidad? ¿Y para qué?

Se manda a sí misma, digo, que quiera, y no lo mandaría si no quisiera; y lo que manda no se hace. Pero no quiere por entero; por eso no manda por entero. Pues manda en la medida en que quiere; y lo mandado no se hace en la medida en que no quiere. Porque la voluntad manda que haya una voluntad; no otra, sino ella misma.

Pero no manda por entero, y por eso no existe lo que manda. Pues, si la voluntad fuera entera, ni siquiera mandaría que existiera, porque ya existiría. Por tanto, querer en parte y en parte no querer no es una monstruosidad, sino una enfermedad de la mente, que no se levanta del todo, sostenida por la verdad, porque la costumbre la abruma.

Y por eso hay dos voluntades, porque una de ellas no es entera; y lo que le falta a una lo tiene la otra.

⁂

Que perezcan lejos de tu presencia, oh Dios, como perecen los que hablan en vano y los seductores del alma: quienes, al observar que al deliberar había dos voluntades, afirman que hay en nosotros dos mentes de dos clases, una buena y otra mala.

Ellos mismos son verdaderamente malos cuando sostienen estas ideas malas; y ellos mismos se harán buenos cuando sostengan la verdad y acepten la verdad, para que tu Apóstol pueda decirles: Antes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor.

Pero ellos, queriendo ser luz, no en el Señor, sino en sí mismos, e imaginando que la naturaleza del alma es lo que Dios es, se vuelven tinieblas más densas por una arrogancia terrible; porque se alejaron aún más de ti, la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo.

Miren lo que dicen y ruborícense de vergüenza: acérquense a él y sean iluminados, y sus rostros no quedarán avergonzados. Yo mismo, cuando deliberaba sobre servir ya al Señor mi Dios, como desde hacía mucho me había propuesto, era yo quien quería, yo quien no quería, yo, yo mismo. Ni quería por entero ni dejaba de querer por entero.

Por eso luchaba conmigo mismo y estaba desgarrado por mí mismo. Y este desgarramiento me sucedía contra mi voluntad, pero indicaba, no la presencia de otra mente, sino el castigo de la mía. Por tanto, ya no era yo quien

lo hacía, sino el pecado que habitaba en mí; el castigo de un pecado cometido con mayor libertad, por ser yo hijo de Adán.

Porque, si hay tantas naturalezas contrarias como voluntades en conflicto, entonces no habrá solo dos, sino muchas. Si un hombre delibera sobre si debe ir a su reunión o al teatro, estos maniqueos exclaman: Miren, aquí hay dos naturalezas: una buena que lo atrae hacia aquí; otra mala que lo arrastra hacia allá.

Pues ¿de dónde vendría, si no, esta vacilación entre voluntades en conflicto? Pero yo digo que ambas son malas: tanto la que lo atrae hacia ellos como la que lo arrastra al teatro.

Sin embargo, ellos creen que la voluntad que lo atrae hacia ellos no puede ser sino buena. ¿Qué ocurriría entonces si uno de nosotros deliberara y, en medio de la lucha entre sus dos voluntades, se encontrara en un aprieto, sin saber si ir al teatro o a nuestra iglesia? ¿No se encontrarían también estos maniqueos en un aprieto para responder?

Porque tendrían que confesar —cosa que de ningún modo querrían— que la voluntad que conduce a nuestra iglesia es buena, al igual que la de quienes han recibido los misterios de la suya y permanecen sujetos a ellos; o tendrían que suponer dos naturalezas malas y dos almas malas que luchan en un solo hombre, y no sería verdad lo que dicen, que una es buena y otra mala; o tendrían que convertirse a la verdad y dejar de negar que, cuando alguien delibera, una sola alma oscila entre voluntades contrarias.

Que dejen, pues, de decir, cuando perciben dos voluntades en conflicto en un solo hombre, que la lucha se da entre dos almas contrarias, de dos sus-

tancias contrarias, procedentes de dos principios contrarios, uno bueno y otro malo.

Porque tú, oh Dios verdadero, los refutas, los frenas y demuestras su error; como cuando, siendo malas ambas voluntades, uno delibera sobre si debe matar a un hombre con veneno o con la espada; si debe apoderarse de esta o aquella propiedad ajena, cuando no puede tomar ambas; si debe comprar placer mediante el derroche o conservar su dinero por avaricia; si debe ir al circo o al teatro, cuando ambos están abiertos el mismo día; o, en tercer lugar, robar en una casa ajena, si tiene la oportunidad; o, en cuarto lugar, cometer adulterio, si al mismo tiempo dispone también de los medios para ello; coincidiendo todas estas cosas en el mismo momento y siendo todas igualmente deseadas, sin que puedan hacerse a la vez: porque desgarran la mente entre cuatro voluntades en conflicto, o incluso más, dada la inmensa variedad de cosas deseadas, y aun así ellos no afirman que haya otras tantas sustancias distintas.

Lo mismo sucede también con las voluntades buenas. Porque les pregunto: ¿es bueno complacerse en leer al Apóstol? ¿O es bueno complacerse en un salmo sobrio? ¿O es bueno hablar sobre el Evangelio?

A cada pregunta responderán: "Es bueno". ¿Qué ocurre entonces si todas estas cosas producen igual placer, y todas a la vez? ¿No dividen la mente diversas voluntades mientras uno delibera sobre cuál debería escoger de preferencia?

Sin embargo, todas son buenas y están en desacuerdo hasta que se escoge una, hacia la cual pueda dirigirse la voluntad entera y unida que antes estaba dividida entre muchas.

Así también, cuando la eternidad nos deleita en lo alto y el placer de los bienes temporales nos retiene aquí abajo, es la misma alma la que no quiere esto o aquello con una voluntad entera; y por eso se desgarra entre penosas perplejidades, mientras que, por la verdad, pone lo primero por delante, pero, por la costumbre, no deja de lado lo segundo.

Así estaba yo, enfermo del alma y atormentado, acusándome con mucha más severidad de lo acostumbrado, revolviéndome y dando vueltas en mi cadena, hasta que se rompiera por completo aquello que ya apenas me sujetaba, pero aún me sujetaba.

Y tú, oh Señor, me apremiabas en lo más íntimo con una misericordia severa, redoblando los azotes del temor y de la vergüenza, para que no volviera a ceder y, al no romper aquel mismo vínculo leve que aún quedaba, este recobrara sus fuerzas y me atara con mayor firmeza. Porque me decía: "Que se haga ahora, que se haga ahora".

Y mientras hablaba, casi lo llevaba a cabo: casi lo hacía, y no lo hacía; pero tampoco recaía en mi estado anterior, sino que me mantenía muy cerca y tomaba aliento.

Y lo intentaba de nuevo, y me faltaba un poco menos, y un poco menos, y casi lo tocaba y lo asía; y, sin embargo, no lo alcanzaba, ni lo tocaba ni lo asía; vacilaba ante morir a la muerte y vivir para la vida: y lo peor, a lo que estaba habituado, tenía más fuerza sobre mí que lo mejor, a lo que no estaba acostumbrado; y el momento mismo en que iba a convertirme en alguien distinto de quien era, cuanto más se acercaba, mayor horror me infundía; pero no me hacía retroceder ni me apartaba, sino que me mantenía en suspenso.

Las frivolidades de las frivolidades y las vanidades de las vanidades, mis antiguas amantes, aún me retenían; tiraban de mi vestidura de carne y susurraban suavemente: "¿Nos abandonas? ¿Y desde ese momento ya no estaremos contigo nunca más? ¿Y desde ese momento ya no te estará permitido esto o aquello para siempre?" ¿Y qué era lo que me sugerían con eso que he llamado "esto o aquello"? ¿Qué me sugerían, oh Dios mío?

Que tu misericordia lo aparte del alma de tu siervo. ¡Qué impurezas me sugerían! ¡Qué vergüenza! Y ya las escuchaba mucho menos que a medias; no se mostraban abiertamente ni me contradecían, sino que murmuraban, por así decirlo, a mis espaldas, y tiraban de mí a escondidas mientras me alejaba, solo para que volviera la mirada hacia ellas.

Sin embargo, me retrasaban, de modo que vacilaba en romper mis ataduras y librarme de ellas, y en saltar hacia donde se me llamaba; y una costumbre violenta me decía: "¿Crees que puedes vivir sin ellas?"

⁂

Pero ahora hablaba con una voz muy débil. Porque del lado hacia el que había vuelto el rostro y hacia el que temblaba de ir, se me apareció la casta dignidad de la Continencia, serena y alegre, aunque sin abandono, que me invitaba con noble encanto a acercarme sin vacilar; y extendía hacia mí sus santas manos para recibirme y abrazarme, llenas de una multitud de buenos ejemplos: había allí tantos jóvenes y doncellas, una multitud de personas jóvenes y de todas las edades, viudas respetables y vírgenes ancianas; y en todas estaba la propia Continencia, que no era estéril, sino madre fecunda de hijos de alegría, por ti, su Esposo, oh Señor.

Y me sonreía con una burla persuasiva, como si dijera: "¿No puedes tú lo que pueden estos jóvenes, lo que pueden estas doncellas? ¿O acaso pueden ellos por sí mismos, y no más bien en el Señor su Dios? El Señor su Dios me entregó a ellos. ¿Por qué te apoyas en ti mismo y así no te sostienes?

Arrójate en sus brazos, no temas: él no se apartará para dejarte caer; arrójate sin miedo en sus brazos, él te recibirá y te sanará". Y yo me ruborizaba muchísimo, porque aún oía el murmullo de aquellas frivolidades y permanecía en suspenso. Y ella parecía decirme de nuevo: "Cierra tus oídos a esos miembros impuros tuyos que están en la tierra, para que sean mortificados.

Te hablan de deleites, pero no como lo hace la ley del Señor tu Dios". Esta disputa en mi corazón era solo de mí contra mí mismo. Pero Alipio, sentado muy cerca de mí, esperaba en silencio el desenlace de mi emoción desacostumbrada.

Pero cuando una profunda reflexión reunió desde el fondo secreto de mi alma toda mi miseria y la amontonó ante los ojos de mi corazón, se desató una fuerte tormenta que trajo una abundante lluvia de lágrimas.

Para poder derramarlas por completo en sus expresiones naturales, me levanté y me aparté de Alipio: la soledad me pareció más apropiada para llorar; así que me retiré lo suficiente para que ni siquiera su presencia pudiera ser una carga para mí.

Así me encontraba entonces, y él percibió algo de ello; porque supongo que había dicho algo con la voz ahogada por el llanto, y así me había levantado. Él se quedó entonces donde estábamos sentados, sumamente asombrado.

Me arrojé al suelo, no sé cómo, bajo cierta higuera, dando rienda suelta a mis lágrimas; y los torrentes de mis ojos brotaron como un sacrificio aceptable para ti. Y, aunque no precisamente con estas palabras, sí con este sentido, te hablé largamente: Y tú, oh Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo, Señor, estarás enojado para siempre?

No recuerdes nuestras antiguas iniquidades, pues sentía que me tenían sujeto. Elevaba estas palabras dolorosas: ¿Hasta cuándo, hasta cuándo, "mañana y mañana"? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no poner fin en esta misma hora a mi impureza?

Así hablaba y lloraba con el más amargo arrepentimiento de mi corazón, cuando de pronto oí desde una casa vecina una voz, de niño o de niña, no lo sé, que cantaba y repetía muchas veces: "Toma y lee; toma y lee".

Al instante cambió mi semblante y empecé a pensar con mucha atención si los niños acostumbraban cantar esas palabras en alguna clase de juego; y no pude recordar haber oído nunca algo semejante. Así que, conteniendo el torrente de mis lágrimas, me levanté, interpretando que no era otra cosa que una orden de Dios de abrir el libro y leer el primer capítulo que encontrara.

Porque había oído decir de Antonio que, al entrar mientras se leía el Evangelio, recibió la exhortación como si lo que se estaba leyendo se lo dijeran a él: Ve, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Y por tal oráculo se convirtió enseguida a ti.

Volví entonces con ansias al lugar donde estaba sentado Alipio, porque allí había dejado el volumen del Apóstol al levantarme. Lo tomé, lo abrí y leí

en silencio el pasaje sobre el que primero cayeron mis ojos: No en juergas y borracheras, no en desenfrenos de alcoba y lujurias, no en disputas y envidias; sino revístanse del Señor Jesucristo y no hagan provisión para la carne en sus deseos.

No quise leer más, ni lo necesitaba: porque al instante, al terminar esta frase, como si una luz de serenidad se hubiera derramado en mi corazón, se disiparon todas las tinieblas de la duda.

Entonces, poniendo mi dedo entre las páginas, o alguna otra señal, cerré el volumen y, con el rostro sereno, se lo hice saber a Alipio. Y él me mostró de este modo lo que se había obrado en él, cosa que yo ignoraba. Pidió ver lo que yo había leído; se lo mostré, y él siguió leyendo más allá de donde yo había llegado, sin que yo supiera lo que seguía.

Seguía esto: recibe al que es débil en la fe; él lo aplicó a sí mismo y me lo reveló. Y con esta exhortación se fortaleció; y con una buena resolución y propósito, muy acordes con su carácter, en el que siempre se había distinguido tanto de mí para bien, se unió a mí sin ninguna demora agitada. De allí entramos a ver a mi madre; se lo contamos; ella se alegra.

Le relatamos por orden cómo ocurrió; ella salta de alegría, triunfa y te bendice a ti, que puedes hacer más de lo que pedimos o pensamos; pues comprendió que le habías concedido, en lo que a mí respecta, más de lo que solía pedir con sus lastimeros y dolorosísimos gemidos.

Porque me convertiste a ti, de modo que ya no buscaba esposa ni esperanza alguna de este mundo, permaneciendo en aquella regla de fe en la que tantos años antes me habías mostrado a ella en una visión.

Y convertiste su llanto en una alegría mucho más abundante de lo que había deseado, y de una manera mucho más preciosa y pura de lo que antes había pedido al desear nietos nacidos de mi cuerpo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO IX

✦

Oh Señor, soy tu siervo; soy tu siervo e hijo de tu sierva: tú has roto mis cadenas. Te ofreceré el sacrificio de alabanza. Que mi corazón y mi lengua te alaben; sí, que todos mis huesos digan: Oh Señor, ¿quién es como tú?

Que lo digan, y respóndeme tú, y di a mi alma: Yo soy tu salvación. ¿Quién soy y qué soy? ¿Qué mal no ha habido en mis obras, o, si no en mis obras, en mis palabras, o, si no en mis palabras, en mi voluntad? Pero tú, oh Señor, eres bueno y misericordioso, y tu mano derecha atendió a la profundidad de mi muerte, y desde el fondo de mi corazón vació aquel abismo de corrupción.

Y todo tu don consistió en esto: en dejar de querer lo que yo quería y querer lo que tú querías. Pero ¿dónde estuvo durante todos aquellos años, y de qué escondrijo bajo y profundo fue llamada en un instante mi libre voluntad, para que sometiera mi cuello a tu yugo suave y mis hombros a tu carga ligera, oh Cristo Jesús, mi Auxiliador y mi Redentor? ¡Qué dulce me resultó de pronto carecer de las dulzuras de aquellas frivolidades!

Y aquello de lo que temía separarme era ahora una alegría abandonar. Porque tú las expulsaste de mí, tú, dulzura verdadera y suprema. Las expulsaste y, en su lugar, entraste tú mismo, más dulce que todo placer, aunque no para la carne y la sangre; más brillante que toda luz, pero más oculto que todas las profundidades; más alto que todo honor, pero no para quienes se tienen por grandes.

Ahora mi alma estaba libre de las preocupaciones punzantes de buscar favores y ganancias, de revolcarse en la inmundicia y de rascar la comezón del deseo. Y mi lengua de niño te hablaba libremente, mi luz, mis riquezas y mi salud, Señor, Dios mío.

Y resolví ante ti retirar con suavidad, sin arrancarlo de manera tumultuosa, el servicio de mi lengua de los mercados del trabajo de los labios, para que los jóvenes, que no estudiaban tu ley ni tu paz, sino delirios mentirosos y disputas judiciales, dejaran de comprar de mi boca armas para su locura.

Y muy oportunamente faltaban ya muy pocos días para las vacaciones de la vendimia, y resolví soportarlos, despedirme entonces de la manera acostumbrada y, habiendo sido comprado por ti, no volver a ponerme en venta. Tú conocías, pues, nuestro propósito; pero los demás hombres, salvo nuestros amigos, no lo conocían.

Porque habíamos acordado entre nosotros no divulgarlo a nadie, aunque a nosotros, que ya subíamos del valle de lágrimas y cantábamos aquel cántico de ascenso, nos habías dado flechas afiladas y brasas destructoras contra la lengua engañosa, que, como si nos aconsejara por nuestro bien, nos habría puesto obstáculos y, por amor, nos habría devorado como devora su alimento.

Habías traspasado nuestros corazones con tu caridad, y llevábamos tus palabras como clavadas en nuestras entrañas; y los ejemplos de tus siervos, a quienes habías hecho luminosos de oscuros que eran, y vivos de muertos, acumulados en el depósito de nuestros pensamientos, encendían y consumían nuestro pesado sopor, para que no nos hundiéramos en el abismo; y nos inflamaban con tanta fuerza que todos los soplos de las lenguas enga-

ñosas de nuestros adversarios solo podían avivarnos con más violencia, sin extinguirnos. Sin embargo, puesto que, por tu Nombre, que has santificado por toda la tierra, este voto y propósito nuestro también podía encontrar quienes lo alabaran, parecía una ostentación no esperar a las vacaciones, ya tan cercanas, sino abandonar antes de tiempo una profesión pública que estaba a la vista de todos; de modo que todos, al contemplar este acto mío y observar lo cerca que estaba el tiempo de la vendimia al que yo quería adelantarme, hablarían mucho de mí, como si hubiera deseado parecer alguien importante. ¿Y de qué me habría servido que la gente juzgara y discutiera mi propósito, y que se hablara mal de nuestro bien?

Además, al principio me había preocupado que, durante aquel mismo verano, mis pulmones comenzaran a fallar en medio de un trabajo literario excesivo, que me costara respirar hondo y que el dolor en el pecho mostrara que estaban dañados y me impidiera hablar con voz plena o durante largo tiempo; esto me había preocupado, porque casi me obligaba por necesidad a dejar aquella carga de la enseñanza o, si podía sanar y recuperarme, al menos a interrumpirla.

Pero cuando nació y se afirmó en mí el pleno deseo de tener tiempo libre para ver que tú eres el Señor, Dios mío, tú lo sabes, comencé incluso a alegrarme de tener esta segunda excusa, que no era fingida y que podía moderar un poco el disgusto de quienes, por el bien de sus hijos, deseaban que yo nunca tuviera la libertad de tus hijos.

Lleno, pues, de tal alegría, soporté aquel intervalo hasta que terminó; quizá fueron unos veinte días, pero los soporté con entereza; los soporté, porque la codicia, que antes llevaba una parte de esta pesada tarea, me había aban-

donado, y yo había quedado solo y habría sucumbido si la paciencia no hubiera ocupado su lugar.

Quizá algunos de tus siervos, mis hermanos, digan que pequé en esto: que, con el corazón enteramente dispuesto a tu servicio, me permití permanecer siquiera una hora en la cátedra de la mentira. Y no querría discutirlo. Pero ¿no has perdonado y borrado también este pecado, oh Señor misericordiosísimo, junto con mis otros pecados horribles y mortales, en el agua santa?

Verecundo se consumía de preocupación por esta dicha nuestra, porque, retenido por vínculos que lo ataban muy estrechamente, veía que habría de separarse de nosotros. Él aún no era cristiano, y su esposa era una de los fieles; y, no obstante, esto lo detenía y le impedía, más rígidamente que cualquier otra cadena, emprender el camino que nosotros acabábamos de intentar.

Porque, según decía, no quería ser cristiano en otras condiciones que aquellas en las que no podía serlo. Sin embargo, nos ofreció amablemente permanecer en su casa de campo todo el tiempo que quisiéramos quedarnos allí. Tú, oh Señor, lo recompensarás en la resurrección de los justos, puesto que ya le has dado la suerte de los justos.

Porque, aunque durante nuestra ausencia, cuando ya estábamos en Roma, lo atacó una enfermedad corporal y, haciéndose entonces cristiano y uno de los fieles, partió de esta vida, tuviste misericordia no solo de él, sino también de nosotros, para que, al recordar la extraordinaria bondad de nuestro amigo hacia nosotros y no poder contarlo entre tu rebaño, no nos atormentara un dolor insoportable.

Gracias a ti, Dios nuestro, somos tuyos: tus inspiraciones y consuelos nos lo dicen. Fiel a tus promesas, ahora recompensas a Verecundo por su casa de campo de Casiciaco, donde descansamos en ti de la fiebre del mundo, con la frescura eterna de tu Paraíso; porque le has perdonado sus pecados en la tierra, en aquel monte fértil, aquel monte que mana leche, tu propio monte.

⁂

Él tenía entonces tristeza, pero Nebridio, alegría. Porque, aunque también él, sin ser todavía cristiano, había caído en el abismo de aquel error tan pernicioso, creyendo que la carne de tu Hijo era un fantasma, al salir de allí creyó como nosotros; aún no había recibido ninguno de los Sacramentos de tu Iglesia, pero era un buscador ardentísimo de la verdad.

No mucho después de nuestra conversión y regeneración por tu Bautismo, cuando también él era ya un miembro fiel de la Iglesia católica y te servía en perfecta castidad y continencia entre los suyos en África, habiéndose hecho cristiana primero toda su casa por medio de él, lo liberaste de la carne; y ahora vive en el seno de Abraham.

Sea lo que sea aquello que significa ese seno, allí vive mi Nebridio, mi dulce amigo e hijo tuyo, oh Señor, adoptado de entre los hombres libres: allí vive. Porque ¿qué otro lugar hay para un alma semejante? Allí vive, en ese lugar por el que tantas cosas me preguntaba a mí, pobre hombre sin experiencia.

Ahora no acerca su oído a mi boca, sino su boca espiritual a tu fuente, y bebe cuanto puede recibir, sabiduría en proporción a su sed, feliz sin fin. Y

no creo que esté tan embriagado de ella que me olvide, pues tú, Señor, a quien él bebe, te acuerdas de nosotros.

Así estábamos entonces, consolando a Verecundo, que se entristecía, hasta donde lo permitía la amistad, de que nuestra conversión fuera de tal naturaleza; exhortándolo a hacerse fiel según su condición, es decir, la de casado; y esperando que Nebridio nos siguiera, cosa que, estando tan cerca, casi hacía ya.

Y así, al fin, fueron pasando aquellos días, que me parecían largos y numerosos por el amor que tenía a aquella libertad tranquila, para poder cantarte desde lo más profundo de mis entrañas: Mi corazón te ha dicho: He buscado tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré.

Había llegado ya el día en que debía quedar libre de hecho de mi cátedra de Retórica, de la que en el pensamiento ya estaba libre. Y así se hizo. Rescataste mi lengua, como antes habías rescatado mi corazón. Y te bendije con alegría, retirándome con todos los míos a la casa de campo.

De lo que allí hice por escrito, puesto ya al servicio tuyo, aunque todavía, en aquel respiro, por así decirlo, jadeaba tras salir de la escuela de la soberbia, pueden dar testimonio mis libros, tanto de lo que debatí con otros como de lo que traté conmigo mismo a solas ante ti; de lo que traté con Nebridio, que estaba ausente, dan testimonio mis cartas. ¿Y cuándo tendré tiempo de relatar todos tus grandes beneficios hacia nosotros en aquel tiempo, sobre todo cuando me apresuro a contar misericordias aún mayores?

Porque mi recuerdo me llama de nuevo, y me es grato, oh Señor, confesarte con qué aguijones interiores me domaste; y cómo me has allanado, rebajando los montes y las colinas de mis pensamientos altivos, enderezando mis torceduras y alisando mis caminos ásperos; y cómo sometiste también al hermano de mi corazón, Alipio, al nombre de tu Unigénito, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, que al principio él no se dignaba permitir que apareciera en nuestros escritos.

Porque prefería que estos tuvieran el sabor de los elevados cedros de las Escuelas, que el Señor ha derribado ya, antes que el de las hierbas saludables de la Iglesia, el antídoto contra las serpientes.

¡Oh, con qué acentos te hablaba, Dios mío, cuando leía los Salmos de David, aquellos cantos fieles y voces de devoción que no admiten un espíritu hinchado de orgullo, siendo yo todavía catecúmeno y principiante en el verdadero amor a ti, mientras descansaba en aquella casa de campo con Alipio, también catecúmeno, y mi madre permanecía a nuestro lado, con vestido de mujer y fe de varón, con la serenidad de la edad, el amor de madre y la piedad cristiana! ¡Oh, qué acentos elevaba hacia ti en aquellos Salmos, y cómo me encendían de amor por ti y me inflamaban de deseos de recitarlos, si fuera posible, por el mundo entero, contra la soberbia del género humano!

Y, sin embargo, se cantan por el mundo entero, y nadie puede esconderse de tu calor. ¡Con qué dolor vehemente y amargo me indignaba contra los maniqueos! Y, a la vez, me compadecía de ellos, porque desconocían aquellos Sacramentos, aquellas medicinas, y se enfurecían contra el antídoto que podía haberlos curado de su locura. ¡Cómo habría deseado que enton-

ces estuvieran cerca de mí en algún lugar y, sin que yo supiera que estaban allí, pudieran haber contemplado mi rostro y oído mis palabras cuando leía el cuarto Salmo en aquel tiempo de mi descanso, y cómo obraba en mí aquel Salmo: Cuando clamé, el Dios de mi justicia me escuchó; en la tribulación me diste espacio.

Ten misericordia de mí, oh Señor, y escucha mi oración! ¡Ojalá hubieran podido oír lo que yo decía acerca de estas palabras, sin que yo supiera si escuchaban, para que no pensaran que lo decía por ellos!

Porque, en verdad, yo tampoco habría dicho las mismas cosas ni de la misma manera si hubiera advertido que me oían y me veían; y, aunque las hubiera dicho, ellos tampoco las habrían recibido como cuando hablaba a solas y para mí mismo ante ti, movido por los sentimientos naturales de mi alma.

Temblaba de miedo y volvía a encenderme de esperanza y de alegría por Tu misericordia, oh Padre; y todo se desbordaba por mis ojos y mi voz, cuando Tu buen Espíritu, volviéndose hacia nosotros, dijo: Oh hijos de los hombres, ¿hasta cuándo serán torpes de corazón? ¿Por qué aman la vanidad y buscan la mentira? Porque yo había amado la vanidad y buscado la mentira.

Y Tú, Señor, ya habías engrandecido a Tu Santo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a Tu derecha, desde donde habría de enviar desde lo alto Su promesa, el Consolador, el Espíritu de verdad. Y ya lo había enviado, pero yo no lo sabía; lo había enviado porque ya había sido engrandecido, al resucitar de entre los muertos y ascender al cielo.

Pues hasta entonces aún no se había dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado. Y el profeta clama: ¿Hasta cuándo serán torpes de corazón? ¿Por qué aman la vanidad y buscan la mentira? Sepan esto: el Señor ha engrandecido a Su Santo. Clama: ¿Hasta cuándo? Clama: Sepan esto; y yo, durante tanto tiempo, sin saberlo, había amado la vanidad y buscado la mentira.

Por eso escuché y temblé, porque aquellas palabras se dirigían a personas como yo recordaba haber sido. Pues en aquellos fantasmas que había tenido por verdades había vanidad y mentira; y, en la amargura de mis recuerdos, decía en voz alta muchas cosas con vehemencia y fuerza. ¡Ojalá las hubieran oído quienes todavía aman la vanidad y buscan la mentira!

Quizá se habrían turbado y la habrían vomitado; y Tú los escucharías cuando clamaran a Ti, pues con una verdadera muerte en la carne murió por nosotros Aquel que ahora intercede ante Ti por nosotros.

⁂

Seguí leyendo: Enójense y no pequen. ¡Y cómo me conmoví, Dios mío, yo que ya había aprendido a enojarme conmigo mismo por las cosas pasadas, para no pecar en lo venidero!

Sí, a enojarme con justicia; porque no era otra naturaleza, la de un pueblo de tinieblas, la que pecaba en mi lugar, como dicen quienes no se enojan consigo mismos y acumulan ira para el día de la ira y de la revelación de Tu justo juicio.

Mis bienes ya no estaban fuera de mí, ni los buscaba con los ojos de la carne en aquel sol terrenal; porque quienes quieren hallar alegría fuera de

sí pronto se vuelven vanos, se consumen en las cosas visibles y temporales y, en sus pensamientos hambrientos, lamen sus propias sombras. ¡Ojalá se agotaran de hambre y dijeran: ¿Quién nos mostrará cosas buenas?

Y nosotros diríamos, y ellos escucharían: La luz de Tu rostro ha quedado sellada sobre nosotros. Porque no somos nosotros esa luz que ilumina a todo hombre, sino que Tú nos iluminas, para que, habiendo sido antes tinieblas, seamos luz en Ti. ¡Ojalá pudieran ver la eterna Realidad interior!

Después de haberla saboreado, me dolía no poder mostrársela mientras me traían su corazón en sus ojos, que vagaban fuera, lejos de Ti, y decían: ¿Quién nos mostrará cosas buenas?

Porque allí donde me enojaba conmigo mismo en mi aposento, donde sentía el aguijón en mi interior, donde había ofrecido sacrificio, dando muerte a mi hombre viejo y comenzando el propósito de una vida nueva, poniendo mi confianza en Ti, allí habías comenzado a ser dulce para mí y habías puesto alegría en mi corazón.

Y clamaba al leer estas cosas exteriormente y encontrarlas en mi interior. Tampoco quería acrecentarme con bienes mundanos, malgastando el tiempo y siendo consumido por él; pues tenía en Tu eterna y simple Esencia otro trigo, otro vino y otro aceite.

Y con un fuerte clamor de mi corazón exclamé al leer el verso siguiente: ¡Oh, en paz! ¡Oh, por Aquel que permanece siempre el mismo! ¡Oh, qué dijo: Me acostaré y dormiré! Pues ¿quién podrá impedírnoslo cuando se cumpla aquello que está escrito: La muerte ha sido devorada en la victoria?

Y Tú eres, de manera suprema, Aquel que permanece siempre el mismo, que no cambia; y en Ti está el descanso que hace olvidar todo trabajo, porque no hay ningún otro contigo, ni debemos buscar esas muchas otras cosas que no son lo que Tú eres; sino que Tú solo, Señor, me has hecho vivir en la esperanza.

Leía y me encendía; y no sabía qué hacer por aquellos sordos y muertos, entre quienes yo mismo había estado, hombre pernicioso, vociferador amargo y ciego contra aquellos escritos que son dulces con la miel del cielo y luminosos con Tu propia luz; y me consumía de celo ante los enemigos de esta Escritura.

¿Cuándo podré recordar todo lo que ocurrió en aquellos días de descanso? Sin embargo, no he olvidado ni pasaré por alto la severidad de Tu azote y la maravillosa rapidez de Tu misericordia.

Entonces me atormentaste con un dolor de muelas; y cuando llegó a ser tan intenso que no podía hablar, nació en mi corazón el deseo de pedir a todos mis amigos presentes que rogaran por mí a Ti, el Dios de toda salud. Lo escribí en una tablilla de cera y se lo di a leer. En cuanto doblamos las rodillas con humilde devoción, aquel dolor desapareció.

Pero ¡qué dolor! ¿Y cómo desapareció? Me sobrecogí, oh Señor mío, Dios mío, porque desde la infancia nunca había experimentado nada semejante. Y el poder de Tu sola señal me llegó a lo más profundo; y, alegrándome en la fe, alabé Tu Nombre. Y aquella fe no me dejaba estar tranquilo respecto a mis pecados pasados, que aún no me habían sido perdonados por Tu bautismo.

Terminadas las vacaciones de la vendimia, avisé a los milaneses que buscaran para sus alumnos otro maestro que les vendiera palabras; pues yo había elegido servirte y, por mi dificultad para respirar y el dolor en el pecho, no estaba en condiciones de ejercer la cátedra.

Y por carta di a conocer a Tu prelado, el santo varón Ambrosio, mis antiguos errores y mis deseos presentes, pidiéndole que me aconsejara qué parte de Tus Escrituras me convenía leer para estar más preparado y dispuesto a recibir una gracia tan grande.

Me recomendó al profeta Isaías; creo que porque, más que los demás, anuncia con claridad el Evangelio y el llamamiento de los gentiles. Pero yo, al no entender la primera lectura de su libro e imaginar que todo lo demás sería semejante, lo dejé a un lado para retomarlo cuando estuviera más familiarizado con las palabras de nuestro Señor.

Después, cuando llegó el momento en que debía inscribir mi nombre, dejamos el campo y regresamos a Milán. También Alipio quiso renacer conmigo en Ti, revestido ya de la humildad propia de Tus Sacramentos; y era tan valeroso domador de su cuerpo que, con una osadía poco común, recorría descalzo el suelo helado de Italia.

Llevamos con nosotros al muchacho Adeodato, nacido de mi pecado según la carne. Lo habías hecho admirablemente. Aún no tenía quince años y superaba en inteligencia a muchos hombres serios y eruditos.

Reconozco ante Ti Tus dones, Señor, Dios mío, Creador de todo y sobradamente capaz de corregir nuestras deformidades; porque en aquel muchacho yo no tenía otra parte que el pecado. Pues si lo educábamos en Tu

disciplina, eras Tú, y nadie más, quien nos lo había inspirado. Reconozco ante Ti Tus dones. Hay un libro nuestro titulado El Maestro; es un diálogo entre él y yo.

Tú sabes que todas las ideas allí atribuidas a quien conversa conmigo eran suyas, cuando tenía quince años. Muchas otras cosas, aún más admirables, encontré en él. Aquel talento me llenaba de asombro. ¿Y quién sino Tú podía ser el artífice de tales maravillas?

Pronto retiraste su vida de la tierra; y ahora lo recuerdo sin inquietud, sin temer nada por su infancia, por su juventud ni por todo su ser. Lo unimos a nosotros, igual a nosotros en la gracia, para que fuera educado en Tu disciplina; y fuimos bautizados, y desapareció nuestra inquietud por la vida pasada.

En aquellos días no me saciaba de la maravillosa dulzura de contemplar la profundidad de Tus designios para la salvación de la humanidad. ¡Cómo lloraba con Tus Himnos y Cánticos, conmovido hasta lo más hondo por las voces de Tu Iglesia, que cantaban en dulce armonía!

Las voces entraban en mis oídos y la Verdad se destilaba en mi corazón; de allí se desbordaban los sentimientos de mi devoción, corrían las lágrimas y yo era feliz en ellas.

⁂

Hacía poco que la Iglesia de Milán había comenzado a emplear esta forma de consuelo y exhortación, y los hermanos se unían con fervor en armonía de voces y corazones. Pues hacía un año, o poco más, que Justina, madre

del emperador Valentiniano, todavía niño, perseguía a Tu siervo Ambrosio en favor de su herejía, a la que la habían seducido los arrianos.

El pueblo devoto velaba en la iglesia, dispuesto a morir con su obispo, Tu siervo. Allí mi madre, Tu sierva, que compartía gran parte de aquellas inquietudes y vigilias, vivía para la oración. Nosotros, aún sin el calor de Tu Espíritu, nos sentíamos conmovidos al ver la ciudad consternada e inquieta.

Fue entonces cuando se estableció por primera vez que se cantaran Himnos y Salmos, a la manera de las Iglesias de Oriente, para que el pueblo no desfalleciera por el tedio de la tristeza; y desde aquel día hasta hoy se conserva la costumbre, que han seguido muchas de Tus congregaciones, sí, casi todas, en otras partes del mundo.

Entonces revelaste en una visión a Tu obispo antes mencionado dónde estaban ocultos los cuerpos de los mártires Gervasio y Protasio, a quienes habías conservado incorruptos durante tantos años en Tu tesoro secreto, para sacarlos de allí en el momento oportuno y frenar la furia de una mujer que era, además, emperatriz.

Pues cuando fueron descubiertos, desenterrados y trasladados con el debido honor a la basílica ambrosiana, no solo fueron curados quienes padecían por espíritus impuros, confesándose los propios demonios, sino también cierto hombre que llevaba muchos años ciego, ciudadano bien conocido en la ciudad.

Al preguntar y oír la causa de la alegría tumultuosa del pueblo, se levantó de un salto y pidió a su guía que lo llevara allí. Una vez allí, rogó que le per-

mitieran tocar con su pañuelo el féretro de Tus santos, cuya muerte es preciosa a Tus ojos. Cuando lo hizo y se lo llevó a los ojos, estos se abrieron al instante.

De allí se extendió la fama; de allí ardieron y resplandecieron Tus alabanzas; de allí vino que el ánimo de aquella enemiga, aunque no se volvió hacia la rectitud de la fe, sí abandonara su furia persecutoria. Gracias a Ti, Dios mío. ¿Desde dónde y hasta dónde has llevado así mi memoria, para que también reconozca estas cosas ante Ti?

Aunque son grandes, las había dejado pasar en el olvido. Y, sin embargo, entonces, cuando tan fragante era el aroma de Tus ungüentos, no corrimos tras de Ti. Por eso lloraba aún más mientras se cantaban Tus Himnos: antes había suspirado por Ti y, al fin, respiraba en Ti, hasta donde el aliento puede entrar en esta casa nuestra de hierba.

Tú, que haces que los hombres habiten unidos en una misma casa, uniste también a nosotros a Evodio, un joven de nuestra ciudad. Siendo funcionario de la corte, se había convertido a ti y había sido bautizado antes que nosotros; y, abandonando su servicio en las filas del mundo, se había ceñido para servir en las tuyas.

Estábamos juntos, dispuestos a vivir juntos en nuestro propósito devoto. Buscábamos dónde podríamos servirte con mayor provecho, y juntos regresábamos a África; cuando, de camino hacia allí, habíamos llegado hasta Ostia, mi madre dejó esta vida. Mucho omito, pues mucha es mi prisa. Recibe mis confesiones y acciones de gracias, Dios mío, por innumerables cosas que callo.

Pero no omitiré cuanto mi alma quiera expresar acerca de aquella sierva tuya que me dio a luz, tanto en la carne, para que naciera a esta luz temporal, como en el corazón, para que naciera a la Luz eterna. No quisiera hablar de sus dones, sino de los tuyos en ella; pues ni se hizo ni se educó a sí misma.

Tú la creaste; y tampoco su padre y su madre sabían qué clase de persona nacería de ellos. Y el cetro de tu Cristo, la disciplina de tu Hijo único, la educó en tu temor dentro de una casa cristiana, buen miembro de tu Iglesia.

Sin embargo, por su buena educación solía alabar no tanto el cuidado de su madre como el de cierta sirvienta decrépita, que había llevado a su padre cuando era niño, como solían llevar a los pequeños a la espalda las muchachas mayores. Por esta razón, y por su avanzada edad y su excelente conducta, los señores de aquella familia cristiana la tenían en gran estima.

Por eso también se le confió el cuidado de las hijas de su señor, al que se dedicaba con diligencia, corrigiéndolas con firmeza, cuando era necesario, con una santa severidad, y enseñándoles con prudente seriedad.

Pues, salvo en las horas en que se les daba de comer con gran moderación a la mesa de sus padres, no les permitía beber ni siquiera agua, aunque ardieran de sed; así prevenía una mala costumbre y añadía este saludable consejo: "Ahora bebéis agua porque no tenéis el vino a vuestra disposición; pero cuando os caséis y seáis dueñas de bodegas y despensas, despreciaréis el agua, y la costumbre de beber permanecerá".

Con este método de enseñanza y con la autoridad que tenía, refrenaba la avidez de la infancia, y moldeaba su misma sed con tan excelente moderación que no querían lo que no debían.

⁂

Y, sin embargo, como tu sierva me contó a mí, su hijo, se había ido apoderando de ella una afición al vino. Pues cuando, según era costumbre, sus padres le mandaban sacar vino del tonel, como a una muchacha sobria, ella, sosteniendo el recipiente bajo la abertura, antes de verter el vino en la jarra, sorbía un poco con la punta de los labios; porque sus sentimientos instintivos rechazaban una cantidad mayor.

Hacía esto no por deseo alguno de beber, sino por la exuberancia de la juventud, que se desborda en travesuras alegres, las cuales suelen ser contenidas en los ánimos juveniles por la seriedad de los mayores.

Y así, añadiendo cada día pequeñas cantidades a aquel poco, pues quien desprecia las cosas pequeñas caerá poco a poco, había adquirido tal hábito que bebía con avidez su pequeña copa casi llena de vino hasta el borde. ¿Dónde estaban entonces aquella anciana prudente y sus enérgicas prohibiciones? ¿Serviría de algo cualquier remedio contra una enfermedad secreta si tu mano sanadora, Señor, no velara por nosotros?

Ausentes el padre, la madre y los encargados de su cuidado, y presente tú, que creas, que llamas, que también por medio de quienes pones sobre nosotros haces algo por la salvación de nuestras almas, ¿qué hiciste entonces, Dios mío? ¿Cómo la curaste? ¿Cómo la sanaste? ¿No sacaste de otra alma

un reproche duro y cortante, como una lanceta de tu reserva secreta, y con un solo toque quitaste toda aquella inmundicia?

Pues una sirvienta con la que solía ir a la bodega, al ponerse a discutir, como suele suceder, con su joven señora, estando a solas con ella, le echó en cara esta falta con un insulto muy amargo, llamándola bebedora de vino. Herida en lo más vivo por aquel reproche, vio la fealdad de su falta, y al instante la condenó y la abandonó.

Así como los amigos aduladores pervierten, los enemigos que reprochan suelen corregir. Sin embargo, tú les pagas no por lo que haces por medio de ellos, sino por lo que ellos mismos se propusieron.

Porque aquella, en su ira, buscaba afligir a su joven señora, no corregirla; y lo hizo en privado, ya fuera porque el momento y el lugar de la disputa las habían encontrado así, o para no incurrir también ella en la ira de otros por haberlo revelado tan tarde.

Pero tú, Señor, que gobiernas cuanto hay en el cielo y en la tierra, que encaminas hacia tus propósitos las corrientes más profundas y la turbulencia de la marea de los tiempos, sometida a tu gobierno, sanaste un alma mediante la enfermedad misma de otra; para que nadie, al observar esto, lo atribuya a su propio poder, ni siquiera cuando otro, a quien deseaba corregir, se corrige por sus palabras.

Criada así con modestia y sobriedad, y sometida a sus padres por ti más que a ti por sus padres, en cuanto llegó a la edad de casarse y fue entregada a un marido, lo sirvió como a su señor; y se esforzó por ganarlo para ti, pre-

dicándote ante él con su conducta, con la que tú la adornabas, haciéndola digna de amor respetuoso y de admiración por parte de su marido.

Y soportó las infidelidades al lecho conyugal de tal manera que nunca tuvo por ello disputa alguna con su marido. Pues esperaba que tu misericordia descendiera sobre él, para que, creyendo en ti, se hiciera casto.

Pero, además de esto, él era tan ardiente en sus afectos como en su ira; y ella había aprendido a no oponerse a un marido enojado, no solo con los hechos, sino ni siquiera de palabra. Solo cuando se había calmado y estaba tranquilo y dispuesto a escucharla, le daba cuenta de sus actos, si acaso se había ofendido con demasiada precipitación.

En una palabra, mientras muchas esposas que tenían maridos más apacibles llevaban incluso en el rostro marcas de maltrato y, en conversaciones de confianza, censuraban la conducta de sus maridos, ella censuraba sus lenguas y, como en broma, les daba este serio consejo: "Desde el momento en que oyeron leer los documentos matrimoniales, debían considerarlos contratos por los que habían sido hechas siervas; y así, recordando su condición, no debían alzarse contra sus señores".

Y cuando ellas, sabiendo qué marido tan colérico soportaba, se asombraban de que nunca se hubiera oído decir, ni se hubiera percibido por señal alguna, que Patricio hubiera golpeado a su mujer, o que hubiera habido entre ellos alguna discordia doméstica, ni siquiera por un día, y le preguntaban en confianza la razón, ella les enseñaba la práctica que he mencionado.

Las esposas que la seguían experimentaban sus beneficios y le daban las gracias; las que no la seguían no hallaban alivio y sufrían.

También a su suegra, al principio irritada contra ella por los susurros de malos sirvientes, la ganó de tal modo con su deferencia, su perseverante paciencia y su mansedumbre, que ella, por propia voluntad, descubrió a su hijo las lenguas entrometidas que habían perturbado la paz doméstica entre ella y su nuera, pidiéndole que las corrigiera. Entonces, cuando él, por complacer a su madre y para mantener el buen orden de la familia, hubo corregido con azotes a los descubiertos, conforme al deseo de quien los había denunciado, ella prometió la misma recompensa a cualquiera que, por agradarle, le hablara mal de su nuera; y, como ya nadie se atrevía a hacerlo, vivieron juntas con una dulzura extraordinaria de mutua bondad.

También concediste este gran don, Dios mío, misericordia mía, a aquella buena sierva tuya en cuyo vientre me creaste: que, entre partes enfrentadas y discordantes, siempre que podía, se mostraba tan pacificadora que, aunque oyera de ambos lados las cosas más amargas, como las que suele hacer estallar una cólera hinchada y mal digerida, cuando el rencor aún vivo de las enemistades se exhala en discursos agrios ante un amigo presente contra un enemigo ausente, nunca revelaba de una parte a la otra nada que no pudiera contribuir a su reconciliación.

Esto podría parecerme un bien pequeño si no conociera, para mi dolor, a innumerables personas que, por algún horrible contagio del pecado ampliamente extendido, no solo revelan a quienes están enojados entre sí las cosas dichas con ira, sino que además añaden cosas que nunca se dijeron; cuando a una humanidad compasiva debería parecerle poca cosa no fomentar ni aumentar la mala voluntad con malas palabras si no procura también apagarla con buenas palabras. Así era ella, pues tú mismo, su Maestro más íntimo, la enseñabas en la escuela del corazón.

⁂

Finalmente, ganó para ti a su propio marido, hacia el fin mismo de su vida terrena; y ya no tuvo que quejarse de él, una vez creyente, por aquello que había soportado de él antes de que creyera.

Fue también sierva de tus siervos; cuantos de ellos la conocían te alababan, honraban y amaban mucho en ella, porque, por el testimonio de los frutos de una conducta santa, percibían tu presencia en su corazón.

Pues había sido esposa de un solo hombre, había correspondido a sus padres, había gobernado piadosamente su casa, tenía buena fama por sus buenas obras, había criado hijos, sufriendo dolores de parto por ellos tantas veces como los veía apartarse de ti.

Por último, de todos nosotros, tus siervos, Señor, a quienes permites hablar con motivo de tu propio don, de nosotros, que antes de que ella durmiera en ti vivíamos unidos, habiendo recibido la gracia de tu bautismo, cuidó como si hubiera sido madre de todos; y nos sirvió como si hubiera sido hija de todos.

Acercándose ya el día en que había de dejar esta vida, día que tú conocías bien y nosotros ignorábamos, sucedió, disponiéndolo tú mismo, según creo, por tus caminos secretos, que ella y yo estábamos solos, apoyados en una ventana que daba al jardín de la casa donde entonces nos alojábamos, en Ostia; allí, apartados del bullicio de los hombres, nos reponíamos de las fatigas de un largo viaje, preparándonos para la travesía por mar.

Conversábamos entonces juntos, a solas, con gran dulzura; y, olvidando las cosas que quedan atrás y tendiendo hacia las que están delante, nos pre-

guntábamos, en presencia de la Verdad que eres tú, cómo sería la vida eterna de los santos, que ni el ojo ha visto, ni el oído ha oído, ni ha entrado en el corazón del hombre.

Y, sin embargo, anhelábamos con la boca de nuestro corazón aquellas corrientes celestiales de tu fuente, la fuente de la vida que está en ti; para que, rociados por ella según nuestra capacidad, pudiéramos meditar de algún modo sobre tan alto misterio.

Y cuando nuestra conversación llegó al punto de que el más alto deleite de los sentidos terrenales, en la más pura luz material, no solo no era digno de comparación con la dulzura de aquella vida, sino ni siquiera de mención, elevándonos con un amor más ardiente hacia el "Mismo", fuimos pasando gradualmente por todas las cosas corporales, hasta el cielo mismo desde donde el sol, la luna y las estrellas brillan sobre la tierra; y aún ascendíamos más, meditando en nuestro interior, conversando y admirando tus obras; y llegamos a nuestras propias mentes y las sobrepasamos, para alcanzar aquella región de abundancia inagotable donde alimentas para siempre a Israel con el alimento de la verdad, y donde la vida es la Sabiduría por quien son hechas todas estas cosas, las que han sido y las que serán; y ella no es hecha, sino que es, como ha sido, y así será siempre; mejor dicho, en ella no hay "haber sido" ni "ser en el futuro", sino solo "ser", porque es eterna.

Pues "haber sido" y "ser en el futuro" no son eternos. Y mientras hablábamos de ella y la anhelábamos, la rozamos apenas con todo el impulso de nuestro corazón; y suspiramos, y allí dejamos prendidas las primicias del Espíritu; y volvimos a las expresiones de nuestra boca, donde la palabra pronunciada tiene principio y fin. ¿Y qué hay semejante a tu Palabra, nues-

tro Señor, que permanece en sí mismo sin envejecer y hace nuevas todas las cosas?

Decíamos entonces: Si para alguien se acallara el tumulto de la carne, se acallaran las imágenes de la tierra, de las aguas y del aire, se acallara también la bóveda del cielo, y hasta el alma misma se acallara para sí y, dejando de pensar en sí, se elevara por encima de sí; si se acallaran todos los sueños y las revelaciones imaginarias, toda lengua y todo signo, y cuanto existe solo de manera transitoria, pues, si alguien pudiera oírlos, todos ellos dicen: No nos hicimos nosotros mismos, sino que nos hizo Aquel que permanece para siempre; si entonces, después de decir esto, también ellos se acallaran, habiendo despertado nuestros oídos solo hacia Aquel que los hizo, y Él solo hablara, no por medio de ellos, sino por sí mismo, para que oyéramos su Palabra, no por una lengua de carne, ni por voz de ángel, ni por el estruendo del trueno, ni en el oscuro enigma de una semejanza, sino que pudiéramos oír a Aquel a quien amamos en estas cosas, que pudiéramos oírlo a Él mismo sin ellas (como ahora nosotros dos nos esforzábamos y, en un pensamiento fugaz, tocábamos aquella Sabiduría eterna que permanece por encima de todo); si esto pudiera continuar, y se apartaran otras visiones de naturaleza muy distinta, y esta sola arrebatara, absorbiera y envolviera a quien la contempla en medio de estos gozos interiores, de modo que la vida fuera para siempre como aquel único instante de comprensión por el que ahora suspirábamos, ¿no sería esto: Entra en el gozo de tu Señor? ¿Y cuándo será eso? ¿Cuando todos resucitemos, aunque no todos seamos transformados?

Tales cosas decía yo, y aunque no fuera exactamente de esta manera ni con estas mismas palabras, tú sabes, Señor, que aquel día, cuando hablábamos

de estas cosas y este mundo con todos sus deleites se nos iba haciendo despreciable mientras hablábamos, mi madre dijo: «Hijo, por mi parte, ya no encuentro deleite en nada de esta vida. Qué hago aquí todavía y para qué estoy aquí, no lo sé, ahora que se han cumplido mis esperanzas en este mundo. Había una cosa por la que deseaba quedarme un tiempo más en esta vida: verte cristiano católico antes de morir.

Mi Dios me lo ha concedido con mayor abundancia, pues ahora te veo además convertido en su siervo, despreciando la felicidad terrena: ¿qué hago aquí?».

No recuerdo qué le respondí a estas cosas. Apenas cinco días después, o no muchos más, cayó enferma de fiebre; y un día, durante aquella enfermedad, se desmayó y quedó por un tiempo apartada de estas cosas visibles. Nos apresuramos a rodearla; pero pronto recobró el sentido y, al vernos a mi hermano y a mí de pie junto a ella, nos preguntó: «¿Dónde estaba?».

Y luego, mirándonos fijamente, asombrada de nuestro dolor, dijo: «Aquí enterrarán a su madre». Yo guardé silencio y contuve el llanto; pero mi hermano dijo algo, deseando para ella, como suerte más feliz, que muriera en su propia tierra y no en un lugar extraño.

Entonces ella, con expresión preocupada, lo reprendió con la mirada porque todavía se inclinaba a tales cosas, y luego, mirándome, dijo: «Mira lo que dice». Y poco después nos dijo a los dos: «Pongan este cuerpo en cualquier lugar; que el cuidado de él no los inquiete en absoluto. Solo les pido esto: que se acuerden de mí ante el altar del Señor, dondequiera que estén».

Y después de expresar este deseo con las palabras que pudo, guardó silencio, abrumada por su enfermedad, que iba empeorando.

⁂

Pero yo, al considerar tus dones, Dios invisible, que infundes en los corazones de tus fieles y de los que brotan frutos maravillosos, me alegré y te di gracias, recordando lo que ya sabía: cuánto cuidado y preocupación había tenido siempre por su lugar de sepultura, que había dispuesto y preparado para sí junto al cuerpo de su esposo.

Pues, como habían vivido juntos en gran armonía, también deseaba ella (tan poco puede la mente humana abarcar las cosas divinas) añadir esto a aquella felicidad y que se recordara entre los hombres que, después de su peregrinación al otro lado de los mares, se había permitido que los restos terrenales de aquella pareja tan unida quedaran unidos bajo la misma tierra.

Pero yo no sabía cuándo, por la plenitud de tu bondad, había empezado a desaparecer de su corazón aquella vanidad, y me alegraba, admirando lo que así me había revelado; aunque, en verdad, tampoco en nuestra conversación junto a la ventana, cuando dijo: «¿Qué hago aquí todavía?», se manifestó ningún deseo de morir en su propio país.

Después supe también que, cuando ya estábamos en Ostia, un día, estando yo ausente, ella habló con algunos amigos míos, con confianza de madre, sobre el desprecio de esta vida y la bendición de la muerte.

Y cuando ellos se asombraron de tanto valor como habías dado a una mujer y le preguntaron si no temía dejar su cuerpo tan lejos de su propia ciudad,

respondió: «Nada está lejos de Dios; ni hay que temer que, al fin del mundo, no reconozca el lugar de donde ha de resucitarme».

Así pues, al noveno día de su enfermedad, a los cincuenta y seis años de su edad y a los treinta y tres de la mía, aquella alma religiosa y santa quedó libre del cuerpo.

Le cerré los ojos, y al mismo tiempo afluyó a mi corazón un dolor inmenso que estaba a punto de desbordarse en lágrimas; pero mis ojos, por una orden violenta de mi mente, absorbieron su fuente hasta dejarla completamente seca. ¡Y qué desdichado me sentía en semejante lucha!

Cuando ella exhaló su último aliento, el muchacho Adeodato estalló en fuertes lamentos; luego, contenido por todos nosotros, guardó silencio. Del mismo modo, también fue contenido y acallado un sentimiento infantil que había en mí y que, por la voz juvenil de mi corazón, buscaba desahogarse en el llanto.

Pues no nos parecía adecuado celebrar aquel funeral con lamentos llorosos y gemidos, porque con ellos suele expresarse el dolor por los difuntos como si fueran desdichados o hubieran muerto por completo; mientras que ella ni era desdichada en su muerte ni había muerto por completo.

De esto estábamos seguros con buenos fundamentos: el testimonio de su buena conducta y de su fe sincera.

¿Qué era, entonces, lo que me dolía tan hondamente por dentro, sino una herida reciente causada por la ruptura repentina de aquella dulcísima y querida costumbre de vivir juntos?

Me alegraba, ciertamente, de su testimonio cuando, en aquella última enfermedad, mezclando sus muestras de cariño con mis cuidados, me llamó «buen hijo» y mencionó, con gran afecto y amor, que nunca había oído salir de mi boca una palabra dura o de reproche contra ella.

Pero, Dios mío, que nos hiciste, ¿qué comparación hay entre el honor que yo le rendía y su servidumbre por mí? Privado, pues, de tan gran consuelo en ella, mi alma quedó herida y como desgarrada aquella vida que, de la suya y la mía juntas, había llegado a ser una sola.

Cuando el muchacho dejó de llorar, Evodio tomó el Salterio y comenzó a cantar, mientras toda nuestra casa le respondía, el salmo: Te cantaré, Señor, tu misericordia y tus juicios.

Al oír lo que hacíamos, acudieron muchos hermanos y mujeres religiosas; y mientras quienes tenían ese cometido preparaban lo necesario para la sepultura, según la costumbre, yo, en una parte de la casa donde podía hacerlo convenientemente, conversaba con quienes no habían considerado oportuno dejarme solo acerca de algo adecuado al momento.

Y con este bálsamo de verdad aliviaba aquel tormento que tú conocías, mientras ellos, sin conocerlo, escuchaban atentos y creían que yo no sentía dolor alguno.

Pero ante tus oídos, donde ninguno de ellos escuchaba, yo reprochaba la debilidad de mis sentimientos y contenía la oleada de mi dolor, que cedía un poco ante mí, pero volvía de nuevo como una marea, aunque sin hacerme estallar en lágrimas ni alterar mi semblante; aun así, yo sabía lo que reprimía en mi corazón.

Y muy disgustado porque estas cosas humanas, que necesariamente han de suceder según el debido orden y disposición de nuestra condición natural, tuvieran tanto poder sobre mí, con un nuevo dolor me dolía de mi dolor, y así me consumía una doble pena.

Y llevaron el cuerpo a la sepultura; fuimos y regresamos sin lágrimas. Pues tampoco lloré durante aquellas oraciones que te dirigimos cuando se ofreció por ella el Sacrificio de nuestro rescate, estando ya el cuerpo junto a la tumba, como es costumbre allí, antes de depositarlo en ella.

Sin embargo, durante todo el día estuve profundamente triste en secreto y, con el ánimo turbado, te pedía como podía que sanaras mi dolor; pero tú no lo hiciste, grabando, creo, en mi memoria, mediante este único caso, cuán fuerte es el vínculo de toda costumbre, incluso sobre un alma que ya se alimenta de una Palabra que no engaña.

También me pareció bueno ir a bañarme, pues había oído que el baño recibía su nombre (balneum) del griego Balaneion, porque expulsa la tristeza de la mente. Y también esto lo confieso ante tu misericordia, Padre de los huérfanos: me bañé y quedé igual que antes de bañarme. Pues la amargura del dolor no pudo salir de mi corazón con el sudor.

Luego dormí, volví a despertar y encontré mi dolor bastante aliviado; y estando solo en mi cama, recordé aquellos versos verdaderos de tu Ambrosio. Pues tú eres el

«Creador de todo, el Señor y Gobernante de las alturas, que, al vestir el día de luz, has derramado suaves sueños sobre la noche, para que nuestros

miembros recobren la fuerza para el trabajo, se levanten los corazones que desfallecen y se acobardan, y se apacigüen las penas».

⁂

Y entonces, poco a poco, recuperé mis antiguos recuerdos de tu sierva, de su santa conducta hacia ti, de su santa ternura y sus atenciones hacia nosotros, de las que me había visto privado súbitamente; y sentí el deseo de llorar ante ti, por ella y por mí mismo, por su suerte y por la mía.

Y dejé correr las lágrimas que antes había contenido, para que se desbordaran cuanto quisieran, haciendo descansar mi corazón sobre ellas; y en ellas encontró descanso, porque mi llanto llegaba a tus oídos y no a los de un hombre que lo hubiera interpretado con desprecio. Y ahora, Señor, te lo confieso por escrito.

Que lo lea quien quiera y lo interprete como quiera; y si encuentra pecado en que llorara a mi madre durante una pequeña parte de una hora (a mi madre, que por el momento había muerto para mis ojos y que durante muchos años había llorado por mí para que yo viviera ante tus ojos), que no se burle de mí; antes bien, si tiene gran caridad, que llore él mismo ante ti por mis pecados, tú que eres el Padre de todos los hermanos de tu Cristo.

Pero ahora, con el corazón curado de aquella herida por la que podía parecer digno de reproche a causa de un sentimiento terrenal, derramo ante ti, Dios nuestro, por aquella sierva tuya, lágrimas de una clase muy distinta, que brotan de un espíritu estremecido al pensar en los peligros de toda alma que muere en Adán.

Y aunque ella, vivificada en Cristo, aun antes de quedar libre de la carne, había vivido para alabanza de tu nombre por su fe y su conducta, no me atrevo a decir que, desde el momento en que la regeneraste por el bautismo, no saliera de su boca ninguna palabra contraria a tu mandamiento.

Tu Hijo, la Verdad, ha dicho: Quien diga a su hermano: Necio, estará en peligro del fuego del infierno. Y ¡ay incluso de la vida digna de elogio de los hombres si, dejando de lado la misericordia, la examinaras! Pero como no eres riguroso al indagar los pecados, esperamos con confianza encontrar algún lugar junto a ti.

Pero quien enumera ante ti sus verdaderos méritos, ¿qué enumera sino tus propios dones? ¡Ojalá los hombres se reconocieran como hombres, y quien se gloría se gloriara en el Señor!

Por eso yo, oh Alabanza mía y Vida mía, Dios de mi corazón, dejando de lado por un momento sus buenas obras, por las que te doy gracias con alegría, te suplico ahora por los pecados de mi madre. Escúchame, te lo ruego, por el Remedio de nuestras heridas, que estuvo colgado del madero y ahora, sentado a tu derecha, intercede ante ti por nosotros.

Sé que ella obró con misericordia y perdonó de corazón las deudas de sus deudores; perdona tú también sus deudas, todas las que haya podido contraer en tantos años desde el agua de la salvación. Perdónala, Señor, perdónala, te lo suplico; no entres en juicio con ella.

Que tu misericordia se eleve por encima de tu justicia, pues tus palabras son verdaderas y has prometido misericordia a los misericordiosos; tú les

concediste serlo, tú que tendrás misericordia de quien quieras tener misericordia y te compadecerás de quien te hayas compadecido.

Y creo que ya has hecho lo que te pido; pero acepta, Señor, las ofrendas voluntarias de mi boca. Pues ella, cuando ya se acercaba el día de su muerte, no se preocupó de que envolvieran su cuerpo con lujo ni de que lo embalsamaran con especias; tampoco deseó un sepulcro distinguido ni ser enterrada en su propia tierra.

No nos encargó estas cosas; solo deseó que se recordara su nombre ante tu Altar, al que había servido sin faltar un solo día: sabía que desde allí se dispensaba el santo Sacrificio, por el que se borra el documento de deuda que había contra nosotros; por él fue vencido el enemigo, que, al sumar nuestras faltas y buscar de qué acusarnos, no encontró nada en Aquel en quien vencemos. ¿Quién le devolverá la sangre inocente? ¿Quién le reembolsará el precio con el que nos compró, para así arrebatarnos de sus manos?

Al Sacramento de nuestro rescate unió tu sierva su alma con el vínculo de la fe. Que nadie la aparte de tu protección; que ni el león ni el dragón se interpongan por la fuerza o el engaño.

Pues ella no responderá que nada debe, para que el astuto acusador no la declare culpable y se apodere de ella; responderá que sus pecados le han sido perdonados por Aquel a quien nadie puede reembolsar el precio que Él, que nada debía, pagó por nosotros.

Que descanse, pues, en paz con su esposo, antes y después del cual no tuvo ningún otro; a él obedeció, dando fruto para ti con paciencia, para ganarlo también a él para ti.

E inspira, Señor Dios mío, inspira a tus siervos, mis hermanos, a tus hijos, mis señores, a quienes sirvo con la voz, el corazón y la pluma, para que cuantos lean estas Confesiones recuerden ante tu Altar a Mónica, tu sierva, junto con Patricio, quien fue su esposo, por cuyos cuerpos me trajiste a esta vida, sin que yo sepa cómo.

Que recuerden con devoto afecto a quienes fueron mis padres en esta luz pasajera, mis hermanos bajo tu autoridad de Padre nuestro en nuestra Madre católica, y mis conciudadanos en aquella Jerusalén eterna por la que suspira tu pueblo peregrino desde su Éxodo hasta su regreso a ella.

Así, la última petición que me hizo mi madre podrá cumplirse para ella más abundantemente, mediante mis confesiones más que mediante mis oraciones, gracias a las oraciones de muchos.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO X

✦

Déjame conocerte, Señor, tú que me conoces: déjame conocerte como soy conocido. Fuerza de mi alma, entra en ella y prepárala para ti, para que puedas tenerla y conservarla sin mancha ni arruga. Esta es mi esperanza, por eso hablo; y en esta esperanza me alegro cuando mi alegría es sana.

Las otras cosas de esta vida merecen menos dolor cuanto más se sufre por ellas; y merecen más dolor cuanto menos sufren los hombres por ellas. Pues tú amas la verdad, y quien la practica viene a la luz. Esto quisiera hacer en mi corazón ante ti mediante la confesión, y en mis escritos, ante muchos testigos.

Y ante ti, Señor, a cuyos ojos está desnudo el abismo de la conciencia humana, ¿qué podría quedar oculto en mí, aunque yo no quisiera confesarlo? Pues te ocultaría a ti de mí, no a mí de ti.

Pero ahora, puesto que mis gemidos dan testimonio de que estoy descontento conmigo mismo, tú resplandeces, me agradas, eres amado y deseado; para que yo me avergüence de mí mismo, renuncie a mí mismo y te elija a ti, y no busque agradarte a ti ni a mí mismo sino en ti. Ante ti, pues, Señor, estoy abierto, sea yo lo que sea; y ya he dicho con qué fruto me confieso ante ti.

Y no lo hago con palabras y sonidos de la carne, sino con las palabras de mi alma y el clamor del pensamiento que tu oído conoce. Pues cuando soy malo, confesarme ante ti no es otra cosa que estar descontento conmigo

mismo; pero cuando soy santo, no es otra cosa que no atribuírmelo a mí mismo: porque tú, Señor, bendices al piadoso, pero primero lo justificas cuando es impío.

Mi confesión, pues, Dios mío, se hace en tu presencia en silencio y sin silencio. En cuanto al sonido, calla; en cuanto al afecto, clama en voz alta. Pues no digo a los hombres nada recto que tú no hayas oído antes de mí; ni oyes de mí nada semejante que tú no me hayas dicho primero.

¿Qué tengo, pues, que ver con los hombres, para que escuchen mis confesiones, como si pudieran sanar todas mis dolencias? Son una raza curiosa por conocer las vidas ajenas, pero perezosa para corregir la propia. ¿Por qué quieren oír de mí lo que soy, si no quieren oír de ti lo que ellos mismos son?

Y cuando me oyen hablar de mí mismo, ¿cómo saben si digo la verdad, si nadie conoce lo que hay en el hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Pero si oyen de ti lo que son, no pueden decir: «El Señor miente». Pues ¿qué es oír de ti lo que son sino conocerse a sí mismos? ¿Y quién conoce y dice: «Es falso», sin mentir él mismo?

Pero como el amor todo lo cree —es decir, entre aquellos a quienes une consigo y hace uno—, también yo, Señor, me confesaré ante ti de tal manera que los hombres puedan oírme; no puedo demostrarles si mi confesión es verdadera, pero me creen aquellos cuyos oídos el amor abre para escucharme.

Pero tú, médico de lo más íntimo de mi ser, muéstrame con claridad qué fruto puedo recoger al hacerlo. Pues las confesiones de mis pecados pasa-

dos, que has perdonado y cubierto para bendecirme en ti, transformando mi alma por la fe y tu sacramento, cuando se leen y se oyen, despiertan el corazón, para que no se duerma en la desesperación y diga: «No puedo», sino que despierte al amor de tu misericordia y a la dulzura de tu gracia, por la cual todo el que es débil se hace fuerte cuando, gracias a ella, toma conciencia de su propia debilidad.

Y los buenos se complacen en oír los males pasados de quienes ahora están libres de ellos, no porque sean males, sino porque existieron y ya no existen. ¿Con qué fruto, entonces, Señor, Dios mío, ante quien mi conciencia se confiesa cada día, confiando más en la esperanza de tu misericordia que en su propia inocencia, con qué fruto, te ruego, confieso también a los hombres mediante este libro, en tu presencia, lo que ahora soy, no lo que he sido?

Pues aquel otro fruto lo he visto y he hablado de él. Pero muchos desean saber lo que ahora soy, en el momento mismo de hacer estas confesiones, tanto quienes me han conocido como quienes no, quienes me han oído o han oído hablar de mí; pero su oído no está junto a mi corazón, donde soy lo que soy.

Quieren, pues, oírme confesar lo que soy por dentro, adonde no pueden llegar sus ojos, sus oídos ni su entendimiento; lo quieren, dispuestos a creer, pero ¿llegarán a saber? Pues el amor, por el cual son buenos, les dice que no miento en mis confesiones; y ese amor que hay en ellos me cree.

Pero ¿qué fruto buscan al oír esto? ¿Desean alegrarse conmigo cuando oyen cuánto me acerco a ti gracias a tu don? ¿Y orar por mí cuando oigan cuánto me retiene mi propio peso? A ellos me daré a conocer. Pues no es

poco fruto, Señor, Dios mío, que muchos te den gracias por nosotros y que muchos te supliquen por nosotros.

Que el espíritu fraterno ame en mí lo que tú enseñas que debe amarse, y lamente en mí lo que tú enseñas que debe lamentarse. Que sea un espíritu fraterno, no el de un extraño, ni el de los hijos extraños, cuya boca habla vanidades y cuya mano derecha es una mano de iniquidad, sino ese espíritu fraterno que, cuando me aprueba, se alegra por mí, y cuando me desaprueba, se entristece por mí; porque, tanto si me aprueba como si me desaprueba, me ama.

A ellos me daré a conocer: respirarán aliviados por mis buenas obras y suspirarán por las malas. Mis buenas obras son tus disposiciones y tus dones; las malas son mis faltas y tus juicios. Que respiren aliviados por las unas y suspiren por las otras; y que los himnos y el llanto suban ante ti desde los corazones de mis hermanos, que son tus incensarios.

Y tú, Señor, complácete en el incienso de tu santo templo; ten misericordia de mí según tu gran misericordia, por tu propio nombre; y, sin abandonar de ningún modo lo que has comenzado, perfecciona mis imperfecciones.

Este es el fruto de mis confesiones sobre lo que soy, no sobre lo que he sido: confesarlo no solo ante ti, con una alegría secreta acompañada de temblor y una tristeza secreta acompañada de esperanza, sino también a oídos de los hijos de los hombres que creen, que comparten mi alegría y mi condición mortal, mis conciudadanos y compañeros de peregrinación, que han ido delante o han de seguir después, compañeros de mi camino.

Estos son tus siervos, mis hermanos, a quienes quieres hacer hijos tuyos; mis señores, a quienes me mandas servir si quiero vivir contigo y de ti. Pero esta Palabra tuya sería poca cosa si solo mandara al hablar y no fuera delante al obrar. Esto hago, pues, con obras y palabras; esto hago bajo tus alas.

Estaría en enorme peligro si mi alma no estuviera sometida a ti bajo tus alas y si mi debilidad no te fuera conocida. Soy pequeño, pero mi Padre vive para siempre, y mi Guardián me basta. Pues el mismo que me engendró me defiende; y tú mismo eres todo mi bien; tú, Todopoderoso, que estás conmigo, aun antes de que yo esté contigo.

A aquellos, pues, a quienes me mandas servir les daré a conocer, no lo que he sido, sino lo que ahora soy y lo que todavía soy. Pero tampoco me juzgo a mí mismo. Así, pues, quisiera ser escuchado.

⁂

Pues tú, Señor, eres quien me juzga: porque, aunque nadie conoce las cosas del hombre sino el espíritu del hombre que está en él, hay algo en el hombre que ni siquiera el espíritu del hombre que está en él conoce. Pero tú, Señor, que lo has hecho, conoces todo de él. Y yo, aunque en tu presencia me desprecio y me considero polvo y ceniza, sé algo de ti que no sé de mí mismo.

Y, en verdad, ahora vemos por medio de un espejo, de manera confusa, todavía no cara a cara. Por eso, mientras esté lejos de ti, estoy más presente ante mí mismo que ante ti; y, sin embargo, sé de ti que de ningún modo puedes padecer; pero de mí no sé qué tentaciones puedo resistir y cuáles no.

Y hay esperanza, porque tú eres fiel y no permitirás que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas, sino que con la tentación darás también una salida, para que podamos soportarla. Confesaré, pues, lo que sé de mí mismo, y confesaré también lo que no sé de mí mismo.

Porque lo que sé de mí lo sé gracias a la luz que derramas sobre mí; y lo que no sé de mí seguiré sin saberlo hasta que mis tinieblas se vuelvan como el mediodía ante tu rostro.

Te amo, Señor, sin dudas, con plena certeza. Has herido mi corazón con tu palabra, y te amé. También el cielo, la tierra y todo lo que hay en ellos me dicen por todas partes que te ame; y no dejan de decírselo a todos, para que no tengan excusa.

Pero más profundamente tendrás misericordia de quien quieras tener misericordia, y tendrás compasión de quien hayas tenido compasión; de otro modo, el cielo y la tierra proclaman tus alabanzas a oídos sordos. Pero ¿qué amo cuando te amo?

No la belleza de los cuerpos, ni la hermosa armonía del tiempo, ni el resplandor de la luz, tan grato a nuestros ojos, ni las dulces melodías de cantos variados, ni el aroma de flores, ungüentos y especias, ni el maná y la miel, ni los miembros agradables a los abrazos de la carne.

Nada de esto amo cuando amo a mi Dios; y, sin embargo, amo cierta luz, cierta melodía, cierta fragancia, cierto alimento y cierto abrazo cuando amo a mi Dios: la luz, la melodía, la fragancia, el alimento y el abrazo de mi hombre interior.

Allí resplandece para mi alma lo que el espacio no puede contener, allí suena lo que el tiempo no se lleva, allí exhala su aroma lo que el aliento no dispersa, allí se saborea lo que el comer no disminuye y allí se estrecha lo que la saciedad no separa. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios.

¿Y qué es esto? Pregunté a la tierra, y me respondió: «No soy él»; y todo lo que hay en ella confesó lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos, y a los seres vivos que se arrastran, y respondieron: «No somos tu Dios; busca por encima de nosotros». Pregunté al aire en movimiento, y todo el aire con sus habitantes respondió: «Anaxímenes se engañó; yo no soy Dios».

Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas: «Tampoco nosotros —dicen— somos el Dios que buscas». Y respondí a todas las cosas que rodean la puerta de mi carne: «Me habéis dicho de mi Dios que no sois él; decidme algo de él». Y clamaron con voz fuerte: «Él nos hizo». Mis preguntas eran mis pensamientos sobre ellas, y la belleza de sus formas daba la respuesta.

Y me volví hacia mí mismo y me dije: «¿Quién eres?». Y respondí: «Un hombre». Y he aquí que en mí se presentan ante mí el alma y el cuerpo, el uno por fuera y la otra por dentro. ¿Por cuál de ellos debo buscar a mi Dios? Lo había buscado por medio del cuerpo, desde la tierra hasta el cielo, hasta donde podía enviar mensajeros, los rayos de mis ojos.

Pero el interior es mejor, pues a él, que presidía y juzgaba, todos los mensajeros del cuerpo le comunicaban las respuestas del cielo y de la tierra y de todo lo que hay en ellos, que decían: «No somos Dios, pero él nos hizo».

Mi hombre interior conoció estas cosas por medio del servicio del exterior; yo, el interior, las conocí; yo, la mente, por medio de los sentidos de mi cuerpo. Pregunté a toda la estructura del mundo por mi Dios, y me respondió: «No soy él, pero él me hizo».

¿No es esta figura corporal visible para todos los que tienen los sentidos en perfecto estado? ¿Por qué, entonces, no les dice lo mismo a todos? Los animales pequeños y grandes la ven, pero no pueden interrogarla, porque ninguna razón gobierna sus sentidos para juzgar lo que estos les comunican.

Pero los hombres pueden interrogarla, de modo que las cosas invisibles de Dios se ven claramente, comprendidas por medio de las cosas creadas; pero, por amor a ellas, quedan sometidos a ellas, y quienes están sometidos no pueden juzgar.

Tampoco responden las criaturas a quienes las interrogan, a menos que estos puedan juzgar; ni cambian su voz (es decir, su apariencia) si un hombre solo las ve y otro, al verlas, las interroga, como si se mostraran de una manera a este y de otra a aquel; al contrario, mostrándose del mismo modo a ambos, están mudas para uno y hablan al otro.

Mejor dicho, hablan a todos, pero solo entienden quienes comparan su voz, recibida desde fuera, con la verdad interior. Pues la verdad me dice: "Ni el cielo, ni la tierra, ni ningún otro cuerpo es tu Dios". Esto mismo le dice su propia naturaleza a quien los ve: "Son una masa; una masa es menor en una de sus partes que en su totalidad".

Ahora te hablo a ti, alma mía: tú eres mi parte mejor, pues animas la masa de mi cuerpo, dándole vida, cosa que ningún cuerpo puede dar a otro

cuerpo; pero tu Dios es, incluso para ti, la Vida de tu vida.

⁂

¿Qué amo, entonces, cuando amo a mi Dios? ¿Quién es aquel que está por encima de lo más alto de mi alma? Por mi propia alma ascenderé hasta él. Pasaré más allá de aquella fuerza por la que estoy unido a mi cuerpo y lleno de vida toda su estructura.

Tampoco puedo encontrar a mi Dios por medio de esa fuerza, pues así podrían encontrarlo el caballo y el mulo, que carecen de entendimiento, ya que es la misma fuerza por la que también viven sus cuerpos.

Pero hay otra fuerza, además de aquella por la que doy vida: aquella por la que también doy sensibilidad a mi carne, que el Señor formó para mí, ordenando al ojo que no oyera y al oído que no viera, sino al ojo que por él yo viera, y al oído que por él yo oyera; y a los demás sentidos, a cada uno por separado, les asignó sus propios lugares y funciones.

Por medio de ellos, aunque son diversos, yo, que soy una sola mente, llevo a cabo esas funciones. Pasaré también más allá de esta fuerza mía, pues también la tienen el caballo y el mulo, ya que también ellos perciben por medio del cuerpo.

Pasaré, pues, también más allá de esta fuerza de mi naturaleza, elevándome gradualmente hacia aquel que me hizo. Y llego a los campos y espaciosos palacios de mi memoria, donde están los tesoros de innumerables imágenes, llevadas a ella desde toda clase de cosas percibidas por los sentidos.

Allí se guarda también todo lo que pensamos, ya sea aumentando, disminuyendo o modificando de cualquier otra manera las cosas que los sentidos han alcanzado; y todo lo demás que se le ha confiado y depositado en ella, y que el olvido aún no ha devorado y sepultado.

Cuando entro allí, pido que salga lo que quiero, y algunas cosas aparecen al instante; otras hay que buscarlas durante más tiempo y se las saca como de algún depósito interior; otras irrumpen en tropel y, mientras deseo y busco una cosa, se presentan como diciendo: "¿Seré yo, acaso?".

Con la mano de mi corazón las aparto de la vista de mi recuerdo, hasta que lo que deseo se descubre y aparece ante mis ojos desde su lugar secreto. Otras cosas acuden con facilidad, en un orden ininterrumpido, a medida que las llamo; las primeras dejan paso a las siguientes y, al dejarles paso, se ocultan de la vista, listas para acudir cuando yo quiera. Todo esto sucede cuando recito algo de memoria.

Allí se conservan todas las cosas por separado y agrupadas en categorías generales, habiendo entrado cada una por su propia vía: la luz y todos los colores y formas de los cuerpos, por los ojos; toda clase de sonidos, por los oídos; todos los olores, por la vía de las fosas nasales; todos los sabores, por la boca; y, por la sensibilidad de todo el cuerpo, lo duro o blando, lo caliente o frío, lo áspero, lo pesado o ligero, tanto exterior como interiormente al cuerpo.

Todo esto recibe aquel gran puerto de la memoria en sus innumerables recovecos secretos e indescriptibles, para tenerlo disponible y sacarlo cuando sea necesario; cada cosa entra por su propia puerta y allí queda guardada.

Sin embargo, no entran las cosas mismas; solo las imágenes de las cosas percibidas quedan allí dispuestas para que el pensamiento las evoque. ¿Quién puede decir cómo se forman esas imágenes, aunque se vea claramente por qué sentido fue introducida y guardada cada una?

Pues, aun cuando permanezco en la oscuridad y el silencio, puedo hacer aparecer colores en mi memoria, si quiero, y distinguir entre el blanco y el negro, y entre los demás que quiera; y los sonidos no irrumpen para perturbar la imagen recibida por mis ojos que estoy contemplando, aunque también están allí, dormidos y guardados, por así decirlo, aparte.

Pues también a estos los llamo, y al instante aparecen. Y, aunque mi lengua esté quieta y mi garganta muda, puedo cantar cuanto quiera; y aquellas imágenes de colores, que sin embargo están allí, no se entrometen ni interrumpen cuando llamo a otro caudal de recuerdos, que entró por los oídos.

Así también recuerdo a mi gusto las demás cosas, acumuladas y almacenadas por los otros sentidos. Incluso distingo el aroma de los lirios del de las violetas, aunque no esté oliendo nada; y prefiero la miel al vino dulce, lo liso a lo áspero, sin estar entonces saboreando ni tocando nada, sino tan solo recordando.

Estas cosas hago en mi interior, en aquel vasto patio de mi memoria. Pues allí están presentes conmigo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que he podido pensar que hay en ellos, salvo lo que he olvidado. Allí también me encuentro conmigo mismo y me recuerdo a mí mismo, y cuándo, dónde y qué he hecho, y con qué sentimientos.

Allí está todo lo que recuerdo, ya sea por mi propia experiencia o por el testimonio de otros. De ese mismo depósito tomo continuamente nuevas y nuevas imágenes de cosas que he experimentado, o en las que he creído a partir de lo que he experimentado, y las combino con el pasado; y de ahí deduzco a su vez acciones, acontecimientos y esperanzas futuras, y vuelvo a reflexionar sobre todo ello como si estuviera presente.

"Haré esto o aquello", me digo en aquel gran receptáculo de mi mente, lleno de imágenes de tantas y tan grandes cosas, "y sucederá esto o aquello". "¡Ojalá sucediera esto o aquello!".

"¡Dios nos libre de esto o aquello!". Así hablo conmigo mismo; y, cuando hablo, están presentes las imágenes de todo aquello de lo que hablo, sacadas del mismo tesoro de la memoria; y no hablaría de ninguna de esas cosas si faltaran sus imágenes.

⁂

Grande es esta fuerza de la memoria, inmensamente grande, Dios mío: ¡una estancia amplia y sin límites! ¿Quién ha sondeado jamás su fondo? Y, sin embargo, es una facultad mía y pertenece a mi naturaleza; pero ni yo mismo comprendo todo lo que soy.

Por tanto, la mente es demasiado estrecha para contenerse a sí misma. ¿Y dónde estará aquello de sí misma que no contiene? ¿Está fuera de ella y no dentro? ¿Cómo es, entonces, que no se comprende a sí misma? Una maravillosa admiración me sorprende y el asombro se apodera de mí ante esto.

Y los hombres salen a admirar las cumbres de las montañas, las poderosas olas del mar, las anchas corrientes de los ríos, la extensión del océano y los

recorridos de los astros, y pasan de largo ante sí mismos; ni se maravillan de que, cuando hablé de todas estas cosas, no las veía con mis ojos y, sin embargo, no habría podido hablar de ellas si no hubiera visto entonces realmente, dentro de mi memoria, las montañas, las olas, los ríos y los astros que había visto, y aquel océano cuya existencia creo; y todo ello con las mismas vastas distancias entre unas cosas y otras, como si las viera fuera de mí.

Pero, cuando las contemplé con mis ojos, no las introduje en mí por el hecho de verlas; tampoco están ellas mismas conmigo, sino solo sus imágenes. Y sé por qué sentido del cuerpo quedó grabada en mí cada una.

Pero la inconmensurable capacidad de mi memoria no retiene solo estas cosas. Aquí está también todo lo aprendido de las ciencias liberales que aún no he olvidado, trasladado, por así decirlo, a un lugar interior que, sin embargo, no es un lugar; y no están sus imágenes, sino las cosas mismas.

Pues qué es la literatura, qué es el arte de discutir, cuántas clases de preguntas hay: todo lo que sé de estas cosas existe en mi memoria de tal modo que no he recibido su imagen dejando fuera la cosa misma; tampoco ha sonado y pasado como una voz, que deja en el oído una impresión por la que puede recordarse como si sonara, cuando ya no suena; ni como un olor que, al pasar y evaporarse en el aire, afecta al olfato y desde allí transmite a la memoria una imagen de sí mismo que renovamos al recordar; ni como un alimento que, en verdad, ya no tiene sabor en el vientre y, sin embargo, en cierto modo sigue teniéndolo en la memoria; ni como cualquier cosa que el cuerpo percibe por el tacto y que, una vez apartada de nosotros, la memoria sigue representándose.

Porque esas cosas no se transmiten a la memoria, sino que solo sus imágenes son captadas con admirable rapidez y guardadas como en maravillosos compartimentos, de donde se las saca de manera maravillosa mediante el acto de recordar.

Pero ahora, cuando oigo que hay tres clases de preguntas: "¿Existe la cosa? ¿Qué es? ¿De qué clase es?", retengo, ciertamente, las imágenes de los sonidos que componen esas palabras, y sé que aquellos sonidos pasaron por el aire produciendo un ruido y que ya no existen.

Pero las cosas mismas que esos sonidos significan nunca las alcancé con ningún sentido de mi cuerpo, ni las distinguí jamás de otro modo que en mi mente; y, sin embargo, he guardado en mi memoria, no sus imágenes, sino las cosas mismas. Que digan ellas, si pueden, cómo entraron en mí, pues he recorrido todas las vías de mi carne y no encuentro por cuál entraron.

Porque los ojos dicen: "Si aquellas imágenes tenían color, nosotros informamos de ellas". Los oídos dicen: "Si sonaban, nosotros las dimos a conocer". Las fosas nasales dicen: "Si tenían olor, pasaron por nosotros". El gusto dice: "Si no tienen sabor, no me preguntes".

El tacto dice: "Si no tiene tamaño, no lo toqué; si no lo toqué, no di noticia de ello". ¿De dónde y cómo entraron estas cosas en mi memoria? No sé cómo. Pues, cuando las aprendí, no di crédito a la mente de otro, sino que las reconocí en la mía; y, al aprobarlas como verdaderas, se las confié, depositándolas, por así decirlo, donde pudiera sacarlas cuando quisiera.

Estaban, pues, en mi corazón incluso antes de que las aprendiera, pero no estaban en mi memoria. ¿Dónde estaban, entonces? O ¿por qué, al oírlas, las reconocí y dije: "Así es, es verdad", si no porque ya estaban en la memoria, pero tan relegadas y como sepultadas en recovecos más profundos que, si la sugerencia de otro no las hubiera sacado, quizá yo no habría podido concebirlas?

Por eso descubrimos que aprender estas cosas, cuyas imágenes no recibimos por los sentidos, sino que percibimos en nuestro interior por sí mismas, sin imágenes, tal como son, no es otra cosa que recogerlas mediante el pensamiento y procurar, prestándoles atención, que aquellas cosas que la memoria contenía antes de manera dispersa y desordenada queden guardadas y, por así decirlo, a mano en esa misma memoria donde antes yacían desconocidas, dispersas y descuidadas, para que así acudan fácilmente a la mente ya familiarizada con ellas. ¡Y cuántas cosas de esta clase lleva mi memoria, que ya han sido descubiertas y, como he dicho, puestas, por así decirlo, a mano, y que decimos haber aprendido y llegado a conocer!

Si dejara de recordarlas durante un breve tiempo, volverían a quedar tan sepultadas y se deslizarían, por así decirlo, hacia los recovecos más profundos, que habría que volver a extraerlas de allí mediante el pensamiento, como si fueran nuevas, pues no tienen otra morada; habría que reunirlas de nuevo para conocerlas, es decir, recogerlas, por así decirlo, de su dispersión.

De ahí se deriva la palabra "cogitación". Pues cogo (reunir) y cogito (volver a reunir) guardan entre sí la misma relación que ago y agito, facio y factito. Pero la mente se ha apropiado de esta palabra (cogitación), de modo que se dice propiamente que es objeto de cogitación o de pensamiento aquello

que se "vuelve a reunir", es decir, que se junta en la mente, y no lo que se "reúne" de cualquier manera.

⁂

La memoria contiene también innumerables principios y leyes de los números y las dimensiones, ninguno de los cuales ha sido impreso en ella por un sentido corporal, pues no tienen color, ni sonido, ni sabor, ni olor, ni tacto. He oído el sonido de las palabras con que se los designa cuando se habla de ellos; pero los sonidos son distintos de las cosas.

Pues los sonidos son distintos en griego y en latín; pero las cosas no son griegas, ni latinas, ni de ninguna otra lengua. He visto las líneas de los arquitectos, finísimas, como un hilo de araña; pero aquellas otras son distintas: no son las imágenes de las líneas que me mostró el ojo de la carne. Las conoce quien las reconoce dentro de sí sin concebir cuerpo alguno.

También he percibido, por todos los sentidos de mi cuerpo, los números de las cosas que contamos; pero los números con que contamos son distintos, no son imágenes de aquellos y, por tanto, existen de verdad. Quien no los vea, que se burle de mí por decir estas cosas, y yo me compadeceré de él mientras se burla de mí.

Recuerdo todas estas cosas, y recuerdo cómo las aprendí. También he oído muchas objeciones completamente falsas contra ellas, y las recuerdo; aunque sean falsas, no es falso que las recuerdo. Y recuerdo también haber distinguido entre aquellas verdades y estas falsedades que se les oponían.

Y percibo que distinguir ahora estas cosas es diferente de recordar que muchas veces las distinguí, cuando pensaba a menudo en ellas. Así pues, re-

cuerdo haber entendido muchas veces estas cosas; y lo que ahora distingo y entiendo lo guardo en mi memoria, para que después pueda recordar que ahora lo entiendo.

Así, también recuerdo haber recordado; del mismo modo, si más adelante evoco que ahora he podido recordar estas cosas, lo evocaré por la fuerza de la memoria.

La misma memoria contiene también los afectos de mi mente, pero no de la misma manera en que la mente los contiene cuando los siente, sino de una manera muy distinta, conforme a una capacidad propia. Pues, sin alegrarme, recuerdo haberme alegrado; y sin tristeza evoco mi tristeza pasada. Repaso sin miedo el miedo que tuve una vez, y sin deseo traigo a la mente un deseo pasado.

A veces, por el contrario, recuerdo con alegría mi tristeza de otro tiempo, y con tristeza mi alegría. Esto no resulta extraño en lo que se refiere al cuerpo, pues una cosa es la mente y otra el cuerpo. Por tanto, si recuerdo con alegría algún dolor corporal pasado, no es tan extraño.

Pero esta misma memoria es la mente, pues cuando encomendamos algo para que se conserve en la memoria, decimos: «Procura tenerlo presente en la mente»; y cuando olvidamos, decimos: «No me vino a la mente» y «Se me fue de la mente», llamando mente a la propia memoria.

Siendo así, ¿cómo es que, cuando recuerdo con alegría mi tristeza pasada, la mente tiene alegría y la memoria tiene tristeza; la mente está alegre por la alegría que hay en ella, pero la memoria no está triste por la tristeza que

hay en ella? ¿Acaso la memoria no pertenece a la mente? ¿Quién diría tal cosa?

La memoria es, pues, como el vientre de la mente, y la alegría y la tristeza son como alimentos dulces y amargos que, al ser confiados a la memoria, pasan, por así decirlo, al vientre, donde pueden quedar guardados, pero no tener sabor. Es ridículo imaginar que estas cosas sean iguales; y, sin embargo, tampoco son del todo distintas.

Pero, mira, de mi memoria lo saco cuando digo que hay cuatro perturbaciones de la mente: deseo, alegría, miedo y tristeza. Y cuanto puedo discutir sobre ellas, dividiendo cada una en sus especies subordinadas y definiéndola, encuentro en mi memoria qué decir, y de allí lo saco.

Sin embargo, ninguna de estas perturbaciones me perturba cuando, al traerlas a la mente, las recuerdo. Más aún, antes de evocarlas y traerlas de nuevo, ya estaban allí; por eso podían sacarse de allí mediante el recuerdo.

Tal vez, entonces, así como al rumiar se hace subir el alimento del vientre, también estas cosas salen de la memoria mediante el recuerdo. ¿Por qué, entonces, quien discute sobre ellas, al recordarlas de ese modo, no saborea en la boca de su reflexión la dulzura de la alegría o la amargura de la tristeza? ¿Falla la comparación en esto porque no hay semejanza en todos los aspectos?

Pues ¿quién querría hablar de estas cosas si cada vez que nombráramos la aflicción o el miedo nos viéramos obligados a estar tristes o asustados? Y, sin embargo, no podríamos hablar de ellas si no encontráramos en nuestra memoria no solo los sonidos de sus nombres, según las imágenes impresas

por los sentidos del cuerpo, sino también las nociones de las cosas mismas, que nunca recibimos por ninguna vía del cuerpo, sino que la propia mente, al percibirlas por la experiencia de sus pasiones, confió a la memoria, o que la memoria retuvo por sí misma sin que se las confiaran.

Pero ¿quién puede decir con facilidad si es por medio de imágenes o no? Así, nombro una piedra, nombro el sol, sin que las cosas mismas estén presentes ante mis sentidos, pero sus imágenes sí están presentes en mi memoria.

Nombro un dolor corporal, aunque no está presente en mí cuando nada me duele; pero, si su imagen no estuviera presente en mi memoria, no sabría qué decir de él ni distinguir, al hablar, el dolor del placer. Nombro la salud del cuerpo; como estoy sano de cuerpo, la cosa misma está presente en mí.

Pero, si su imagen no estuviera también presente en mi memoria, de ningún modo podría recordar lo que significa el sonido de ese nombre. Tampoco los enfermos, al oír nombrar la salud, reconocerían aquello de lo que se habla si esa misma imagen no se conservara por la fuerza de la memoria, aunque la cosa misma estuviera ausente del cuerpo.

Nombro los números con que contamos, y en mi memoria están presentes ellos mismos, no sus imágenes. Nombro la imagen del sol, y esa imagen está presente en mi memoria. Pues no evoco la imagen de su imagen, sino que la imagen misma está presente ante mí cuando la traigo a la mente.

Nombro la memoria, y reconozco lo que nombro. ¿Y dónde lo reconozco sino en la memoria misma? ¿También ella está presente ante sí misma por

medio de su imagen, y no por sí misma?

⁂

¿Y qué ocurre cuando nombro el olvido y al mismo tiempo reconozco lo que nombro? ¿Cómo lo reconocería si no lo recordara? No hablo del sonido del nombre, sino de la cosa que significa; si la hubiera olvidado, no podría reconocer lo que significa ese sonido.

Así pues, cuando recuerdo la memoria, la memoria misma está presente ante sí misma por sí misma; pero cuando recuerdo el olvido, están presentes tanto la memoria como el olvido: la memoria con que recuerdo y el olvido que recuerdo.

Pero ¿qué es el olvido sino la privación de la memoria? ¿Cómo, entonces, está presente para que lo recuerde, si cuando está presente no puedo recordar? Ahora bien, si conservamos en la memoria lo que recordamos, y si, por otra parte, no podríamos reconocer al oír su nombre la cosa que significa a menos que recordáramos el olvido, entonces la memoria retiene el olvido.

Está presente, pues, para que no lo olvidemos, y al estar presente, olvidamos. ¿Debe entenderse por esto que el olvido, cuando lo recordamos, no está presente en la memoria por sí mismo, sino por su imagen? Porque, si estuviera presente por sí mismo, no nos haría recordar, sino olvidar. ¿Quién podrá investigar esto? ¿Quién comprenderá cómo es?

Señor, en verdad me esfuerzo en esto, y me esfuerzo en mí mismo; me he convertido en una tierra difícil que exige demasiado sudor de la frente. Pues no estamos investigando ahora las regiones del cielo, ni midiendo las

distancias de las estrellas, ni indagando en el equilibrio de la tierra. Soy yo mismo quien recuerda, yo, la mente.

No es tan extraño que esté lejos de mí aquello que yo mismo no soy. Pero ¿qué hay más cerca de mí que yo mismo? Y, sin embargo, no comprendo la fuerza de mi propia memoria, aunque sin ella ni siquiera puedo nombrarme a mí mismo.

Pues ¿qué diré, cuando me resulta claro que recuerdo el olvido? ¿Diré que no está en mi memoria aquello que recuerdo? ¿O diré que el olvido está en mi memoria para que yo no olvide?

Ambas cosas serían sumamente absurdas. ¿Qué tercera posibilidad hay? ¿Cómo puedo decir, cuando recuerdo el olvido, que mi memoria retiene su imagen y no el olvido mismo? ¿Cómo podría decir siquiera esto, si cuando la imagen de una cosa se imprime en la memoria, la cosa misma tiene necesariamente que estar presente primero para que de ella pueda imprimirse esa imagen?

Pues así recuerdo Cartago, así todos los lugares donde he estado, así los rostros de las personas que he visto y las cosas que me han comunicado los demás sentidos; así también la salud o la enfermedad del cuerpo.

Porque, cuando estas cosas estaban presentes, mi memoria recibió de ellas imágenes que, al estar presentes en mí, podía contemplar y traer de nuevo a mi mente cuando recordaba aquellas cosas en su ausencia.

Si, por tanto, este olvido se conserva en la memoria por medio de su imagen y no por sí mismo, es evidente que él mismo estuvo presente alguna vez para que pudiera tomarse su imagen. Pero, cuando estaba presente,

¿cómo escribió su imagen en la memoria, si el olvido, con su presencia, borra incluso lo que encuentra ya anotado?

Y, sin embargo, sea como sea, aunque ese modo supere toda comprensión y explicación, estoy seguro de que recuerdo también el olvido mismo, por el cual se borra lo que recordamos.

Grande es el poder de la memoria, algo que causa temor, Dios mío, una multiplicidad profunda y sin límites; y esto es la mente, y esto soy yo mismo. ¿Qué soy, entonces, Dios mío? ¿Qué naturaleza tengo? Una vida variada y múltiple, inmensa en extremo.

Mira: por las llanuras, las cuevas y las cavernas de mi memoria, innumerables e infinitamente llenas de innumerables clases de cosas, ya sea por medio de imágenes, como todos los cuerpos; o por su presencia real, como las artes; o por ciertas nociones o impresiones, como los afectos de la mente, que la memoria retiene incluso cuando la mente no los siente, aunque todo lo que está en la memoria está también en la mente; por todo esto corro y vuelo, me adentro por un lado y por otro hasta donde puedo, y no hay fin.

Tan grande es la fuerza de la memoria, tan grande la fuerza de la vida, incluso en la vida mortal del hombre. ¿Qué haré, entonces, tú que eres mi verdadera vida, Dios mío? Iré más allá de esta capacidad mía que se llama memoria; sí, iré más allá de ella para acercarme a ti, dulce Luz. ¿Qué me dices? Mira, estoy subiendo por mi mente hacia ti, que permaneces por encima de mí.

Sí, ahora iré más allá de esta capacidad mía que se llama memoria, deseoso de llegar a ti por donde se pueda llegar a ti, y de unirme a ti por donde uno

pueda unirse a ti.

Pues también las bestias y las aves tienen memoria; de otro modo no podrían volver a sus guaridas y nidos, ni hacer muchas otras cosas a las que están acostumbradas; ni siquiera podrían acostumbrarse a nada sin la memoria.

Iré, pues, más allá de la memoria también, para llegar a aquel que me ha separado de las bestias de cuatro patas y me ha hecho más sabio que las aves del cielo. Iré también más allá de la memoria, ¿y dónde te encontraré, dulzura verdaderamente buena y segura? ¿Dónde te encontraré?

Si te encuentro fuera de mi memoria, entonces no te conservo en mi memoria. ¿Y cómo te encontraré si no te recuerdo?

Pues la mujer que había perdido su moneda y la buscaba con una lámpara, si no la hubiera recordado, nunca la habría encontrado. Porque, una vez encontrada, ¿cómo habría sabido si era la misma, si no la recordaba?

Recuerdo haber buscado y encontrado muchas cosas; y por eso sé que, mientras buscaba alguna de ellas y me preguntaban: «¿Es esta?», «¿Es aquella?», seguía diciendo «No», hasta que me mostraban lo que buscaba. Si no lo hubiera recordado, fuera lo que fuera, aunque me lo hubieran mostrado, no lo habría encontrado, porque no habría podido reconocerlo.

Y así ocurre siempre que buscamos y encontramos alguna cosa perdida. Sin embargo, cuando algo se pierde por casualidad de la vista, pero no de la memoria, como sucede con cualquier cuerpo visible, su imagen permanece

guardada dentro, y lo buscamos hasta que vuelve a estar ante nuestros ojos; y, al encontrarlo, lo reconocemos por la imagen que tenemos dentro.

Tampoco decimos que hemos encontrado lo perdido si no lo reconocemos; ni podemos reconocerlo si no lo recordamos. Pero aquello se había perdido para los ojos, mientras permanecía en la memoria.

⁂

Pero ¿qué sucede cuando la memoria misma pierde algo, como ocurre cuando olvidamos y buscamos para poder recordar? ¿Dónde buscamos, al fin, sino en la memoria misma?

Y allí, si por casualidad se nos presenta una cosa en lugar de otra, la rechazamos hasta que aparece lo que buscamos; y, cuando aparece, decimos: «Esto es»; cosa que no diríamos si no lo reconociéramos, ni lo reconoceríamos si no lo recordáramos.

Sin duda, pues, lo habíamos olvidado. ¿O no se nos había escapado por completo, sino que buscábamos la parte perdida mediante la parte que conservábamos, porque la memoria sentía que ya no reunía todo lo que solía, y, como mutilada al verse privada de su antigua costumbre, reclamaba que se le restituyera lo que le faltaba?

Por ejemplo, si vemos a alguien conocido o pensamos en él y, habiendo olvidado su nombre, intentamos recuperarlo, cualquier otro nombre que se nos ocurre no se enlaza con él, porque no solíamos pensarlo junto con esa persona; por eso lo rechazamos, hasta que se presenta aquel en el que nuestro conocimiento descansa sin dificultad, como en su objeto habitual. ¿Y de dónde se presenta ese nombre, sino de la memoria misma?

Pues, aun cuando lo reconocemos porque otro nos lo recuerda, de allí viene. Porque no lo creemos como algo nuevo, sino que, al recordarlo, admitimos que el nombre dicho es el correcto. Pero, si se hubiera borrado por completo de la mente, no lo recordaríamos ni siquiera cuando nos lo recordaran. Pues aún no hemos olvidado por completo aquello que recordamos haber olvidado. Lo que hemos olvidado por completo, aunque esté perdido, ni siquiera podemos buscarlo.

¿Cómo te busco, entonces, Señor? Porque, cuando te busco a ti, Dios mío, busco una vida feliz. Te buscaré para que viva mi alma. Pues mi cuerpo vive por mi alma, y mi alma por ti. ¿Cómo busco, entonces, una vida feliz, si no la tengo hasta que pueda decir, donde deba decirlo: «Basta»? ¿Cómo la busco? ¿Mediante el recuerdo, como si la hubiera olvidado y recordara haberla olvidado? ¿O deseando conocerla como algo desconocido, ya sea porque nunca la conocí o porque la olvidé de tal modo que ni siquiera recuerdo haberla olvidado? ¿No es una vida feliz lo que todos quieren, y nadie deja de quererla por completo? ¿Dónde la han conocido, para quererla tanto? ¿Dónde la han visto, para amarla tanto?

Ciertamente la tenemos, aunque no sé de qué manera. Sí, hay otra manera de tenerla, por la cual quien la tiene es feliz; y hay quienes son felices en la esperanza. Estos la tienen en un grado inferior al de quienes la tienen de hecho; sin embargo, están mejor que quienes no son felices ni de hecho ni en la esperanza.

Pero incluso estos últimos, si no la tuvieran de algún modo, no querrían tanto ser felices, y es muy cierto que lo quieren. Así pues, la han conocido,

no sé cómo, y por eso la tienen mediante alguna clase de conocimiento que desconozco; y me pregunto perplejo si está en la memoria.

Si está allí, entonces alguna vez hemos sido felices; si lo fuimos todos por separado o en aquel hombre que pecó primero, en quien también todos morimos y de quien todos nacemos con la miseria, no lo indago ahora; solo pregunto si la vida feliz está en la memoria. Porque tampoco la amaríamos si no la conociéramos.

Oímos su nombre y todos confesamos que deseamos lo que nombra; pues no nos deleita su mero sonido. Porque, cuando un griego lo oye en latín, no se deleita, ya que no sabe lo que se dice; pero nosotros, los latinos, nos deleitamos, como también él se deleitaría si lo oyera en griego; porque aquello mismo que griegos, latinos y hombres de todas las demás lenguas anhelan con tanto ardor no es griego ni latino.

Por tanto, todos lo conocen, pues, si se les preguntara a una voz si quieren ser felices, responderían sin duda que sí. Y esto no podría ser si aquello mismo que ese nombre designa no se conservara en su memoria.

Pero ¿se recuerda como recuerda Cartago quien la ha visto? No. Pues una vida feliz no se ve con los ojos, porque no es un cuerpo. ¿Como recordamos los números, entonces? No.

Porque quien los conoce no sigue buscando alcanzarlos; pero conocemos la vida feliz y por eso la amamos, y, sin embargo, seguimos deseando alcanzarla para ser felices. ¿Como recordamos la elocuencia, entonces? No.

Pues, aunque también al oír este nombre algunos recuerdan lo que significa sin ser todavía elocuentes, y muchos desean serlo, de donde se ve que la

conocen, estos han observado con sus sentidos corporales que otros son elocuentes, se han deleitado y desean ser como ellos; aunque, en verdad, no se deleitarían si no tuvieran algún conocimiento interior de ella, ni desearían ser como ellos si no sintieran ese deleite.

En cambio, no percibimos la vida feliz en los demás mediante ningún sentido corporal. ¿Como recordamos, entonces, la alegría? Tal vez; pues recuerdo mi alegría aun cuando estoy triste, como recuerdo una vida feliz cuando soy desdichado; y nunca vi, oí, olí, gusté ni toqué mi alegría con los sentidos corporales, sino que la experimenté en mi mente cuando me alegré; y su conocimiento quedó adherido a mi memoria, de modo que puedo evocarla unas veces con disgusto y otras con anhelo, según la naturaleza de las cosas en las que recuerdo haberme alegrado.

Pues incluso en cosas vergonzosas me he sumergido en cierta alegría, que ahora, al recordarla, detesto y aborrezco; otras veces, en cosas buenas y honradas, que recuerdo con anhelo, aunque quizá ya no estén presentes; y por eso recuerdo con tristeza la alegría pasada.

⁂

¿Dónde y cuándo experimenté, entonces, mi vida feliz, para que pueda recordarla, amarla y anhelarla? Y no soy yo solo, ni unos pocos más, sino que todos deseamos ser felices; y, si no supiéramos lo que es mediante algún conocimiento cierto, no la desearíamos con una voluntad tan segura.

Pero ¿cómo se explica que, si se pregunta a dos hombres si quieren ir a la guerra, uno quizá responda que sí y el otro que no; pero, si se les pregunta si quieren ser felices, ambos digan al instante y sin ninguna duda que sí; y

que el uno quiera ir a la guerra y el otro no por ninguna otra razón que ser felices? ¿Será acaso que, así como uno busca su alegría en una cosa y otro en otra, todos coinciden en su deseo de ser felices, del mismo modo que, si se les preguntara, dirían que desean tener alegría, y a esa alegría la llaman una vida feliz?

Aunque uno consiga esa alegría por un medio y otro por otro, todos tienen un mismo fin que se esfuerzan por alcanzar: la alegría. Y, ya que todos deben reconocer que la han experimentado, se encuentra en la memoria y se reconoce cada vez que se menciona el nombre de una vida feliz.

Lejos esté, Señor, lejos esté del corazón de tu siervo, que aquí se confiesa ante ti; lejos esté que yo, por sentir una alegría cualquiera, me considere feliz. Pues hay una alegría que no se concede a los impíos, sino a quienes te aman por ti mismo, y cuya alegría eres tú mismo. Y esta es la vida feliz: alegrarse ante ti, en ti y por ti; esta es, y no hay otra.

Pues quienes piensan que hay otra buscan alguna otra alegría, y no la verdadera. Sin embargo, su voluntad no deja de dirigirse hacia alguna apariencia de alegría.

No es seguro, entonces, que todos quieran ser felices, puesto que quienes no quieren alegrarse en ti, que es la única vida feliz, no desean de verdad la vida feliz. ¿O todos la desean, pero, como la carne desea contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne, de modo que no pueden hacer lo que quieren, se entregan a lo que pueden y se conforman con ello, porque aquello que no son capaces de hacer no lo quieren con la fuerza suficiente para llegar a poder hacerlo?

Pues pregunto a cualquiera: ¿preferiría alegrarse en la verdad o en la falsedad? Tan poco vacilarían en decir «en la verdad» como en decir que desean ser felices; porque una vida feliz es alegría en la verdad, y esto es alegrarse en ti, que eres la Verdad, oh Dios, luz mía, salvación de mi rostro, Dios mío.

Esta es la vida feliz que todos desean; esta vida, la única feliz, todos la desean; alegrarse en la verdad, todos lo desean. He encontrado a muchos que querían engañar; a nadie que quisiera ser engañado. ¿Dónde conocieron, entonces, esta vida feliz, sino donde también conocen la verdad? Pues también la aman, ya que no quieren ser engañados.

Y, cuando aman una vida feliz, que no es otra cosa que alegrarse en la verdad, aman también la verdad; pero no la amarían si no hubiera algún conocimiento de ella en su memoria. ¿Por qué, entonces, no se alegran en ella? ¿Por qué no son felices?

Porque están más fuertemente cautivados por otras cosas que tienen más poder para hacerlos desdichados que, para hacerlos felices, aquello que recuerdan tan débilmente. Pues todavía hay un poco de luz en los hombres; que caminen, que caminen, para que no los alcancen las tinieblas.

Pero ¿por qué «la verdad engendra odio», y el hombre que te pertenece, al predicar la verdad, se convierte en enemigo de ellos, si se ama una vida feliz, que no es otra cosa que alegrarse en la verdad? ¿No será porque aman la verdad de tal modo que quienes aman cualquier otra cosa quieren que aquello que aman sea la verdad, y, como no quieren ser engañados, tampoco quieren que se les convenza de que lo están?

Por eso odian la verdad por causa de aquello que amaron en lugar de la verdad. La aman cuando ilumina; la odian cuando reprende. Pues, como no quieren ser engañados y quieren engañar, la aman cuando se les revela y la odian cuando los pone al descubierto.

Por eso ella les dará esta paga: a quienes no quieren ser puestos al descubierto por ella, los pondrá al descubierto contra su voluntad, mientras ella misma no se les revelará. Así, así, sí, así es como la mente humana, ciega y enferma, sucia y deforme, desea permanecer oculta, pero no quiere que nada le quede oculto.

Sin embargo, recibe lo contrario: ella misma no queda oculta a la Verdad, pero la Verdad le queda oculta. Y aun siendo tan desdichada, prefiere alegrarse en las verdades antes que en las falsedades. Será feliz, entonces, cuando, sin que se interponga ninguna distracción, se alegre en la única Verdad, por la cual todas las cosas son verdaderas.

Mira cuánto he recorrido mi memoria buscándote, Señor; y no te he encontrado fuera de ella. Tampoco he encontrado nada acerca de ti que no haya guardado en la memoria desde que te conocí. Pues, desde que te conocí, no te he olvidado. Porque donde encontré la Verdad, allí encontré a mi Dios, la Verdad misma, que no he olvidado desde que la conocí.

Desde que te conocí, pues, resides en mi memoria; y allí te encuentro cuando te traigo al recuerdo y me deleito en ti. Estos son mis santos deleites, que me has concedido en tu misericordia, atendiendo a mi pobreza.

Pero ¿dónde resides en mi memoria, Señor, dónde resides allí? ¿Qué morada te has preparado? ¿Qué santuario te has construido? Has concedido a

mi memoria este honor: residir en ella; pero estoy considerando en qué parte de ella resides.

Pues al pensar en ti pasé más allá de aquellas partes que también poseen los animales, porque no te encontré allí, entre las imágenes de las cosas corporales; y llegué a aquellas partes donde había depositado los afectos de mi mente, y tampoco allí te encontré.

Y entré en la sede misma de mi mente, que tiene en mi memoria, puesto que la mente también se recuerda a sí misma, y tampoco estabas allí. Pues así como no eres una imagen corporal ni el afecto de un ser vivo, como cuando nos alegramos, nos entristecemos, deseamos, tememos, recordamos, olvidamos o hacemos algo semejante, tampoco eres la mente misma, porque eres el Señor Dios de la mente.

Todas estas cosas cambian, pero tú permaneces inmutable por encima de todas ellas, y aun así te has dignado habitar en mi memoria desde que te conocí. ¿Y por qué busco ahora en qué lugar de ella habitas, como si hubiera lugares en ella? Estoy seguro de que habitas en ella, pues te he recordado desde que te conocí, y allí te encuentro cuando te traigo a la memoria.

⁂

¿Dónde te encontré, entonces, para llegar a conocerte? Pues no estabas en mi memoria antes de que te conociera. ¿Dónde te encontré, entonces, para llegar a conocerte, sino en ti, por encima de mí? No hay lugar alguno; vamos hacia atrás y hacia delante, y no hay lugar.

En todas partes, oh Verdad, escuchas a todos los que te piden consejo y respondes a todos a la vez, aunque te consulten sobre muchos asuntos. Respondes con claridad, aunque no todos te oyen con claridad. Todos te consultan sobre lo que quieren, aunque no siempre oyen lo que quieren.

Tu mejor servidor es quien no busca tanto oír de ti lo que él quiere, sino querer lo que de ti oye.

¡Tarde te amé, oh Belleza de días antiguos y siempre nueva! ¡Tarde te amé! Y mira, tú estabas dentro y yo fuera, y allí te buscaba; deforme como era, me precipitaba entre aquellas hermosas formas que habías creado. Estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me mantenían lejos de ti cosas que, si no estuvieran en ti, no existirían en absoluto.

Llamaste y gritaste, y rompiste mi sordera. Destellaste, resplandeciste y disipaste mi ceguera. Exhalaste aromas, y tomé aliento y suspiré por ti. Gusté, y tengo hambre y sed. Me tocaste, y ardí por tu paz.

Cuando me una a ti con todo mi ser, no tendré dolor ni fatiga en parte alguna; y mi vida vivirá plenamente, llena por completo de ti. Pero ahora, puesto que elevas a quien llenas, como no estoy lleno de ti, soy una carga para mí mismo. Alegrías lamentables luchan con tristezas gozosas, y no sé de qué lado está la victoria. ¡Ay de mí! Señor, ten piedad de mí.

Mis malas tristezas luchan con mis buenas alegrías, y no sé de qué lado está la victoria. ¡Ay de mí! Señor, ten piedad de mí. ¡Ay de mí! Mira, no oculto mis heridas; tú eres el Médico, yo el enfermo; tú eres misericordioso, yo miserable. ¿No es toda la vida del hombre sobre la tierra una prueba? ¿Quién desea problemas y dificultades? Mandas que se soporten, no que se amen.

Nadie ama lo que soporta, aunque ame soportarlo. Pues, aunque se alegre de soportarlo, preferiría no tener nada que soportar. En la adversidad anhelo la prosperidad; en la prosperidad temo la adversidad. ¿Qué lugar intermedio hay entre ambas donde la vida del hombre no sea toda una prueba? ¡Ay de las prosperidades del mundo, una y otra vez, por el temor de la adversidad y la corrupción de la alegría! ¡Ay de las adversidades del mundo, una y otra vez, y una tercera, por el anhelo de prosperidad, porque la adversidad misma es dura y por el riesgo de que quebrante la resistencia! ¿No es toda la vida del hombre sobre la tierra una prueba sin intervalo alguno?

Y toda mi esperanza está únicamente en tu inmensa misericordia. Da lo que mandas y manda lo que quieras. Nos mandas continencia; y cuando supe, dice uno, que nadie puede ser continente si Dios no se lo concede, también fue parte de la sabiduría saber de quién es don la continencia.

Por la continencia, en verdad, somos reunidos y devueltos al Uno, del cual nos dispersamos entre muchas cosas. Pues te ama demasiado poco quien ama junto contigo algo que no ama por ti. ¡Oh amor, que siempre ardes y nunca te consumes! ¡Oh caridad, Dios mío, enciéndeme! Mandas continencia: dame lo que mandas y manda lo que quieras.

En verdad, me mandas abstenerme de los deseos de la carne, de los deseos de los ojos y de la ambición del mundo. Me mandas abstenerme del concubinato; y respecto del matrimonio mismo, has aconsejado algo mejor que lo que has permitido. Y, puesto que lo concediste, así se hizo, incluso antes de que me convirtiera en dispensador de tu Sacramento.

Pero aún viven en mi memoria, de la que tanto he hablado, las imágenes de aquellas cosas que mi mala costumbre fijó allí. Me acosan, sin fuerza cuando estoy despierto; pero durante el sueño llegan no solo a dar placer, sino incluso a obtener mi consentimiento y algo muy parecido a la realidad.

Sí, tanto poder tiene la ilusión de la imagen en mi alma y en mi carne, que, cuando duermo, las visiones falsas me persuaden de lo que las verdaderas no pueden persuadirme cuando estoy despierto. ¿Acaso no soy entonces yo mismo, Señor Dios mío? ¡Y, no obstante, cuánta diferencia hay entre yo mismo y yo mismo en ese instante en que paso de la vigilia al sueño o vuelvo del sueño a la vigilia! ¿Dónde está entonces la razón, que, despierta, resiste tales sugestiones?

Y si se le presentan las cosas mismas, permanece firme. ¿Se cierra junto con los ojos? ¿Se adormece con los sentidos del cuerpo? ¿Y de dónde viene que a menudo, incluso durante el sueño, resistamos y, recordando nuestro propósito y manteniéndonos en él con toda castidad, no demos nuestro consentimiento a tales seducciones?

Y, sin embargo, hay tanta diferencia que, cuando sucede de otro modo, al despertar volvemos a la paz de conciencia; y por esa misma diferencia descubrimos que no hicimos aquello que, aun así, lamentamos que de algún modo se haya hecho en nosotros.

¿Acaso no tienes poder, Dios todopoderoso, para sanar todas las enfermedades de mi alma y apagar, con tu gracia más abundante, incluso los movimientos impuros de mi sueño?

Aumentarás, Señor, cada vez más tus dones en mí, para que mi alma me siga hacia ti, libre de la liga de la concupiscencia; para que no se rebele contra sí misma y, aun en sueños, no solo deje de cometer, por medio de imágenes de los sentidos, aquellas corrupciones degradantes que llegan hasta la contaminación de la carne, sino que ni siquiera consienta en ellas.

Pues lograr que nada de esta clase tenga la más mínima influencia sobre los afectos puros, incluso de quien duerme, ni siquiera una influencia que un pensamiento pudiera refrenar, y lograrlo no solo durante la vida, sino incluso a mi edad actual, no es difícil para ti, el Todopoderoso, que puedes hacer más de todo lo que pedimos o pensamos.

Pero he confesado a mi buen Señor lo que aún soy en esta clase de mal que padezco, alegrándome con temblor por lo que me has dado y lamentando aquello en lo que todavía soy imperfecto; con la esperanza de que lleves a plenitud tus misericordias en mí, hasta la paz perfecta que mi hombre exterior e interior tendrá contigo cuando la muerte sea absorbida en la victoria.

⁂

Hay otro mal del día, que quisiera que le bastara. Pues al comer y beber reparamos el desgaste diario de nuestro cuerpo, hasta que destruyas tanto el vientre como los alimentos, cuando acabes con mi vacío mediante una plenitud maravillosa y revistas esto incorruptible de una incorrupción eterna.

Pero ahora la necesidad me resulta dulce, y lucho contra esa dulzura para no quedar cautivo de ella; y libro una guerra diaria mediante ayunos, sometiendo a menudo mi cuerpo; y mis dolores se alivian mediante el placer.

Pues el hambre y la sed son, en cierto modo, dolores; queman y matan como una fiebre, a menos que la medicina de los alimentos venga en nuestra ayuda.

Y puesto que esta se encuentra a nuestro alcance gracias al consuelo de tus dones, con los que la tierra, el agua y el aire sirven a nuestra debilidad, nuestra calamidad recibe el nombre de satisfacción.

Esto me has enseñado: que debo disponerme a tomar los alimentos como medicina. Pero mientras paso de la incomodidad del vacío al contento de llenarme, en ese mismo tránsito me acecha la trampa de la concupiscencia. Pues ese tránsito es placer, y no hay otro camino para llegar adonde necesariamente debemos llegar.

Y, siendo la salud el motivo de comer y beber, se le une como acompañante un placer peligroso, que casi siempre procura adelantársele, de modo que haga por él lo que digo hacer, o deseo hacer, por la salud. Tampoco tienen ambos la misma medida, pues lo que basta para la salud es demasiado poco para el placer.

Y con frecuencia resulta incierto si es el cuidado necesario del cuerpo el que todavía pide sustento o si es un engaño voluptuoso de la gula el que ofrece sus servicios.

En esta incertidumbre se alegra el alma desdichada y prepara en ella una excusa para protegerse, contenta de que no esté claro cuánto basta para la moderación que exige la salud, a fin de encubrir la búsqueda de satisfacción bajo el manto de la salud.

Cada día procuro resistir estas tentaciones e invoco tu mano derecha, y a ti encomiendo mis perplejidades, porque todavía no tengo un criterio firme sobre esto.

Oigo la voz de mi Dios que manda: Que sus corazones no se carguen de excesos de comida y de embriaguez. La embriaguez está lejos de mí; tendrás misericordia para que no se me acerque. Pero el comer en exceso a veces se desliza sobre tu servidor; tendrás misericordia para que permanezca lejos de mí. Pues nadie puede ser continente si tú no se lo concedes.

Muchas cosas nos das cuando las pedimos; y cualquier bien que hayamos recibido antes de pedirlo, de ti lo recibimos; sí, lo recibimos de antemano para que después llegáramos a reconocerlo. Nunca fui borracho, pero he conocido borrachos a quienes volviste sobrios.

De ti vino, pues, que quienes nunca lo fueron no llegaran a serlo, como de ti vino que quienes lo habían sido no lo fueran para siempre; y de ti vino que unos y otros supieran de quién provenía. Oí otra voz tuya: No vayas tras tus deseos y apártate de tu placer.

Sí, por tu favor he oído aquello que tanto he amado: ni por comer tendremos abundancia, ni por no comer padeceremos escasez; es decir, ni lo uno me hará rico ni lo otro miserable. También oí a otro: Pues he aprendido a estar contento en cualquier situación en que me encuentre; sé vivir en la abundancia y sé pasar necesidad. Todo lo puedo por Cristo que me fortalece.

He aquí un soldado del campamento celestial, no el polvo que somos nosotros. Pero recuerda, Señor, que somos polvo y que del polvo hiciste al hom-

bre; y estaba perdido y ha sido hallado. Tampoco pudo lograr esto por sí mismo, pues aquel a quien tanto amé, que decía esto por el soplo de tu inspiración, era del mismo polvo. Todo lo puedo, dice, por aquel que me fortalece.

Fortaléceme para que pueda. Da lo que mandas y manda lo que quieras. Confiesa haber recibido y, cuando se gloría, se gloría en el Señor. A otro he oído suplicar para recibir. Aparta de mí, dice, los deseos del vientre; de donde se ve, oh mi Dios santo, que tú lo concedes cuando se hace lo que mandas hacer.

Tú me has enseñado, Padre bueno, que para los puros todas las cosas son puras; pero que obra mal el hombre que come dando ocasión de pecado; y que toda criatura tuya es buena, y nada debe rechazarse si se recibe con acción de gracias; y que la comida no nos hace más aceptos ante Dios; y que nadie debe juzgarnos por la comida o la bebida; y que quien come no desprecie al que no come, y que quien no come no juzgue al que come.

Estas cosas he aprendido, gracias a ti, alabado seas, Dios mío, Maestro mío, que llamas a mis oídos e iluminas mi corazón; líbrame de toda tentación. No temo la impureza de la comida, sino la impureza del deseo.

Sé que a Noé se le permitió comer toda clase de carne que fuera buena como alimento; que Elías fue alimentado con carne; que aquel que estaba dotado de una admirable abstinencia no se contaminó al alimentarse de seres vivos, de langostas.

Sé también que Esaú fue engañado por su deseo de lentejas; y que David se reprochó haber deseado un trago de agua; y que nuestro Rey fue tentado,

no con carne, sino con pan. Y por eso también el pueblo en el desierto mereció ser reprendido, no por desear carne, sino porque, en su deseo de alimento, murmuró contra el Señor.

⁂

Puesto, pues, en medio de estas tentaciones, lucho cada día contra la concupiscencia en el comer y el beber. Porque esta no es de tal naturaleza que yo pueda decidir cortarla de una vez para siempre y no volver a tocarla, como podría hacerlo con el concubinato.

Así pues, las riendas de la garganta deben mantenerse en un punto medio entre la flojedad y la rigidez. ¿Y quién hay, Señor, que no se deje llevar un poco más allá de los límites de la necesidad? Sea quien sea, es un hombre grande; que engrandezca tu Nombre. Pero yo no soy así, porque soy un hombre pecador.

Sin embargo, también yo engrandezco tu nombre; y quien ha vencido al mundo intercede ante ti por mis pecados, contándome entre los miembros débiles de su cuerpo; porque tus ojos han visto lo que en él es imperfecto, y todos quedarán escritos en tu libro.

Los atractivos de los olores no me preocupan mucho. Cuando faltan, no los echo de menos; cuando están presentes, no los rechazo; pero siempre estoy dispuesto a prescindir de ellos. Así me parece que soy; tal vez me engaño.

Porque también es una oscuridad lamentable aquella que me oculta mis propias capacidades interiores; de modo que mi mente, al interrogarse sobre sus propias fuerzas, no se atreve a confiar fácilmente en sí misma; por-

que incluso lo que hay en ella permanece oculto en su mayor parte, a menos que la experiencia lo revele.

Y nadie debe sentirse seguro en esta vida, que toda ella se llama prueba, de que quien ha podido pasar de peor a mejor no pueda igualmente pasar de mejor a peor. Nuestra única esperanza, nuestra única confianza, nuestra única promesa segura es tu misericordia.

Los deleites del oído me habían enredado y sometido con mayor firmeza; pero tú me soltaste y me liberaste. Ahora encuentro un poco de descanso en esas melodías a las que tus palabras dan alma, cuando se cantan con voz dulce y afinada; pero no de tal modo que quede preso en ellas, sino que puedo desprenderme cuando quiero.

Sin embargo, junto con las palabras que son su vida y por las cuales encuentran entrada en mí, las melodías mismas buscan en mis afectos un lugar de cierta estima, y apenas consigo asignarles uno adecuado.

Porque a veces me parece que les concedo más honor del que conviene, al sentir que nuestras mentes se encienden más santa y fervorosamente en una llama de devoción por las palabras santas mismas cuando se cantan así que cuando no se cantan; y que los diversos afectos de nuestro espíritu tienen, en una dulce variedad, sus propios ritmos en la voz y en el canto, por cierta correspondencia oculta que los despierta.

Pero este deleite de la carne, al que no debe entregarse el alma hasta debilitarse, me engaña a menudo, pues los sentidos no sirven a la razón siguiéndola con paciencia; antes bien, aunque solo se les ha dado entrada por ella,

se esfuerzan incluso por adelantársele y guiarla. Así peco en estas cosas sin darme cuenta, aunque después lo advierto.

Otras veces, al evitar con excesiva preocupación este mismo engaño, caigo en una severidad demasiado grande; y a veces hasta el punto de desear que toda la melodía de la dulce música que acompaña al Salterio de David sea desterrada de mis oídos y también de los de la Iglesia; y me parece más segura aquella manera de la que recuerdo haber oído hablar muchas veces acerca de Atanasio, obispo de Alejandría, quien hacía que el lector del salmo lo recitara con una inflexión de voz tan leve que se acercaba más al habla que al canto.

Sin embargo, cuando recuerdo las lágrimas que derramé con la salmodia de tu Iglesia al comienzo de mi fe recobrada, y cómo ahora me conmueven, no el canto, sino las cosas que se cantan, cuando se cantan con voz clara y una modulación muy apropiada, reconozco la gran utilidad de esta práctica.

Así vacilo entre el peligro del placer y el beneficio comprobado, inclinándome más bien, aunque sin pronunciar una opinión irrevocable, a aprobar la costumbre de cantar en la iglesia, para que por el deleite de los oídos las mentes más débiles puedan elevarse al sentimiento de la devoción.

Sin embargo, cuando me sucede que me conmueve más la voz que las palabras cantadas, confieso haber cometido un pecado merecedor de castigo, y entonces preferiría no oír música. Mirad ahora mi estado; llorad conmigo y llorad por mí, todos los que gobernáis vuestros sentimientos interiores de manera que de ellos nazcan buenas acciones.

Porque a vosotros, que no actuáis, estas cosas no os afectan. Pero tú, Señor, Dios mío, escucha; mira, ve, ten misericordia y sáname, tú, en cuya presencia me he convertido en un problema para mí mismo; y esa es mi debilidad.

Queda el placer de estos ojos de mi carne, sobre el cual debo hacer mis confesiones ante los oídos de tu templo, esos oídos fraternos y devotos; y así concluir las tentaciones del deseo de la carne que todavía me asaltan, mientras gimo intensamente y deseo ser revestido de mi morada del cielo. Los ojos aman las formas bellas y variadas, y los colores brillantes y suaves.

Que estas cosas no ocupen mi alma; que la ocupe más bien Dios, que hizo estas cosas, muy buenas ciertamente, pero él es mi bien, no ellas. Y estas me afectan durante todo el día mientras estoy despierto, sin que se me conceda descanso de ellas, como a veces, en el silencio, descanso de la música y de todas las voces.

Porque esta reina de los colores, la luz, que baña todo cuanto contemplamos, dondequiera que esté durante el día, se desliza junto a mí en formas variadas y me acaricia cuando estoy ocupado en otras cosas, sin prestarle atención. Y se entrelaza tan fuertemente conmigo que, si de pronto se retira, la busco con ansia, y si falta durante mucho tiempo, entristece la mente.

Oh tú, Luz que vio Tobías cuando, cerrados estos ojos, enseñaba a su hijo el camino de la vida, y él mismo lo precedía con los pies de la caridad, sin desviarse jamás. O la que vio Isaac cuando, debilitados y cerrados por la vejez sus ojos de carne, le fue concedido bendecir a sus hijos sin conocerlos, y conocerlos al bendecirlos.

O la que vio Jacob cuando también él, ciego por su avanzada edad, con el corazón iluminado, arrojó luz, en las personas de sus hijos, sobre las distintas estirpes del pueblo futuro, prefiguradas en ellos; y puso sus manos, cruzadas con sentido místico, sobre sus nietos, los hijos de José, no como el padre de estos, guiado por la vista exterior, intentaba corregírselas, sino como él mismo discernía interiormente.

Esta es la luz, es una sola, y todos los que la ven y la aman son uno. Pero aquella luz corporal de la que hablaba sazona la vida de este mundo para sus ciegos amantes con una dulzura seductora y peligrosa. Sin embargo, quienes saben alabarte por ella, «oh Señor, creador de todo», la incorporan a los himnos que te cantan, y no quedan prendidos de ella en su sueño.

Así quisiera ser yo. Resisto estas seducciones de los ojos para que no queden atrapados mis pies, con los que ando por tu camino; y elevo hacia ti mis ojos invisibles para que saques mis pies de la trampa. Una y otra vez los sacas, porque quedan atrapados.

No cesas de sacarlos, mientras yo a menudo me enredo en las trampas tendidas por todas partes; porque tú, que guardas a Israel, no te adormecerás ni dormirás.

⁂

¡Qué innumerables adornos, hechos mediante diversas artes y oficios, en nuestros vestidos, zapatos, utensilios y obras de toda clase, también en pinturas e imágenes diversas, y que exceden con mucho todo uso necesario y moderado y toda significación piadosa, han añadido los hombres para tentar con ellos sus propios ojos, siguiendo por fuera lo que ellos mismos ha-

cen, abandonando por dentro a aquel por quien fueron hechos y destruyendo aquello que ellos mismos han sido hechos!

Pero yo, Dios mío y Gloria mía, también por esto te canto un himno y consagro alabanzas a quien me consagra, porque esos bellos modelos que pasan por las almas de los hombres hasta sus hábiles manos proceden de aquella Belleza que está por encima de nuestras almas y por la que mi alma suspira día y noche.

Pero los creadores y seguidores de las bellezas exteriores toman de allí la regla para juzgarlas, aunque no para usarlas. Y él está allí, aunque no lo perciban, para que no anden errantes, sino que guarden sus fuerzas para ti y no las dispersen en un cansancio placentero.

Y yo, aunque digo y veo esto, enredo mis pasos en estas bellezas exteriores; pero tú me sacas, Señor, tú me sacas, porque tu bondad amorosa está ante mis ojos. Porque yo quedo atrapado miserablemente, y tú me sacas misericordiosamente; a veces sin que lo advierta, cuando apenas me había posado en ellas; otras veces con dolor, porque había quedado firmemente prendido de ellas.

A esto se añade otra forma de tentación, peligrosa de muchas más maneras. Porque, además de aquella concupiscencia de la carne que consiste en el deleite de todos los sentidos y placeres, en la que sus esclavos, que se alejan de ti, se consumen y perecen, el alma tiene, por medio de esos mismos sentidos del cuerpo, cierto deseo vano y curioso, encubierto bajo el nombre de conocimiento y saber, no de deleitarse en la carne, sino de hacer experiencias por medio de la carne.

Como este deseo tiene su sede en el afán de conocer, y la vista es el sentido que más se usa para alcanzar el conocimiento, en el lenguaje divino se llama el deseo de los ojos. Porque ver corresponde propiamente a los ojos; sin embargo, también usamos esta palabra para los otros sentidos cuando los empleamos en la búsqueda del conocimiento.

Pues no decimos: escucha cómo relampaguea, o huele cómo resplandece, o saborea cómo brilla, o toca cómo reluce; porque de todas estas cosas se dice que se ven. Y, sin embargo, no solo decimos: mira cómo brilla, lo cual únicamente pueden percibir los ojos; sino también: mira cómo suena, mira cómo huele, mira cómo sabe, mira qué duro es.

Y así, la experiencia general de los sentidos, como se ha dicho, se llama el deseo de los ojos, porque los demás sentidos, por semejanza, se atribuyen la función de ver, en la que los ojos tienen la primacía, cuando buscan algún conocimiento.

Pero por esto puede distinguirse con mayor claridad cuándo el objeto de los sentidos es el placer y cuándo la curiosidad; porque el placer busca objetos bellos, melodiosos, fragantes, sabrosos, suaves; pero la curiosidad, por el afán de experimentar, busca también lo contrario, no por sufrir una molestia, sino por el deseo de probarlo y conocerlo.

Porque ¿qué placer hay en ver en un cadáver mutilado algo que te haga estremecer? Y, sin embargo, si yace cerca, acuden allí en tropel para entristecerse y palidecer. Incluso en sueños temen verlo. ¡Como si, estando despiertos, alguien los obligara a verlo, o alguna noticia de su belleza los atrajera allí! Así ocurre también con los otros sentidos, que sería largo recorrer.

De esta enfermedad de la curiosidad proceden todos esos extraños espectáculos que se exhiben en el teatro. De aquí pasan los hombres a investigar los poderes ocultos de la naturaleza, lo cual queda fuera de nuestro fin, cuyo conocimiento no aprovecha y en los que los hombres no desean otra cosa que conocer.

De aquí también que, con ese mismo fin de conocimiento pervertido, se recurra a las artes mágicas. De aquí también que, en la religión misma, se tiente a Dios cuando se le exigen señales y prodigios, que no se desean para ningún buen fin, sino únicamente para ponerlo a prueba.

En este desierto tan vasto, lleno de trampas y peligros, mira cuántas de ellas he cortado y expulsado de mi corazón, según me lo has concedido, oh Dios de mi salvación.

Y, sin embargo, ¿cuándo me atreveré a decir, ya que tantas cosas de esta clase zumban por todas partes en nuestra vida diaria, cuándo me atreveré a decir que nada semejante atrae mi atención ni despierta en mí un interés ocioso?

Es verdad que los teatros ya no me arrebatan, ni me interesa conocer el curso de los astros, ni mi alma consultó jamás a los espíritus de los difuntos; detesto todos los misterios sacrílegos. ¡Con qué artificios y sugerencias me acosa el enemigo para que desee alguna señal de ti, oh Señor, Dios mío, a quien debo un servicio humilde y de corazón sincero!

Pero te suplico, por nuestro Rey y por nuestra patria pura y santa, Jerusalén, que, así como estoy lejos de consentir en ello, lo esté siempre cada vez más. Pero cuando te ruego por la salvación de alguien, mi fin y mi inten-

ción son muy distintos. Tú me concedes y me concederás seguirte de buena voluntad, haciendo lo que tú quieras.

⁂

Sin embargo, ¿quién puede contar en cuántas cosas insignificantes y despreciables es tentada cada día nuestra curiosidad, y cuántas veces cedemos? ¡Cuántas veces empezamos como si toleráramos a quienes cuentan historias vanas, para no ofender a los débiles, y luego, poco a poco, nos interesamos por ellas!

Ya no voy al circo para ver a un perro perseguir a una liebre; pero si paso por el campo, quizá esa persecución me distraiga incluso de algún pensamiento importante y me arrastre tras ella: no es que desvíe el cuerpo de mi cabalgadura, pero sí inclino hacia allí mi mente.

Y si tú, después de hacerme ver mi debilidad, no me advirtieras pronto que, a partir de lo que veo, me eleve hacia ti mediante alguna reflexión, o bien que lo desprecie por completo y siga de largo, me quedaría absorto en ello, embotado. ¿Y qué decir de cuando, sentado en casa, una lagartija que caza moscas o una araña que enreda a las que se precipitan en sus redes atraen a menudo mi atención? ¿Es distinta la cosa porque sean criaturas pequeñas?

A partir de ellas paso a alabarte, maravilloso Creador y Ordenador de todo, pero esto no es lo que primero atrae mi atención. Una cosa es levantarse pronto y otra no caer. Y mi vida está llena de tales cosas; y mi única esperanza es tu maravillosa y gran misericordia.

Porque, cuando nuestro corazón se convierte en receptáculo de estas cosas y se sobrecarga con la multitud de tanta vanidad, también nuestras oraciones se ven a menudo interrumpidas y distraídas por ellas; y mientras en tu presencia dirigimos la voz de nuestro corazón a tus oídos, esta ocupación tan importante queda interrumpida por la irrupción de no sé qué pensamientos ociosos. ¿Contaremos, pues, también esto entre las cosas de poca importancia? ¿O podrá algo devolvernos la esperanza, salvo tu misericordia plena, puesto que has comenzado a cambiarnos?

Y tú sabes hasta qué punto me has cambiado ya, tú que primero me curaste del afán de justificarme, para perdonar así todas mis demás iniquidades, sanar todas mis dolencias, rescatar mi vida de la corrupción, coronarme de misericordia y compasión, y saciar mis deseos con bienes; tú que refrenaste mi soberbia con el temor de ti y sometiste mi cuello a tu yugo. Y ahora lo llevo, y me resulta ligero, porque así lo has prometido y así lo has hecho; y en verdad ya lo era, aunque yo no lo sabía cuando temía tomarlo.

Pero, oh Señor, tú, el único Señor sin soberbia, porque eres el único Señor verdadero, que no tiene señor, ¿ha cesado también en mí esta tercera clase de tentación, o puede cesar durante toda esta vida? Es decir, desear ser temido y amado por los hombres sin otro fin que hallar en ello una alegría que no es alegría. ¡Qué vida miserable y qué vergonzosa jactancia!

De aquí procede, sobre todo, que los hombres no te amen ni te teman con pureza. Por eso resistes a los soberbios y das gracia a los humildes; sí, haces retumbar tus truenos sobre las ambiciones del mundo, y tiemblan los cimientos de los montes.

Ya que ciertos cargos de la sociedad humana hacen ahora necesario ser amado y temido por los hombres, el adversario de nuestra verdadera felicidad nos ataca con fuerza, tendiendo por todas partes sus trampas de «bien hecho, bien hecho», para que, al aferrarnos ávidamente a ellas, seamos atrapados sin advertirlo, apartemos nuestra alegría de tu verdad y la pongamos en el engaño de los hombres; y nos complazca ser amados y temidos, no por ti, sino en lugar de ti.

Y así, hechos semejantes a él, pueda tenerlos como suyos, no en los lazos del amor, sino en las cadenas del castigo: él, que se propuso establecer su trono en el norte, para que, sumidos en la oscuridad y el frío, le sirvieran, imitándote de manera perversa y torcida.

Pero nosotros, oh Señor, mira que somos tu pequeño rebaño; tómanos como tuyos, extiende tus alas sobre nosotros y déjanos volar bajo ellas. Sé tú nuestra gloria; que seamos amados por ti y que tu palabra sea temida en nosotros.

Quien desea ser alabado por los hombres cuando tú lo repruebas no será defendido por los hombres cuando tú lo juzgues, ni librado cuando tú lo condenes. Pero cuando no se alaba al pecador por los deseos de su alma, ni se bendice a quien obra impíamente, sino que se alaba a un hombre por algún don que tú le has concedido, y él se alegra más de la alabanza que recibe por sí mismo que de poseer el don por el que es alabado, también él recibe alabanzas mientras tú lo repruebas; mejor es quien alaba que quien es alabado.

Porque uno se complació en el don de Dios presente en el hombre; el otro se complació más en el don del hombre que en el de Dios.

Estas tentaciones nos asaltan cada día, oh Señor; nos asaltan sin cesar. Nuestro horno de cada día es la lengua de los hombres. Y también en esto nos mandas continencia. Da lo que mandas y manda lo que quieras. Tú conoces, en este asunto, los gemidos de mi corazón y los torrentes de mis ojos.

Porque no puedo saber hasta qué punto estoy más limpio de esta plaga, y temo mucho mis pecados ocultos, que tus ojos conocen y los míos no. Pues en otras clases de tentaciones tengo algún medio de examinarme; en esta, apenas ninguno.

Porque, al apartar mi mente de los placeres de la carne y de la curiosidad ociosa, veo cuánto he avanzado cuando prescindo de ellos, renunciando a ellos o sin tenerlos. Entonces me pregunto cuánto más o menos molesto me resulta no tenerlos.

En cuanto a las riquezas, que se desean para ponerlas al servicio de una, dos o las tres concupiscencias, si el alma no puede discernir si las desprecia cuando las posee, puede dejarlas de lado y así ponerse a prueba.

Pero, para estar sin alabanzas y probar en ello nuestras fuerzas, ¿hemos de vivir mal, incluso de manera tan depravada y atroz que nadie pueda conocernos sin detestarnos? ¿Qué mayor locura puede decirse o pensarse? Pero si la alabanza suele y debe acompañar una vida buena y las buenas obras, tan poco debemos renunciar a su compañía como a la misma vida buena. Sin embargo, no sé si puedo soportar bien o mal la falta de algo, a menos que me falte.

⁂

¿Qué te confieso, pues, en esta clase de tentación, oh Señor? ¿Qué, sino que me deleita la alabanza, pero más la verdad misma que la alabanza? Porque, si se me propusiera elegir entre vivir enloquecido en el error sobre todas las cosas y ser alabado por todos los hombres, o permanecer firme y bien asentado en la verdad y ser censurado por todos, veo qué debería escoger.

Sin embargo, quisiera que la aprobación ajena ni siquiera aumentara mi alegría por algún bien que haya en mí. Pero reconozco que la aumenta, y no solo eso, sino que la censura la disminuye. Y cuando me aflige esta miseria mía, se me ocurre una excusa cuyo valor tú conoces, oh Dios, porque a mí me deja en la incertidumbre.

Pues, como nos has mandado no solo continencia, es decir, de qué cosas debemos apartar nuestro amor, sino también justicia, es decir, en qué debemos ponerlo, y has querido que no te amemos solo a ti, sino también a nuestro prójimo, a menudo, cuando me agrada una alabanza inteligente, me parece que me agrada el progreso o la buena disposición de mi prójimo, o que me duele el mal que hay en él cuando lo oigo censurar lo que no comprende o lo que es bueno.

Porque a veces me entristece mi propia alabanza, ya sea cuando alaban en mí cosas que me desagradan de mí mismo, o cuando estiman bienes menores e insignificantes más de lo debido.

Pero, una vez más, ¿cómo sé si me siento así porque no quiero que quien me alaba discrepe de mí acerca de mí mismo, movido no por la preocupación por él, sino porque esos mismos bienes que me agradan en mí me agradan más cuando también agradan a otro?

Porque, de algún modo, no me siento alabado cuando no se alaba el juicio que tengo de mí mismo, ya que se alaban cosas que me desagradan, o se alaban más las que menos me agradan. ¿Tengo, pues, dudas sobre mí mismo en este asunto?

Mira, en ti, oh Verdad, veo que no debo sentirme movido por mis propias alabanzas por mí mismo, sino por el bien de mi prójimo. Y no sé si es así en mí. Porque en esto me conozco menos a mí mismo que a ti. Te suplico ahora, oh Dios mío, que me descubras también a mí mismo, para que pueda confesar a mis hermanos, que han de orar por mí, en qué me encuentro herido.

Déjame examinarme de nuevo con mayor cuidado. Si en mi alabanza me mueve el bien de mi prójimo, ¿por qué me afecta menos que otro sea censurado injustamente que si lo soy yo? ¿Por qué me hiere más el reproche que se me hace a mí que el dirigido a otro, con la misma injusticia, en mi presencia? ¿Tampoco sé esto? ¿O será, al fin, que me engaño a mí mismo y no practico la verdad ante ti en mi corazón y en mi lengua?

Aleja de mí esta locura, oh Señor, para que mi propia boca no sea para mí el aceite del pecador que unge mi cabeza. Soy pobre y necesitado; pero estoy mejor cuando, entre gemidos ocultos, me desagrado a mí mismo y busco tu misericordia, hasta que lo que falta en mi estado imperfecto sea renovado y perfeccionado, hasta alcanzar esa paz que el ojo del soberbio no conoce.

Sin embargo, la palabra que sale de la boca y las obras conocidas por los hombres traen consigo una tentación muy peligrosa por medio del amor a la alabanza, que, para afirmar cierta excelencia propia, solicita y reúne la aprobación de los hombres.

Me tienta incluso cuando yo mismo lo repruebo en mí, precisamente porque lo repruebo; y a menudo se gloría con mayor vanidad del propio desprecio de la vanagloria. Y así, aquello de lo que se gloría ya no es desprecio de la vanagloria, porque no la desprecia cuando se gloría.

También dentro, en el interior, hay otro mal que nace de una tentación semejante, por el cual los hombres se vuelven vanos, complaciéndose en sí mismos, aunque no agraden a los demás, les desagraden o no les importe agradarles.

Pero, al complacerse en sí mismos, te desagradan mucho, no solo porque se deleitan en cosas que no son buenas como si lo fueran, sino también en tus bienes como si fueran suyos; o, aunque los reconozcan como tuyos, como si los hubieran recibido por sus propios méritos; o, aunque los atribuyan a tu gracia, sin alegría fraterna, sino envidiando esa gracia en los demás.

En todos estos peligros y sufrimientos, y en otros semejantes, tú ves el temblor de mi corazón; y siento más que tú curas mis heridas que que yo no me las haya causado.

¿Por dónde no has caminado conmigo, oh Verdad, enseñándome de qué guardarme y qué desear, cuando te presentaba lo que podía descubrir aquí abajo y te consultaba? Con mis sentidos exteriores, en la medida de mis posibilidades, examiné el mundo y observé la vida que mi cuerpo recibe de mí, y estos sentidos míos.

De allí entré en los rincones de mi memoria, en aquellas numerosas y espaciosas cámaras, admirablemente provistas de innumerables reservas; y las

contemplé y quedé asombrado, pues no podía distinguir ninguna de estas cosas sin ti, y no encontraba que ninguna de ellas fueras tú.

Tampoco era yo mismo tú, yo que descubrí estas cosas, que las recorrí todas y me esforcé por distinguir y valorar cada una según su dignidad, aceptando unas por el testimonio de mis sentidos, preguntándome por otras que sentía mezcladas conmigo, contando y distinguiendo a los propios mensajeros, y repasando unas cosas en el gran tesoro de mi memoria, guardando otras y sacando otras.

Tampoco era tú yo mismo cuando hacía esto, es decir, aquella facultad mía con la que lo hacía, pues tú eres la luz permanente a la que consultaba acerca de todas estas cosas: si existían, qué eran y cómo debían valorarse; y te oía dirigirme y darme órdenes.

Esto lo hago a menudo, esto me deleita, y en la medida en que puedo librarme de mis deberes necesarios, recurro a este placer. Y entre todas estas cosas que recorro consultándote, no encuentro ningún lugar seguro para mi alma sino en ti, donde puedan reunirse mis miembros dispersos y nada de mí se aparte de ti.

Y a veces me permites experimentar, en lo más íntimo de mi alma, un sentimiento muy poco habitual, que se eleva hasta una dulzura extraordinaria; si esta llegara a ser perfecta en mí, no sé qué habría en ella que no perteneciera a la vida venidera.

Pero, por mis miserables cargas, vuelvo a hundirme en estas cosas inferiores, y la antigua costumbre me arrastra de nuevo, y quedo atrapado, y lloro mucho, pero sigo fuertemente atrapado. Tanto nos abruma el peso de una

mala costumbre. Aquí puedo quedarme, pero no quiero; allí quiero, pero no puedo; de ambas maneras soy desdichado.

⁂

Así, pues, he examinado las enfermedades de mis pecados en aquella triple concupiscencia, y he invocado tu mano derecha para que me ayude. Pues con el corazón herido he contemplado tu resplandor y, rechazado por él, dije: «¿Quién puede llegar hasta allí? He sido arrojado lejos de la mirada de tus ojos».

Tú eres la Verdad que preside sobre todo, pero yo, por mi codicia, no quería renunciar a ti, sino poseer contigo una mentira; así como nadie querría mentir de tal manera que él mismo ignorara la verdad. Así, pues, te perdí, porque no te dignas dejarte poseer junto con una mentira.

¿A quién podía encontrar para que me reconciliara contigo? ¿Debía recurrir a los ángeles? ¿Con qué oraciones? ¿Con qué sacramentos? Muchos que se esforzaban por volver a ti, sin poder lograrlo por sí mismos, han intentado esto, según he oído, y han caído en el deseo de visiones extraordinarias, y se los ha considerado merecedores de ser engañados.

Pues, llenos de arrogancia, te buscaron mediante el orgullo del saber, hinchándose de vanidad en vez de golpearse el pecho; y así, por la afinidad de sus corazones, atrajeron hacia sí a los príncipes del aire, cómplices de su orgullo, quienes los engañaron mediante influencias mágicas, mientras buscaban un mediador por quien pudieran ser purificados, y no lo había.

Pues era el diablo, que se transformaba en ángel de luz. Y a la carne orgullosa la seducía mucho que él no tuviera un cuerpo de carne. Pues ellos

eran mortales y pecadores; pero tú, Señor, con quien orgullosamente buscaban reconciliarse, eres inmortal y sin pecado.

Pero un mediador entre Dios y el hombre debe tener algo semejante a Dios y algo semejante a los hombres; para que, siendo en ambas cosas semejante al hombre, no quede lejos de Dios; o, si en ambas es semejante a Dios, no sea demasiado distinto del hombre, y así no sea mediador.

Aquel mediador engañoso, pues, por quien en tus secretos juicios el orgullo mereció ser engañado, tiene una cosa en común con el hombre, que es el pecado; otra quisiera aparentar que tiene en común con Dios: al no estar revestido de la mortalidad de la carne, quisiera presumir de ser inmortal.

Pero, como la paga del pecado es la muerte, tiene esto en común con los hombres: que junto con ellos ha de ser condenado a muerte.

Pero el verdadero Mediador, a quien en tu secreta misericordia has mostrado a los humildes y has enviado para que también por su ejemplo aprendieran esa misma humildad, aquel Mediador entre Dios y el hombre, el hombre Cristo Jesús, apareció entre los pecadores mortales y el Justo inmortal; mortal con los hombres, justo con Dios: para que, puesto que la recompensa de la justicia es vida y paz, por una justicia unida a Dios pudiera anular la muerte de los pecadores, hechos ya justos, muerte que quiso compartir con ellos.

Por eso fue revelado a los santos de la antigüedad, para que ellos, mediante la fe en su Pasión venidera, como nosotros mediante la fe en su Pasión ya pasada, pudieran salvarse. Pues como hombre era Mediador; pero como

Verbo no estaba en medio entre Dios y el hombre, porque era igual a Dios, y Dios con Dios, y juntos un solo Dios.

¡Cómo nos has amado, Padre bueno, que no perdonaste a tu Hijo único, sino que lo entregaste por nosotros, los impíos! ¡Cómo nos has amado, pues por nosotros aquel que no consideró un robo ser igual a ti se sometió incluso a la muerte de cruz, él solo, libre entre los muertos, con poder para entregar su vida y poder para recobrarla!

Por nosotros fue ante ti Vencedor y Víctima, y por eso Vencedor, porque fue Víctima; por nosotros fue ante ti Sacerdote y Sacrificio, y por eso Sacerdote, porque fue Sacrificio; haciendo que, de siervos, fuéramos hijos tuyos, al nacer de ti y servirnos.

Con razón, pues, es firme mi esperanza en él de que sanarás todas mis dolencias por medio de aquel que está sentado a tu derecha e intercede por nosotros; de otro modo, desesperaría. Pues muchas y grandes son mis dolencias, muchas son, y grandes; pero tu medicina es más poderosa.

Podríamos imaginar que tu Verbo estaba lejos de toda unión con el hombre, y desesperar de nosotros mismos, si él no se hubiera hecho carne y habitado entre nosotros.

Aterrado por mis pecados y por la carga de mi miseria, había considerado en mi corazón y decidido huir al desierto; pero tú me lo prohibiste y me fortaleciste, diciendo: Por eso Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió por ellos.

Mira, Señor, deposito en ti mis preocupaciones para que pueda vivir y contemplar las maravillas de tu ley. Tú conoces mi falta de habilidad y mis do-

lencias; enséñame y sáname. Él, tu Hijo único, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, me ha redimido con su sangre.

Que los orgullosos no hablen mal de mí, porque medito en el precio de mi rescate, y como y bebo, y lo comparto; y, pobre, he deseado saciarme de él entre los que comen y se sacian; y alabarán al Señor quienes lo buscan.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO XI

✦

Señor, ya que la eternidad es tuya, ¿acaso ignoras lo que te digo? ¿O ves en el tiempo lo que sucede en el tiempo? ¿Por qué, entonces, expongo ordenadamente ante ti tantos relatos? No, en verdad, para que los conozcas por mí, sino para avivar mi devoción y la de mis lectores hacia ti, a fin de que todos podamos decir: Grande es el Señor y muy digno de alabanza.

Ya lo he dicho, y volveré a decirlo: por amor a tu amor hago esto. Pues también oramos, y, sin embargo, la Verdad ha dicho: Vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de que se lo pidáis.

Son, entonces, nuestros afectos los que abrimos ante ti, confesando nuestras miserias y tus misericordias para con nosotros, para que nos liberes por completo, puesto que ya has comenzado, a fin de que dejemos de ser desdichados en nosotros mismos y seamos dichosos en ti; pues nos has llamado a ser pobres de espíritu, mansos, a llorar, a tener hambre y sed de justicia, a ser misericordiosos, limpios de corazón y pacificadores.

Mira, te he contado muchas cosas, como he podido y como he querido, porque tú quisiste primero que me confesara ante ti, Señor Dios mío. Porque eres bueno, porque tu misericordia dura para siempre.

Pero ¿cómo me bastará la lengua de mi pluma para expresar todas tus exhortaciones, todos tus terrores, consuelos y orientaciones, con los que me llevaste a predicar tu Palabra y a administrar tu Sacramento a tu pueblo?

Y aunque me baste para expresarlos en orden, las gotas del tiempo son preciosas para mí; y hace mucho que ardo en deseos de meditar en tu ley y de confesarte en ella mi saber y mi ignorancia, el amanecer de tu luz y los restos de mis tinieblas, hasta que la debilidad sea absorbida por la fuerza.

Y no quisiera que ninguna otra cosa me robara esas horas que encuentro libres de la necesidad de reponer mi cuerpo y las fuerzas de mi mente, y del servicio que debemos a los hombres, o que, aun sin deberlo, les prestamos.

Señor Dios mío, presta oído a mi oración y que tu misericordia escuche mi deseo: porque no se preocupa solo por mí, sino que quisiera servir al amor fraterno; y tú ves en mi corazón que así es. Quisiera ofrecerte en sacrificio el servicio de mi pensamiento y de mi lengua; dame tú lo que pueda ofrecerte.

Porque soy pobre y necesitado, y tú eres rico para todos los que te invocan; tú, a quien no alcanza la preocupación, te preocupas por nosotros. Circuncida mis labios interiores y exteriores, apartando de ellos toda temeridad y toda mentira: que tus Escrituras sean mis delicias puras; que no me engañe al leerlas ni engañe a otros con ellas.

Señor, escucha y ten piedad, Señor Dios mío, Luz de los ciegos y Fuerza de los débiles; sí, también Luz de los que ven y Fuerza de los fuertes; escucha a mi alma y óyela clamar desde las profundidades. Porque si tus oídos no están con nosotros también en las profundidades, ¿adónde iremos? ¿Adónde clamaremos?

Tuyo es el día y tuya es la noche; a una señal tuya pasan volando los instantes. Concédenos una parte de ellos para meditar en las cosas ocultas de tu

ley, y no nos cierres la puerta a quienes llamamos.

Pues no en vano quisiste que se escribieran los oscuros secretos de tantas páginas; ni faltan en esos bosques los ciervos que se retiran a ellos, los recorren y caminan por ellos; se alimentan, se recuestan y rumian. Perfeccióname, Señor, y revélamelos. Mira, tu voz es mi alegría; tu voz supera la abundancia de los placeres.

Dame lo que amo: porque amo, y esto me lo has dado tú; no abandones tus propios dones ni desprecies tu hierba verde que tiene sed. Que te confiese cuanto encuentre en tus libros, que escuche la voz de la alabanza, que beba de ti y medite en las maravillas de tu ley; desde el principio, en el que hiciste el cielo y la tierra, hasta el reinado eterno de tu ciudad santa contigo.

Señor, ten misericordia de mí y escucha mi deseo. Pues no es, creo, un deseo de cosas de la tierra, ni de oro y plata, ni de piedras preciosas, ni de vestidos espléndidos, ni de honores y cargos, ni de los placeres de la carne, ni de lo necesario para el cuerpo y para esta vida de nuestra peregrinación: todo lo cual se dará por añadidura a quienes buscan tu reino y tu justicia.

Mira, Señor Dios mío, dónde está mi deseo. Los malvados me han hablado de delicias, pero no son como tu ley, Señor. Mira dónde está mi deseo. Mira, Padre, mira, ve y aprueba; y sea agradable a los ojos de tu misericordia que yo encuentre gracia ante ti, para que se me abra el sentido íntimo de tus palabras cuando llamo a su puerta.

Te lo suplico por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, el Hombre de tu diestra, el Hijo del hombre, a quien has establecido para ti como Mediador tuyo y nuestro, por quien nos buscaste cuando no te buscábamos, y nos

buscaste para que te buscáramos; tu Palabra, por quien hiciste todas las cosas y, entre ellas, también a mí; tu Unigénito, por quien llamaste a la adopción al pueblo creyente y, en él, también a mí; te lo suplico por aquel que está sentado a tu derecha e intercede ante ti por nosotros, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Estos busco en tus libros. De él escribió Moisés; él mismo lo dice; lo dice la Verdad.

Quisiera oír y entender cómo «En el principio hiciste el cielo y la tierra». Moisés escribió esto, lo escribió y partió, pasó de aquí, de ti a ti; y ahora no está ante mí. Pues, si lo estuviera, lo retendría y le preguntaría, y le suplicaría por ti que me revelara estas cosas, y acercaría los oídos de mi cuerpo a los sonidos que brotaran de su boca.

Y si hablara hebreo, en vano llegaría su voz a mis sentidos, y nada de ella alcanzaría mi mente; pero si hablara latín, sabría lo que decía. Pero ¿cómo sabría si decía la verdad? Y aun si también supiera esto, ¿lo sabría por él?

En verdad, dentro de mí, en mi interior, en la estancia de mis pensamientos, la Verdad, que no es hebrea, ni griega, ni latina, ni bárbara, sin órganos de voz ni lengua, ni sonido de sílabas, diría: «Es verdad», y yo al instante le diría con confianza a aquel hombre tuyo: «Dices la verdad».

Así pues, ya que no puedo preguntarle a él, a ti, a ti te suplico, Verdad, de quien él estaba lleno cuando dijo la verdad; a ti, Dios mío, te suplico que perdones mis pecados; y tú, que concediste a tu siervo decir estas cosas, concédeme también a mí entenderlas.

⁂

Mira, el cielo y la tierra existen; proclaman que fueron creados, porque cambian y varían. En cambio, todo lo que no ha sido hecho y, sin embargo, existe, no tiene en sí nada que antes no tuviera; y en esto consiste cambiar y variar.

Proclaman también que no se hicieron a sí mismos: «Por eso existimos, porque hemos sido hechos; por tanto, no existíamos antes de existir, como para hacernos a nosotros mismos». Ahora bien, la evidencia de la cosa es la voz de quienes hablan.

Tú, pues, Señor, los hiciste; tú, que eres hermoso, pues ellos son hermosos; tú, que eres bueno, pues ellos son buenos; tú, que eres, pues ellos son; y, sin embargo, no son hermosos ni buenos, ni existen como tú, su Creador, eres; comparados contigo, ni son hermosos, ni buenos, ni existen. Esto lo sabemos, gracias a ti. Y nuestro conocimiento, comparado con tu conocimiento, es ignorancia.

Pero ¿cómo hiciste el cielo y la tierra? ¿Y cuál fue el instrumento de tu obra tan poderosa? Pues no fue como un artesano humano, que forma un cuerpo a partir de otro según el criterio de su mente, la cual puede, de algún modo, darle la forma que ve en sí misma con su ojo interior. ¿Y de dónde le vendría la capacidad de hacerlo si tú no hubieras hecho esa mente?

Además, él da forma a algo que ya existe y tiene ser, como la arcilla, la piedra, la madera, el oro o cosas semejantes. ¿Y de dónde existirían si tú no hubieras dispuesto su existencia?

Tú hiciste el cuerpo del artesano, tú la mente que manda a los miembros, tú la materia con la que hace cualquier cosa; tú el entendimiento con el que aprende su arte y ve por dentro lo que hace por fuera; tú los sentidos de su cuerpo, mediante los cuales, como por un intérprete, puede trasladar de la mente a la materia lo que hace y comunicar a su mente lo que ha hecho, para que esta consulte en su interior a la verdad que la preside, si está bien hecho o no.

Todas estas cosas te alaban, Creador de todo. Pero ¿cómo las haces? ¿Cómo, Dios mío, hiciste el cielo y la tierra? En verdad, ni en el cielo ni en la tierra hiciste el cielo y la tierra; ni en el aire o en las aguas, pues también estos pertenecen al cielo y a la tierra; ni en el mundo entero hiciste el mundo entero, porque no había lugar donde hacerlo, antes de que fuera hecho para que existiera.

Tampoco tenías en tu mano cosa alguna con la que hacer el cielo y la tierra. Pues ¿de dónde habrías sacado algo que no hubieras hecho tú, para hacer con ello alguna cosa? Pues ¿qué existe sino porque tú eres? Por tanto, hablaste y fueron hechos, y en tu Palabra los hiciste.

Pero ¿cómo hablaste? ¿Del modo en que salió la voz de la nube, diciendo: Este es mi Hijo amado? Pues aquella voz pasó y se desvaneció, comenzó y terminó; las sílabas sonaron y pasaron, la segunda después de la primera, la tercera después de la segunda, y así sucesivamente, hasta la última después de las demás, y el silencio después de la última.

De ahí resulta del todo claro y evidente que la expresó el movimiento de una criatura, movimiento que también era temporal y servía a tu voluntad eterna. Y estas palabras tuyas, creadas por un tiempo, las comunicó el oído

exterior al alma inteligente, cuyo oído interior estaba atento a tu Palabra eterna.

Pero ella comparó estas palabras que sonaban en el tiempo con tu Palabra eterna en el silencio, y dijo: «Es diferente, muy diferente. Estas palabras están muy por debajo de mí y ni siquiera existen, porque huyen y pasan; pero la Palabra de mi Señor permanece por encima de mí para siempre».

Si, pues, con palabras que sonaban y pasaban dijiste que se hicieran el cielo y la tierra, y así hiciste el cielo y la tierra, había una criatura corporal antes del cielo y de la tierra, por cuyos movimientos en el tiempo pudiera aquella voz seguir su curso en el tiempo.

Pero no había nada corporal antes del cielo y de la tierra; o, si lo había, ciertamente habías creado, sin tal voz pasajera, aquello con lo que harías esta voz pasajera para decir con ella: Háganse el cielo y la tierra.

Pues fuera lo que fuera aquello con lo que se hiciera semejante voz, si no hubiera sido hecho por ti, no podría existir en absoluto. ¿Con qué Palabra hablaste, entonces, para que se hiciera un cuerpo con el que, a su vez, pudieran hacerse estas palabras?

Nos llamas, entonces, a entender la Palabra, Dios contigo, que eres Dios, la cual es pronunciada eternamente, y por ella todas las cosas son dichas eternamente. Pues lo que se dijo no fue dicho sucesivamente, terminando una cosa para poder decir la siguiente, sino todas las cosas a la vez y eternamente.

De otro modo tendríamos tiempo y cambio, y no verdadera eternidad ni verdadera inmortalidad. Esto lo sé, Dios mío, y te doy gracias. Lo sé, te lo

confieso, Señor, y conmigo lo sabe y te bendice todo el que no es ingrato a la Verdad cierta.

Lo sabemos, Señor, lo sabemos; pues en la medida en que algo que era deja de ser, y algo que no era empieza a ser, en esa medida muere y nace. Nada, pues, de tu Palabra cede su lugar ni ocupa el de otra cosa, porque ella es verdaderamente inmortal y eterna.

Y por eso a la Palabra coeterna contigo le dices a la vez y eternamente todo lo que dices; y todo lo que dices que se haga, se hace; y no haces las cosas sino diciéndolas; y, sin embargo, no se hacen todas a la vez ni son eternas todas las cosas que haces diciéndolas.

⁂

¿Por qué, te lo ruego, Señor, Dios mío? Lo veo en cierto modo; pero no sé cómo expresarlo, a menos que sea así: todo lo que comienza a ser y deja de ser comienza y termina cuando en tu Razón eterna se conoce que debe comenzar o terminar; en esa Razón nada comienza ni termina. Esta es tu Palabra, que es también «el Principio, porque también nos habla».

Así habla en el Evangelio por medio de la carne; y esto resonó exteriormente en los oídos de los hombres, para que creyeran en ello, lo buscaran interiormente y lo encontraran en la Verdad eterna, donde el Maestro bueno y único enseña a todos sus discípulos.

Allí, Señor, oigo tu voz que me habla, porque quien nos enseña nos habla; pero quien no nos enseña, aunque hable, no nos habla a nosotros. ¿Quién nos enseña, sino la Verdad inmutable?

Pues incluso cuando recibimos una advertencia por medio de una criatura mudable, solo se nos conduce a la Verdad inmutable, donde aprendemos verdaderamente mientras permanecemos y lo escuchamos, y nos alegramos mucho por la voz del Esposo, que nos devuelve a aquel de quien procedemos.

Y por eso es el Principio, porque, si no permaneciera, cuando nos extraviáramos no habría adónde volver. Pero cuando volvemos del error, lo hacemos mediante el conocimiento; y para que podamos conocer, él nos enseña, porque es el Principio y nos habla.

En este Principio, Dios mío, hiciste el cielo y la tierra, en tu Palabra, en tu Hijo, en tu Poder, en tu Sabiduría, en tu Verdad; hablando de manera maravillosa y obrando de manera maravillosa. ¿Quién lo comprenderá? ¿Quién lo expresará? ¿Qué es eso que brilla a través de mí y golpea mi corazón sin herirlo, y me hace estremecer y arder?

Me estremezco en cuanto soy distinto de ello; ardo en cuanto me le asemejo. Es la Sabiduría, la Sabiduría misma que brilla a través de mí y disipa mi oscuridad, que vuelve a envolverme cuando desfallezco ante ella, a causa de las tinieblas que se acumulan sobre mí para mi castigo.

Pues mis fuerzas quedan abatidas en la necesidad, de modo que no puedo sostener mis bendiciones hasta que tú, Señor, que has sido misericordioso con todas mis iniquidades, sanes todas mis dolencias. Porque también rescatarás mi vida de la corrupción, me coronarás de bondad y tierna misericordia, y colmarás de bienes mi deseo, porque mi juventud se renovará como la del águila.

Pues en esperanza somos salvados; por eso aguardamos con paciencia tus promesas. Quien pueda, que te oiga hablar interiormente desde tu oráculo; yo exclamaré con audacia: ¡Qué maravillosas son tus obras, Señor! Todas las hiciste con Sabiduría; y esta Sabiduría es el Principio, y en ese Principio hiciste el cielo y la tierra.

Mira, ¿no están llenos de su vieja levadura quienes nos dicen: «¿Qué hacía Dios antes de hacer el cielo y la tierra? Pues si —dicen— estaba inactivo y no obraba, ¿por qué no sigue así en adelante y para siempre, como estuvo antes? Porque, si surgió en Dios algún movimiento nuevo y una voluntad nueva de hacer una criatura que nunca antes había hecho, ¿cómo sería verdadera eternidad aquella en la que surge una voluntad que antes no existía? Pues la voluntad de Dios no es una criatura, sino que es anterior a la criatura, ya que nada podría ser creado si no lo hubiera precedido la voluntad del Creador.

La voluntad de Dios pertenece, por tanto, a su propia Sustancia. Y si en la Sustancia de Dios ha surgido algo que antes no existía, esa Sustancia no puede llamarse verdaderamente eterna. Pero si desde la eternidad ha sido voluntad de Dios que existiera la criatura, ¿por qué no ha existido también la criatura desde la eternidad?»

Quienes hablan así todavía no te comprenden, Sabiduría de Dios, Luz de las almas; todavía no comprenden cómo se hacen las cosas que por ti y en ti son hechas. Sin embargo, se esfuerzan por comprender las cosas eternas, mientras su corazón fluctúa entre los movimientos de las cosas pasadas y futuras, y sigue siendo inestable. ¿Quién lo sujetará y lo fijará, para que se aquiete un momento y capte por un momento la gloria de esa Eternidad

siempre inmóvil, y la compare con los tiempos, que nunca están inmóviles, y vea que no admite comparación; y que un tiempo largo solo puede hacerse largo por muchos movimientos que pasan y que no pueden prolongarse todos a la vez; pero que en lo Eterno nada pasa, sino que todo está presente, mientras que ningún tiempo está presente todo a la vez; y que todo tiempo pasado es empujado por el tiempo futuro, y todo tiempo futuro sigue al pasado; y que todo lo pasado y lo futuro es creado y fluye de aquello que está siempre presente? ¿Quién sujetará el corazón del hombre para que se detenga y vea cómo la eternidad, siempre inmóvil, sin ser pasada ni futura, da origen a los tiempos pasados y futuros? ¿Puede hacer esto mi mano, o puede la mano de mi boca lograr con palabras algo tan grande?

Mira, respondo a quien pregunta: «¿Qué hacía Dios antes de hacer el cielo y la tierra?». No respondo como se cuenta que alguien respondió en broma, eludiendo la dificultad de la pregunta: «Preparaba el infierno —dijo— para quienes escudriñan los misterios». Una cosa es responder a las preguntas y otra burlarse de quienes preguntan.

Así pues, no respondo de ese modo, porque preferiría responder «No lo sé» a lo que no sé, antes que provocar la risa a costa de quien pregunta cosas profundas y conseguir alabanzas para quien responde cosas falsas.

Pero digo que tú, Dios nuestro, eres el Creador de toda criatura; y si por el nombre de «cielo y tierra» se entiende toda criatura, digo con audacia que antes de hacer el cielo y la tierra, Dios no hacía cosa alguna. Pues, si hacía algo, ¿qué podía hacer sino una criatura?

Y ojalá supiera todo lo que deseo saber para mi provecho como sé que ninguna criatura fue hecha antes de que fuera hecha criatura alguna.

⁂

Pero si alguna mente divagadora recorre las imágenes de los tiempos pasados y se asombra de que tú, Dios todopoderoso, que todo lo creas y todo lo sostienes, Hacedor del cielo y de la tierra, te abstuvieras durante innumerables siglos de una obra tan grande antes de querer hacerla, que despierte y considere que se asombra de ideas falsas.

Pues ¿cómo pudieron pasar innumerables siglos que tú no hiciste, tú, Autor y Creador de todos los siglos? ¿O qué tiempos podrían existir que no hubieran sido hechos por ti? ¿O cómo podrían pasar si nunca existieron? Siendo tú, por tanto, el Creador de todos los tiempos, si hubo algún tiempo antes de que hicieras el cielo y la tierra, ¿por qué dicen que te abstuviste de obrar?

Pues ese mismo tiempo lo hiciste tú, y no podían pasar tiempos antes de que hicieras esos tiempos. Pero si antes del cielo y de la tierra no había tiempo, ¿por qué se pregunta qué hacías entonces? Pues no había un «entonces» cuando no había tiempo.

Tampoco precedes al tiempo mediante el tiempo, pues de otro modo no precederías a todos los tiempos. Pero precedes a todas las cosas pasadas por la sublimidad de una eternidad siempre presente, y superas a todas las futuras porque son futuras y, cuando lleguen, serán pasadas; pero tú eres el Mismo y tus años no se acaban.

Tus años ni vienen ni van; los nuestros, en cambio, vienen y van para que todos puedan llegar. Tus años permanecen juntos, porque permanecen; los que llegan no desplazan a los que se van, pues no pasan; pero los nuestros solo habrán sido todos cuando ya no sean.

Tus años son un solo día, y tu día no se repite cada día, sino que es Hoy, porque tu Hoy no cede el lugar al mañana, pues tampoco reemplaza al ayer. Tu Hoy es la Eternidad; por eso engendraste al Coeterno, a quien dijiste: Hoy te he engendrado. Tú hiciste todas las cosas y existes antes de todos los tiempos; y en ningún tiempo dejó de existir el tiempo.

Así pues, en ningún tiempo habías dejado de hacer algo, porque tú hiciste el tiempo mismo. Y ningún tiempo es coeterno contigo, porque tú permaneces; pero si los tiempos permanecieran, no serían tiempos. Pues ¿qué es el tiempo? ¿Quién puede explicarlo de manera sencilla y breve? ¿Quién puede comprenderlo siquiera con el pensamiento, como para decir una palabra sobre él?

Sin embargo, ¿qué mencionamos al hablar con más familiaridad y conocimiento que el tiempo? Y entendemos cuando hablamos de él; también entendemos cuando oímos a otro hablar de él. ¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; si quiero explicárselo a quien me lo pregunta, no lo sé.

Sin embargo, digo con audacia que sé que, si nada pasara, no habría tiempo pasado; y si nada viniera, no habría tiempo futuro; y si nada existiera, no habría tiempo presente. Esos dos tiempos, pues, el pasado y el futuro, ¿cómo existen, si el pasado ya no existe y el futuro todavía no existe?

Pero el presente, si siempre fuera presente y nunca pasara a ser pasado, no sería tiempo, sino eternidad. Si el tiempo presente, para ser tiempo, solo llega a existir porque pasa a ser pasado, ¿cómo podemos decir que existe aquello cuya causa de existir es que dejará de existir?

De modo que no podemos decir verdaderamente que el tiempo existe sino porque tiende a dejar de existir.

Y, sin embargo, decimos «un tiempo largo» y «un tiempo corto», aunque solo del tiempo pasado o futuro. Llamamos, por ejemplo, un tiempo pasado largo al de hace cien años, y un tiempo futuro largo al de dentro de cien años. Pero llamamos un tiempo pasado corto, supongamos, al de hace diez días, y un tiempo futuro corto al de dentro de diez días.

Pero ¿en qué sentido es largo o corto lo que no existe? Pues el pasado ya no existe y el futuro todavía no existe. No digamos, por tanto, «es largo», sino, del pasado, «ha sido largo», y del futuro, «será largo». Señor mío, Luz mía, ¿no se burlará también aquí tu Verdad del hombre?

Pues ese tiempo pasado que fue largo, ¿fue largo cuando ya había pasado o cuando todavía era presente? Porque solo podía ser largo cuando existía algo que pudiera ser largo; pero, una vez pasado, ya no existía, y por eso tampoco podía ser largo lo que no existía en absoluto.

No digamos, por tanto, «el tiempo pasado ha sido largo», pues no encontraremos qué ha sido largo, ya que, desde que pasó, no existe más; digamos, en cambio, «aquel tiempo presente fue largo», porque, cuando era presente, era largo.

Pues todavía no había pasado hasta dejar de existir, y por eso existía algo que podía ser largo; pero, después de que pasó, también dejó de ser largo aquello que dejó de existir.

Veamos, pues, alma humana, si el tiempo presente puede ser largo, porque a ti se te ha dado sentir y medir la duración del tiempo. ¿Qué me responderás? ¿Son cien años, cuando son presentes, un tiempo largo? Mira primero si cien años pueden ser presentes.

Pues si ahora transcurre el primero de esos años, este es presente, pero los otros noventa y nueve son futuros y, por tanto, todavía no existen; pero si transcurre el segundo año, uno ya es pasado, otro es presente y los demás son futuros.

Y así, si suponemos que es presente cualquiera de los años intermedios de esos cien, todos los anteriores son pasados y todos los posteriores son futuros; por tanto, cien años no pueden ser presentes.

Pero mira al menos si ese único año que ahora transcurre es, él mismo, presente; pues si el mes en curso es el primero, los demás son futuros; si es el segundo, el primero ya es pasado y los demás todavía no existen. Por tanto, tampoco el año en curso es presente; y si no es presente en su totalidad, el año no es presente.

Pues doce meses forman un año, de los cuales solo el mes en curso es presente; los demás son pasados o futuros. Aunque tampoco ese mes en curso es presente, sino un solo día; los demás son futuros si es el primero, pasados si es el último; y si es uno de los días intermedios, se encuentra entre los pasados y los futuros.

⁂

Mira cómo el tiempo presente, el único que hallamos que podía llamarse largo, queda reducido apenas a la duración de un día. Pero examinemos también esto, porque ni siquiera un día está presente en su totalidad.

Pues se compone de veinticuatro horas de noche y de día: de ellas, la primera tiene a todas las demás por venir; la última las tiene ya pasadas; y cualquiera de las intermedias tiene pasadas las anteriores y por venir las siguientes. Más aún, esa sola hora transcurre en partículas fugaces. Todo lo que de ella ha volado ya es pasado; todo lo que queda está por venir.

Si se concibe un instante de tiempo que no pueda dividirse en las más pequeñas partículas de momentos, solo ese puede llamarse presente. Y, sin embargo, vuela del futuro al pasado con tal rapidez que no se prolonga ni con la más leve detención. Pues, si se prolongara, se dividiría en pasado y futuro.

El presente no tiene extensión. ¿Dónde está, entonces, el tiempo que podemos llamar largo? ¿Está por venir? De él no decimos: "Es largo", porque todavía no existe para poder ser largo; sino que decimos: "Será largo". ¿Cuándo, pues, lo será?

Porque, si aun entonces, mientras está por venir, no será largo —pues lo que puede ser largo todavía no existe—, y solo será largo cuando, de futuro que todavía no existe, comience ya a existir y se haya hecho presente, de modo que exista algo que pueda ser largo, entonces el tiempo presente proclama, con las palabras anteriores, que no puede ser largo.

Y, sin embargo, Señor, percibimos intervalos de tiempo, los comparamos y decimos que unos son más breves y otros más largos. También medimos cuánto más largo o más breve es este tiempo que aquel, y respondemos: "Este es el doble o el triple; y aquel, una sola vez, o exactamente tanto como ese".

Pero medimos los tiempos mientras transcurren, al percibirlos; en cambio, ¿quién puede medir los pasados, que ya no existen, o los futuros, que todavía no existen? A menos que alguien se atreva a decir que puede medirse lo que no existe. Así pues, mientras el tiempo transcurre, puede percibirse y medirse; pero, cuando ha pasado, no puede, porque no existe.

Pregunto, Padre, no afirmo: Dios mío, dirígeme y guíame. "¿Quién me dirá que no hay tres tiempos —como aprendimos de niños y enseñamos a los niños—, pasado, presente y futuro, sino solo presente, porque aquellos dos no existen? ¿O también existen y, cuando el futuro se hace presente, sale de algún lugar secreto, y del mismo modo, al retirarse, pasa de presente a pasado?

Pues quienes predijeron las cosas por venir, ¿dónde las vieron, si todavía no existen? Porque lo que no existe no puede verse. Y quienes relatan cosas pasadas no podrían relatarlas si no las distinguieran en su mente; y, si no existieran, de ningún modo podrían distinguirse. Por tanto, las cosas pasadas y las venideras existen".

Permíteme, Señor, seguir buscando. Esperanza mía, no dejes que mi propósito se frustre. Pues, si existen los tiempos pasados y venideros, quisiera saber dónde están. Y, aunque no pueda saberlo, sé que, dondequiera que estén, no están allí como futuros o pasados, sino como presentes.

Porque, si también allí son futuros, todavía no están allí; si también allí son pasados, ya no están allí. Por tanto, dondequiera que esté cualquier cosa que exista, solo existe como presente.

Aunque, cuando se relatan hechos pasados, se extraen de la memoria, no las cosas mismas que han pasado, sino palabras concebidas a partir de las imágenes de las cosas, que estas, al pasar por los sentidos, han dejado como huellas en la mente.

Así, mi infancia, que ya no existe, está en el tiempo pasado, que ya no existe; pero ahora, cuando evoco su imagen y hablo de ella, la contemplo en el presente, porque aún está en mi memoria.

Si existe también una causa semejante para predecir las cosas por venir, de modo que puedan percibirse de antemano, ya existentes, las imágenes de cosas que todavía no existen, confieso, Dios mío, que no lo sé.

Esto sí lo sé: que generalmente pensamos de antemano en nuestras acciones futuras, y que ese pensamiento anticipado es presente, pero la acción en la que pensamos todavía no existe, porque está por venir. Cuando la emprendamos y comencemos a hacer lo que habíamos pensado de antemano, entonces existirá esa acción, porque entonces ya no será futura, sino presente.

Sea cual sea, pues, el modo de esta percepción secreta y anticipada de las cosas por venir, solo puede verse lo que existe. Pero lo que existe ahora no es futuro, sino presente. Por tanto, cuando se dice que se ven las cosas por venir, no se ven las cosas mismas, que todavía no existen —es decir, las que han de existir—, sino quizá sus causas o sus señales, que ya existen.

Por eso, estas no son futuras, sino presentes para quienes ven ahora aquello a partir de lo cual se predice el futuro, concebido de antemano en la mente. Estas concepciones anticipadas también existen ahora; y quienes predicen esas cosas contemplan las concepciones presentes ante ellos. Que la abundante variedad de las cosas me proporcione ahora algún ejemplo.

Contemplo el alba y anuncio que el sol está a punto de salir. Lo que contemplo es presente; lo que anuncio está por venir: no el sol, que ya existe, sino la salida del sol, que todavía no existe. Y, sin embargo, si no imaginara en mi mente la propia salida del sol —como ahora, mientras hablo de ella —, no podría predecirla.

Pero ni aquella claridad del alba que distingo en el cielo es la salida del sol, aunque la precede, ni lo es aquella imagen de mi mente; ambas se ven ahora presentes, para que pueda predecirse aquello otro que ha de suceder. Las cosas futuras, pues, todavía no existen; y, si todavía no existen, no existen; y, si no existen, no pueden verse. Sin embargo, pueden predecirse a partir de cosas presentes, que ya existen y se ven.

⁂

Tú, pues, que gobiernas tu creación, ¿de qué modo enseñas a las almas las cosas por venir? Porque las enseñaste a tus profetas. ¿De qué modo tú, para quien nada está por venir, enseñas las cosas por venir? ¿O más bien enseñas cosas presentes acerca del futuro? Pues lo que no existe tampoco puede enseñarse. Este modo está muy lejos de mi comprensión: es demasiado elevado para mí, no puedo alcanzarlo; pero por ti podré, cuando te dignes concedérmelo, dulce luz de mis ojos ocultos.

Lo que ahora resulta claro y evidente es que ni las cosas futuras ni las pasadas existen. Tampoco se dice con propiedad: "Hay tres tiempos: pasado, presente y futuro"; aunque quizá podría decirse con propiedad: "Hay tres tiempos: un presente de las cosas pasadas, un presente de las cosas presentes y un presente de las cosas futuras".

Pues estos tres existen de algún modo en el alma, pero no los veo en otra parte: el presente de las cosas pasadas, la memoria; el presente de las cosas presentes, la visión; el presente de las cosas futuras, la espera. Si se nos permite hablar así, veo tres tiempos y reconozco que hay tres.

Dígase también: "Hay tres tiempos: pasado, presente y futuro", según nuestra manera inexacta de hablar. Mira, no me opongo, ni lo contradigo, ni lo censuro, con tal de que se entienda lo que se dice: que ni lo que ha de ser existe ahora, ni tampoco lo que ha pasado.

Pues son pocas las cosas de las que hablamos con propiedad, y de la mayoría hablamos sin ella; aun así, se entiende lo que queremos decir.

Dije, pues, hace un momento que medimos los tiempos mientras transcurren, para poder decir: este tiempo es el doble de aquel; o este dura exactamente tanto como aquel; y lo mismo de cualesquiera otras porciones de tiempo que puedan medirse. Por tanto, como dije, medimos los tiempos mientras transcurren.

Y, si alguien me preguntara: "¿Cómo lo sabes?", podría responder: "Sé que los medimos, y que no podemos medir cosas que no existen; y las cosas pasadas y futuras no existen". Pero ¿cómo medimos el tiempo presente, si no

tiene extensión? Se mide mientras transcurre, pero, cuando haya pasado, no se mide, pues no habrá nada que medir.

Pero ¿de dónde viene, por dónde pasa y adónde va mientras se lo mide? ¿De dónde, sino del futuro? ¿Por dónde, sino por el presente? ¿Adónde, sino al pasado? Así pues, pasa de lo que todavía no existe, por lo que no tiene extensión, a lo que ya no existe. Sin embargo, ¿qué medimos, sino el tiempo en alguna extensión?

Pues no hablamos de una duración simple, doble, triple, igual, ni usamos ninguna otra expresión semejante al hablar del tiempo, salvo al referirnos a extensiones de tiempo. ¿En qué extensión medimos, entonces, el tiempo que transcurre? ¿En el futuro, de donde viene? Pero no medimos lo que todavía no existe. ¿O en el presente, por donde pasa?

Pero no medimos lo que no tiene extensión. ¿O en el pasado, al que se dirige? Pero tampoco medimos lo que ya no existe.

Mi alma arde por conocer este enigma tan intrincado. No lo cierres, Señor, Dios mío, Padre bueno; por Cristo te suplico que no cierres estas cosas habituales, aunque ocultas, a mi deseo, impidiéndole penetrar en ellas; deja que se esclarezcan por tu misericordia iluminadora, Señor. ¿A quién consultaré acerca de estas cosas? ¿Y a quién confesaré mi ignorancia con más fruto que a ti, a quien no molestan estos estudios míos, tan ardientemente encendidos hacia tus Escrituras?

Dame lo que amo, pues lo amo, y tú me has dado este amor. Dame, Padre, que en verdad sabes dar buenos dones a tus hijos. Dame, porque me he propuesto conocer, y la dificultad está ante mí hasta que tú la aclares. Por

Cristo te lo suplico, en su nombre, Santo de los santos, que nadie me perturbe. Porque creí, y por eso hablo.

Esta es mi esperanza, para esto vivo: para contemplar las delicias del Señor. Mira, has hecho envejecer mis días, y pasan, y no sé cómo. Y hablamos del tiempo, y del tiempo, y de los tiempos, y de los tiempos: "Cuánto tiempo hace que dijo esto"; "cuánto tiempo hace que hizo esto"; y "cuánto tiempo hace que vi aquello"; y "esta sílaba dura el doble que aquella sola sílaba breve".

Decimos estas palabras, las oímos, nos entienden y entendemos. Son muy evidentes y corrientes, y esas mismas cosas están, a su vez, profundamente ocultas, y descubrirlas sería algo nuevo.

Una vez oí decir a un hombre instruido que los movimientos del sol, de la luna y de las estrellas constituían el tiempo, y no estuve de acuerdo. Pues ¿por qué no habrían de ser tiempos, más bien, los movimientos de todos los cuerpos?

O, si las luces del cielo se detuvieran y girara la rueda de un alfarero, ¿no habría tiempo con el que pudiéramos medir esas vueltas y decir que se movía a intervalos iguales o, si giraba unas veces más despacio y otras más deprisa, que unas vueltas eran más largas y otras más breves?

O, mientras decíamos esto, ¿no estaríamos hablando también en el tiempo? ¿O habría en nuestras palabras unas sílabas breves y otras largas por alguna otra razón que porque aquellas sonaban durante un tiempo más breve y estas durante uno más largo? Dios, concede a los hombres ver en una cosa pequeña indicios comunes a las cosas grandes y pequeñas.

Las estrellas y las luces del cielo sirven también de señales, y para las estaciones, los años y los días; así es. Sin embargo, ni yo diría que una vuelta de aquella rueda de madera era un día, ni él que por eso no era tiempo.

Deseo conocer la fuerza y la naturaleza del tiempo, con el que medimos los movimientos de los cuerpos y decimos, por ejemplo, que este movimiento dura el doble que aquel.

Pues pregunto: puesto que «día» no designa solo la permanencia del sol sobre la tierra, según la cual el día es una cosa y la noche otra, sino también su recorrido entero desde oriente hasta volver a oriente, según el cual decimos «han pasado tantos días», incluyendo la noche cuando decimos «tantos días», sin contar las noches por separado; ya que, por tanto, un día se completa con el movimiento del sol y con su recorrido desde oriente hasta volver a oriente, pregunto: ¿es solo el movimiento lo que constituye el día, o la duración en que ese movimiento se completa, o ambas cosas?

Porque, si fuera lo primero lo que constituye el día, tendríamos un día aunque el sol terminara ese recorrido en un espacio de tiempo tan breve como una hora. Si fuera lo segundo, no constituiría un día que entre una salida del sol y otra hubiera una duración tan breve como una hora, sino que el sol tendría que dar veinticuatro vueltas para completar un día.

Si fueran ambas cosas, tampoco podría llamarse día al recorrido entero del sol realizado en el espacio de una hora; ni tampoco al tiempo que transcurriera, estando el sol inmóvil, igual al que suele emplear en todo su recorrido, de una mañana a otra.

Por eso no preguntaré ahora qué es lo que se llama día, sino qué es el tiempo con el que, al medir el recorrido del sol, diríamos que se completó en la mitad del tiempo acostumbrado, si se hubiera completado en un espacio tan breve como doce horas; y, comparando ambos tiempos, llamaríamos a este un tiempo simple y a aquel un tiempo doble, aun suponiendo que el sol hiciera su recorrido de oriente a oriente unas veces en ese tiempo simple y otras en ese tiempo doble.

Que nadie me diga, pues, que los movimientos de los cuerpos celestes constituyen los tiempos, porque cuando, por la oración de un hombre, el sol se detuvo hasta que aquel pudo concluir victoriosamente su batalla, el sol se detuvo, pero el tiempo siguió pasando. Pues aquella batalla se libró y terminó en el espacio de tiempo que le correspondía.

Percibo, pues, que el tiempo es cierta extensión. Pero ¿lo percibo o me parece percibirlo? Tú, Luz y Verdad, me lo mostrarás.

⁂

¿Me mandas dar mi asentimiento si alguien define el tiempo como «movimiento de un cuerpo»? No me lo mandas. Pues oigo que ningún cuerpo se mueve sino en el tiempo; esto lo dices tú. Pero no oigo que el movimiento de un cuerpo sea el tiempo; tú no lo dices.

Porque, cuando un cuerpo se mueve, ¿no mido con el tiempo cuánto dura su movimiento, desde que comenzó a moverse hasta que se detuvo? Y si no vi cuándo comenzó, y sigue moviéndose de modo que no veo cuándo termina, no puedo medirlo, salvo quizá desde el momento en que empecé a verlo hasta que dejo de verlo.

Y si lo observo durante mucho tiempo, solo puedo afirmar que es un tiempo largo, pero no cuánto dura; porque, cuando decimos «cuánto dura», lo hacemos por comparación, como cuando decimos «esto dura tanto como aquello», o «el doble que aquello», o algo semejante.

Pero cuando podemos señalar las distancias entre los lugares desde donde y hasta donde se desplaza el cuerpo en movimiento, o alguna de sus partes, si se mueve como en un torno, entonces podemos decir con precisión en cuánto tiempo se completó el movimiento de ese cuerpo o de alguna de sus partes desde este lugar hasta aquel.

Por tanto, ya que una cosa es el movimiento de un cuerpo y otra aquello con lo que medimos su duración, ¿quién no ve cuál de las dos debe llamarse tiempo con mayor propiedad?

Pues, si un cuerpo unas veces se mueve y otras permanece inmóvil, medimos con el tiempo tanto su movimiento como su reposo; y decimos «permaneció inmóvil tanto tiempo como estuvo en movimiento», o «permaneció inmóvil el doble o el triple del tiempo que estuvo en movimiento», o cualquier otra duración que nuestra medición haya determinado o estimado, más o menos, como solemos decir. El tiempo, pues, no es el movimiento de un cuerpo.

Y te confieso, Señor, que todavía no sé qué es el tiempo; y de nuevo te confieso, Señor, que sé que digo esto en el tiempo, y que, habiendo hablado largamente del tiempo, ese mismo «largamente» solo es largo por la duración del tiempo. ¿Cómo sé esto, entonces, si no sé qué es el tiempo? ¿O será quizá que no sé expresar lo que sé? ¡Ay de mí, que ni siquiera sé qué es lo que no sé!

Mira, Dios mío, ante ti no miento; mi corazón es tal como hablo. Tú encenderás mi lámpara; tú, Señor, Dios mío, iluminarás mis tinieblas.

¿Acaso no te confiesa mi alma con toda verdad que mido los tiempos? ¿Mido, pues, Dios mío, y no sé qué mido? Mido el movimiento de un cuerpo en el tiempo; ¿y no mido el tiempo mismo? ¿Podría acaso medir cuánto dura el movimiento de un cuerpo y en cuánto tiempo puede ir de este lugar a aquel sin medir el tiempo en que se mueve? ¿Cómo mido, entonces, ese tiempo mismo? ¿Medimos un tiempo más largo con uno más corto, como medimos la longitud de una pértica con la de un codo?

Pues así parece que medimos la duración de una sílaba larga con la de una sílaba breve, y decimos que aquella dura el doble que esta. Así medimos la duración de las estrofas por la duración de los versos, y la duración de los versos por la de los pies, y la duración de los pies por la de las sílabas, y la duración de las sílabas largas por la de las breves; sin medir por páginas, pues entonces medimos espacios y no tiempos, sino cuando pronunciamos las palabras y estas van pasando, y decimos: «Es una estrofa larga porque está compuesta de tantos versos; son versos largos porque constan de tantos pies; son pies largos porque se prolongan en tantas sílabas; es una sílaba larga porque dura el doble que una breve».

Pero tampoco obtenemos de este modo una medida cierta del tiempo, porque puede suceder que un verso más corto, pronunciado más despacio, ocupe más tiempo que uno más largo pronunciado apresuradamente. Y lo mismo sucede con un verso, un pie o una sílaba.

De ahí que me pareciera que el tiempo no es otra cosa que una prolongación; pero de qué, no lo sé, y me pregunto si no será de la mente misma.

Pues ¿qué es, te lo ruego, Dios mío, lo que mido cuando digo, ya de manera imprecisa, «este tiempo es más largo que aquel», ya de manera precisa, «este dura el doble que aquel»?

Sé que mido el tiempo; y, sin embargo, no mido el tiempo futuro, porque todavía no existe; ni el presente, porque no se prolonga en ningún espacio; ni el pasado, porque ya no existe. ¿Qué mido, entonces? ¿Los tiempos que pasan, y no los pasados? Pues eso dije.

⁂

Ánimo, mente mía, y sigue adelante con todas tus fuerzas. Dios es nuestra ayuda; él nos hizo, y no nosotros mismos. Sigue adelante por donde empieza a despuntar la verdad. Supongamos ahora que la voz de un cuerpo empieza a sonar, y suena, y sigue sonando, y escucha: cesa; ahora hay silencio, y aquella voz ha pasado y ya no es una voz.

Antes de sonar, era futura y no podía medirse, porque todavía no existía; y ahora no puede medirse, porque ya no existe. Por tanto, podía medirse mientras sonaba, porque entonces había algo que podía medirse. Pero ni siquiera entonces permanecía fija, pues iba pasando y desapareciendo. ¿Acaso por eso podía medirse mejor?

Pues, mientras pasaba, se extendía en cierto espacio de tiempo, de modo que pudiera medirse, ya que el presente no tiene espacio alguno. Por tanto, si entonces podía medirse, supongamos ahora que otra voz ha comenzado a sonar y sigue sonando de manera continua, sin interrupción alguna; midámosla mientras suena, puesto que, cuando haya dejado de sonar, habrá pa-

sado y no quedará nada que medir; midámosla, pues, y digamos cuánto dura.

Pero sigue sonando, y solo puede medirse desde el instante en que comenzó hasta el momento en que cesó. Pues lo que medimos es precisamente el intervalo que hay entre ambos, es decir, desde un comienzo hasta un final.

Por eso, una voz que aún no ha terminado no puede medirse de modo que se diga cuánto dura, si es larga o breve; ni puede decirse que sea igual a otra, o que dure el doble que otra de duración simple, o algo semejante. Pero, cuando ha terminado, ya no existe. ¿Cómo puede medirse, entonces?

Y, sin embargo, medimos los tiempos; pero no los que todavía no existen, ni los que ya no existen, ni los que no se prolongan en alguna duración, ni los que carecen de límites. No medimos los tiempos futuros, ni los pasados, ni los presentes, ni los que pasan; y, sin embargo, medimos los tiempos.

«Deus Creator omnium»: este verso de ocho sílabas alterna sílabas breves y largas. Las cuatro breves, la primera, la tercera, la quinta y la séptima, tienen una duración simple respecto de las cuatro largas, la segunda, la cuarta, la sexta y la octava.

Cada una de estas dura el doble que cada una de aquellas: las pronuncio, las examino y compruebo que es así, tal como lo perciben claramente los sentidos. Por la simple percepción de los sentidos, pues, mido una sílaba larga con una breve, y percibo que dura el doble; pero, cuando una suena después de la otra, si la primera es breve y la segunda larga, ¿cómo retendré

la breve y cómo la aplicaré a la larga al medirla para comprobar que esta dura el doble, puesto que la larga no comienza a sonar hasta que la breve deja de sonar? ¿Y mido esa misma sílaba larga como presente, si no la mido hasta que ha terminado?

Ahora bien, su terminación es su desaparición. ¿Qué es, entonces, lo que mido? ¿Dónde está la sílaba breve con la que mido? ¿Dónde está la larga que mido? Ambas han sonado, han volado, han pasado, ya no existen; y, sin embargo, mido y respondo con confianza, hasta donde cabe confiar en unos sentidos ejercitados, que, en cuanto a duración, esta sílaba es simple y aquella doble.

Y, sin embargo, no podría hacerlo si no hubieran pasado y terminado ya. Por tanto, no son ellas mismas, que ya no existen, lo que mido, sino algo que permanece fijo en mi memoria.

En ti, mente mía, mido los tiempos. No me interrumpas, es decir, no te interrumpas a ti misma con el tumulto de tus impresiones. En ti mido los tiempos; la impresión que las cosas causan en ti al pasar permanece aun cuando ellas ya se han ido; es esa impresión, que sigue presente, lo que mido, y no las cosas que pasan y la producen. Eso es lo que mido cuando mido los tiempos.

Por tanto, o eso es el tiempo, o no mido los tiempos. ¿Qué sucede cuando medimos el silencio y decimos que este silencio ha durado tanto tiempo como aquella voz? ¿No extendemos nuestro pensamiento hasta la medida de una voz, como si sonara, para poder así dar cuenta de los intervalos de silencio en un espacio de tiempo determinado?

Pues, aunque la voz y la lengua estén quietas, recorremos en el pensamiento poemas, versos y cualquier otro discurso, o las dimensiones de los movimientos, y damos cuenta de los espacios de tiempo, de cuánto dura esto respecto de aquello, tal como si lo pronunciáramos en voz alta.

Si alguien quisiera emitir un sonido prolongado y hubiera decidido en su pensamiento cuánto debía durar, ya habría recorrido en silencio un espacio de tiempo y, confiándolo a la memoria, comenzaría a emitir ese sonido, que seguiría sonando hasta llegar al final propuesto. En efecto, ha sonado y sonará, porque la parte que ha terminado ya ha sonado y el resto sonará.

Y así continúa, hasta que la atención presente traslada el futuro al pasado; el pasado aumenta a medida que el futuro disminuye, hasta que, agotado el futuro, todo es pasado.

Pero ¿cómo disminuye o se agota ese futuro que todavía no existe? ¿O cómo aumenta ese pasado que ya no existe, sino porque en la mente que realiza esto tienen lugar tres cosas?

Pues espera, presta atención y recuerda; de modo que lo que espera pasa, a través de aquello a lo que presta atención, a lo que recuerda. ¿Quién niega, por tanto, que las cosas futuras todavía no existen? Y, sin embargo, hay en la mente una espera de las cosas futuras. ¿Y quién niega que las cosas pasadas ya no existen?

Y, sin embargo, sigue habiendo en la mente un recuerdo de las cosas pasadas. ¿Y quién niega que el tiempo presente carece de extensión, porque pasa en un instante? Y, sin embargo, nuestra atención permanece, y a través de ella lo que llegará a estar presente pasa a estar ausente.

Por tanto, no es largo el tiempo futuro, porque todavía no existe, sino que un futuro largo es «una larga espera del futuro»; tampoco es largo el tiempo pasado, que ya no existe, sino que un pasado largo es «un largo recuerdo del pasado».

⁂

Estoy a punto de recitar un Salmo que conozco. Antes de comenzar, mi expectativa se extiende sobre el conjunto; pero, una vez que he comenzado, toda la parte que voy separando y dejando en el pasado se extiende en mi memoria; así, la vida de esta acción mía se divide entre mi memoria, en cuanto a lo que he recitado, y mi expectativa, en cuanto a lo que estoy a punto de recitar; pero la «atención» está presente en mí, para que, por medio de ella, lo que era futuro pase a convertirse en pasado.

Cuanto más se realiza esto una y otra vez, tanto más se acorta la expectativa y se amplía la memoria, hasta que por fin se agota toda la expectativa, cuando aquella acción entera, una vez terminada, ha pasado a la memoria.

Y lo que sucede en el Salmo entero sucede también en cada una de sus partes y en cada una de sus sílabas; lo mismo ocurre en aquella acción más larga de la que este Salmo puede formar parte; lo mismo ocurre en toda la vida del hombre, de la que forman parte todas sus acciones; lo mismo ocurre a lo largo de toda la era de los hijos de los hombres, de la que forman parte todas las vidas humanas.

Pero, puesto que tu amor bondadoso es mejor que todas las vidas, he aquí que mi vida no es más que dispersión, y tu mano derecha me sostuvo en mi Señor, el Hijo del hombre, el Mediador entre ti, el Uno, y nosotros, que

somos muchos, muchos también por nuestras múltiples distracciones entre tantas cosas, para que por él pueda alcanzar a aquel en quien he sido alcanzado, y pueda recogerme de mi antigua manera de vivir para seguir al Uno, olvidando lo que queda atrás, y, sin dispersarme, extendiéndome, no hacia las cosas que serán y pasarán, sino hacia las que están por delante, sin distracción, sino con atención, prosigo hacia el premio de mi vocación celestial, donde pueda oír la voz de tu alabanza y contemplar tus delicias, que ni han de venir ni han de pasar.

Pero ahora mis años se consumen en el llanto. Y tú, Señor, eres mi consuelo, mi Padre eterno; pero yo he quedado dividido entre tiempos cuyo orden desconozco; y mis pensamientos, las entrañas más profundas de mi alma, son desgarrados y destrozados por tumultuosas variaciones, hasta que confluya en ti, purificado y fundido por el fuego de tu amor.

Y ahora me mantendré en pie y quedaré firme en ti, en mi molde, tu verdad; y no soportaré las preguntas de los hombres que, por una enfermedad que es su castigo, tienen sed de más de lo que pueden contener y dicen: «¿Qué hacía Dios antes de crear el cielo y la tierra?». O bien: «¿Cómo se le ocurrió hacer algo, si nunca antes había hecho nada?».

Concédeles, Señor, que reflexionen bien sobre lo que dicen y descubran que no puede afirmarse «nunca» cuando no hay «tiempo». Así pues, eso que se dice de que él «nunca había hecho», ¿qué otra cosa significa sino que había hecho «en ningún tiempo»? Que vean, por tanto, que no puede haber tiempo sin un ser creado, y dejen de decir esa vanidad.

Que también ellos se extiendan hacia las cosas que están por delante y te comprendan como anterior a todos los tiempos, como el Creador eterno de

todos los tiempos, y comprendan que ningún tiempo es coeterno contigo, ni criatura alguna, aunque haya alguna criatura anterior a todos los tiempos.

Señor, Dios mío, ¡qué profundidad tiene ese lugar recóndito de tus misterios, y qué lejos de él me han arrojado las consecuencias de mis transgresiones! Sana mis ojos para que pueda compartir la alegría de tu luz.

Ciertamente, si existe una mente dotada de un conocimiento y una presciencia tan vastos que conozca todas las cosas pasadas y futuras como yo conozco un Salmo que me es familiar, esa mente es en verdad extraordinariamente maravillosa y causa un asombro sobrecogedor; pues nada del pasado, nada de lo que ha de venir en las edades futuras, le está más oculto de lo que, cuando yo cantaba aquel Salmo, me estaba oculto qué parte y cuánto de él había transcurrido desde el principio, y qué parte y cuánto quedaba hasta el final.

Pero lejos esté de ti, Creador del universo, Creador de las almas y de los cuerpos, lejos esté de ti conocer de ese modo todas las cosas pasadas y futuras. De una manera mucho, mucho más maravillosa y mucho más misteriosa las conoces tú.

Pues, así como los sentimientos de quien canta lo que conoce o escucha una canción familiar varían por la expectativa de las palabras que vendrán y el recuerdo de las que ya han pasado, y sus sentidos se dividen, nada semejante te sucede a ti, eternamente inmutable, es decir, al Creador eterno de las mentes.

Así pues, del mismo modo que en el Principio conociste el cielo y la tierra sin variación alguna de tu conocimiento, así creaste en el Principio el cielo y la tierra sin dispersión alguna de tu acción. Quien lo entienda, que te lo confiese; y quien no lo entienda, que te lo confiese. ¡Qué elevado eres, y, sin embargo, los humildes de corazón son tu morada! Porque tú levantas a los que están abatidos, y no caen aquellos cuya elevación eres tú.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO XII

✦

Mi corazón, Señor, conmovido por las palabras de tu Santa Escritura, está muy ocupado en medio de la pobreza de mi vida. Y por eso, la pobreza del entendimiento humano suele abundar en palabras, porque quien investiga tiene más que decir que quien descubre, y pedir lleva más tiempo que obtener, y nuestra mano que llama tiene más trabajo que nuestra mano que recibe.

Tenemos la promesa, ¿quién la anulará? Si Dios está por nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros? Pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; y el que busca encuentra; y al que llama se le abrirá. Estas son tus propias promesas: ¿y quién ha de temer ser engañado cuando la Verdad promete?

La humildad de mi lengua confiesa ante tu grandeza que tú hiciste el cielo y la tierra; este cielo que veo y esta tierra que piso, de donde procede esta tierra que llevo conmigo; tú la hiciste.

Pero ¿dónde está aquel cielo de los cielos, Señor, del que oímos hablar en las palabras del Salmo: El cielo de los cielos pertenece al Señor; pero la tierra la ha dado a los hijos de los hombres? ¿Dónde está aquel cielo que no vemos, respecto del cual todo esto que vemos es tierra?

Pues este conjunto corporal, que no está entero en todas partes, ha recibido de este modo su porción de belleza en estas regiones inferiores, de las cuales la más baja es esta tierra nuestra; pero, respecto de aquel cielo de los cie-

los, incluso el cielo de nuestra tierra es solo tierra: sí, a estos dos grandes cuerpos no sería absurdo llamarlos tierra respecto de aquel cielo desconocido que pertenece al Señor, no a los hijos de los hombres.

Y esta tierra era entonces invisible y sin forma, y había no sé qué profundidad abismal sobre la que no había luz, porque no tenía figura. Por eso mandaste que se escribiera que las tinieblas estaban sobre la faz del abismo; ¿qué otra cosa eran sino la ausencia de luz? Pues, si hubiera habido luz, ¿dónde habría estado sino en lo alto, por encima de todo e iluminándolo?

Donde no había luz, ¿qué era, pues, la presencia de las tinieblas sino la ausencia de luz? Las tinieblas estaban sobre él porque la luz no estaba sobre él; como donde no hay sonido hay silencio. ¿Y qué significa que haya silencio allí sino que no haya sonido allí? ¿No has enseñado tú, Señor, al alma de este que se confiesa ante ti? ¿No me has enseñado, Señor, que antes de que formaras y diversificaras esta materia informe no había nada, ni color, ni figura, ni cuerpo, ni espíritu? Y, sin embargo, no era una nada absoluta; pues había cierta falta de forma, sin belleza alguna.

¿Cómo, pues, habría de llamarse, para que pudiera darse a entender en alguna medida a las mentes menos despiertas, sino mediante alguna palabra corriente? ¿Y qué puede encontrarse entre todas las partes del mundo más cercano a una falta absoluta de forma que la tierra y el abismo? Pues, al ocupar el nivel más bajo, son menos hermosos que las otras partes superiores, todas transparentes y resplandecientes. ¿Por qué, entonces, no he de pensar que la falta de forma de la materia, que tú habías creado sin belleza para hacer de ella este hermoso mundo, se da a entender adecuadamente a los hombres con el nombre de tierra invisible y sin forma?

Así, cuando el pensamiento busca qué pueden concebir los sentidos bajo esta expresión y se dice: «No es una forma intelectual, como la vida o la justicia, porque es la materia de los cuerpos; ni es objeto de los sentidos, porque, al ser invisible y sin forma, no había en ella nada que pudiera verse o percibirse»; mientras el pensamiento humano se dice esto, puede intentar conocerla ignorándola, o ignorarla conociéndola.

Pero yo, Señor, si quisiera confesarte con mi lengua y mi pluma todo cuanto tú mismo me has enseñado acerca de aquella materia —cuyo nombre había oído antes sin entenderlo, cuando me hablaban de ella quienes tampoco la entendían—, la concebía entonces como algo que tenía innumerables y diversas formas, y por eso no la concebía en absoluto; mi mente agitaba de un lado a otro «formas» repugnantes y horribles, sin orden alguno, pero «formas» al fin, y yo la llamaba sin forma, no porque careciera de toda forma, sino porque tenía tales formas que mi mente, si se le presentaran, se apartaría de ellas por extrañas y discordantes, y la fragilidad humana se sentiría perturbada.

Y aun aquello que concebía carecía de forma, no por estar privado de toda forma, sino en comparación con formas más hermosas; y la verdadera razón me persuadía de que debía despojarla por completo de cualquier resto de forma si quería concebir la materia absolutamente sin forma; y no podía, pues me resultaba más fácil imaginar que no existía en absoluto aquello que estuviera privado de toda forma que concebir algo entre la forma y la nada, ni formado ni nada, una casi nada informe.

Así que mi mente dejó de interrogar a mi espíritu sobre aquello, pues estaba lleno de imágenes de cuerpos formados y las cambiaba y variaba a su

antojo; y me volví hacia los cuerpos mismos y examiné más profundamente su mutabilidad, por la que dejan de ser lo que han sido y empiezan a ser lo que no eran; y sospeché que este mismo paso de una forma a otra se producía a través de cierto estado informe, no a través de una mera nada; pero deseaba saberlo, no solo sospecharlo.

Si, pues, mi voz y mi pluma quisieran confesarte todo, todos los nudos que desataste para mí en esta cuestión, ¿qué lector tendría paciencia para asimilarlo entero? Y, sin embargo, mi corazón no dejará por ello de darte honor y un canto de alabanza por aquellas cosas que no puede expresar.

Pues la mutabilidad de las cosas mudables es, en sí misma, capaz de recibir todas aquellas formas en las que estas cosas mudables se transforman. ¿Y qué es esta mutabilidad? ¿Es alma? ¿Es cuerpo? ¿Es lo que constituye el alma o el cuerpo?

Si pudiera decirse «una nada que es algo», un «es, no es», diría que eso era; y, sin embargo, de algún modo existía ya entonces, pues era capaz de recibir estas figuras visibles y compuestas.

Pero ¿de dónde había recibido ese grado de ser sino de ti, de quien proceden todas las cosas en cuanto existen? Pero tanto más lejos de ti están cuanto menos se te parecen, pues no se trata de distancia de lugar.

Por eso tú, Señor, que no eres de una manera en un lugar y de otra en otro, sino el Mismo, el Mismo y el Mismo, Santo, Santo, Santo, Señor Dios Todopoderoso, creaste en el Principio, que procede de ti, en tu Sabiduría, que nació de tu propia Sustancia, algo, y lo creaste de la nada.

Pues creaste el cielo y la tierra; no de ti mismo, porque entonces habrían sido iguales a tu Hijo Unigénito y, por ello, también a ti; pero de ningún modo sería justo que algo que no procediera de ti fuera igual a ti.

Y no había ninguna otra cosa fuera de ti de la que pudieras crearlos, Dios, Trinidad Una y Unidad Trina; y por eso creaste de la nada el cielo y la tierra: una cosa grande y una cosa pequeña; pues eres Todopoderoso y Bueno, y haces buenas todas las cosas, tanto el gran cielo como la pequeña tierra.

Tú existías, y no había nada más, de lo cual creaste el cielo y la tierra; cosas de dos clases: una cercana a ti, la otra cercana a la nada; una por encima de la cual solo tú debías estar; la otra, por debajo de la cual nada debía estar.

⁂

Pero aquel cielo de los cielos era para ti, Señor; en cambio, la tierra que diste a los hijos de los hombres para que la vieran y la tocaran no era como ahora la vemos y la tocamos. Pues era invisible, sin forma, y había un abismo sobre el que no había luz; o bien, las tinieblas estaban sobre el abismo, es decir, más que en el abismo.

Porque este abismo de aguas, ahora visible, tiene incluso en sus profundidades una luz propia de su naturaleza, perceptible en alguna medida para los peces y los seres que se arrastran por su fondo. Pero todo aquel abismo era casi nada, porque hasta entonces carecía por completo de forma; sin embargo, ya existía aquello que podía recibir forma.

Pues tú, Señor, hiciste el mundo de una materia sin forma, que de la nada hiciste cercana a la nada, para hacer de ella esas grandes cosas que nosotros, los hijos de los hombres, admiramos. Pues muy maravilloso es este cielo

corporal; de ese firmamento entre agua y agua dijiste el segundo día, después de la creación de la luz: Que se haga, y se hizo.

A ese firmamento lo llamaste cielo; el cielo, es decir, de esta tierra y este mar, que hiciste el tercer día al dar una figura visible a la materia informe que habías hecho antes de todos los días. Pues ya habías hecho también un cielo antes de todos los días; pero aquel era el cielo de este cielo, porque en el principio habías hecho el cielo y la tierra.

Pero esta misma tierra que hiciste era materia informe, porque era invisible y sin forma, y las tinieblas estaban sobre el abismo; de esa tierra invisible y sin forma, de esa falta de forma, de esa casi nada, podías hacer todas estas cosas de las que se compone este mundo cambiante, pero que no permanece; su misma mutabilidad se manifiesta en que pueden observarse y contarse en él los tiempos.

Pues los tiempos se producen por las alteraciones de las cosas, mientras varían y se transforman las figuras cuya materia es la tierra invisible antes mencionada.

Y por eso el Espíritu, maestro de tu siervo, cuando relata que en el Principio creaste el cielo y la tierra, no habla de tiempos ni de días. Pues, en verdad, aquel cielo de los cielos que creaste en el Principio es cierta criatura intelectual que, aunque de ningún modo es coeterna contigo, la Trinidad, participa de tu eternidad y, por la dulzura de aquella felicísima contemplación de ti, refrena firmemente su propia mutabilidad; y, sin caída alguna desde su primera creación, estrechamente unida a ti, está situada más allá de todas las vicisitudes del curso de los tiempos.

Tampoco esta misma falta de forma de la tierra, invisible y sin forma, se cuenta entre los días. Pues donde no hay figura ni orden, nada viene ni se va; y donde esto no ocurre, está claro que no hay días ni sucesión alguna de intervalos de tiempo.

Que me hable la Luz, la Verdad, la Luz de mi corazón, no mis propias tinieblas. Caí en ellas y quedé oscurecido; pero aun desde allí, aun desde allí te amé. Me extravié y me acordé de ti. Oí tu voz detrás de mí, que me llamaba a volver, y apenas la oí por el tumulto de los enemigos de la paz.

Y ahora, mira, vuelvo angustiado y jadeando de sed por tu fuente. ¡Que nadie me lo impida! De ella beberé, y así viviré. Que no sea yo mi propia vida; por mí mismo viví mal, fui muerte para mí mismo; y en ti revivo. Háblame tú, instrúyeme tú. He creído en tus Libros, y sus palabras están llenas de misterio.

Ya me has dicho con voz fuerte, Señor, en mi oído interior, que eres eterno, tú, el único que tiene inmortalidad; pues no puedes cambiar en figura ni en movimiento, ni tu voluntad se altera con los tiempos, ya que ninguna voluntad que varía es inmortal.

Esto está claro para mí ante tu mirada, y te suplico que se me aclare cada vez más; y, al manifestarse, déjame permanecer con sobriedad bajo tus alas. También me has dicho con voz fuerte, Señor, en mi oído interior, que has hecho todas las naturalezas y sustancias que no son lo que tú mismo eres y, sin embargo, existen; y que solo no procede de ti lo que no existe, y el movimiento de la voluntad que se aparta de ti, que eres, hacia lo que es en menor grado, porque tal movimiento es transgresión y pecado; y que el pe-

cado de ningún hombre te daña ni perturba el orden de tu gobierno, ni al principio ni al final.

Esto está claro para mí ante tu mirada, y te suplico que se me aclare cada vez más; y, al manifestarse, déjame permanecer con sobriedad bajo tus alas.

También me has dicho con voz fuerte, en mi oído interior, que tampoco es coeterna contigo aquella criatura cuya felicidad eres tú solo y que, con una pureza perseverante, alimentándose de ti, no manifiesta en ningún lugar ni en ningún momento su mutabilidad natural; y, como tú estás siempre presente en ella, y ella permanece unida a ti con todo su afecto, sin tener un futuro que esperar ni trasladar al pasado lo que recuerda, no sufre alteración por cambio alguno ni se dispersa en tiempo alguno. ¡Oh, criatura dichosa, si existe tal criatura, por permanecer unida a tu dicha; bendita en ti, su eterno morador y su iluminador! Y no encuentro nombre más apropiado para llamar al cielo de los cielos, que pertenece al Señor, que el de tu casa, que contempla tus delicias sin desviarse hacia otra cosa; una mente pura, unida en perfecta armonía por aquel estado firme de paz de los espíritus santos, los ciudadanos de tu ciudad en las alturas celestiales; muy por encima de esas alturas celestiales que vemos.

⁂

Por esto pueda el alma, cuya peregrinación se prolonga lejos de ti, comprender por esto, si ahora tiene sed de ti, si sus lágrimas se han convertido ahora en su pan, mientras le dicen cada día: ¿Dónde está tu Dios?; si ahora te pide una sola cosa y la desea: habitar en tu casa todos los días de su vida (¿y qué es su vida sino tú?, ¿y qué son tus días sino tu eternidad, como tus años que no se acaban, porque tú eres siempre el mismo?); por esto, pues,

pueda el alma que sea capaz comprender cuán por encima de todos los tiempos eres eterno; pues tu casa, que nunca se marchó a una tierra lejana, aunque no es coeterna contigo, por permanecer unida a ti de manera continua e infalible, no sufre los cambios de los tiempos. Esto está claro para mí ante tu mirada, y te ruego que se me aclare cada vez más y que, al manifestarse, me permitas permanecer con sobriedad bajo tus alas.

Hay, en efecto, no sé qué falta de forma en esos cambios de estas criaturas últimas y más bajas; ¿y quién me dirá (salvo alguien que, por la vaciedad de su propio corazón, se asombra y se agita entre sus propias fantasías), quién sino alguien así me diría que, si toda figura se gastara y consumiera hasta no quedar más que aquella falta de forma por la cual una cosa cambiaba y pasaba de una figura a otra, eso podría mostrar las vicisitudes de los tiempos? Claramente no podría, porque sin variedad de movimientos no hay tiempos, y no hay variedad donde no hay figura.

Consideradas estas cosas, en la medida en que tú me lo concedes, Dios mío, en la medida en que me impulsas a llamar y en la medida en que me abres cuando llamo, encuentro dos cosas que has hecho fuera del ámbito del tiempo, ninguna de las cuales es coeterna contigo.

Una está tan formada que, sin cesar nunca en su contemplación, sin intervalo alguno de cambio, aunque sea mutable, permanece sin cambiar y puede gozar plenamente de tu eternidad e inmutabilidad; la otra era tan informe que no tenía aquello que pudiera cambiar de una forma a otra, ya fuera de movimiento o de reposo, de modo que quedara sujeta al tiempo.

Pero no la dejaste así, informe, porque antes de todos los días, en el Principio creaste el Cielo y la Tierra, las dos cosas de las que he hablado. Pero la

Tierra era invisible y sin forma, y las tinieblas estaban sobre el abismo.

Con estas palabras se nos comunica la falta de forma (para que así avancen poco a poco aquellas inteligencias que no pueden concebir una privación absoluta de toda forma sin que se llegue, sin embargo, a la nada), a partir de la cual pudiera crearse otro Cielo, junto con una tierra visible y bien formada, y las aguas ordenadas de diversas maneras, y todo lo demás que, en la formación del mundo, se relata que fue creado, no sin días; y esto por ser de tal naturaleza que los cambios sucesivos de los tiempos pudieran tener lugar en esas cosas, sujetas como están a alteraciones determinadas de movimientos y formas.

Esto es, pues, lo que entiendo, Dios mío, cuando oigo que tu Escritura dice: En el principio Dios hizo el Cielo y la Tierra; y la Tierra era invisible y sin forma, y las tinieblas estaban sobre el abismo, sin mencionar en qué día los creaste.

Esto es lo que entiendo: que por causa del Cielo de los cielos —ese Cielo intelectual, cuyas Inteligencias conocen todo a la vez, no en parte, no oscuramente, no a través de un espejo, sino en su totalidad, de manera manifiesta, cara a cara; no una cosa ahora y otra después, sino que, como he dicho, conocen todo a la vez, sin sucesión alguna de tiempos— y por causa de la tierra invisible y sin forma, sin sucesión alguna de tiempos, esa sucesión que presenta «una cosa ahora, otra después», porque donde no hay forma no hay distinción de cosas; es, pues, por causa de estas dos cosas, una primera formada y otra primera informe, la una cielo, pero el Cielo del cielo, la otra tierra, pero la tierra invisible y sin forma; por causa de estas dos co-

sas, según entiendo, dijo tu Escritura, sin mencionar días: En el Principio Dios creó el Cielo y la Tierra.

Pues enseguida añadió de qué tierra hablaba; y también, al relatar que el Firmamento fue creado el segundo día y llamado Cielo, nos da a entender de qué Cielo había hablado antes, sin mencionar días.

¡Admirable profundidad la de tus palabras! Su superficie está ante nosotros, acogedora para los pequeños; y, sin embargo, son de una profundidad admirable. ¡Dios mío, qué profundidad admirable! Asomarse a ella sobrecoge; un sobrecogimiento de veneración y un temblor de amor.

A sus enemigos los odio con vehemencia; ¡ojalá los mataras con tu espada de doble filo, para que dejaran de ser sus enemigos! Pues así deseo que mueran para sí mismos, para que vivan para ti.

Pero he aquí a otros que no censuran el libro del Génesis, sino que lo ensalzan: «El Espíritu de Dios —dicen—, que escribió estas cosas por medio de su siervo Moisés, no quiso que esas palabras se entendieran así; no quiso que se entendieran como tú dices, sino de otro modo, como nosotros decimos». A ellos, siendo tú mismo el juez, oh Dios de todo, les respondo así.

«¿Afirmarán que es falso lo que la Verdad me dice con voz fuerte en mi oído interior acerca de la Eternidad del Creador: que su sustancia no cambia de ningún modo por el tiempo, ni su voluntad está separada de su sustancia? Por eso no quiere una cosa ahora y otra después, sino que una sola vez, y a la vez, y siempre, quiere todas las cosas que quiere; no una y otra vez, ni ahora esto y ahora aquello; ni quiere después lo que antes no quería,

ni deja de querer lo que antes quería; porque una voluntad así es, y ninguna cosa mutable es eterna, pero nuestro Dios es eterno.

Asimismo, lo que me dice en mi oído interior: la espera de las cosas que han de venir se convierte en visión cuando llegan, y esta misma visión se convierte en recuerdo cuando han pasado. Ahora bien, todo pensamiento que varía así es mutable, y ninguna cosa mutable es eterna, pero nuestro Dios es eterno».

Deduzco y reúno estas cosas, y encuentro que mi Dios, el Dios eterno, no ha hecho criatura alguna por una nueva voluntad, ni su conocimiento admite nada transitorio.

«¿Qué dirán entonces, ustedes que me contradicen? ¿Son falsas estas cosas?». «No», dicen. «¿Qué, entonces? ¿Es falso que toda naturaleza ya formada, o materia capaz de recibir forma, solo existe por aquel que es sumamente bueno, porque es en grado supremo?».

«Tampoco negamos esto», dicen. «¿Qué, entonces? ¿Niegan que hay una criatura sublime que permanece unida con un amor tan puro al Dios verdadero y verdaderamente eterno que, aunque no sea coeterna con él, no se aparta de él ni se disuelve en la variedad y las vicisitudes de los tiempos, sino que reposa en la contemplación más verdadera de él solo?».

Porque tú, oh Dios, te muestras a quien te ama tanto como mandas, y le bastas; y por eso no se aparta de ti ni se vuelve hacia sí mismo. Esta es la casa de Dios, no de materia terrenal ni de masa celeste corporal, sino espiritual y partícipe de tu eternidad, porque permanece para siempre sin desfallecer.

Pues la has afianzado por los siglos de los siglos, le has dado una ley que no traspasará. Y, sin embargo, no es coeterna contigo, oh Dios, porque no carece de principio, pues fue hecha.

⁂

Pues, aunque no encontramos tiempo alguno anterior a ella, porque la sabiduría fue creada antes que todas las cosas; no aquella Sabiduría que es enteramente igual y coeterna contigo, nuestro Dios, su Padre, y por quien fueron creadas todas las cosas, y en quien, como el Principio, creaste el cielo y la tierra; sino aquella sabiduría que es creada, es decir, la naturaleza intelectual, que por contemplar la luz es luz.

Pues esta, aunque creada, también recibe el nombre de sabiduría. Pero tanta diferencia como hay entre la Luz que ilumina y la que es iluminada, tanta hay entre la Sabiduría que crea y la creada; como entre la Justicia que justifica y la justicia producida por la justificación.

Pues también nosotros somos llamados tu justicia, porque así dice un siervo tuyo: Para que en él fuéramos hechos justicia de Dios. Por tanto, puesto que cierta sabiduría creada fue creada antes que todas las cosas, la mente racional e intelectual de aquella ciudad tuya tan pura, nuestra madre que está en lo alto y es libre y eterna en los cielos (¿en qué cielos, sino en los que te alaban, el Cielo de los cielos?

Porque este es también el Cielo de los cielos para el Señor); aunque no encontramos tiempo alguno anterior a ella (porque lo que fue creado antes que todas las cosas precede también a la creación del tiempo), no obstante, la Eternidad del Creador mismo es anterior a ella, y de él, al ser creada, reci-

bió el principio, no del tiempo, pues el tiempo mismo aún no existía, sino de su creación.

De ahí que proceda de ti, nuestro Dios, de tal modo que sea enteramente distinta de ti y no lo mismo que tú; porque, aunque no encontramos tiempo ni antes de ella ni siquiera en ella (pues le corresponde contemplar siempre tu rostro y nunca se aparta de él, por lo que no varía con cambio alguno), hay, sin embargo, en ella una posibilidad de cambiar, por la cual se oscurecería y enfriaría si no fuera porque, unida a ti con un afecto fuerte, brilla y arde por ti como un mediodía perpetuo. ¡Oh, casa llena de luz y de delicias!

He amado tu belleza y el lugar donde habita la gloria de mi Señor, tu constructor y dueño. Que mi peregrinación suspire por ti, y digo a quien te hizo que tome posesión de mí también en ti, pues también me ha hecho a mí. Me he extraviado como una oveja perdida; pero espero ser llevado de vuelta a ti sobre los hombros de mi Pastor, tu constructor.

«¿Qué me dicen ustedes, los que me contradicen, a quienes estaba hablando, que, no obstante, creen que Moisés fue el santo siervo de Dios y que sus libros son los oráculos del Espíritu Santo? ¿No es esta la casa de Dios, que ciertamente no es coeterna con Dios, pero que, según su medida, es eterna en los cielos, donde buscan en vano cambios de tiempos, porque no los encontrarán? Pues aquello para lo que siempre es bueno permanecer firmemente unido a Dios supera toda extensión y todos los períodos del tiempo que se suceden».

«Así es», dicen. «¿Qué, entonces, de todo lo que mi corazón expresó en voz alta a mi Dios, cuando en su interior oyó la voz de su alabanza, qué

parte afirman que es falsa? ¿Acaso que la materia carecía de forma y que, al no haber forma en ella, no había orden? Pero donde no había orden no podía haber vicisitudes de tiempos; y, sin embargo, esta "casi nada", en cuanto no era una nada absoluta, procedía ciertamente de aquel de quien procede todo lo que existe, en cualquier grado en que exista». «Tampoco negamos esto», dicen.

Con estos que admiten como verdaderas todas estas cosas que tu Verdad susurra a mi alma, converso ahora un poco en tu presencia, Dios mío. En cuanto a quienes las niegan, que ladren y se ensordezcan cuanto quieran; intentaré persuadirlos de que guarden silencio y abrir en ellos un camino para tu palabra.

Pero si se niegan y me rechazan, te suplico, Dios mío, que no guardes silencio conmigo. Habla con verdad en mi corazón, pues solo tú hablas así; y los dejaré solos, soplando fuera sobre el polvo y levantándolo hacia sus propios ojos, mientras yo entraré en mi aposento y allí te cantaré un canto de amor; gimiendo con gemidos indecibles en mi peregrinación y recordando Jerusalén, con el corazón elevado hacia ella: Jerusalén, mi patria; Jerusalén, mi madre; y a ti mismo, que reinas sobre ella, su Iluminador, Padre, Guardián, Esposo, su deleite puro y fuerte, su alegría firme y todos sus bienes inefables, sí, todos a la vez, porque eres el único Bien soberano y verdadero.

Y no me apartaré hasta que recojas todo lo que soy de este estado disperso y desordenado y lo lleves a la paz de aquella madre nuestra tan querida, donde ya están las primicias de mi espíritu —por lo cual tengo certeza de estas cosas—, y le des forma y firmeza para siempre, Dios mío, Misericordia mía.

Pero a quienes no afirman que todas estas verdades sean falsas, que honran tu santa Escritura, expuesta por el santo Moisés, y la sitúan, como nosotros, en la cumbre de la autoridad que debe seguirse, pero aun así me contradicen en algo, les respondo de este modo: juzga tú mismo, Dios nuestro, entre mis Confesiones y las contradicciones de estos hombres.

Pues dicen: «Aunque estas cosas sean verdaderas, Moisés no se refería a esas dos cuando, por revelación del Espíritu, dijo: En el principio Dios creó el cielo y la tierra. Con el nombre de cielo no designó aquella criatura espiritual o intelectual que contempla siempre el rostro de Dios; ni con el nombre de tierra, aquella materia informe».

«¿Qué quiso decir, entonces?». «Aquel hombre de Dios —dicen— quiso decir lo que nosotros decimos; eso declaró con aquellas palabras». «¿Qué?». «Con el nombre de cielo y tierra quiso designar primero —dicen—, de manera general y resumida, todo este mundo visible; para después, mediante la enumeración de los distintos días, disponer en detalle y, por así decirlo, parte por parte, todas aquellas cosas que al Espíritu Santo le plugo expresar así. Pues aquel pueblo al que hablaba era tan rudo y carnal que lo consideró apto para confiarle únicamente el conocimiento de las obras de Dios que fueran visibles».

Admiten, sin embargo, que las palabras tierra invisible y sin forma, y aquel abismo tenebroso —del cual se muestra después que fueron hechas y ordenadas durante aquellos «días» todas estas cosas visibles que todos conocemos— pueden entenderse, sin incongruencia, como referidas a esta primera materia informe.

⁂

¿Y si otro dijera que «esta misma falta de forma y confusión de la materia se expresó primero con el nombre de cielo y tierra porque de ella fue creado y perfeccionado este mundo visible, con todas aquellas naturalezas que aparecen en él de manera tan manifiesta, y que con frecuencia recibe el nombre de cielo y tierra»? ¿Y si otro dijera que «no es impropio llamar cielo y tierra a la naturaleza invisible y visible; y que, por tanto, esas dos palabras comprendían la creación entera que Dios hizo en su Sabiduría, es decir, en el Principio? Sin embargo, puesto que todas las cosas fueron hechas de la nada y no de la sustancia de Dios —porque no son lo mismo que Dios, y hay en todas ellas una naturaleza mutable, tanto si permanecen, como la casa eterna de Dios, como si cambian, como el alma y el cuerpo del hombre—, por eso la materia común de todas las cosas visibles e invisibles, aún sin forma, aunque capaz de recibirla, de la cual habían de ser creados tanto el cielo como la tierra —es decir, la criatura invisible y visible una vez formada—, fue designada con los mismos nombres dados a la tierra invisible y sin forma y a las tinieblas sobre el abismo; pero con esta distinción: por tierra invisible y sin forma se entiende la materia corporal antes de ser dotada de forma alguna; y por tinieblas sobre el abismo, la materia espiritual antes de que su fluidez ilimitada recibiera contención alguna o luz alguna de la Sabiduría»?

Todavía queda quien diga, si quiere, que «cuando leemos: En el principio Dios hizo el cielo y la tierra, con el nombre de cielo y tierra no se designan las naturalezas visibles e invisibles ya perfeccionadas y formadas, sino que con estos nombres se llamó al comienzo aún informe de las cosas, a la materia apta para recibir forma y hechura, porque en ella estaban contenidas de manera confusa, aún sin distinguirse por sus cualidades y formas, todas

aquellas cosas que, una vez dispuestas en orden, se llaman Cielo y Tierra: el uno, la creación espiritual; la otra, la corporal».

Después de oír y considerar bien todas estas cosas, no discutiré por palabras, pues eso no sirve para nada, salvo para la ruina de quienes escuchan. Pero la ley es buena para edificar si se usa debidamente, pues su fin es el amor que nace de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe sincera.

Y bien sabía nuestro Maestro de cuáles dos mandamientos hizo depender toda la Ley y los Profetas. Y ¿en qué me perjudica, Dios mío, luz de mis ojos en lo secreto, mientras confieso fervientemente estas cosas, si bajo estas palabras pueden entenderse diversas cosas, todas ellas verdaderas; en qué, digo, me perjudica pensar de manera distinta de lo que otro cree que pensó el escritor?

Todos los lectores nos esforzamos, ciertamente, por descubrir y comprender el sentido de aquel a quien leemos; y, ya que creemos que habla con verdad, no nos atrevemos a imaginar que haya dicho algo que nosotros sabemos o creemos falso.

Así pues, mientras cada uno procura entender en las santas Escrituras lo mismo que entendió el escritor, ¿qué daño hay en que alguien entienda lo que tú, luz de todas las mentes que dicen la verdad, le muestras como verdadero, aunque aquel a quien lee no lo entendiera así, puesto que también él entendió una verdad, aunque no esta?

Pues es verdad, Señor, que hiciste el cielo y la tierra; y también es verdad que el Principio es tu Sabiduría, en la cual creas todas las cosas; y es verdad,

además, que las partes mayores de este mundo visible son el cielo y la tierra, que comprenden de manera resumida todas las naturalezas hechas y creadas.

Y también es verdad que todo lo mutable nos da a entender cierta falta de forma, por la cual recibe una forma, o cambia, o se transforma. Es verdad que no está sujeto al tiempo aquello que se adhiere de tal modo a la Forma inmutable que, aun siendo susceptible de cambio, nunca cambia.

Es verdad que aquella falta de forma que es casi nada no puede estar sujeta a las variaciones del tiempo. Es verdad que aquello de lo que se hace una cosa puede, según cierta manera de hablar, recibir el nombre de la cosa hecha de ello; de ahí que pudiera llamarse cielo y tierra a aquella materia informe de la que fueron hechos el cielo y la tierra.

Es verdad que, entre las cosas que tienen forma, ninguna se acerca más a carecer de ella que la tierra y el abismo. Es verdad que tú, de quien proceden todas las cosas, hiciste no solo toda cosa creada y formada, sino también todo cuanto es capaz de ser creado y formado. Es verdad que todo lo que recibe forma a partir de lo que no la tenía carecía de forma antes de recibirla.

De estas verdades, de las cuales no dudan aquellos cuyo ojo interior has capacitado para ver tales cosas y que creen con firmeza que tu siervo Moisés habló en el Espíritu de la verdad; de todas ellas, pues, escoge una quien dice: En el Principio Dios hizo el cielo y la tierra; es decir: «En su Palabra coeterna con él, Dios hizo la criatura inteligible y sensible, o espiritual y corporal».

Escoge otra quien dice: En el Principio Dios hizo el cielo y la tierra; es decir: «En su Palabra coeterna con él, Dios hizo la masa entera de este mundo corporal, junto con todas las criaturas manifiestas y conocidas que contiene».

Escoge otra quien dice: En el Principio Dios hizo el cielo y la tierra; es decir: «En su Palabra coeterna con él, Dios hizo la materia informe de las criaturas espirituales y corporales».

Escoge otra quien dice: En el Principio Dios creó el cielo y la tierra; es decir: «En su Palabra coeterna con él, Dios creó la materia informe de la criatura corporal, en la cual estaban todavía confundidos el cielo y la tierra que, ya distinguidos y formados, vemos hoy en la masa de este mundo».

Escoge otra quien dice: En el Principio Dios hizo el cielo y la tierra; es decir: «En el comienzo mismo de su creación y de su obra, Dios hizo aquella materia informe que contenía en sí, de manera confusa, tanto el cielo como la tierra; y de ella, una vez formados, surgen ahora y se manifiestan, con todo lo que hay en ellos».

⁂

Y, respecto al sentido de las palabras siguientes, escoge para sí una de todas aquellas verdades quien dice: Pero la tierra era invisible y sin forma, y las tinieblas estaban sobre el abismo; es decir: «Aquella cosa corporal que Dios hizo era todavía una materia informe de cosas corporales, sin orden, sin luz».

Escoge otra quien dice: La tierra era invisible y sin forma, y las tinieblas estaban sobre el abismo; es decir: «Este todo, al que se llama cielo y tierra, era

todavía una materia informe y tenebrosa, de la cual habían de hacerse el cielo corporal y la tierra corporal, con todas las cosas que hay en ellos y que son conocidas por nuestros sentidos corporales».

Escoge otra quien dice: La tierra era invisible y sin forma, y las tinieblas estaban sobre el abismo; es decir: «Este todo, al que se llama cielo y tierra, era todavía una materia informe y tenebrosa; de ella habían de hacerse tanto aquel cielo inteligible, llamado en otro lugar Cielo de los cielos, como la tierra, es decir, toda la naturaleza corporal, bajo cuyo nombre se comprende también este cielo corporal; en una palabra, de ella había de crearse toda criatura visible e invisible».

Escoge otra quien dice: La tierra era invisible y sin forma, y las tinieblas estaban sobre el abismo: «La Escritura no llamó cielo y tierra a aquella materia informe; pero aquella materia informe —dice— ya existía, y la llamó tierra invisible y sin forma, y tinieblas sobre el abismo; de ella había dicho antes que Dios había hecho el cielo y la tierra, a saber, la criatura espiritual y corporal».

Escoge otra quien dice: La tierra era invisible y sin forma, y las tinieblas estaban sobre el abismo; es decir: «Ya existía cierta materia informe, de la cual la Escritura había dicho antes que Dios hizo el cielo y la tierra, a saber, toda la masa corporal del mundo, dividida en dos grandes partes, superior e inferior, con todas las criaturas comunes y conocidas que hay en ellas».

Pues si alguien intentara discutir contra estas dos últimas opiniones, diciendo: «Si no admitís que esta materia sin forma parece recibir el nombre de cielo y tierra, entonces había algo que Dios no había hecho, de lo cual hacer el cielo y la tierra; porque la Escritura tampoco nos ha dicho que

Dios hizo esta materia, a menos que entendamos que se la designa con el nombre de cielo y tierra, o solamente de tierra, cuando se dice: En el principio Dios hizo el cielo y la tierra; de modo que, en lo que sigue: Y la tierra era invisible y sin forma (aunque a Él le agradó llamar así a la materia sin forma), no debemos entender otra materia que la que Dios hizo, de la cual se escribió antes: Dios hizo el cielo y la tierra».

Los defensores de cualquiera de aquellas dos últimas opiniones, al oír esto, responderán: «No negamos que esta materia sin forma haya sido, en efecto, creada por Dios, ese Dios de quien proceden todas las cosas, muy buenas; porque, así como afirmamos que es un bien mayor lo que está creado y formado, reconocemos que es un bien menor lo que está hecho con capacidad de recibir creación y forma, aunque sigue siendo bueno.

Decimos, sin embargo, que la Escritura no ha dejado escrito que Dios hizo esta materia sin forma, como tampoco ha mencionado muchas otras cosas, como los querubines y los serafines, y aquellas de las que el Apóstol habla expresamente: tronos, dominaciones, principados y potestades. Es del todo evidente que Dios hizo todas estas cosas. O, si en lo que se dice: Hizo el cielo y la tierra, están comprendidas todas las cosas, ¿qué diremos de las aguas sobre las cuales se movía el Espíritu de Dios?

Porque, si están comprendidas en esta palabra, tierra, ¿cómo puede entonces designarse la materia sin forma con ese nombre de tierra, cuando vemos que las aguas son tan hermosas? O, si se entiende así, ¿por qué está escrito que de esa misma materia sin forma se hizo el firmamento, al que se llamó cielo, y no está escrito que se hicieron las aguas? Porque las aguas no per-

manecen sin forma e invisibles, pues las vemos fluir de manera tan hermosa.

Pero, si recibieron entonces esa belleza, cuando Dios dijo: Reúnanse las aguas que están debajo del firmamento, de modo que su reunión fuera su propia formación, ¿qué se dirá de aquellas aguas que están sobre el firmamento? Pues, si carecieran de forma, no habrían sido dignas de un lugar tan honorable, y tampoco está escrito por qué palabra fueron formadas.

Así pues, si el Génesis guarda silencio sobre la creación por Dios de alguna cosa que, no obstante, ni la fe sana ni el entendimiento bien fundado dudan que Dios hizo, y tampoco ninguna enseñanza sensata se atreverá a afirmar que estas aguas son coeternas con Dios porque las encontramos mencionadas en el libro del Génesis, aunque no encontramos cuándo fueron creadas, ¿por qué no hemos de entender, puesto que la verdad nos lo enseña, que la materia sin forma (que esta Escritura llama tierra invisible y sin forma, y abismo tenebroso) fue creada por Dios de la nada y, por tanto, no es coeterna con Él, aunque este relato haya omitido mostrar cuándo fue creada?».

Habiendo oído y comprendido estas cosas, según la debilidad de mi capacidad (que te confieso, Señor, pues tú la conoces), veo que pueden surgir dos clases de desacuerdos cuando narradores veraces relatan algo con palabras: uno, sobre la verdad de las cosas; el otro, sobre el sentido que les da quien las relata.

Porque una cosa es investigar qué es verdad acerca de la creación de las criaturas, y otra, qué quería Moisés, aquel excelente servidor de tu fe, que entendieran sus lectores y oyentes por aquellas palabras.

En cuanto a la primera clase, lejos de nosotros todos los que se imaginan saber como verdadero lo que es falso; y en cuanto a la otra, lejos también todos los que se imaginan que Moisés escribió cosas falsas.

Pero permíteme estar unido en ti, Señor, a quienes se alimentan de tu verdad, y deleitarme en ti con ellos, en la amplitud de la caridad; acerquémonos juntos a las palabras de tu libro y busquemos en ellas tu intención a través de la intención de tu siervo, por cuya pluma nos las has comunicado.

⁂

Pero ¿quién de nosotros, entre tantas verdades que encuentran los que investigan aquellas palabras al entenderlas de distintas maneras, descubrirá aquel único sentido hasta poder afirmar: «Esto pensó Moisés» y «Esto quiso que se entendiera en aquel relato», con la misma confianza con que diría: «Esto es verdad», haya pensado Moisés esto o aquello?

Pues mira, Dios mío: yo, tu siervo, que en este libro te he prometido un sacrificio de confesión y te ruego que, por tu misericordia, pueda cumplir mis promesas, ¿puedo afirmar, con la misma confianza con que afirmo que en tu mundo inmutable creaste todas las cosas visibles e invisibles, que Moisés no quiso decir otra cosa que esta cuando escribió: En el principio Dios hizo el cielo y la tierra?

No. Porque no veo en su mente que pensara esto cuando escribió estas cosas, como sí veo con certeza que esto es así en tu verdad. Pues pudo tener en mente el comienzo de la creación por Dios cuando dijo: En el principio; y por cielo y tierra pudo entender en este pasaje ninguna naturaleza for-

mada y acabada, ya fuera espiritual o corporal, sino ambas apenas iniciadas y todavía sin forma.

Porque comprendo que cualquiera de las dos cosas que hubiera dicho podría haber sido dicha con verdad; pero cuál de las dos pensó al escribir estas palabras, eso no lo comprendo del mismo modo.

Aunque, ya fuera cualquiera de estas dos cosas u otro sentido distinto (que no he mencionado aquí) lo que aquel hombre tan grande vio en su mente cuando pronunció estas palabras, no dudo de que lo vio con verdad y lo expresó adecuadamente.

Que nadie, pues, me acose diciendo: «Moisés no pensó lo que tú dices, sino lo que yo digo»; porque, si me preguntara: «¿Cómo sabes que Moisés pensó lo que tú deduces de sus palabras?», debería tomarlo a bien y quizá respondería como lo he hecho antes, o con mayor amplitud, si se mostrara inflexible.

Pero cuando dice: «Moisés no quiso decir lo que tú dices, sino lo que yo digo», sin negar, no obstante, que lo que cada uno de nosotros dice puede ser verdad, oh Dios mío, vida de los pobres, en cuyo seno no hay contradicción, derrama en mi corazón un rocío que lo ablande, para que pueda soportar con paciencia a quienes me dicen esto, no porque tengan un Espíritu divino y hayan visto en el corazón de tu siervo lo que afirman, sino porque son orgullosos; desconocen el parecer de Moisés, pero aman el suyo, no porque sea verdad, sino porque es suyo.

De otro modo, amarían igualmente otra opinión verdadera, como yo amo lo que ellos dicen cuando dicen la verdad: no porque sea suyo, sino porque

es verdadero; y por esa misma razón no es suyo, porque es verdadero. Pero, si lo aman porque es verdadero, entonces es tanto suyo como mío, pues es común a todos los que aman la verdad.

Sin embargo, cuando sostienen que Moisés no quiso decir lo que yo digo, sino lo que ellos dicen, eso no me agrada ni lo amo; porque, aunque así fuera, su temeridad no procede del conocimiento, sino del atrevimiento excesivo, y no nació de la comprensión, sino de la vanidad.

Por eso, Señor, tus juicios son terribles, pues tu verdad no es mía, ni de él, ni de ningún otro, sino que pertenece a todos nosotros, a quienes llamas públicamente a participar de ella, advirtiéndonos de manera terrible que no la consideremos propiedad privada nuestra, para que no nos veamos privados de ella.

Porque quien reclama como propio lo que tú ofreces a todos para que lo disfruten, y quiere tener como suyo lo que pertenece a todos, es expulsado de lo común hacia lo suyo; es decir, de la verdad a la mentira. Porque quien dice una mentira habla de lo suyo.

Escucha, oh Dios, tú que eres el mejor juez; Verdad misma, escucha lo que voy a decir a quien me contradice, escucha, porque hablo ante ti y ante mis hermanos, que usan tu ley legítimamente, con la caridad como fin; escucha y mira, si te place, lo que voy a decirle.

Pues le respondo con estas palabras fraternales y pacíficas: «Si ambos vemos que es verdadero lo que tú dices, y ambos vemos que es verdadero lo que yo digo, ¿dónde, te ruego, lo vemos? Ni yo en ti, ni tú en mí, sino am-

bos en la misma Verdad inmutable, que está por encima de nuestras almas».

Puesto que no discutimos sobre la luz misma del Señor Dios, ¿por qué discutimos sobre los pensamientos de nuestro prójimo, que no podemos ver como vemos la Verdad inmutable? Porque, aunque el mismo Moisés se nos hubiera aparecido y hubiera dicho: «Esto quise decir», tampoco así lo veríamos, sino que lo creeríamos.

No nos llenemos, pues, de orgullo a favor de uno y contra otro, más allá de lo que está escrito; amemos al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Si no creemos que Moisés tuvo presentes estos dos preceptos de la caridad en todo lo que quiso decir en aquellos libros, haremos de Dios un mentiroso, al imaginar acerca de la intención de nuestro compañero de servicio algo distinto de lo que Él nos ha enseñado.

Mira ahora qué necio es, entre tal abundancia de sentidos tan verdaderos que pueden extraerse de aquellas palabras, afirmar temerariamente cuál de ellos quiso expresar principalmente Moisés, y ofender con disputas perniciosas a la misma caridad, por la cual dijo todas las cosas aquel cuyas palabras intentamos explicar.

Y, sin embargo, Dios mío, tú que levantas mi humildad y eres el descanso de mi trabajo, que escuchas mis confesiones y perdonas mis pecados: ya que me mandas amar a mi prójimo como a mí mismo, no puedo creer que dieras a Moisés, tu siervo fiel, un don menor del que yo habría querido o

deseado que me dieras si hubiera nacido en su tiempo y me hubieras encomendado aquella tarea, para que, mediante el servicio de mi corazón y de mi lengua, se transmitieran aquellos libros que durante tanto tiempo después habrían de beneficiar a todas las naciones y que, por todo el mundo, desde tan elevada autoridad, habrían de superar todas las afirmaciones de enseñanzas falsas y orgullosas. Ciertamente, si yo hubiera sido entonces Moisés (pues todos procedemos de la misma masa, y ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?), si yo hubiera sido entonces lo que él era y me hubieras encargado escribir el libro del Génesis, habría deseado que se me concedieran tal capacidad de expresión y tal estilo que quienes todavía no pudieran entender cómo creó Dios no rechazaran aquellas palabras por estar más allá de su capacidad; y que quienes hubieran llegado a entenderlo encontraran que ninguna opinión verdadera a la que hubieran llegado mediante la reflexión se había pasado por alto en aquellas pocas palabras de tu siervo; y que, si otro hombre hubiera descubierto otra a la luz de la verdad, tampoco dejara esta de poder encontrarse en esas mismas palabras.

⁂

Porque así como una fuente, dentro de un espacio estrecho, es más abundante y suministra caudal a más corrientes por espacios más amplios que cualquiera de esas corrientes que, tras un largo trecho, procede de esa misma fuente, así el relato de aquel servidor tuyo, destinado a beneficiar a muchos que habrían de discurrir sobre él, desborda, desde una reducida medida de palabras, en corrientes de clarísima verdad, de las cuales cada uno puede extraer para sí cuanta verdad alcance sobre estas cuestiones: uno, una verdad; otro, otra, mediante razonamientos más extensos.

Pues algunos, cuando leen u oyen estas palabras, imaginan que Dios, como un hombre o alguna masa dotada de poder ilimitado, por una decisión nueva y repentina, creó fuera de sí, como a cierta distancia, el cielo y la tierra, dos grandes cuerpos, arriba y abajo, en los que habían de estar contenidas todas las cosas.

Y cuando oyen: Dios dijo: Hágase, y fue hecho, imaginan palabras que comienzan y terminan, que suenan en el tiempo y se desvanecen; después de desaparecer estas, comenzó a existir aquello a lo que se había ordenado existir; y se representan cualquier otra cosa semejante que les sugiera su conocimiento del mundo material.

En ellos, todavía pequeños y carnales, mientras su debilidad es sostenida por esta humilde manera de hablar, como en el regazo de una madre, su fe se edifica saludablemente, y por ella tienen la certeza de que Dios hizo todas las naturalezas que sus ojos contemplan alrededor en admirable variedad.

Si alguno, despreciando estas palabras por demasiado sencillas, con orgullosa debilidad se aventura más allá del nido protector, ¡ay!, caerá miserablemente. Ten piedad, Señor Dios, para que quienes pasan por el camino no pisoteen al pajarillo sin plumas, y envía a tu ángel para que lo devuelva al nido, a fin de que viva hasta que pueda volar.

Pero otros, para quienes estas palabras ya no son un nido, sino profundas y sombrías enramadas cargadas de frutos, ven los frutos escondidos en ellas, vuelan gozosos a su alrededor y con alegres cantos los buscan y los recogen.

Pues, al leer u oír estas palabras, ven que todos los tiempos pasados y venideros son superados por tu permanencia eterna y estable; y, no obstante, que no hay criatura formada en el tiempo que no sea obra tuya.

Por tu voluntad, que es lo mismo que tú eres, hiciste todas las cosas, sin cambio alguno de voluntad ni con una voluntad que antes no existiera; y estas cosas no fueron hechas de ti mismo, a tu propia semejanza, que es la forma de todas las cosas, sino de la nada: una desemejanza sin forma que habría de recibir forma por tu semejanza, volviendo a tu Unidad según su capacidad asignada, en la medida concedida a cada cosa en su género, para que todas pudieran ser hechas muy buenas; ya permanezcan en torno a ti, ya, alejadas gradualmente en el tiempo y el espacio, produzcan o experimenten las hermosas variaciones del Universo.

Estas cosas ven, y se alegran, en la pequeña medida en que aquí pueden hacerlo, a la luz de tu verdad.

Otro fija su atención en lo que se dice: En el Principio hizo Dios el cielo y la tierra; y contempla en ello la Sabiduría, el Principio, porque también nos habla. Otro fija igualmente su atención en las mismas palabras y entiende por Principio el comienzo de las cosas creadas: En el principio hizo, como si se dijera: Primero hizo.

Y entre quienes entienden que En el Principio significa: «En tu Sabiduría creaste el cielo y la tierra», uno cree que allí se llama cielo y tierra a la materia de la que habían de ser creados el cielo y la tierra; otro, a las naturalezas ya formadas y diferenciadas; otro, a una naturaleza formada, y esta espiritual, bajo el nombre de Cielo, y a la otra sin forma, una materia corporal, bajo el nombre de Tierra.

A su vez, quienes entienden por los nombres cielo y tierra la materia todavía sin forma, de la que habían de formarse el cielo y la tierra, tampoco la entienden de una sola manera: uno entiende aquella materia de la que habían de alcanzar su perfección tanto la criatura inteligible como la sensible; otro, solo aquella de la que había de hacerse esta masa corporal sensible, que contiene en su vasto seno estas naturalezas visibles y comunes.

Tampoco quienes creen que en este pasaje se llama cielo y tierra a las criaturas ya ordenadas y dispuestas entienden lo mismo: uno entiende tanto las invisibles como las visibles; otro, solo las visibles, en las que contemplamos este cielo luminoso y esta tierra oscura, con las cosas que contienen.

Pero quien no entiende En el Principio hizo de otro modo que si se dijera Primero hizo, solo puede entender con verdad por cielo y tierra la materia del cielo y de la tierra, es decir, de toda la creación inteligible y corporal. Porque, si quisiera entender por ello el universo ya formado, con razón se le podría preguntar: «Si Dios hizo esto primero, ¿qué hizo después?».

Y después del universo no encontrará nada; por lo cual tendrá que oír, contra su voluntad, otra pregunta: «¿Cómo hizo Dios esto primero, si nada hizo después?».

Pero cuando dice que Dios hizo la materia primero sin forma y luego formada, no hay absurdo alguno, con tal de que sea capaz de distinguir qué precede por eternidad, qué por tiempo, qué por preferencia y qué por origen.

Por eternidad, como Dios es anterior a todas las cosas; por tiempo, como la flor es anterior al fruto; por preferencia, como el fruto es anterior a la flor;

por origen, como el sonido es anterior a la melodía. De estas cuatro maneras, la primera y la última mencionadas se entienden con extrema dificultad; las dos intermedias, fácilmente.

Pues es una visión rara y demasiado elevada contemplar tu Eternidad, Señor, que sin cambiar hace las cosas cambiantes y, por ello, es anterior a ellas. Y, por otra parte, ¿quién tiene un entendimiento tan penetrante que pueda discernir sin gran esfuerzo cómo el sonido es anterior a la melodía precisamente porque una melodía es un sonido formado, y una cosa sin forma puede existir, mientras que lo que no existe no puede recibir forma?

Así, la materia es anterior a la cosa hecha; no porque la haga, puesto que ella misma es más bien hecha; ni es anterior por un intervalo de tiempo, pues no emitimos primero en el tiempo sonidos sin forma, sin cantar, y luego los adaptamos o les damos la forma de un canto, como ocurre con la madera o la plata, de las que se fabrica un cofre o una vasija.

Pues esos materiales preceden también en el tiempo a las formas de las cosas hechas de ellos, pero en el canto no sucede así: cuando se canta, se oye su sonido; no hay primero un sonido sin forma que después reciba la forma de un canto. Porque cada sonido, en cuanto se produce, desaparece, y no puedes encontrar nada que recuperar y componer con arte.

Así pues, el canto se concentra en su sonido, y ese sonido suyo es su materia. Y esta recibe forma para ser una melodía; por tanto, como he dicho, la materia del sonido es anterior a la forma de la melodía; no es anterior por poder alguno que tenga para hacerla melodía, pues el sonido no es de ningún modo el artífice de la melodía, sino algo corporal, sometido al alma que canta para que haga de él una melodía.

Tampoco es anterior en el tiempo, pues se emite junto con la melodía; ni anterior por preferencia, pues un sonido no es mejor que una melodía, ya que una melodía no es solo un sonido, sino un sonido hermoso. Pero es anterior por origen, porque una melodía no recibe forma para convertirse en sonido, sino que un sonido recibe forma para convertirse en melodía.

Por este ejemplo, quien pueda hacerlo entienda cómo la materia de las cosas fue hecha primero y llamada cielo y tierra, porque de ella fueron hechos el cielo y la tierra.

Sin embargo, no fue hecha primero en el tiempo, porque las formas de las cosas dan origen al tiempo; aquella, en cambio, carecía de forma, pero ahora es, en el tiempo, objeto de los sentidos junto con su forma.

Y, sin embargo, nada puede decirse de aquella materia sino como si fuera anterior en el tiempo, aunque en valor sea la última, porque las cosas formadas son superiores a las cosas sin forma, y la precede la Eternidad del Creador: para que así hubiera, de la nada, algo de lo que pudiera crearse alguna cosa.

⁂

En esta diversidad de opiniones verdaderas, que la Verdad misma produzca concordia. Y que nuestro Dios tenga misericordia de nosotros, para que usemos la ley legítimamente, siendo el fin del mandamiento el amor puro.

Si, conforme a esto, alguien me pregunta «cuál de estos fue el sentido que quiso expresar tu siervo Moisés», no sería este el lenguaje de mis Confesiones si no te confesara: «No lo sé»; y, sin embargo, sé que esos sentidos son

verdaderos, salvo aquellos carnales de los que he dicho lo que parecía necesario.

E incluso aquellos pequeños llenos de esperanza que piensan así reciben este beneficio: que las palabras de tu Libro no los atemorizan, pues comunican humildemente cosas elevadas y con pocas palabras un significado abundante.

Y todos nosotros que, lo confieso, vemos y expresamos la verdad transmitida en esas palabras, amémonos unos a otros y amémoste juntos a ti, nuestro Dios, fuente de la verdad, si es de ella de lo que tenemos sed, y no de vanidades; sí, honremos de tal modo a este siervo tuyo, transmisor de esta Escritura, lleno de tu Espíritu, que creamos que, cuando escribió estas cosas por revelación tuya, quiso expresar aquello que entre esos sentidos sobresale más, tanto por la luz de la verdad como por la abundancia de su provecho.

Así, cuando uno dice: «Moisés quiso decir lo mismo que yo», y otro: «No, lo mismo que yo», creo que hablo con mayor reverencia al decir: «¿Por qué no más bien lo mismo que ambos, si ambos dicen verdad?».

Y si hay un tercero o un cuarto, más aún, si cualquier otro ve alguna otra verdad en esas palabras, ¿por qué no creer que las vio todas aquel por medio de quien el Dios único adaptó las santas Escrituras al entendimiento de muchos que habrían de ver en ellas cosas verdaderas, aunque diversas?

Pues yo, ciertamente, y lo digo de corazón y sin temor, si hubiera de escribir algo que tuviera autoridad suprema, preferiría escribir de tal manera que mis palabras pudieran transmitir cualquier verdad que alguien pu-

diera comprender sobre esas cuestiones, antes que exponer mi propio sentido con tanta claridad que excluyera los demás, los cuales, al no ser falsos, no podrían ofenderme.

Por tanto, Dios mío, no seré tan temerario que deje de creer que concediste otro tanto a aquel gran hombre. Sin duda, cuando escribió aquellas palabras, percibió y tuvo presente toda verdad que hemos podido encontrar en ellas, y también toda aquella que no hemos podido encontrar ni podemos todavía, pero que puede hallarse en ellas.

Por último, Señor, que eres Dios y no carne y sangre, si aquel hombre vio menos, ¿podía quedar oculto a tu buen Espíritu, que me conducirá a la tierra de la rectitud, algo de lo que tú mismo ibas a revelar mediante esas palabras a los lectores de los tiempos venideros, aunque aquel por quien fueron pronunciadas quizá pensara en uno solo entre muchos sentidos verdaderos?

Si así fuera, que aquel en que pensó sea el más elevado de todos. Pero a nosotros, Señor, revélanos ese mismo o cualquier otro verdadero que te agrade; para que, ya nos descubras el mismo que a aquel siervo tuyo, ya algún otro con ocasión de aquellas palabras, seas tú quien nos alimente y no el error quien nos engañe.

Mira, Señor Dios mío, cuánto hemos escrito sobre unas pocas palabras, ¡cuánto, te lo ruego! ¿Qué fuerzas nuestras, más aún, qué siglos bastarían para tratar así todos tus libros?

Permíteme, pues, confesarte más brevemente en ellos y escoger algún sentido verdadero, cierto y bueno que tú me inspires, aunque se presenten

muchos allí donde muchos pueden presentarse; siendo esta la ley de mi confesión: que, si digo lo que tu servidor quiso expresar, eso es lo correcto y lo mejor, pues a ello debo aspirar; y si no lo alcanzo, que diga al menos aquello que tu Verdad quiso decirme mediante sus palabras, esa Verdad que también a él le reveló lo que quiso.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO XIII

✦

Te invoco, Dios mío, misericordia mía, que me creaste y no me olvidaste cuando yo te olvidaba. Te llamo a mi alma, a la que preparas para Ti mediante el anhelo que Tú mismo inspiras en ella.

No me abandones ahora que te invoco, pues te adelantaste a mí antes de que te llamara y me insististe con muchas y variadas llamadas para que te oyera desde lejos, me convirtiera y te invocara a Ti, que me llamabas.

Porque Tú, Señor, borraste todos mis malos merecimientos, por los que me aparté de Ti, para no darme lo que merecían; y te adelantaste a todos mis buenos merecimientos, para recompensar la obra de tus manos con la que me hiciste. Porque antes de que yo existiera, Tú existías; y yo no era cosa alguna a la que pudieras conceder la existencia.

Y, sin embargo, aquí estoy por tu bondad, que precedió a todo esto que me has hecho ser y a aquello de lo que me has hecho. Porque ni tenías necesidad de mí, ni soy un bien tal que pueda serte de ayuda, mi Señor y Dios; no te sirvo como si fueras a cansarte de trabajar, ni para que tu poder no disminuya por faltarle mi servicio; tampoco te cultivo con mi servicio como una tierra que habría de quedar sin cultivar si yo no te cultivara.

Te sirvo y te adoro para recibir de Ti el bienestar, pues de Ti procede que yo tenga un ser capaz de estar bien.

Porque de la plenitud de tu bondad subsiste tu criatura, para que un bien que de ningún modo podía beneficiarte, ni era de tu misma sustancia —

pues entonces sería igual a Ti—, pudiera, sin embargo, existir, ya que Tú podías crearlo. Pues ¿qué merecieron de Ti el cielo y la tierra que hiciste en el Principio?

Que digan aquellas naturalezas espirituales y corporales que hiciste en tu Sabiduría qué merecieron de Ti para depender de ella, aun en aquel estado incipiente y sin forma de cada una, espiritual o corporal, dispuestas a caer en una libertad sin medida y en una desemejanza muy alejada de Ti.

La naturaleza espiritual, aunque sin forma, era superior a la corporal, aun formada; y la corporal, aunque sin forma, era mejor que si no fuera absolutamente nada. ¿Qué merecieron para depender así de tu Palabra, permaneciendo sin forma a menos que por esa misma Palabra fueran devueltas a tu Unidad, recibieran forma y, de Ti, el único Bien supremo, fueran hechas todas muy buenas? ¿Cómo merecieron de Ti existir siquiera sin forma, si ni siquiera eso habrían sido sino por Ti?

¿Cómo mereció de Ti la materia corporal ser siquiera invisible y sin forma? Pues ni siquiera eso habría sido si Tú no la hubieras hecho; y por eso, como no existía, no podía merecer de Ti ser creada. ¿O cómo pudo merecer de Ti la criatura espiritual incipiente siquiera fluctuar oscuramente como el abismo, desemejante a Ti, si por la misma Palabra no hubiera sido vuelta hacia Aquel por quien fue creada y, así iluminada por Él, se hubiera convertido en luz, aunque no igual, sí conforme a aquella Forma que es igual a Ti?

Porque, así como en un cuerpo existir no es lo mismo que ser hermoso, pues de otro modo no podría ser deforme, así también para un espíritu

creado vivir no es lo mismo que vivir sabiamente, pues de otro modo sería sabio de manera inmutable.

Pero le conviene mantenerse siempre unido a Ti, para que la luz que ha obtenido al volverse hacia Ti no la pierda al apartarse de Ti y recaiga en una vida semejante al oscuro abismo.

Porque también nosotros, que en cuanto al alma somos una criatura espiritual, apartados de Ti, nuestra luz, fuimos en otro tiempo tinieblas en aquella vida; y todavía luchamos entre los restos de nuestras tinieblas, hasta que en tu Hijo único nos convirtamos en tu justicia, como las montañas de Dios. Porque hemos sido tus juicios, que son como el gran abismo.

Lo que dijiste al comienzo de la creación: «Hágase la luz», y se hizo la luz, lo entiendo, no sin razón, referido a la criatura espiritual, porque ya había cierta vida que podías iluminar. Pero así como no tenía derecho a exigirte una vida que pudiera ser iluminada, tampoco ahora, una vez que existía, tenía derecho a ser iluminada.

Porque su estado sin forma no podía agradarte a menos que se convirtiera en luz, y esto no por el simple hecho de existir, sino por contemplar la luz que ilumina y unirse a ella. De modo que el vivir y vivir felizmente no lo debe sino a tu gracia, al volverse, mediante un cambio para mejor, hacia Aquello que no puede cambiar ni para peor ni para mejor.

Eso eres Tú solo, porque Tú solo eres de manera absoluta; para Ti, vivir no es una cosa y vivir felizmente otra, puesto que Tú mismo eres tu propia Felicidad.

¿Qué podría faltarle, entonces, a tu bien, que eres Tú mismo, aunque estas cosas nunca hubieran existido o hubieran permanecido sin forma? Tú las hiciste, no por necesidad alguna, sino por la plenitud de tu bondad, conteniéndolas y dándoles forma, no como si tu alegría alcanzara su plenitud por ellas.

Porque a Ti, que eres perfecto, te desagrada su imperfección, y por eso fueron perfeccionadas por Ti y te agradan; no como si Tú fueras imperfecto y, al perfeccionarlas, también hubieras de ser perfeccionado. Pues tu buen Espíritu se cernía sobre las aguas, no era sostenido por ellas como si descansara sobre ellas.

Porque a aquellos sobre quienes se dice que descansa tu buen Espíritu, Él los hace descansar en sí mismo. Pero tu voluntad incorruptible e inmutable, que en sí misma se basta plenamente, se cernía sobre aquella vida que habías creado, para la cual vivir no es lo mismo que vivir felizmente, puesto que también vive fluctuando en su propia oscuridad.

Le queda, pues, volverse hacia Aquel por quien fue hecha, vivir cada vez más de la fuente de la vida, ver la luz en su luz y ser perfeccionada, iluminada y embellecida.

He aquí que ahora se me aparece, como en un espejo y de manera oscura, la Trinidad, que eres Tú, Dios mío. Porque Tú, Padre, en Aquel que es el Principio de nuestra sabiduría, que es tu Sabiduría, nacida de Ti mismo, igual a Ti y coeterna, es decir, en tu Hijo, creaste el cielo y la tierra.

Mucho hemos dicho ya del cielo de los cielos, de la tierra invisible y sin forma, y del oscuro abismo, en referencia a la inestabilidad errante de su

deformidad espiritual, si no se hubiera vuelto hacia Aquel de quien había recibido el grado de vida que entonces tenía y, al ser iluminado por Él, se hubiera convertido en una vida hermosa y en el cielo de aquel cielo que después fue puesto entre agua y agua.

Y bajo el nombre de Dios entendía entonces al Padre, que hizo estas cosas, y bajo el nombre de Principio, al Hijo, en quien las hizo. Y como creía en mi Dios como Trinidad, seguí buscando en sus santas palabras, y he aquí que tu Espíritu se movía sobre las aguas. He aquí la Trinidad, Dios mío: Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador de toda la creación.

⁂

Pero ¿cuál fue la causa, Luz que dices la verdad? Hacia Ti elevo mi corazón; que no me enseñe vanidades; disipa sus tinieblas. Y dime, te lo ruego por nuestra madre la caridad, dime la razón, te lo suplico, por la que, después de mencionar el cielo, la tierra invisible y sin forma y las tinieblas sobre el abismo, tu Escritura solo entonces menciona a tu Espíritu. ¿Fue porque convenía darlo a conocer como quien «se cernía por encima», y esto no podía decirse si antes no se mencionaba aquello sobre lo cual debía entenderse que se cernía tu Espíritu?

Porque no se cernía sobre el Padre ni sobre el Hijo, ni podía decirse con propiedad que se cernía por encima si no se cernía sobre nada. Primero, pues, debía hablarse de aquello sobre lo cual pudiera cernirse; y después de Él, de quien convenía hablar únicamente como de quien se cernía. Pero ¿por qué convenía darlo a conocer solo como quien se cernía por encima?

Que quien pueda siga desde aquí con su entendimiento a tu Apóstol, cuando dice: «Porque tu amor ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado»; y cuando, al tratar de los dones espirituales, nos enseña y muestra un camino más excelente de caridad; y cuando dobla su rodilla ante Ti por nosotros, para que alcancemos el conocimiento sobreeminente del amor de Cristo.

Y por eso, desde el principio, Él se cernía muy por encima de las aguas. ¿A quién le diré esto? ¿Cómo hablar del peso de los malos deseos, que arrastra hacia abajo, al profundo abismo, y de cómo la caridad vuelve a elevarnos por tu Espíritu, que se cernía sobre las aguas? ¿A quién se lo diré? ¿Cómo lo diré?

Porque no es en el espacio donde nos hundimos y salimos a flote. ¿Qué puede ser más semejante y, sin embargo, menos parecido? Son afectos, son amores: la impureza de nuestro espíritu que se precipita hacia abajo por el amor a las preocupaciones, y la santidad del tuyo que nos eleva por el amor al descanso sin inquietudes, para que levantemos nuestros corazones hacia Ti, donde tu Espíritu se cierne sobre las aguas, y lleguemos a aquel descanso sobreeminente cuando nuestra alma haya atravesado las aguas que no ofrecen sostén.

Los ángeles se apartaron, el alma del hombre se apartó, y con ello señalaron el abismo de aquella oscura profundidad, dispuesto para toda la creación espiritual si Tú no hubieras dicho desde el principio: «Hágase la luz», y no se hubiera hecho la luz, y toda inteligencia obediente de tu Ciudad celestial no se hubiera unido a Ti y descansado en tu Espíritu, que se cierne de manera inmutable sobre todo lo que cambia.

De otro modo, hasta el cielo de los cielos habría sido en sí mismo un oscuro abismo; pero ahora es luz en el Señor. Porque aun en aquella miserable inquietud de los espíritus que se apartaron y descubrieron su propia oscuridad al quedar despojados del vestido de tu luz, revelas suficientemente cuán noble hiciste a la criatura racional, a la que nada inferior a Ti le basta para darle un descanso feliz; y, por tanto, tampoco ella misma se basta.

Porque Tú, Dios nuestro, iluminarás nuestras tinieblas; de Ti procede nuestro vestido de luz, y entonces nuestras tinieblas serán como el mediodía. Entrégate a mí, Dios mío, devuélvete a mí: mira que amo, y si es demasiado poco, quisiera amar con más fuerza.

No puedo medir cuánto amor me falta todavía para que mi vida corra hacia tus abrazos y no se aparte hasta quedar escondida en el lugar secreto de tu Presencia. Solo sé esto: que soy desdichado fuera de Ti, no solo fuera de mí, sino también dentro de mí; y toda abundancia que no sea mi Dios es para mí vacío.

Pero ¿acaso no se cernían también el Padre o el Hijo sobre las aguas? Si esto se entiende en el espacio, como un cuerpo, tampoco lo hacía el Espíritu Santo; pero si se entiende como la superioridad inmutable de la Divinidad sobre todas las cosas cambiantes, entonces tanto el Padre como el Hijo y el Espíritu Santo se cernían sobre las aguas. ¿Por qué, entonces, se dice esto solo de tu Espíritu? ¿Por qué se dice solo de Él? ¿Como si estuviera en un lugar Aquel que no está en ningún lugar y de quien solamente está escrito que es tu don?

En tu Don descansamos; allí gozamos de Ti. Nuestro descanso es nuestro lugar. El amor nos eleva hasta allí, y tu buen Espíritu levanta nuestra hu-

mildad desde las puertas de la muerte. En tu buena voluntad está nuestra paz. El cuerpo, por su propio peso, tiende hacia su propio lugar. El peso no lleva solo hacia abajo, sino hacia el lugar propio de cada cosa.

El fuego tiende hacia arriba, la piedra hacia abajo. Los impulsa su propio peso; buscan sus propios lugares. El aceite vertido debajo del agua se eleva por encima del agua; el agua vertida sobre el aceite se hunde por debajo del aceite. Sus propios pesos los impulsan a buscar sus propios lugares. Cuando están fuera de su orden, no tienen reposo; devueltos al orden, descansan.

Mi peso es mi amor; él me lleva adondequiera que soy llevado. Nos inflamamos, tu Don nos enciende y somos llevados hacia arriba; ardemos por dentro y avanzamos. Ascendemos por tus caminos que están en nuestro corazón y cantamos un cántico de ascenso; ardemos por dentro con tu fuego, con tu buen fuego, y caminamos, porque subimos hacia la paz de Jerusalén.

Pues me alegré con quienes me dijeron: «Subiremos a la casa del Señor». Allí nos ha colocado tu buena voluntad, para que no deseemos otra cosa que permanecer allí para siempre.

Dichosa criatura que, siendo distinta de Ti, no ha conocido otra condición que esta: en cuanto fue creada, sin intervalo alguno, por tu Don, que se eleva por encima de todo lo mudable, fue elevada por aquel llamamiento con que dijiste: Hágase la luz, y se hizo la luz.

En nosotros, en cambio, esto sucedió en momentos distintos, pues éramos tinieblas y somos hechos luz; pero de aquella solo se dice lo que habría sido

si no hubiera sido iluminada. Y se habla así como si antes hubiera estado inestable y oscura, para que aparezca la causa por la que fue hecha de otro modo: que, al volverse hacia la Luz que no se apaga, se convirtió en luz.

Quien pueda, que lo entienda; que te lo pregunte a Ti. ¿Por qué ha de molestarme a mí, como si yo pudiera iluminar a todo hombre que viene a este mundo?

⁂

¿Quién de nosotros comprende la Trinidad todopoderosa? Y, no obstante, ¿quién no habla de Ella, si es que de verdad habla de Ella? Rara es el alma que, al hablar de Ella, sabe de qué habla. Y discuten y disputan, pero sin paz nadie contempla esa visión. Quisiera que los hombres consideraran estas tres cosas que hay en ellos mismos.

Estas tres cosas son, ciertamente, muy distintas de la Trinidad; solo indico dónde pueden ejercitarse y comprobar y sentir cuán lejos se encuentran. Las tres cosas de las que he hablado son: Ser, Conocer y Querer. Porque Soy, Conozco y Quiero; Soy alguien que Conoce y Quiere; y Conozco que Soy y que Quiero; y Quiero Ser y Conocer.

Que quien pueda distinga, pues, en estas tres cosas cuán inseparable es la vida que hay en ellas: una sola vida, una sola mente y una sola esencia; y, finalmente, cuán inseparable es su distinción, que, sin embargo, es una distinción. Ciertamente, el hombre lo tiene ante sí; que mire en su interior, que vea y me diga.

Pero cuando descubra algo de estas cosas y pueda decirlo, no piense por ello que ha encontrado aquello que está por encima de ellas, lo Inmutable,

que Es de manera inmutable, Conoce de manera inmutable y Quiere de manera inmutable; ni si, por estas tres cosas, hay también en Dios una Trinidad, o si las tres están en Cada Uno, de modo que las tres pertenecen a Cada Uno; o si es de ambas maneras a la vez, maravillosamente, con sencillez y, sin embargo, de modo múltiple, siendo Ella misma su propio límite dentro de Sí misma y, sin embargo, ilimitada; por lo cual Es, se Conoce a Sí misma y se basta a Sí misma, siendo inmutablemente la misma por la abundante grandeza de su Unidad. ¿Quién puede concebir esto con facilidad? ¿Quién podría expresarlo de algún modo? ¿Quién se atrevería a pronunciarse sobre ello a la ligera?

Prosigue en tu confesión, oh fe mía; di al Señor tu Dios: Santo, Santo, Santo, oh Señor, Dios mío, en tu Nombre hemos sido bautizados, Padre, Hijo y Espíritu Santo; en tu Nombre bautizamos, Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque también entre nosotros Dios hizo, en su Cristo, el cielo y la tierra, es decir, el pueblo espiritual y el carnal de su Iglesia.

Y nuestra tierra, antes de recibir la forma de la doctrina, era invisible y carecía de forma; y estábamos cubiertos por las tinieblas de la ignorancia. Porque castigaste al hombre por su iniquidad, y tus juicios eran para él como el gran abismo.

Pero, como tu Espíritu se cernía sobre las aguas, tu misericordia no abandonó nuestra miseria, y dijiste: Hágase la luz; arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca. Arrepentíos, hágase la luz.

Y, como nuestra alma estaba turbada en nuestro interior, nos acordamos de Ti, oh Señor, desde la tierra del Jordán y desde aquel monte igual a Ti, pero pequeño por nosotros; y nuestras tinieblas nos disgustaron, nos volvi-

mos hacia Ti y se hizo la luz. Y he aquí que antes éramos tinieblas, pero ahora somos luz en el Señor.

Pero todavía por la fe y no por la vista, pues por la esperanza somos salvados; pero la esperanza que se ve no es esperanza. Todavía un abismo llama a otro abismo, pero ahora con la voz de tus cascadas.

Todavía aquel que dice: No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, todavía él mismo no cree haberlo alcanzado, y olvida lo que queda atrás y se extiende hacia lo que está delante, y gime bajo su carga, y su alma tiene sed del Dios vivo, como el ciervo de los arroyos, y dice: ¿Cuándo llegaré?

Desea revestirse de su morada que viene del cielo, y llama a este abismo inferior, diciendo: No os amoldéis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente. Y: No seáis niños en el entendimiento, sino sed niños en la malicia, para que en el entendimiento seáis perfectos; y: Oh gálatas insensatos, ¿quién os ha hechizado?

Pero ya no habla con su propia voz, sino con la tuya, Tú que enviaste desde lo alto tu Espíritu por medio de Aquel que subió a las alturas y abrió las compuertas de sus dones, para que la fuerza de sus corrientes alegrara la ciudad de Dios.

Por Él suspira este amigo del Esposo, que tiene ya junto a Él las primicias del Espíritu guardadas, pero todavía gime en su interior, esperando la adopción, es decir, la redención de su cuerpo.

Por Él suspira, como miembro de la Esposa; por Él siente celos, como amigo del Esposo; por Él siente celos, no por sí mismo; porque con la voz de tus

cascadas, no con su propia voz, llama a aquel otro abismo, por el que siente celos y teme que, así como la serpiente engañó a Eva con su astucia, sus mentes se aparten, corrompidas, de la pureza que hay en nuestro Esposo, tu Hijo único. ¡Oh, qué luz de belleza habrá cuando lo veamos tal como es y hayan pasado aquellas lágrimas que han sido mi alimento día y noche, mientras cada día me dicen: ¿Dónde está ahora tu Dios?

He aquí que también yo digo: Oh Dios mío, ¿dónde estás? ¡Mira dónde estás! En Ti respiro un poco cuando, a solas, derramo mi alma con voz de alegría y alabanza, con el sonido de quien celebra una fiesta. Y, sin embargo, vuelve a entristecerse, porque recae y se convierte en un abismo, o más bien percibe que todavía es un abismo.

A ella le habla mi fe, que has encendido para iluminar mis pies en la noche: ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me turbas? Espera en el Señor; su palabra es una lámpara para tus pies.

Espera y persevera hasta que pase la noche, madre de los malvados, hasta que pase la ira del Señor, de la cual también nosotros fuimos hijos en otro tiempo, cuando éramos tinieblas, cuyos restos llevamos en nuestro cuerpo, muerto a causa del pecado; hasta que despunte el día y huyan las sombras.

Espera en el Señor; por la mañana estaré en tu presencia y te contemplaré; por siempre te confesaré. Por la mañana estaré en tu presencia y veré la salvación de mi rostro, mi Dios, que también dará vida a nuestros cuerpos mortales por el Espíritu que habita en nosotros, porque en su misericordia se ha cernido sobre nuestro abismo interior, oscuro y agitado.

De Él hemos recibido en esta peregrinación una prenda para que ya seamos luz, mientras somos salvados por la esperanza y somos hijos de la luz e hijos del día, no hijos de la noche ni de las tinieblas, aunque antes lo fuimos.

Entre ellos y nosotros, en esta incertidumbre del conocimiento humano, solo Tú haces la separación; Tú, que examinas nuestros corazones y llamas día a la luz y noche a las tinieblas. Porque ¿quién nos distingue sino Tú? ¿Y qué tenemos que no hayamos recibido de Ti? De la misma masa se hacen vasijas para honra, de la cual también se hacen otras para deshonra.

⁂

¿O quién, sino Tú, Dios nuestro, hizo para nosotros ese firmamento de autoridad sobre nosotros en tu divina Escritura? Como está dicho: El cielo se plegará como un rollo; y ahora está extendido sobre nosotros como una piel. Porque tu divina Escritura tiene una autoridad más eminente desde que aquellos mortales por medio de los cuales nos la dispensas sufrieron la muerte.

Y Tú sabes, Señor, Tú sabes cómo vestiste a los hombres con pieles cuando por el pecado se hicieron mortales. Por eso has extendido como una piel el firmamento de tu libro, es decir, tus palabras concordes, que por el ministerio de hombres mortales despliegas sobre nosotros.

Porque por su misma muerte aquel sólido firmamento de autoridad, contenido en tus palabras que ellos dieron a conocer, se extendió de modo más eminente sobre todos los que están debajo de él; mientras ellos vivían aquí, no se había extendido de manera tan eminente.

Todavía no habías desplegado el cielo como una piel; todavía no habías extendido en todas direcciones la gloria de sus muertes.

Miremos, oh Señor, los cielos, obra de tus dedos; aparta de nuestros ojos aquella nube que has extendido debajo de ellos. Allí está tu testimonio, que da sabiduría a los pequeños; perfecciona, Dios mío, tu alabanza en boca de los niños y de los que aún maman.

Porque no conocemos otros libros que destruyan así el orgullo, que destruyan así al enemigo y al defensor que se resiste a tu reconciliación defendiendo sus propios pecados. No conozco, Señor, no conozco otras palabras tan puras que me muevan de tal modo a confesar, que hagan que mi cuello se doble bajo tu yugo y me inviten a servirte sin recompensa.

Haz que las entienda, Padre bueno; concédemelo a mí, que estoy debajo de ellas, porque las has establecido para quienes están debajo de ellas.

Hay otras aguas por encima de este firmamento, creo que inmortales y apartadas de la corrupción terrenal. Que alaben tu Nombre, que te alabe el pueblo que está por encima de los cielos, tus ángeles, que no necesitan alzar la mirada hacia este firmamento ni conocer tu Palabra mediante la lectura.

Porque siempre contemplan tu rostro y allí leen, sin sílabas que transcurran en el tiempo, lo que quiere tu voluntad eterna; leen, eligen, aman. Siempre están leyendo, y nunca pasa aquello que leen; porque, al elegir y al amar, leen la inmutabilidad misma de tu designio.

Su libro nunca se cierra ni su rollo se pliega, pues Tú mismo eres esto para ellos, y lo eres eternamente; porque los has dispuesto por encima de este

firmamento que has establecido con firmeza sobre la debilidad del pueblo inferior, para que este pudiera alzar la mirada y conocer tu misericordia, que te anuncia en el tiempo a Ti, que hiciste los tiempos.

Porque tu misericordia, oh Señor, está en los cielos, y tu verdad llega hasta las nubes. Las nubes pasan, pero el cielo permanece. Los predicadores de tu palabra pasan de esta vida a otra, pero tu Escritura se extiende sobre los pueblos hasta el fin del mundo. Sin embargo, también el cielo y la tierra pasarán, pero tus palabras no pasarán.

Porque el rollo se enrollará, y la hierba sobre la que estaba extendido pasará junto con su hermosura; pero tu Palabra permanece para siempre, la cual ahora se nos muestra bajo la oscura imagen de las nubes y a través del espejo de los cielos, no tal como es; porque también nosotros, aunque muy amados por tu Hijo, todavía no se ha manifestado lo que seremos.

Él mira a través de la celosía de nuestra carne, nos habló con ternura y nos encendió, y corrimos tras sus aromas. Pero cuando Él se manifieste, entonces seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es. Tal como es, Señor, lo veremos.

Porque solo Tú te conoces enteramente tal como eres; Tú, que eres de manera inmutable, conoces de manera inmutable y quieres de manera inmutable. Y tu Esencia Conoce y Quiere de manera inmutable; y tu Conocimiento Es y Quiere de manera inmutable; y tu Voluntad Es y Conoce de manera inmutable.

Y no parece justo a tus ojos que la criatura iluminada y mudable conozca la Luz inmutable del mismo modo en que esta se conoce a Sí misma. Por eso

mi alma es como una tierra sin agua, porque, así como no puede iluminarse por sí misma, tampoco puede saciarse por sí misma. Porque en Ti está la fuente de la vida, así como en tu luz veremos la luz.

¿Quién reunió a los amargados en una sola sociedad? Pues todos tienen un mismo fin, una felicidad temporal y terrena, para cuya consecución hacen todas las cosas, aunque fluctúan de un lado a otro entre una variedad innumerable de preocupaciones. ¿Quién, Señor, sino tú, dijiste: Que se reúnan las aguas en un solo lugar y aparezca la tierra seca, que tiene sed de ti?

Porque también el mar es tuyo, y tú lo hiciste, y tus manos prepararon la tierra seca. Y no es la amargura de las voluntades humanas, sino la reunión de las aguas, lo que se llama mar; porque tú refrenas los malos deseos de las almas humanas y les señalas sus límites, hasta dónde les está permitido avanzar, para que sus olas se rompan unas contra otras; y así lo haces mar, por el orden de tu dominio sobre todas las cosas.

Pero a las almas que tienen sed de ti y que aparecen ante ti, separadas de la sociedad del mar por otros límites, las riegas con una fuente dulce, para que la tierra produzca su fruto y, por mandato tuyo, Señor Dios, nuestra alma haga brotar obras de misericordia según su especie, amando a nuestro prójimo al aliviar sus necesidades corporales, llevando en sí la semilla según su semejanza, cuando, por sentir nuestra propia debilidad, nos compadecemos hasta socorrer al necesitado; ayudándolo como querríamos ser ayudados si padeciéramos una necesidad semejante; no solo en las cosas fáciles, como la hierba que produce semilla, sino también en la protección de nuestra ayuda, con todas nuestras fuerzas, como el árbol que da fruto: es decir, haciendo el bien al rescatar de la mano del poderoso a quien sufre

una injusticia, y ofreciéndole el amparo de la protección mediante la poderosa fuerza de un juicio justo.

⁂

Así, Señor, así, te lo ruego, haz que broten, como tú obras, como tú das alegría y capacidad; que brote la verdad de la tierra y que la justicia mire desde el cielo, y que haya luces en el firmamento. Compartamos nuestro pan con el hambriento y llevemos a nuestra casa a los pobres sin hogar. Vistamos al desnudo y no despreciemos a los de nuestra propia carne.

Cuando estos frutos hayan brotado de la tierra, mira que es bueno; y que despunte nuestra luz temporal; y que nosotros, llegando desde esta fecundidad inferior de la acción al deleite de la contemplación, y alcanzando en lo alto la Palabra de Vida, aparezcamos como luces en el mundo, unidos al firmamento de tu Escritura.

Porque allí nos enseñas a distinguir entre las cosas del entendimiento y las de los sentidos, como entre el día y la noche; o entre las almas entregadas a las cosas del entendimiento o a las de los sentidos, de modo que ahora no solo tú, en el secreto de tu juicio, como antes de que se hiciera el firmamento, separes la luz de las tinieblas, sino que también tus hijos espirituales, colocados y ordenados en ese mismo firmamento, ahora que tu gracia se ha manifestado por todo el mundo, puedan alumbrar la tierra y separar el día de la noche, y servir de señales de los tiempos: que las cosas viejas han pasado y, mira, todas las cosas se han hecho nuevas; y que nuestra salvación está más cerca que cuando creímos; y que la noche está muy avanzada y el día se acerca; y que coronarás tu año de bendiciones, enviando a los obreros

de tu bondad a tu cosecha, en cuya siembra otros han trabajado, y enviándolos también a otro campo, cuya cosecha llegará al final.

Así concedes las peticiones del que pide y bendices los años de los justos; pero tú eres el mismo, y en tus años, que no se acaban, preparas un granero para nuestros años pasajeros. Porque tú, por un designio eterno, otorgas a la tierra bendiciones celestiales a su debido tiempo.

Pues a uno se le da por el Espíritu la palabra de sabiduría, como si fuera la luz menor; a otro, fe; a otro, el don con la luz de la verdad clara, como para regir el día.

A otro, la palabra de conocimiento por el mismo Espíritu, como si fuera la luz menor; a otro, fe; a otro, el don de sanar; a otro, el poder de obrar milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversas clases de lenguas. Y todas estas cosas son como estrellas.

Pues todas ellas las obra el único y mismo Espíritu, repartiendo a cada uno lo suyo como él quiere, y haciendo que las estrellas aparezcan claramente para provecho común.

Pero la palabra de conocimiento, en la que están contenidos todos los sacramentos, que varían según sus tiempos como la luna, y aquellas otras manifestaciones de dones que se enumeran por orden, como estrellas, por no alcanzar el resplandor de la sabiduría que alegra el día antes mencionado, solo sirven para regir la noche.

Porque son necesarias para aquellos a quienes aquel prudentísimo siervo tuyo no pudo hablar como a espirituales, sino como a carnales; él mismo, que habla sabiduría entre los perfectos.

Pero el hombre natural, como un niño en Cristo alimentado con leche, hasta que adquiera fuerzas para el alimento sólido y sus ojos sean capaces de contemplar el Sol, no habite en una noche privada de toda luz, sino que se contente con la luz de la luna y de las estrellas.

Así nos hablas, Dios nuestro de sabiduría perfecta, en tu Libro, tu firmamento, para que podamos discernir todas las cosas en una contemplación admirable, aunque todavía en señales y en tiempos, y en días, y en años.

Pero primero, lávense, queden limpios; aparten el mal de sus almas y de delante de mis ojos, para que aparezca la tierra seca. Aprendan a hacer el bien, hagan justicia al huérfano, defiendan a la viuda, para que la tierra produzca la hierba verde como alimento y el árbol que da fruto; y vengan, razonemos juntos, dice el Señor, para que haya luces en el firmamento del cielo y alumbren la tierra.

Aquel rico preguntó al buen Maestro qué debía hacer para alcanzar la vida eterna. Que el buen Maestro le diga, a quien él tenía por un simple hombre, aunque es bueno porque es Dios; que le diga que, si quiere entrar en la vida, debe guardar los mandamientos: que aparte de sí la amargura de la malicia y la maldad; que no mate, no cometa adulterio, no robe, no dé falso testimonio; para que aparezca la tierra seca y produzca el respeto al padre y a la madre y el amor al prójimo.

Todo esto, dice él, lo he guardado. ¿De dónde, entonces, tantas espinas, si la tierra es fecunda? Ve, arranca los extensos matorrales de la codicia; vende lo que tienes y llénate de fruto dando a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y sigue al Señor si quieres ser perfecto, unido a aquellos entre quienes habla sabiduría el que sabe qué distribuir al día y a la noche, para que tú

también lo sepas, y para ti haya luces en el firmamento del cielo; esto no sucederá a menos que tu corazón esté allí, ni tampoco estará allí si allí no está tu tesoro, como has oído del buen Maestro. Pero aquella tierra estéril se entristeció, y las espinas ahogaron la palabra.

Pero ustedes, linaje elegido, ustedes, lo débil del mundo, que lo han abandonado todo para seguir al Señor, vayan tras él y confundan a los poderosos; vayan tras él, hermosos pies, y brillen en el firmamento, para que los cielos proclamen su gloria, separando la luz de los perfectos, aunque no como la de los ángeles, de las tinieblas de los pequeños, aunque no despreciados.

Brillen sobre la tierra; y que el día, iluminado por el sol, comunique al día palabras de sabiduría; y la noche, resplandeciente con la luna, muestre a la noche la palabra de conocimiento. La luna y las estrellas brillan para la noche; sin embargo, la noche no las oscurece, pues ellas la iluminan en la medida que le corresponde.

Porque miren cómo Dios dice, por así decirlo: Que haya luces en el firmamento del cielo; de repente llegó del cielo un ruido, como el de un viento impetuoso, y aparecieron lenguas divididas, como de fuego, y se posó sobre cada uno de ellos. Y se hicieron luces en el firmamento del cielo, que tenían la palabra de vida.

Recorran todos los lugares, fuegos santos, fuegos hermosos; porque ustedes son la luz del mundo y no están puestos debajo de una medida de grano; aquel a quien están unidos ha sido exaltado y los ha exaltado a ustedes. Vayan de un lado a otro y dense a conocer a todas las naciones.

⁂

Que también el mar conciba y dé a luz sus obras; y que las aguas produzcan criaturas que se mueven y tienen vida. Porque ustedes, al separar lo precioso de lo vil, se han convertido en la boca de Dios, por medio de la cual él dice: Que las aguas produzcan, no la criatura viviente que produce la tierra, sino la criatura que se mueve y tiene vida, y las aves que vuelan sobre la tierra.

Porque tus sacramentos, oh Dios, por el ministerio de tus santos, se han movido entre las olas de las tentaciones del mundo, para santificar a los gentiles en tu Nombre, en tu Bautismo.

Y en medio de estas cosas se obraron muchas grandes maravillas, como grandes ballenas; y las voces de tus mensajeros volaban sobre la tierra, en el firmamento abierto de tu Libro, colocado sobre ellos como la autoridad bajo la cual debían volar, adondequiera que fueran.

Porque no hay habla ni lengua donde no se oiga su voz, pues su sonido ha recorrido toda la tierra y sus palabras han llegado hasta los confines del mundo, porque tú, Señor, los multiplicaste con tu bendición.

¿Hablo falsamente, o mezclo y confundo, sin distinguir entre el conocimiento claro de estas cosas en el firmamento del cielo y las obras materiales en el mar agitado y bajo el firmamento del cielo?

Porque, aun de aquellas cosas cuyo conocimiento es sustancial y definido, sin aumento alguno por generación, como luces de sabiduría y conocimiento, las operaciones materiales son muchas y diversas; y, al surgir una cosa de otra, se multiplican por tu bendición, oh Dios, que has aliviado el

hastío de los sentidos mortales, para que así una sola cosa en el entendimiento de nuestra mente pueda representarse y expresarse de muchas maneras mediante los movimientos del cuerpo.

Las aguas han producido estos sacramentos, pero en tu palabra. Las necesidades de los pueblos alejados de la eternidad de tu verdad los han producido, pero en tu Evangelio; porque las aguas mismas los hicieron salir, y su amargura enfermiza fue la causa de que fueran enviados por tu Palabra.

Todas las cosas que has hecho son hermosas; pero tú mismo, que las hiciste todas, eres de una hermosura indescriptiblemente mayor. Si Adán no hubiera caído apartándose de ti, nunca habría brotado de él la salobridad del mar, es decir, el género humano, tan profundamente curioso, que se hincha de modo tempestuoso y se agita sin descanso de un lado a otro; y entonces no habría sido necesario que tus administradores realizaran en muchas aguas, de manera corporal y sensible, acciones y palabras misteriosas.

Pues ahora me parece que eso significan aquellas criaturas que se mueven y vuelan, por medio de las cuales los pueblos, iniciados y consagrados mediante sacramentos corporales, no podrían progresar más si su alma no tuviera vida espiritual y si, después de la palabra de admisión, no dirigiera la mirada hacia la perfección.

Y así, en tu Palabra, no la profundidad del mar, sino la tierra separada de la amargura de las aguas, produce, no el ser que se mueve y tiene vida, sino el alma viviente.

Pues ahora ya no necesita el bautismo, como lo necesitan los paganos y como ella misma lo necesitaba cuando estaba cubierta por las aguas; (pues

no hay otra entrada al reino de los cielos, ya que tú has dispuesto que esta sea la entrada): tampoco busca lo extraordinario de los milagros para llegar a creer; pues ya no es de tal condición que, si no ve señales y prodigios, no crea, ahora que la tierra fiel está separada de las aguas amargas de la incredulidad; y las lenguas son una señal, no para los que creen, sino para los que no creen.

Tampoco necesita, pues, esa tierra que has fundado sobre las aguas a las criaturas que vuelan, que las aguas produjeron a tu palabra. Envía tu palabra a ella por medio de tus mensajeros: pues hablamos de su obra, pero eres tú quien obra en ellos para que hagan surgir en ella un alma viviente.

La tierra la produce porque la tierra es la causa de que ellos obren esto en el alma; como el mar fue la causa de que obraran sobre los seres que se mueven y tienen vida, y sobre las aves que vuelan bajo el firmamento del cielo, de las cuales la tierra no tiene necesidad; aunque se alimenta de aquel pez que fue sacado de las profundidades, en aquella mesa que has preparado en presencia de los que creen.

Pues para eso fue él sacado de las profundidades, para alimentar la tierra seca; y el ave, aunque nacida en el mar, se multiplica sobre la tierra. Pues la incredulidad del hombre fue la causa de las primeras predicaciones de los evangelistas; sin embargo, también los fieles reciben de ellos exhortaciones y bendiciones de muchas maneras, día tras día.

Pero el alma viviente tiene su principio en la tierra: pues solo a quienes ya están entre los fieles les aprovecha abstenerse del amor de este mundo, para que así su alma viva para ti, aquella que estaba muerta mientras vivía entre

placeres; placeres que traen la muerte, Señor, pues tú, Señor, eres el deleite que da vida al corazón puro.

Que tus ministros obren ahora, pues, sobre la tierra, no como sobre las aguas de la incredulidad, predicando y hablando mediante milagros, sacramentos y palabras místicas; en los cuales la ignorancia, madre de la admiración, pudiera fijar su atención por reverencia hacia aquellas señales secretas.

Pues así es la entrada a la fe para los hijos de Adán que se han olvidado de ti, mientras se esconden de tu rostro y se convierten en un abismo tenebroso. Pero que tus ministros obren ahora como sobre la tierra seca, separada de los remolinos del gran abismo: y que sean un modelo para los fieles, viviendo ante ellos y animándolos a imitarlos.

Pues así oyen los hombres, de modo que no solo oyen, sino que también obran. Busquen al Señor, y vivirá su alma, para que la tierra produzca el alma viviente. No se amolden al mundo. Absténganse de él: el alma vive evitando aquello que, al desearlo, le causa la muerte.

Absténganse de la ferocidad desenfrenada del orgullo, de la perezosa sensualidad del lujo y de lo que falsamente se llama conocimiento: para que así las fieras sean amansadas, el ganado se someta al yugo y las serpientes sean inofensivas.

Pues estas son las inclinaciones de nuestra mente representadas en una alegoría; es decir, la altivez del orgullo, el deleite de la lujuria y el veneno de la curiosidad son las inclinaciones de un alma muerta; pues el alma no muere de tal manera que pierda todo movimiento; porque muere al abandonar la

fuente de la vida, y así queda absorbida por este mundo pasajero y se amolda a él.

⁂

Pero tu palabra, oh Dios, es la fuente de la vida eterna y no pasa: por eso tu palabra frena este alejamiento del alma, cuando se nos dice: No se amolden a este mundo; para que así la tierra produzca en la fuente de la vida un alma viviente; es decir, un alma que tus evangelistas han hecho moderada en tu Palabra, siguiendo a los seguidores de tu Cristo.

Pues esto es según su especie; porque el hombre suele imitar a su amigo. Sean, dice él, como yo, porque yo también soy como ustedes. Así habrá en esta alma viviente buenas fieras, por la mansedumbre de sus actos (pues tú has mandado: Haz tus obras con mansedumbre, y así serás amado por todos los hombres); y buen ganado, que ni por comer tendrá de sobra, ni por no comer sufrirá carencia alguna; y buenas serpientes, que no sean peligrosas para hacer daño, sino prudentes para cuidarse; y que solo investiguen esta naturaleza temporal cuanto baste para que la eternidad se vea claramente, comprendida por medio de las cosas creadas.

Pues estas criaturas obedecen a la razón cuando, impedidas de dominarnos para nuestra muerte, viven y son buenas.

Pues mira, Señor, Dios nuestro, Creador nuestro: cuando nuestras inclinaciones han sido refrenadas del amor al mundo, por el cual moríamos a causa de nuestra mala vida; y hemos comenzado a ser un alma viviente por medio de una buena vida; y se cumple en nosotros tu palabra, que dijiste por medio de tu apóstol: No se amolden a este mundo; se sigue también

aquello que añadiste enseguida, diciendo: Antes bien, transfórmense mediante la renovación de su mente; ya no según su especie, como siguiendo al prójimo que los precedió, ni viviendo conforme al ejemplo de algún hombre mejor (pues no dijiste: «Sea hecho el hombre según su especie», sino: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza), para que pudiéramos discernir cuál es tu voluntad.

Pues con este propósito dijo aquel administrador tuyo (que engendró hijos por medio del Evangelio), para no tenerlos siempre como niños a quienes tuviera que alimentar con leche y cuidar como una nodriza: Transfórmense, dice, mediante la renovación de su mente, para que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta.

Por eso no dices: «Sea hecho el hombre», sino: Hagamos al hombre. Tampoco dijiste: «Según su especie», sino: A nuestra imagen y semejanza. Pues el hombre, renovado en su mente, al contemplar y comprender tu verdad, no necesita que otro hombre lo dirija para seguir según su especie; sino que, guiado por ti, discierne cuál es tu voluntad buena, agradable y perfecta: sí, tú le enseñas, ahora que es capaz, a discernir la Trinidad de la Unidad y la Unidad de la Trinidad.

Por eso, a lo dicho en plural: Hagamos al hombre, se añade en singular: Y Dios hizo al hombre; y a lo dicho en plural: A nuestra semejanza, se añade en singular: A imagen de Dios.

Así el hombre se renueva en el conocimiento de Dios, a imagen de aquel que lo creó: y, hecho espiritual, juzga todas las cosas (todas las que han de ser juzgadas), pero él mismo no es juzgado por nadie.

Pero el que juzgue todas las cosas corresponde a su dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre todo el ganado y las fieras, sobre toda la tierra y sobre todo reptil que se arrastra por la tierra.

Pues esto lo hace por el entendimiento de su mente, con el cual percibe las cosas del Espíritu de Dios; mientras que, de otro modo, el hombre, puesto en un lugar de honor, carecía de entendimiento, y es comparado con los animales irracionales y se ha vuelto semejante a ellos.

Por tanto, en tu Iglesia, oh Dios nuestro, según la gracia que le has concedido (pues somos obra tuya, creados para las buenas obras), no solo los que presiden espiritualmente, sino también los que espiritualmente están sujetos a quienes los presiden —pues así hiciste al hombre varón y mujer, en tu gracia espiritual, donde, en cuanto al sexo del cuerpo, no hay varón ni mujer, porque tampoco hay judío ni griego, esclavo ni libre—, las personas espirituales (tanto las que presiden como las que obedecen) juzgan espiritualmente; no juzgan aquel conocimiento espiritual que brilla en el firmamento (pues no deben juzgar una autoridad tan suprema), ni pueden juzgar tu Libro mismo, aunque algo en él no brille con claridad; pues sometemos a él nuestro entendimiento y tenemos por cierto que incluso lo que permanece oculto a nuestra vista está dicho con rectitud y verdad.

Pues así el hombre, aunque ya sea espiritual y esté renovado en el conocimiento de Dios a imagen de aquel que lo creó, debe ser cumplidor de la ley, no juez. Tampoco juzga la distinción entre los hombres espirituales y los carnales, que son conocidos a tus ojos, oh Dios nuestro, y todavía no se nos han dado a conocer por sus obras, para que por sus frutos pudiéramos

conocerlos: pero tú, Señor, ya los conoces, y los has separado y llamado en secreto, aun antes de que fuera hecho el firmamento.

Tampoco, aunque sea espiritual, juzga a los pueblos inquietos de este mundo; pues ¿qué tiene él que ver con juzgar a los de fuera, sin saber cuáles de ellos llegarán después a la dulzura de tu gracia y cuáles permanecerán en la perpetua amargura de la impiedad?

Por tanto, el hombre, a quien hiciste a tu propia imagen, no recibió dominio sobre las luces del cielo, ni sobre aquel cielo oculto, ni sobre el día y la noche, a los que diste nombre antes de la fundación del cielo, ni sobre la reunión de las aguas, que es el mar; sino que recibió dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre todo el ganado, sobre toda la tierra y sobre todos los reptiles que se arrastran por la tierra.

Pues juzga y aprueba lo que encuentra correcto, y desaprueba lo que encuentra equivocado, ya sea en la celebración de aquellos sacramentos mediante los cuales son iniciados aquellos a quienes tu misericordia busca entre muchas aguas; o en aquel en que se presenta ese Pez que, sacado de las profundidades, sirve de alimento a la tierra devota; o en las expresiones y signos de las palabras, sujetos a la autoridad de tu Libro: signos que salen de la boca y resuenan, volando, por así decirlo, bajo el firmamento, al interpretar, explicar, discurrir, debatir, consagrar u orar a ti, para que el pueblo pueda responder: Amén.

La pronunciación en voz alta de todas estas palabras tiene su causa en el abismo de este mundo y en la ceguera de la carne, que no puede ver los pensamientos; de modo que es necesario hablar en voz alta a los oídos; así

que, aunque las aves que vuelan se multipliquen sobre la tierra, tienen su origen en las aguas.

El hombre espiritual también juzga, aprobando lo que es correcto y desaprobando lo que encuentra equivocado, en las obras y las vidas de los fieles; en sus limosnas, como si fueran la tierra que da fruto, y en el alma viviente, que vive mediante el dominio de las inclinaciones, en la castidad, en el ayuno, en santas meditaciones; y en aquellas cosas que se perciben por los sentidos del cuerpo. De todas estas cosas se dice ahora que juzga, y sobre ellas también tiene poder de corrección.

⁂

Pero ¿qué es esto y qué clase de misterio? Mira, tú bendices a la humanidad, Señor, para que crezca, se multiplique y llene la tierra; ¿no nos das con ello una señal para que comprendamos algo? ¿Por qué no bendijiste también la luz, a la que llamaste día; ni el firmamento del cielo, ni las luces, ni las estrellas, ni la tierra, ni el mar?

Podría decir que tú, oh Dios, que nos creaste a tu imagen, podría decir que te había complacido conceder esta bendición especialmente al hombre; si no hubieras bendecido de igual manera a los peces y a las ballenas, para que crecieran, se multiplicaran y llenaran las aguas del mar, y para que las aves se multiplicaran sobre la tierra.

También podría decir que esta bendición correspondía propiamente a aquellas criaturas que se reproducen según su propia especie, si hubiera visto que se daba a los árboles frutales, a las plantas y a los animales de la tierra.

Pero resulta que ni a las hierbas, ni a los árboles, ni a los animales, ni a las serpientes se les dice: Crezcan y multiplíquense; aunque todos ellos, al igual que los peces, las aves o los hombres, crecen y perpetúan su especie por la reproducción.

¿Qué diré entonces, oh Verdad, luz mía? ¿«Que se dijo sin propósito y sin sentido»? No, oh Padre de la piedad; lejos esté de un servidor de tu palabra decir tal cosa.

Y si no entiendo lo que quieres decir con esa frase, que quienes me superan, es decir, quienes tienen más entendimiento que yo, hagan mejor uso de ella, según la comprensión que tú, Dios mío, hayas concedido a cada uno.

Pero que también sea agradable a tus ojos mi confesión, en la que te confieso que creo, Señor, que no hablaste así en vano; ni callaré lo que esta lectura me sugiere. Porque es verdad, y no veo qué podría impedirme entender de este modo las expresiones figuradas de tu Biblia.

Pues sé que una cosa que la mente entiende de una sola manera puede significarse de muchas maneras mediante expresiones corporales; y que lo expresado de una sola manera mediante una expresión corporal puede entenderse de muchas maneras en la mente.

Mira de cuántas formas se expresa corporalmente el único amor a Dios y a nuestro prójimo: mediante tantos sacramentos, en innumerables lenguas y, dentro de cada lengua, en innumerables maneras de hablar. Así crecen y se multiplican los seres nacidos de las aguas.

Observa de nuevo, quienquiera que leas esto: lo que la Escritura transmite y la voz pronuncia de una sola manera, En el principio creó Dios el cielo y la tierra, ¿no se entiende de muchas maneras, sin engaño de error alguno, sino mediante diversas clases de sentidos verdaderos? Así crece y se multiplica la descendencia humana.

Por tanto, si concebimos las naturalezas de las cosas mismas, no alegóricamente, sino en sentido propio, entonces la frase creced y multiplicaos corresponde a todas las cosas que proceden de una semilla.

Pero si tratamos esas palabras como dichas en sentido figurado —lo cual supongo más bien que es el propósito de la Escritura, que ciertamente no atribuye sin motivo esta bendición solo a la descendencia de los animales acuáticos y del hombre—, entonces encontramos que la «multitud» pertenece tanto a las criaturas espirituales como a las corporales, como en el cielo y la tierra; a los justos y a los injustos, como en la luz y las tinieblas; a los autores santos que nos han servido como ministros de la Ley, como en el firmamento establecido entre las aguas y las aguas; a la comunidad de los pueblos que aún viven en la amargura de la incredulidad, como en el mar; al fervor de las almas santas, como en la tierra seca; a las obras de misericordia propias de esta vida presente, como en las hierbas que dan semilla y en los árboles que dan fruto; a los dones espirituales ofrecidos para la edificación, como en las lumbreras del cielo; y a los afectos formados en la templanza, como en el alma viviente.

En todos estos casos encontramos multitudes, abundancia y crecimiento; pero lo que pueda crecer y multiplicarse de tal modo que una sola cosa se exprese de muchas maneras y una sola expresión se entienda de muchas

maneras, no lo encontramos sino en los signos expresados corporalmente y en las cosas concebidas en la mente.

Por los signos pronunciados corporalmente entendemos las generaciones de las aguas, necesariamente ocasionadas por la profundidad de la carne; por las cosas concebidas en la mente, las generaciones humanas, a causa de la fecundidad de la razón. Y con este fin creemos, Señor, que dijiste a estas especies: Creced y multiplicaos.

Pues entiendo que en esta bendición nos concediste el poder y la facultad tanto de expresar de varias maneras lo que entendemos de una sola, como de entender de varias maneras lo que leemos expuesto oscuramente de una sola.

Así se llenan las aguas del mar, que solo se mueven por las diversas significaciones; así también se llena la tierra con el crecimiento humano, cuya sequedad se manifiesta en su anhelo y sobre la cual gobierna la razón.

También quisiera decir, Señor Dios mío, lo que me trae a la mente el siguiente pasaje de la Escritura; sí, lo diré y no temeré. Porque diré la verdad, inspirándome tú mismo lo que quisiste que expusiera a partir de esas palabras. Pero solo por tu inspiración creo decir la verdad, pues tú eres la Verdad y todo hombre es mentiroso.

Por eso, quien dice mentira habla de lo suyo; para decir yo la verdad, hablaré de lo tuyo. Mira, nos has dado como alimento toda hierba que da semilla sobre toda la tierra, y todo árbol que lleva fruto de árbol con semilla.

Y no solo a nosotros, sino también a todas las aves del cielo, a las bestias de la tierra y a todos los seres que se arrastran; pero no se los has dado a los pe-

ces ni a las grandes ballenas. Ahora bien, dijimos que estos frutos de la tierra significaban y representaban alegóricamente las obras de misericordia que la tierra fecunda proporciona para las necesidades de esta vida.

Una tierra así era el piadoso Onesíforo, a cuya casa concediste misericordia, porque muchas veces reconfortó a tu Pablo y no se avergonzó de sus cadenas. Así hicieron también los hermanos, y tal fruto dieron quienes desde Macedonia suplieron lo que le faltaba.

Pero ¡cuánto se lamentó por algunos árboles que no le ofrecieron el fruto que le debían, cuando dice: En mi primera defensa nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron. Ruego a Dios que no se les tenga en cuenta!

Pues estos frutos se deben a quienes nos sirven la doctrina espiritual desde su comprensión de los misterios divinos; y se les deben como hombres; sí, también se les deben como alma viviente, que se ofrece como ejemplo de toda continencia; y también se les deben como criaturas aladas, por sus bendiciones que se multiplican sobre la tierra, porque su voz llegó a todas las tierras.

⁂

Pero se alimentan de estos frutos quienes se deleitan en ellos; y no se deleitan en ellos quienes tienen por dios su vientre. Pues tampoco, en quienes los ofrecen, las cosas ofrecidas son el fruto, sino la disposición con que las ofrecen. Por eso veo claramente por qué se alegró aquel que servía a Dios y no a su propio vientre; lo veo y me alegro con él.

Porque había recibido de los filipenses lo que le habían enviado por medio de Epafrodito; y aun así percibo por qué se alegró. Pues se alimentaba de aquello que le causaba alegría; porque, hablando con verdad, dice: Me alegré mucho en el Señor de que ahora, por fin, vuestro cuidado por mí haya florecido de nuevo; ya os preocupabais por ello, pero se os había vuelto fatigoso.

Así pues, estos filipenses se habían secado con un largo cansancio y, por así decirlo, se habían marchitado en cuanto a producir este fruto de una buena obra; y él se alegra por ellos, porque florecieron de nuevo, no por sí mismo, porque hubieran atendido sus necesidades.

Por eso añade: No lo digo por necesidad, pues he aprendido a estar contento en cualquier situación en que me encuentre. Sé vivir en la escasez y sé vivir en la abundancia; en todo lugar y en todas las cosas he aprendido tanto a estar saciado como a tener hambre, tanto a tener abundancia como a padecer necesidad. Todo lo puedo por medio de aquel que me fortalece.

¿De qué te alegras entonces, oh gran Pablo? ¿De qué te alegras? ¿De qué te alimentas, oh hombre renovado en el conocimiento de Dios según la imagen de aquel que te creó, alma viviente de tanta continencia, lengua semejante a las aves que vuelan, que habla misterios? Pues a tales criaturas se les debe este alimento. ¿Qué es lo que te alimenta? La alegría.

Escuchemos lo que sigue: Sin embargo, habéis hecho bien en compartir mi aflicción. De esto se alegra, de esto se alimenta: de que habían obrado bien, no de que se hubiera aliviado la estrechez de quien te dice: Me diste amplitud cuando estaba angustiado; pues sabía vivir en la abundancia y padecer necesidad en ti, que lo fortaleces.

Porque también vosotros, filipenses, sabéis —dice— que al comienzo del Evangelio, cuando salí de Macedonia, ninguna Iglesia participó conmigo en lo referente a dar y recibir, sino vosotros solos. Pues incluso a Tesalónica me enviasteis una y otra vez lo necesario para mis necesidades.

Ahora se alegra de que hayan vuelto a estas buenas obras; y se regocija de que hayan florecido de nuevo, como cuando un campo fecundo recobra su verdor.

¿Era por sus propias necesidades, puesto que dijo: Me enviasteis lo necesario para mis necesidades? ¿Se alegra por eso? Ciertamente no. Pero ¿cómo lo sabemos? Porque él mismo dice inmediatamente: No porque desee un don, sino porque deseo fruto. He aprendido de ti, Dios mío, a distinguir entre un don y el fruto.

El don es la cosa misma que entrega quien nos proporciona lo necesario, como dinero, comida, bebida, ropa, alojamiento, ayuda; pero el fruto es la voluntad buena y recta de quien da. Pues el Maestro bueno no dijo solamente: El que recibe a un profeta, sino que añadió: en nombre de un profeta; ni dijo únicamente: El que recibe a un justo, sino que añadió: en nombre de un justo.

Así, ciertamente, el uno recibirá recompensa de profeta y el otro recompensa de justo. Tampoco dice solamente: El que dé de beber un vaso de agua fría a uno de mis pequeños, sino que añadió: en nombre de un discípulo; y así concluye: En verdad os digo que no perderá su recompensa.

El don consiste en recibir a un profeta, recibir a un justo, dar un vaso de agua fría a un discípulo; pero el fruto consiste en hacerlo en nombre de un

profeta, en nombre de un justo, en nombre de un discípulo. Con fruto fue alimentado Elías por la viuda que sabía que alimentaba a un hombre de Dios y por eso lo alimentaba; pero por el cuervo fue alimentado con un don.

Y así no se alimentaba el hombre interior de Elías, sino solo el exterior, que también habría podido perecer por falta de aquel alimento.

Diré, pues, lo que es verdadero ante tus ojos, Señor: cuando los hombres carnales e incrédulos —para ganarlos e iniciarlos son necesarios los sacramentos de iniciación y las obras poderosas de los milagros, que suponemos significadas por el nombre de peces y ballenas— se encargan de reponer las fuerzas corporales de tu siervo, o lo socorren de otro modo con algo útil para esta vida presente, pero ignoran por qué debe hacerse y con qué fin, ni ellos alimentan a estos siervos ni estos son alimentados por ellos; porque ni los unos lo hacen con una intención santa y recta, ni los otros se alegran de sus dones, cuyo fruto aún no ven.

Pues la mente se alimenta de aquello que le causa alegría. Y por eso los peces y las ballenas no se alimentan de tales alimentos, que la tierra no produce hasta después de haber sido separada y apartada de la amargura de las olas del mar.

⁂

Y tú, oh Dios, viste todo lo que habías hecho, y todo era muy bueno. Sí, también nosotros vemos lo mismo, y todas las cosas son muy buenas. De las distintas clases de tus obras, cuando habías dicho «que existan» y existieron, viste que cada una era buena.

Siete veces he contado que está escrito que viste que lo que habías hecho era bueno; y esta es la octava: que viste todo lo que habías hecho y que era no solo bueno, sino también muy bueno, por estar ahora todo reunido. Pues por separado eran solamente buenas; pero en conjunto, buenas y muy buenas.

Todos los cuerpos hermosos expresan lo mismo, porque un cuerpo compuesto de miembros todos hermosos es mucho más hermoso que esos mismos miembros por separado, cuya unión bien ordenada lleva el conjunto a su perfección, aunque los miembros también sean hermosos cada uno por sí mismo.

Y miré atentamente para averiguar si fueron siete u ocho las veces que viste que tus obras eran buenas, cuando te agradaron; pero en tu ver no encontré tiempos por los que pudiera entender que habías visto tantas veces lo que hiciste.

Y dije: «Señor, ¿no es verdadera esta Escritura tuya, ya que tú eres verdadero y, siendo la Verdad, la has dado a conocer? ¿Por qué, entonces, me dices "que en tu ver no hay tiempos", mientras que esta Escritura tuya me dice que viste que era bueno lo que hiciste cada día, y al contarlos descubrí cuántas veces?».

A esto me respondes, porque tú eres mi Dios, y con voz fuerte le dices a tu siervo en su oído interior, atravesando mi sordera y clamando: «Hombre, lo que dice mi Escritura, lo digo yo; y, sin embargo, ella habla en el tiempo, pero el tiempo no tiene relación con mi Palabra, porque mi Palabra existe en la misma eternidad que yo. Así, las cosas que veis por mi Espíritu, las veo yo; del mismo modo que lo que decís por mi Espíritu, lo digo yo. Y así,

cuando veis esas cosas en el tiempo, yo no las veo en el tiempo; como cuando habláis en el tiempo, yo no las digo en el tiempo».

Y oí, Señor Dios mío, y bebí una gota de dulzura de tu verdad, y comprendí que hay ciertos hombres a quienes desagradan tus obras; y dicen que muchas de ellas las hiciste obligado por la necesidad, como la estructura de los cielos y la armonía de las estrellas; y que no las hiciste de lo que era tuyo, sino que fueron creadas en otro lugar y de otras fuentes, para que tú las reunieras, ensamblaras y combinaras, cuando con tus enemigos vencidos levantaste los muros del universo, a fin de que ellos, sujetos por aquella estructura, no pudieran volver a rebelarse contra ti.

De otras cosas dicen que ni las hiciste ni siquiera las ensamblaste, como toda carne y todas las criaturas diminutas y todo lo que tiene su raíz en la tierra; sino que una mente enemistada contigo y otra naturaleza no creada por ti y contraria a ti engendraron y formaron estas cosas en las regiones inferiores del mundo. Deliran quienes así hablan, porque no ven tus obras por tu Espíritu ni te reconocen en ellas.

Pero a quienes ven estas cosas por tu Espíritu, tú las ves en ellos. Por eso, cuando ven que estas cosas son buenas, tú ves que son buenas; y en todas las cosas que agradan por ti, tú agradas en ellas, y las que nos agradan por tu Espíritu te agradan a ti en nosotros. Pues ¿qué hombre conoce las cosas de un hombre sino el espíritu del hombre que está en él?

Del mismo modo, nadie conoce las cosas de Dios sino el Espíritu de Dios. Ahora bien, nosotros —dice él— no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado gratuitamente.

Y se me advierte: «En verdad, nadie conoce las cosas de Dios sino el Espíritu de Dios; ¿cómo, entonces, conocemos también nosotros las cosas que Dios nos ha dado?». Se me responde: «Porque las cosas que conocemos por su Espíritu, tampoco las conoce nadie sino el Espíritu de Dios. Pues así como se dice con razón a quienes habían de hablar por el Espíritu de Dios: "No sois vosotros quienes habláis", también se dice con razón a quienes conocen por el Espíritu de Dios: "No sois vosotros quienes conocéis".

Y con no menos razón se dice a quienes ven por el Espíritu de Dios: "No sois vosotros quienes veis"; así, en todo lo que ven que es bueno por el Espíritu de Dios, no son ellos, sino Dios quien ve que es bueno».

Una cosa es, pues, que un hombre considere malo lo que es bueno, como hacen los antes mencionados; otra, que un hombre vea que es bueno lo que es bueno (como tus criaturas agradan a muchos porque son buenas, y, sin embargo, tú no les agradas en ellas cuando prefieren gozar de ellas antes que de ti); y otra, que cuando un hombre ve que una cosa es buena, Dios vea en él que es buena, de tal manera que sea amado en lo que hizo aquel que no puede ser amado sino por el Espíritu Santo que ha dado.

Porque el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado; por él vemos que todo lo que existe en cualquier grado es bueno. Pues procede de aquel que no existe en cierto grado, sino que es lo que es.

Gracias a ti, Señor. Contemplamos el cielo y la tierra, ya sea la parte corporal, superior e inferior, o la criatura espiritual y corporal; y en el adorno de estas partes, de las que se compone la estructura universal del mundo, o

más bien la creación universal, vemos la luz hecha y separada de las tinieblas.

Vemos el firmamento del cielo, ya sea aquel cuerpo primordial del mundo, entre las aguas espirituales de arriba y las aguas corporales de abajo, o bien —puesto que también a esto se lo llama cielo— este espacio de aire por el que vuelan las aves del cielo, entre aquellas aguas que en forma de vapor son llevadas por encima de ellas y que en las noches claras descienden en forma de rocío, y aquellas aguas más pesadas que fluyen por la tierra.

Contemplamos una superficie de aguas reunidas en las extensiones del mar; y la tierra seca, tanto vacía como formada para ser visible y armoniosa, e incluso la materia de las hierbas y los árboles.

Contemplamos las luminarias que brillan desde lo alto, el sol para servir al día, la luna y las estrellas para alegrar la noche, y cómo todas ellas sirven para marcar y señalar los tiempos. Contemplamos por todas partes un elemento húmedo, lleno de peces, animales y aves; porque la densidad del aire, que sostiene el vuelo de las aves, se espesa con la exhalación de las aguas.

Contemplamos la faz de la tierra adornada con criaturas terrestres, y al hombre, creado a tu imagen y semejanza, puesto sobre todas las criaturas irracionales precisamente por esa imagen y semejanza tuya, es decir, la capacidad de razonar y entender.

Y así como en su alma hay una facultad que domina dirigiendo y otra que ha sido sometida para obedecer, así también fue hecha corporalmente para el hombre una mujer que, en la mente de su entendimiento racional, tu-

viera igualdad de naturaleza, pero que, en el sexo de su cuerpo, estuviera igualmente sujeta al sexo de su marido, como el deseo de obrar está dispuesto a recibir de la razón de la mente el conocimiento de obrar bien. Estas cosas contemplamos, y cada una es buena, y todas juntas son muy buenas.

⁂

Que tus obras te alaben, para que te amemos; y que te amemos, para que tus obras te alaben, las cuales tienen en el tiempo principio y fin, nacimiento y ocaso, crecimiento y decadencia, forma y privación.

Tienen, pues, su sucesión de mañana y tarde, en parte oculta, en parte manifiesta; porque fueron hechas de la nada por ti, no de ti; no de una materia que no fuera tuya o que existiera antes, sino de una materia creada juntamente con ellas, es decir, creada por ti al mismo tiempo, porque a su estado sin forma le diste forma sin intervalo alguno de tiempo.

Pues, siendo una cosa la materia del cielo y de la tierra y otra la forma, hiciste la materia absolutamente de la nada, y la forma del mundo a partir de la materia sin forma; pero ambas a la vez, de modo que la forma siguiera a la materia sin intervalo de demora.

También hemos examinado lo que quisiste representar en figura, ya fuera por la creación o por el relato de las cosas en tal orden. Y hemos visto que las cosas por separado son buenas y juntas muy buenas en tu Palabra, en tu Unigénito, tanto el cielo como la tierra, la Cabeza y el cuerpo de la Iglesia, en tu predestinación anterior a todos los tiempos, sin mañana ni tarde.

Pero cuando comenzaste a realizar en el tiempo las cosas predestinadas, para revelar las cosas ocultas y corregir nuestros desórdenes, pues nuestros pecados pesaban sobre nosotros y nos habíamos hundido en el abismo oscuro, tu buen Espíritu se movía sobre nosotros para ayudarnos a su debido tiempo; y justificaste a los impíos y los separas de los malvados; e hiciste el firmamento de la autoridad de tu Libro entre los puestos arriba, que debían ser dóciles a ti, y los de abajo, que debían estar sujetos a ellos; y reuniste a la sociedad de los incrédulos en una sola conspiración, para que se manifestara el fervor de los fieles y produjeran obras de misericordia, distribuyendo incluso entre los pobres sus riquezas terrenales para obtener las celestiales.

Y después de esto encendiste ciertas luces en el firmamento, tus santos, que tienen la palabra de vida y brillan con una autoridad eminente, puestos en lo alto por medio de dones espirituales; después, para la iniciación de los gentiles incrédulos, produjiste de la materia corporal los sacramentos, los milagros visibles y las expresiones verbales conformes al firmamento de tu Libro, por los cuales los fieles habían de ser bendecidos y multiplicados.

Luego formaste el alma viviente de los fieles mediante afectos bien ordenados por la fuerza de la continencia; y después renovaste a tu imagen y semejanza la mente, sometida solo a ti y sin necesidad de imitar ninguna autoridad humana; y sometiste sus acciones racionales a la excelencia del entendimiento, como la mujer al hombre; y quisiste que a todos los oficios de tu ministerio necesarios para el perfeccionamiento de los fieles en esta vida, esos mismos fieles les dieran, para sus necesidades temporales, bienes que les produjeran fruto en el tiempo venidero.

Todas estas cosas las vemos, y son muy buenas, porque tú las ves en nosotros, tú que nos has dado tu Espíritu para que pudiéramos verlas y amarte en ellas.

Señor Dios, danos paz, pues nos lo has dado todo; la paz del descanso, la paz del sábado, que no tiene tarde. Porque todo este hermosísimo conjunto de cosas muy buenas, una vez cumplidos sus cursos, ha de pasar, pues en ellas hubo mañana y tarde.

Pero el séptimo día no tiene tarde ni ocaso, porque lo has santificado para que permanezca eternamente; de modo que aquello que hiciste después de tus obras, que eran muy buenas, al descansar el séptimo día, aunque las hiciste en un descanso ininterrumpido, nos lo anuncie de antemano la voz de tu Libro: que también nosotros, después de nuestras obras —muy buenas porque tú nos las has dado—, descansaremos en ti en el sábado de la vida eterna.

Porque entonces descansarás en nosotros, como ahora obras en nosotros; y así aquel será tu descanso por medio de nosotros, como estas son tus obras por medio de nosotros. Pero tú, Señor, obras siempre y estás siempre en descanso. Tampoco ves en el tiempo, ni te mueves en el tiempo, ni descansas en un tiempo; y, sin embargo, haces las cosas que se ven en el tiempo, incluso los tiempos mismos y el descanso que resulta del tiempo.

Nosotros, pues, vemos estas cosas que hiciste porque existen; pero existen porque tú las ves. Y nosotros vemos por fuera que existen y por dentro que son buenas; pero tú las viste, una vez hechas, allí donde las viste cuando aún estaban por hacer.

Y más tarde nos sentimos movidos a obrar bien, después de que nuestros corazones concibieran por tu Espíritu; pero antes nos sentíamos movidos a obrar mal, abandonándote; tú, en cambio, el único, el Dios bueno, nunca dejaste de hacer el bien.

También nosotros tenemos algunas obras buenas por tu don, pero no eternas; después de ellas confiamos en descansar en tu gran santificación. Pero tú, que eres el Bien que no necesita ningún bien, estás siempre en descanso, porque tu descanso eres tú mismo. ¿Y qué hombre puede enseñar a otro hombre a comprender esto? ¿O qué ángel a otro ángel? ¿O qué ángel a un hombre?

Que se te pida a ti, que se busque en ti, que se llame a tu puerta; así, así se recibirá, así se encontrará, así se abrirá. Amén.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0